

A man with a beard and mustache, wearing a purple button-down shirt that is open at the collar, stands with his hands in his pockets. He is wearing a black watch on his left wrist. The background is a blurred city skyline with pink and orange hues.

LAYLA

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

HAGEN

UNSOLTERO

Sneantador

Un soltero encantador
Josie & Hunter ~ Solteros Muy Irresistibles
Libro 1
Layla Hagen

Copyright ©2023 Layla Hagen

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Hunter

—¿Lista para irnos de aquí? —le pregunté a mi mejor amiga, Josie.

—Claro.

Estábamos en los Hamptons, en un almuerzo que uno de mis clientes había organizado para celebrar el 4 de Julio.

—¿Qué hora es? —murmuró Josie. Sus ojos se abrieron de par en par cuando comprobó su teléfono—. Hunter, ya son las tres. No llegaremos a tiempo a casa de Amelia. Nos va a echar la bronca por llegar tarde.

—No si aparecemos con su postre favorito —dije. Amelia era mi tía. Teníamos que estar en su casa de Brooklyn para la hora de la cena.

—Ya veo. Después de todo, sobornar a la gente con comida es tu estrategia favorita. —Me dedicó una sonrisa. Josie Gallagher me conocía como nadie. Después de despedirnos, salimos del edificio y nos montamos en mi BMW. Durante el trayecto, nos cruzamos con un montón de neoyorquinos que acababan de llegar a los Hamptons.

Estaba contenta de que pasáramos el resto del día con mi familia. A Amelia le encantaban las fiestas y el 4 de julio era una de sus favoritas. Era una oportunidad para que todos nos reuniéramos: mis cuatro primos, Josie y yo. Ella era más que una tía para mí, prácticamente me había criado. Pensándolo bien, podría decirse que también había criado a Josie.

Cuando cruzamos el Canal Shinnecock y nos encontramos con un atasco, me pregunté hasta qué punto había sido acertado conducir hasta los Hamptons ese día sabiendo que teníamos que llegar a la fiesta anual de mi tía a tiempo. Pero no podía rechazar el *brunch*. Era propietario de una de las mayores empresas inmobiliarias del país y el cliente que me había invitado estaba a punto de firmar otro acuerdo conmigo.

—Gracias por acompañarme hoy —dije.

Se recogió el pelo castaño oscuro en una coleta y me dedicó otra de sus preciosas sonrisas. Siempre le pedía a Josie que me acompañara a los eventos. Todo era diez veces más divertido cuando me acompañaba mi mejor amiga.

—No te preocupes. Ah... y si también quieres traer mi postre favorito cuando pares a comprar el de Amelia, no me importará.

—Lo haré. ¿Alguna otra petición?

—Oye, no me tientes.

Me reí, centrándome en la carretera. De reojo, noté que Josie estaba mirando su móvil por segunda vez desde que habíamos terminado el almuerzo.

—¿Por qué compruebas tu móvil a cada rato?

—He enviado a mis padres algo para celebrar el día festivo. Es una sorpresa. Estoy deseando saber de ellos.

—¿Qué les has enviado?

—Su postre favorito.

—¿Quién soborna a quién ahora?

Se encogió de hombros y sonrió de oreja a oreja.

—Oye, ya era hora de que te robara algunos trucos, después de quince años de amistad. Además, no les estoy sobornando. Solo... espero que les motive a visitarme pronto.

Sus padres vivían en Montana.

Josie y yo habíamos ido al mismo instituto. Nos habíamos hecho amigos luego de haberla defendido cuando se enfrentó al matón del instituto. Ella tenía quince años y yo diecisiete. Desde entonces, se había pegado a mí. Al principio me molestó, como a cualquier adolescente que no quería que una chica más joven le siguiera a todas partes.

Pero Josie me había robado el corazón y pronto fui yo quien empezó a ir detrás de ella. Los problemas parecían perseguirla a todas partes. No tenía ni la menor idea de cuándo nos habíamos convertido en mejores amigos. Tampoco sabía en qué momento mi amiga se había convertido en una mujer tan sensual, alta, con curvas peligrosas, y unas piernas que parecían interminables. Me tentaba muchísimo, pero sabía que no debía ceder a mis instintos.

—¿Por qué no has ido a visitarlos? —pregunté.

—Estoy en medio de un caso importante y no puedo permitirme tomarme tiempo libre ahora mismo.

La entendía perfectamente. Una vez que te subías a la rueda del hámster de la empresa, o estabas dentro o estabas fuera. Josie era una abogada de éxito, pero las horas que tenía que trabajar eran aún más exigentes que las mías. Planeaba sorprender a Josie trayendo a su familia de vacaciones algún día. Pero sabía que tenía que ser prudente. A mi mejor amiga no le gustaban los regalos ostentosos.

—Deberíamos haber planeado ir directamente a casa de Amelia después del evento —murmuró Josie—. Pero quiero quitarme este vestido.

Maldita sea. No quería esa imagen en mi mente. Llevaba un vestido blanco ajustado y unos tacones altos que ya habían estado perturbando mis pensamientos toda la mañana.

—Lo sé. Yo también necesito quitarme este traje —respondí. No había tal cosa como un almuerzo informal con un cliente.

Tuvimos suerte y llegamos a la ciudad con tiempo de sobra. Primero dejé a Josie. Casi saltó del coche, solamente se detuvo para mirar por encima del hombro y decir:

—No te olvides de mi postre.

Sonreí.

—No me atrevería a aparecerme sin él.

Josie

Cuando solo me quedaban dos estaciones de metro, por fin recibí un mensaje en mi móvil. Me había puesto a toda prisa un vestido de algodón de tirantes finos y unas cómodas chanclas que me permitían estirar los dedos de los pies. Aquel atuendo era perfecto para afrontar el calor de julio.

Mamá: Acabamos de recibir los dulces. ¡Están DELICIOSOS!

Mi familia siempre había tenido una debilidad por los dulces. Podía imaginarme la expresión de mi madre cuando recibió el paquete. Agarré el móvil con más fuerza y sonreí a los demás pasajeros del metro. La energía era muy distinta a la de mi trayecto diario al trabajo, en el que todo el mundo tenía prisa, o bien agarrando tazas de café o bien tecleando frenéticamente en sus portátiles.

En ese momento, todo el mundo estaba relajado, de humor festivo. Incluso vi a algunos pasajeros con banderitas en la mano. Nueva York se transformaba por completo el 4 de Julio. Algunos de los pasajeros hablaban de ir a Central Park a hacer un picnic. Otros iban a tomar el cruce de los fuegos artificiales. Pasar el festivo en casa de Amelia ya se había convertido en una tradición. Ella era como mi familia, al igual que los primos de Hunter.

En cuanto al propio Hunter, la mejor descripción era “es complicado”. Me había enamorado de él cuando lo conocí, pero ¿quién no? Hunter parecía un hombre incluso a los diecisiete años. Sin embargo, había reprimido ese enamoramiento hacía mucho tiempo... o, al menos, eso era lo que creía la mayor parte del tiempo. Con su pelo castaño claro, unos ojos azules intensos y un cuerpo que me hacía babear, el hombre desprendía tanta masculinidad que a veces incluso estar en la misma habitación que él resultaba abrumador. Pero las mujeres de treinta años no tenían enamoramientos. Salían y tenían relaciones y, si tenían suerte, encontraban a alguien de quien enamorarse, con quien casarse y tener hijos. Aún no había encontrado a esa persona especial, pero no perdía la esperanza y seguía teniendo citas.

Amelia vivía en un edificio de apartamentos de poca altura en Brooklyn con su marido, Mick. Cuando llegué, todos los primos de Hunter ya estaban allí: Tess, Skye, Ryker y Cole.

—Hola, Josie. ¿Dónde está Hunter? Creía que os habíais ido juntos a los Hamptons —dijo Tess.

—Está en camino. Tuvimos que cambiarnos primero. Por cierto, se encargará de traer el postre.

El rostro de Tess se iluminó.

—¡Eso es precisamente lo que quería escuchar!

Skye se frotó el estómago, sonriendo. Ryker y Cole me abrazaron. Los había conocido a todos en una fiesta de cumpleaños unos años antes. Yo también provenía de una familia numerosa, tenía dos hermanos y una hermana, pero los hermanos Winchester eran de otro planeta.

Al instante de conocer a Ryker, le había apodado como “el ligón”. A Cole le había apodado por error “el caballero” antes de cambiarlo por “el encantador”. Tess era “el huracán”, ya que, con su energía, a menudo marcaba el ritmo y movilizaba a todo el mundo. A decir verdad, había conocido a tanta gente que recordar nombres era más difícil que asignar apodos. Skye había sido la única de la familia que había sido tímida al principio, aunque eso había cambiado con el tiempo. Quería a toda la familia con locura.

Apenas saludé a todos, Hunter llegó con un ramo de flores y la tarta de manzana prometida. Además, había traído mi postre favorito, *panna cotta*.

Me di cuenta de que algo andaba mal con Hunter cuando lo vi fruncir el ceño antes de ir a la cocina a buscar a Amelia. Le había visto de muy buen humor cuando me había dejado en casa. ¿Qué había cambiado desde entonces?

Era hora de averiguarlo.

Capítulo Dos

Hunter

Primero me detuve en la cocina, donde una mujer con el pelo canoso recogido en un moño revisaba el rosbif. Amelia me sonrió cuando le entregué el ramo de flores y el postre.

—Gracias. —Justo cuando me incliné para besarle la mejilla, el radar de Amelia se activó y preguntó—: ¿Qué te pasa, muchacho? Pareces preocupado.

Tenía razón. Había revisado mi correo por primera vez en una semana antes de salir de mi apartamento aquella tarde y había descubierto una carta muy preocupante. Sin embargo, no quería arruinar el estado de ánimo de nadie ese día.

—La presión habitual en el trabajo —dije de manera despreocupada, esperando que eso apaciguara su interés por el momento.

—Será mejor que hoy te olvides de todos los problemas. No quiero nada de eso en mi mesa, Hunter Caldwell.

—Sí, señora.

Estaba decidido a no dejar que el asunto afectara el ambiente festivo de la casa. Lo resolvería, como solía hacer con cualquier inconveniente que se cruzaba en mi camino. Había conseguido construir mi empresa contra todo pronóstico, por lo que estaba seguro de que encontraría una solución para ese problema, solo que no sería esa noche.

Solamente tenía que centrarme en mi familia y, con un poco de suerte, nadie notaría nada. Me dirigí al salón, donde estaban reunidos mis primos y Josie.

—Hunter, ¿habéis podido llegar a algún consenso en el *brunch*? —preguntó Cole. Era mi socio, pero habíamos acordado que solo yo asistiría al almuerzo de ese día, de lo contrario pareceríamos demasiado ansiosos por cerrar el trato.

Skye, que se encontraba justo entre nosotros, negó con la cabeza, señalándonos a Cole y a mí.

—Chicos, un consejo: no hagáis que mamá se enfade por hablar de negocios ahora. Ya conocéis su norma: las celebraciones familiares no son lugar para hablar de negocios.

—Skye tiene razón. Te pondré al día más tarde.

Charlamos sobre el próximo espectáculo de fuegos artificiales, pero mi mente no estaba en el almuerzo o el cliente. Tenía preocupaciones mayores. Pensé que había podido disimularlo bastante bien, hasta que Josie me apartó para hablar a solas.

—Confiesa. ¿Qué te pasa? —preguntó. A mi mejor amiga nunca se le escapaba nada. Debería haber sabido que era imposible engañarla. Podía intentar desviar la atención, pero la experiencia me había enseñado que eso no ayudaría. Así que en su lugar, ladeé la cabeza en dirección a la biblioteca.

—¿Tan grave es? Pues vayamos —dijo.

En medio del caos, logramos pasar desapercibidos.

—¿Quieres una copa? —dije una vez que había cerrado la puerta. Amelia tenía un pequeño bar situado en la biblioteca.

Josie me escudriñó con la mirada y luego asintió. Le entregué una copa de vino tinto y decidí sincerarme con ella.

—He encontrado una carta de los servicios de inmigración en mi correo. No me renuevan la visa E2.

Si bien llevaba veintiocho años viviendo en Estados Unidos, todavía tenía pasaporte británico. Cuando terminé mis estudios, solicité un visado de trabajo y más tarde uno para empresarios. Aunque siempre había tenido la intención de solicitar la residencia o la nacionalidad, no había sido una prioridad para mí ya que el visado se renovaba periódicamente y, por otro lado, nunca había encontrado la ocasión apropiada para hacerlo. Hasta ese momento. Había vivido en Nueva York desde que tenía cuatro años. Mi padre había sido uno de los empresarios con más éxito de la ciudad hasta que quebró. Poco después, falleció de un ataque al corazón, cuando yo tenía catorce años.

Cuando mi madre regresó a su Londres natal, yo opté por quedarme en Estados Unidos porque había conseguido una beca en un instituto privado local, que a su vez ofrecía la opción de internado. Fue una época tumultuosa en la familia. Mamá y Amelia eran hermanas, y el marido de Amelia había trabajado con mi padre dirigiendo la oficina de Boston. Tras la quiebra, abandonó a Amelia y a mis primas por una mujer más joven. Amelia había sido ama de casa hasta entonces. Conseguir un trabajo y formar una familia por sí sola era algo para lo que no estaba preparada. Afortunadamente, mi madre tenía una buena amistad con el director de mi instituto y movió algunos hilos para conseguir un puesto de profesora para su hermana. Ella trasladó a su familia a Nueva York y se convirtió en mi tutora legal.

Visitaba a mamá unas cuantas veces al año en el Reino Unido, pero mi negocio estaba en aquella ciudad. Mi *vida* estaba allí. Nueva York era mi hogar.

—¿Tienes una copia digital de tu visado actual? —preguntó Josie.

—No, está todo en casa.

—Hazle una foto y mándamela en cuanto llegues a casa, ¿vale? Empezaré a investigarlo esta noche.

—Gracias, Josie, pero ésta no es tu especialidad.

Josie era una abogada brillante, pero se especializaba en derecho de sociedades.

—He tratado con los servicios de inmigración en algunos casos. Conozco bien esas leyes. No puedo creer que hayamos llegado a esto. Lo arreglaremos, no te preocupes.

Estaba muy preocupado porque existía un riesgo real de que tuviera que abandonar Estados Unidos. Por más que fuera de manera temporal, no podía hacerlo. No tenía ninguna conexión con el Reino Unido, salvo por el pasaporte. Ni siquiera tenía acento británico.

Josie cerró los ojos brevemente y bebió un buen trago de vino.

—¡Oye tía, tranquilo! O Amelia me echará la bronca por emborracharte antes de comer.

Me dedicó una preciosa sonrisa.

—¿Todavía sigue *acusándote* cuando me meto en problemas?

—Puedes aclararle las cosas cuando te venga en gana, cuando quieras —dije.

—Me gusta bastante que piense que yo era la inocente todas aquellas veces. ¿Pero quién sabe qué pasaría si confieso? Es posible que decida no invitarme a la cena del 4 de julio.

—Dudo que haya algo que la impulse a dejar de invitarte. No quiero decirles nada. Solo se preocuparán en vano.

—Vale.

Puse mi mano en la parte baja de su espalda, guiándola hacia la puerta.

—Volvamos antes de que sospechen —dije. Me encontraba lo suficientemente cerca de ella como para notar algunas pecas en sus hombros y en la parte expuesta de su espalda. Solo le salían después de exponerse al sol. Su piel parecía tan suave que apenas pude evitar tocarla. Maldita sea, no debía permitir que mis pensamientos se desviaran por ese camino.

Josie sonrió.

—Seguro que Tess ya se ha dado cuenta de que hemos desaparecido. Ya verás.

Desde que era una niña, mi prima Tess se daba cuenta de todo. Eso nunca había cambiado.

Nos señaló con el dedo en cuanto volvimos al salón.

—Y bien, ¿a qué viene ese escape secreto? —preguntó.

Josie se rió, lanzándome una mirada de “te lo dije”.

—Hunter y yo podemos tener nuestros secretos, ¿no?

Josie

Estuve en vilo el resto de la cena. En cuanto llegué a casa, me quité los zapatos, cogí el portátil y me puse a investigar.

Deportación.

La mera palabra me produjo un escalofrío. No dejaría que eso ocurriera. A pesar de contar con los mejores abogados, no podía quedarme de brazos cruzados. Yo también era una muy buena abogada, y estaba decidida a ayudar a mi mejor amigo.

Hunter era un hombre poderoso. Si tenía un problema, lo solucionaba. Si se fijaba un objetivo, lo alcanzaba, por mucho que le dijeran que era descabellado.

Desde el día que le conocí, Hunter había emanado una inquebrantable sensación de poder y había sido increíblemente testarudo. Los dos éramos alumnos becados en el instituto privado al que asistíamos. Los otros niños se metían conmigo por mi ropa, ya que mi familia no tenía dinero para comprar prendas elegantes, pero mientras que yo era bajita y flacucha, Hunter era alto y musculoso, y no tenía ningún reparo en utilizar su físico para intimidar a los demás y hacer que me dejaran en paz.

Comprobé los requisitos de los servicios de inmigración acerca de la *Green Card* y la prórroga del visado, y luego investigué algunos estatutos. El nudo en el estómago se me iba apretando a medida que pasaban las horas porque eran aguas turbulentas, sobre todo una vez que habían decidido no renovar el visado existente.

Eran las tres de la madrugada cuando recibí un mensaje en mi móvil.

Hunter: ¿Estás dormida?

Josie: No, sigo investigando.

Había hecho listas y más listas, pero no tenía una respuesta definitiva para él. Fruncí el ceño cuando llamó.

—No he terminado la investigación —dije en lugar de saludarle.

—Josie, vete ya a dormir. Haré que mi equipo se ocupe de esto el lunes. Joder, haré que traigan un nuevo equipo.

—Yo también quiero revisarlo todo. Los servicios de inmigración son bastante rigurosos en sus términos.

—Vale, cuéntamelo. ¿Qué has encontrado?

Estaba tumbada en la cama boca abajo, con los pies colgando, masticando la punta de un lápiz. No me gustaba hablar de mi trabajo hasta haber investigado todas las perspectivas posibles de la ley para agotar todas las opciones disponibles.

—Vamos, Josie. Soy tu mejor amigo, no un juez. Solo dime qué solución tienes.

—Vale, de acuerdo... Si no te casas con una estadounidense, tendrás que hacer un papeleo complejo y cruzar los dedos. Quiero decir, habrá papeleo de todos modos, pero este es un camino más directo.

Soltó una risa tensa.

—Estás de broma.

—Desafortunadamente, no. Mira, tienes opciones, claro, sobre todo porque tienes un negocio de éxito, pero no te han renovado el visado... así que no sé muy bien qué es lo que están buscando. De cualquier forma, *necesitas* una *Green Card*. ¿Tus abogados nunca mencionaron eso?

—Sí, solo que no he tenido tiempo de ocuparme de ello.

—Vale. Entonces, en cuanto a esa tarjeta, mucha gente se casa para obtenerla. Como abogada, definitivamente no recomiendo ese curso de acción. Es un delito grave. Si te descubren, a tu pareja americana le pueden caer hasta unos años de cárcel, y a ti te deportarían.

—Pero como amiga, ¿lo recomendarías?

Dudé.

—Por mi experiencia, es el camino más fácil. Eso no significa que sea *fácil* en absoluto, pero es más sencilla que otras opciones.

Hunter no dijo nada durante unos segundos. Parecía abatido cuando habló a continuación.

—No he encontrado a nadie con quien casarme en treinta y dos años. No creo que pueda conseguir a alguien tan fácilmente ahora...

Interesante. No sabía que Hunter tenía ganas de encontrar a alguien. Había dejado claro en más de una ocasión que no tenía ninguna intención de sentar la cabeza a corto plazo. En definitiva, ¿por qué un hombre con el aspecto y la riqueza de Hunter tendría la necesidad de sentar la cabeza?

—No tiene que ser real, Hunter. Es solo un acuerdo con alguien en quien confíes hasta que termines con los papeles. Pero, como he dicho... va contra la ley, así que sería mejor que explores el resto de las alternativas. ¿Quieres que te envíe un email cuando termine con mis sugerencias *legales*?

—Sí, por favor.

—Vale.

—Eres increíble, Josie.

El timbre de su voz era increíblemente sensual. En la mayoría de las ocasiones lograba ignorarlo, pero en ese momento, en un estado de completa somnolencia, no pude evitarlo. Me invadió un calor tan intenso que se me contrajeron los músculos del vientre. Incluso mi propia voz temblaba un poco mientras le deseaba buenas noches.

En ciertas ocasiones, ser la mejor amiga de Hunter Caldwell era una misión peligrosa.

Terminé mi investigación a las cuatro de la mañana y se la envié a Hunter. Menos mal que el día siguiente era sábado. Como abogada, solía trabajar muchas horas, pero hacía años que no trasnochaba.

Había supuesto que me dormiría en cuanto mi cabeza tocara la almohada, pero una serie de pensamientos horribles me atormentaban.

¿Y si Hunter no lo solucionaba? Me había acostumbrado tanto a que se saliera con la suya que nunca se me había ocurrido que se encontrara con un obstáculo que no pudiera superar. ¿Y si se veía obligado a mudarse?

Por unos segundos, volví a ser aquella adolescente que no podía contar con nadie más que con él, y un escalofrío helado me recorrió la espalda.

Estuve a punto de coger el móvil para comprobar si había respondido a mi correo electrónico. No tenía sentido. ¿Qué esperaba? ¿Que me hubiera respondido en los últimos cinco minutos, diciendo que había encontrado una solución milagrosa, como siempre?

Cuando me dormí, ya era de madrugada.

Me desperté cuatro horas más tarde, con la sensación de que la cabeza me pesaba una tonelada. Ya era demasiado mayor para pasar la noche en vela. Tenía la intención de meterme directamente en la ducha, pero la luz de notificación del móvil captó mi atención. Tenía un mensaje de Hunter.

Hunter: Sé que seguro dormirás hasta tarde, pero envíame un mensaje cuando te despiertes.

Josie: Estoy despierta.

Respondió enseguida.

Hunter: ¿Tienes planes para hoy?

Josie: Solo por la noche.

Hunter: ¿Puedo pasarme en una hora más o menos?

Josie: Claro.

Estaba segura de que quería repasar la lista que le había enviado en la madrugada. Me apresuré a ducharme para tener tiempo de leerla de nuevo. Todavía tenía demasiado sueño para pensar con coherencia, así que, después de ducharme, me senté en el sofá y me tomé un café bien cargado. Vivía en un cómodo apartamento de una habitación en Kips Bay. Era un buen equilibrio, ya que me permitía evitar un largo y agotador viaje hasta el trabajo y, al mismo tiempo, no gastar la mitad de mi sueldo en el alquiler. En la mayoría de los días, no me importaba la falta de decoración en mi casa porque pasaba poco tiempo en ella. Sin embargo, en mis días libres, me resultaba evidente lo modesto que era todo. Las paredes eran blancas; los muebles eran de diferentes tonalidades de color crema y gris, y tenía un único cuadro de IKEA colgado junto a la televisión, que representaba una selva tropical.

El diseño de interiores nunca había sido mi fuerte. La moda tampoco, pero me resultaba más sencillo. Tenía trajes —prácticamente mi uniforme de abogada— y algunos vestidos de cóctel. En el fondo, seguía siendo una chica sencilla.

Acababa de releer el correo electrónico por segunda vez cuando sonó el timbre.

Cuando abrí la puerta, Hunter me sonreía y traía consigo una bolsa de comida para llevar de mi restaurante favorito. Joder, ¿por qué tenía una sonrisa tan atractiva y seductora?

—Te he traído un regalo.

Olía a queso derretido y tortitas. Se me hizo la boca agua y entrecerré los ojos.

—¿Intentas sobornarme para que vaya a una de esas galerías de lujo contigo? Porque te confieso que una vez fue suficiente para mí. —Estaba sonriendo, pero lo decía en serio. Normalmente empezaba a hacerme la pelota trayéndome el desayuno durante el fin de semana.

Su sonrisa se amplió aún más.

—Estoy intentando sobornarte para que te cases conmigo.

Capítulo Tres

Josie

—Espera, ¿qué? —inquirí.

—Vamos a desayunar. Te lo explicaré todo.

Abrí la puerta por completo y le dejé entrar. Mi mente estaba tan acelerada como mi pulso. No podía estar hablando en serio.

Hunter se dirigió directamente al salón, arrodillándose ante la ovalada mesa de centro. En cuanto le pasé los platos, descargó las bolsas de comida.

—Todos mis favoritos. Te has pasado.

—Ya me conoces, no hago nada a medias.

Me senté en el suelo junto a él, a la espera de que hablara, pero sentía cierto temor de preguntarle algo más. Quizás había sido un impulso del momento y luego se lo había pensado mejor. Al menos eso esperaba. Era imposible que estuviera hablando en serio.

Mis esperanzas se desplomaron cuando se aclaró la garganta.

—He revisado tu email. También he hablado con Robert esta mañana.

Robert era abogado y un amigo en común. Estaba especializado en derecho migratorio, lo que le convertía en una excelente elección.

—Según él, las opciones que mencionaste son prácticamente todas las que existen.

Mierda. Esperaba que en mi somnolienta neblina hubiera pasado por alto algo importante que pudiera ayudar a Hunter a salir de su apuro.

—Su única sugerencia diferente fue la del matrimonio.

Me detuve en el acto de cortar mi sándwich y abrí la boca para protestar. Hunter me puso la mano en el muslo derecho. El contacto me produjo una especie de ardor y una ráfaga de calor se extendió desde el punto de contacto hacia el resto de mi cuerpo, electrizándome. Respiré hondo.

—Escúchame primero, Josie. Eres la única persona en la que confío. Es un gran riesgo y, si tuviera una alternativa viable, nunca te pediría esto.

—Hunter, es una locura.

—Cuidaría de ti pasara lo que pasara. Lo sabes, ¿verdad?

Mierda. Lo sabía y ahí radicaba el problema. Hunter me había cuidado cuando nadie más lo había hecho. Mi familia era estupenda y no había nada que no hicieran por mí, pero todos vivían en Montana. Abandonar mi hogar a los quince años había sido una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer, pero no podía rechazar la beca: había sido mi única oportunidad de asistir a un prestigioso instituto privado. Cuando llegué a Nueva York, hablábamos por teléfono todas las veces que nos lo podíamos permitir, que no eran muchas.

Hunter nunca me había pedido nada. Ni un puñetero favor. Y en ese momento necesitaba mi ayuda. No podía decir que no.

—No estás saliendo con nadie, ¿verdad? —continuó.

—Nada serio. No.

Había tenido una segunda cita con un chico que había conocido en el teatro unos días antes, pero eso era todo.

—Vale, entonces esto no te causaría ningún inconveniente en ese sentido. Es solo un trozo de papel.

—Qué propuesta tan romántica.

—Sabes a lo que me refiero.

—Hunter, tendríamos que mantener la farsa como mínimo durante dos o tres años. Los servicios de inmigración pueden tardar hasta un año en aprobar tu *green card* y normalmente es recomendable seguir casado hasta dos años después de recibirla, para evitar sospechas. Realicé una investigación al respecto ayer. Por suerte, tu visado actual seguirá siendo válido durante un año.

Retiró la mano y asintió.

—Tienes razón. Olvida lo que te he pedido. Le diré a mis abogados que inicien los trámites legales para considerar una de las otras opciones a primera hora del lunes.

—No he dicho que no —dije rápidamente. No quería dejarle en la estacada—. Haría cualquier cosa por ti. Es que... Necesito algo de tiempo para procesarlo todo.

—Es demasiado arriesgado. No lo he pensado bien. Solo que me aferré a esa opción porque parece ser la que tiene más probabilidades de que salga bien.

—¿Cuál es el nivel de implicación que se requeriría de mi parte? —En realidad, más que estar dirigiendo la palabra a él, estaba pensando en voz alta—. Tendríamos que vivir juntos... fingir ante todos. Mi familia y tu madre no viven aquí, así que esa parte sería un poco más fácil... pero, ¿qué hay de Amelia y el resto del clan Winchester? No es tan sencillo. A menos que quieras decirles la verdad.

—No me gusta la idea de mentir, pero no quiero decirle la verdad a nadie porque es más arriesgado. Además, también les estaría pidiendo que mintieran por mí. Todo el mundo se metería en problemas si los servicios de inmigración se enteraran.

—Si nos casáramos, sabes que nadie nos creería.

—¿Que estuviéramos enamorados de repente? ¿Por qué no? ¿Sería tan raro que me hubiera enamorado de ti después de tantos años de amistad? ¿Que tú fueras la elegida?

Se acercó más y me sonrió. Maldita sea, ¿por qué su sonrisa tenía que ser tan deslumbrante?

Me aclaré la garganta, apartándome un poco, buscando un poco de distancia.

—Reconozco que eres bueno. Supongo que, dada nuestra larga amistad, un matrimonio improvisado conmigo es más creíble que con cualquier otra mujer.

Sentí una punzada de decepción al darme cuenta de que probablemente me lo había pedido por eso y no porque en el fondo se sintiera atraído por mí.

Me obligué a volver a la realidad. No quería que se sintiera atraído por mí. Nuestra amistad había sobrevivido todos esos años porque había sido estrictamente platónica. Hunter no era de los que buscaban una relación estable y yo no era de las que aceptaban una relación de amistad con derecho a roce. Me había resistido a todo su atractivo sexual hasta entonces.

¿Y si convivía con él tres años? No estaba segura de ser lo bastante fuerte como para fingir que no me sentía atraída por él. En otras palabras... con solo observar lo bueno que estaba Hunter Caldwell, me di cuenta de que mis posibilidades de ignorarlo eran nulas. ¿Y si ese fuego se encendía de nuevo? Era muy probable que acabara con el corazón roto.

—Josie —dijo en voz baja, acariciándome la mejilla. El mero contacto me encendió. ¿Me estaba tocando más de lo normal ese día o simplemente yo estaba más sensible?

—Olvidalo. Ya te está causando estrés. No quiero...

—No, no. Lo pensaré, ¿vale? Lo pensaré y te lo haré saber.

—¿Estás segura? —La expresión ansiosa de su cara me dejó helada. Quería decir que sí en ese mismo instante, pero no lo hice.

Me limité a asentir.

—Si dices que no, créeme que lo entenderé. ¿De acuerdo?

Volví a asentir.

Dibujó pequeños círculos con el pulgar sobre mi mejilla, acercándolo peligrosamente a la comisura de mis labios. Un escalofrío me recorrió la espalda. Cada una de mis terminaciones nerviosas estaban en estado de alerta. Joder...

Yo *estaba* más sensible, de eso no había duda. Rápido, aparté la mirada, temiendo delatarme. Además, esos ojos azules eran mi kriptonita.

Apenas respiré hondo y de manera relajada cuando se marchó.

Empecé a dar vueltas por el apartamento, sin saber qué hacer conmigo misma. Al final, acabé cogiendo mi iPad para hacer una de mis típicas listas de pros y contras. Podía evaluar mejor una situación cuando veía todos los aspectos por escrito.

Pero media hora después, me rendí. Todavía no había escrito ni una palabra siquiera. Solo había un gran pro: Hunter conseguiría su *Green Card*. La lista de contras era kilométrica.

Aparte de los riesgos legales, tenía que mentir a mi familia. También estaría esencialmente poniendo mi vida personal en pausa durante tres años, y después de eso, sería la exmujer de Hunter Caldwell. Él era famoso en Nueva York, venía de las antiguas generaciones británicas adineradas, pero su padre quedó en bancarrota cuando Hunter estaba en la secundaria.

La gente se había burlado del apellido Caldwell entonces. Algunos todavía lo hacían, sobre todo porque Hunter se había dedicado al negocio inmobiliario, al igual que su padre. Le respetaba, porque no había sido un camino fácil, ya que, debido al fiasco financiero de su padre, los inversores habían sido reacios a respaldarle.

Hunter era mi mejor amigo, pero en muchos sentidos, seguía siendo un misterio para mí. Rara vez hablaba de su padre. Cuando le conocí en el instituto, era una persona solitaria, a pesar de tener a su tía y a sus primos cerca.

Mucha gente le conocía: era rico y había triunfado a pesar del legado de su padre. También organizaba actos benéficos con sus primos. Para ser sincera, estaba segura de que muchos en la ciudad lo conocían más por aquellos eventos que por su negocio. Se llamaban Galas Benéficas de Baile, porque se celebraban en un salón de baile real, y el código de vestimenta era muy elegante. No había ninguna duda al respecto: era muy conocido en Nueva York. ¿Cómo sería ser su esposa?

Por lo general, cuando necesitaba consejo, acudía a mi familia o al clan Winchester. Ryker y Cole eran más jóvenes que sus hermanas, y yo estaba justo en medio. Estaba tan unida a Tess y Skye como a mi hermana.

Tenía la imperiosa necesidad de coger el teléfono y llamar a mi hermana o a uno de mis hermanos, pero Hunter tenía razón. Si bien tenía claro cuáles serían sus reacciones, no podía involucrarlos ni a ellos ni a los Winchester. Mi familia tendría mucho que decir sobre el asunto.

Amelia probablemente nos diría a los dos que ni se nos ocurriera seguir adelante con el plan. A pesar de tener setenta años, no quería jubilarse. Había ascendido de maestra a directora y seguía dirigiendo el instituto con mano de hierro. Tess nos daría una paliza por arriesgarnos. Skye insistiría en que Hunter considerara cualquier otra opción.

Ryker y Cole se reirían y nos darían su aprobación. Cole probablemente se burlaría sin cesar de Hunter por renunciar a su condición de soltero, por más que fuera algo temporal. Ryker también lo haría, pero como Cole trabajaba con Hunter, era difícil escapar a sus burlas. Tampoco era fácil escapar de Ryker, porque su oficina no estaba lejos de la de Hunter. Era un analista de Wall Street de mucho éxito.

Exhalé un suspiro e hice pucheros. No podía involucrar a nadie en aquel asunto.

Claramente, la decisión no sería racional, sino emocional. La abogada que llevaba dentro luchaba contra eso, pero básicamente todo se reducía a si dejaría a Hunter en la estacada o no. Si la única vez que me necesitaba de verdad, le daría la espalda y le diría que se arriesgara a pasar por los procesos de los servicios de inmigración.

Cuando llegó la hora de cenar, todavía no había decidido nada. Sentía que necesitaba más detalles para tomar una decisión, pero no tenía claro cuáles.

¿Cómo sería nuestra vida juntos? ¿Con qué frecuencia tendríamos que ser vistos juntos?

Además, como marido y mujer, tendríamos que hacer algunas demostraciones de afecto en público. Se me erizaba la piel ante la mera idea, y ahí radicaba mi problema. ¿Podría vivir con Hunter tres años, fingir que estaba perdidamente enamorada cuando estuviéramos en público y no llegar a enamorarme de él de verdad?

Llegadas las cinco de la tarde, aún no estaba segura de lo que iba a hacer, pero cancelé los planes que tenía por la noche. No tenía ganas de salir.

Me preguntaba qué haría Hunter esa noche. ¿Tendría una cita? Se me revolvió el estómago al pensarlo. Volví a mi hoja de papel, tachando las palabras “pros” y “contras”. El nuevo título era “Exigencias y Condiciones”.

Elaborar una larga lista no me supuso un problema. Al fin y al cabo, era abogada. Establecer un marco y diagramar sus límites era algo natural para mí.

Después de escribir todo lo que se me ocurrió, repasé la lista mientras mordía la punta del bolígrafo. Hunter pensaría que me había vuelto loca.

Me sobresalté cuando mi móvil empezó a sonar. Era Hunter. No había mejor ocasión que esa para planteárselo todo, pero no me atrevía a contestar. Apenas me había atrevido a escribir algunas de las condiciones. ¿Cómo podría reunir el coraje de expresarlas en voz alta?

Me entretuve tanto en mi preocupación que el teléfono dejó de sonar, pero no podía posponerlo. Si iba a seguir adelante con el plan, necesitaba contar con todos los datos. Respiré hondo y le devolví la llamada. Me contestó enseguida.

—Hola. ¿Sigues fuera? —preguntó.

—¿Qué? Oh... Me he quedado en casa. No estaba de humor para salir. He estado pensando en lo que dijiste...

—Te escucho.

—Pues... he hecho una lista con las cosas que deberíamos discutir.

Se rió.

—¿Has hecho una lista?

—Oye, no te burles de mí. Mi mente funciona mejor cuando veo las cosas por escrito.

—Dispara.

—Lo primero es lo primero. Dormiríamos en habitaciones separadas.

—Josie, no va a ser un matrimonio real. Desde luego, no esperaríamos que compartiéramos cama.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

—¿Cuál es el siguiente punto?

—Solo quiero que hagamos el papeleo. Sin boda.

—Amelia va a flipar. Mi madre y tu familia también. ¿Por qué prefieres que no haya boda?

—Porque cuando me ponga un vestido blanco y camine hacia el altar, quiero que sea real.

—Me parece bien —dijo después de unos segundos—. ¿Quieres que haya alguien en el Registro Civil o solo nosotros dos?

—Amelia nos echaría la bronca si no la invitáramos, así que no creo que nos salgamos con la nuestra en ese aspecto. También haría feliz a mi familia y a tu madre.

Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que no funcionaría.

—Mierda. No creo que podamos salirnos con la nuestra solo con una boda civil.

—Yo tampoco lo creo. Necesitaremos una fiesta. Es prácticamente la única boda en la que me verán.

No estaba segura de por qué no quería casarse, pero no era la primera vez que dejaba claro lo que pensaba sobre el tema.

—Pues que sea con fiesta —murmuré, aunque en el fondo esperaba que pudiéramos decirle a todo el mundo que nos habíamos casado en secreto.

—¿Cuál es el siguiente punto?

Me aclaré la garganta y golpeé la hoja con el bolígrafo. No tenía sentido andarse con rodeos.

—Ninguno de los dos puede ver a otras personas mientras dure nuestro compromiso y matrimonio. Eres muy conocido en los círculos empresariales. Si alguien cotilleara que te acuestas con otra a mis espaldas, sería el hazmerreír de todos y viceversa. Además, daría serias razones a los servicios de inmigración para sospechar que solo estamos montando una farsa.

Hubo una larga pausa y me di cuenta de que para él era un punto decisivo.

—Tienes razón. No había pensado en eso —dijo finalmente—. ¿Qué tal si te invito a cenar y repasamos el resto de los puntos de tu lista?

—No hace falta.

—Cancelaste tus planes por mi culpa, futura prometida. Lo menos que puedo hacer es compensarte.

Sonreí, me tumbé boca arriba y decidí en ese preciso momento seguir adelante con ello.

—Poniéndolo así, parece una gran idea. Ya he cenado, pero no me negaré al postre ni a unos cócteles. Llévame a un sitio elegante.

—Qué prometida tan exigente.

—Sigo siendo tu novia por ahora, ¿no es así?

—Tienes razón. Qué novia tan exigente.

Maldita sea, me encantó cómo sonaba eso.

—¿Alguna otra exigencia?

—Me apetece una *crème brûlée* y unas vistas bonitas. Ah, y me gustaría estar en una zona cómoda donde podamos conspirar después de comer.

—Ya estás disfrutando de esto —bromeó.

Aunque a decir verdad, sí. Y mucho más que eso, estaba feliz de poder ayudar a Hunter.

—A lo grande, futuro prometido. A lo grande.

Capítulo Cuatro

Josie

Me sentía *casi* arrepentida de pedirle a Hunter que me llevara a un sitio elegante, sobre todo porque nuestra idea de lo que significaba elegante difería bastante. Como abogada, ganaba mucho dinero, pero no llegaba a su nivel. Los ingresos de Hunter eran bastante superiores a los míos y no le importaba gastar dinero. Me había llevado a un restaurante con estrella Michelin en Manhattan.

Eso era lo bonito de Nueva York; podías encontrar lo que quisieras. Teníamos una vista espectacular del Empire State y estaba completamente cautivada por todas las luces.

Me había mudado a la ciudad siendo todavía una adolescente de ojos saltones y aquel edificio había sido para mí el máximo exponente de la sofisticación. En mi opinión, aún lo era. Muchas veces me seguía sintiendo como si estuviera en una película cuando paseaba por Nueva York.

—Este lugar es precioso —dije, mirando a mi alrededor.

—Mi novia mandona me pidió una salida elegante. He cumplido. —Me guiñó un ojo.

—Menos mal que me he puesto este vestido. Vaya... Acabo de darme cuenta de que asistes a un millón de eventos benéficos y actos. Tendré que acompañarte, ¿verdad? Debo renovar mi armario. Tengo algunos vestidos de cóctel, pero necesitaré vestidos para esos eventos, especialmente para las Galas Benéficas de Baile. ¿Cuánto crees que tendré que gastarme en ropa nueva?

Aunque tenía una buena nómina, recordaba muy bien cómo era no tenerla para gastarlo en frivolidades.

Hunter dejó su menú en la mesa.

—Josie, pagaré cualquier gasto extra que tengas por este... asunto.

Eché los hombros hacia atrás.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es lo más justo. No puedo esperar que vacíes tu cuenta para mantener mi estilo de vida. Tú eres la que me está haciendo un favor. No lo olvides. Puedes usar el dinero para comprar lo que necesites para esas salidas y, si te hace sentir mejor, puedes vender o donar toda la ropa una vez que todo haya terminado.

Maldita sea. Tenía razón. Necesitaría ropa más elegante para mezclarme con su gente y ciertamente no estaba dispuesta a gastarme mi sueldo en eso. Hasta ese momento, habíamos pasado la mayor parte del tiempo juntos haciendo cosas que ambos podíamos permitirnos. Pero si fuera su mujer, tendría que acompañarle a todas partes.

—Todo esto es muy parecido a estar... cautiva.

—Pero no es así. Sabes que lo que digo tiene sentido.

Me sostuvo la mirada con obstinación, como retándome a contradecirle. Sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—Había olvidado lo persuasivo que eres —dije finalmente.

—Presiento que me vas a dar muchas oportunidades para mostrar esa habilidad.

—¿Me estás tachando de cabezota?

—Muy cabezota. —Su mirada se posó en mi boca durante un instante antes de volver a mirarme a los ojos.

Tragué saliva y di un sorbo a mi cóctel para darme algo que hacer. ¿Por qué de repente me sentía fuera de lugar?

—Deberíamos planificar nuestros próximos pasos —dije—. Tu visado actual todavía tiene un año más de validez, pero creo que es mejor resolver las cosas lo antes posible. Obtendrás tu *Green Card* más rápido.

—¿Quieres que lo anunciemos a la familia el sábado en el cumpleaños de Amelia?

Se me revolvió el estómago. Había llegado la hora de la verdad. Una vez que se lo dijéramos a la familia, no habría vuelta atrás.

—Vale. Hablaré con mi familia también. ¿Y la boda?

—Como has dicho antes, cuanto antes mejor. ¿Dentro de tres semanas?

—Eso no me parece muy creíble.

Hunter se inclinó, bajando la voz a un susurro conspirativo.

—Josie, nadie pondría en duda que te convencería para que te casaras conmigo en tres semanas. Nos conocemos de siempre. Sabemos todo lo que hay que saber el uno del otro. ¿Por qué esperar cuando estamos tan enamorados?

Joder. Era tan persuasivo que ni siquiera yo lo ponía en duda. Y no había nada que discutir. Cuanto antes, mejor.

—Muy bien, Sr. Prometido. Acepto su romántica propuesta.

Hunter sonrió.

—Y ni siquiera he tenido que arrodillarme.

Mostré mi mano izquierda.

—Todavía falta el anillo. No creas que te has librado de eso.

—Sí, señora. Sus deseos son órdenes.

El postre estaba delicioso y los cócteles lo complementaban a la perfección.

—Sé que quieres otra ronda de *crème brûlée* —dijo Hunter después de haber vaciado nuestros platos.

—¿Quién se resistiría? Aunque será mejor que pare mientras pueda. Tengo una boda para la que prepararme.

—Eres jodidamente sexy, Josie.

La crudeza de su voz me dejó sin aliento. Nunca antes me había dicho que era sexy. Me había hecho cumplidos a menudo con anterioridad, pero aquello era diferente. Levanté la vista con cuidado, su mirada era feroz. No quería ponerme a sacar conclusiones de nada, pero mi cuerpo no había captado la señal. Mi pulso se aceleró.

—No me lo discutas. —Se inclinó ligeramente, dominando el espacio... y a mí.

—No lo he hecho.

Sus ojos brillaron y sentí todo ese poder que emanaba como una fuerza de la naturaleza.

Al final, decidimos compartir un helado y una *panna cotta*. Fue una suerte que Hunter pidiera la cuenta justo después, porque ya le estaba echando el ojo a las tortitas con fresas y la verdad era que no podía darme ese capricho también.

Al levantarme de la mesa, enganché el talón en la pata de la silla por accidente.

—Cuidado, tía. —Hunter se apresuró a llegar a mi lado y, antes de que me diera cuenta, había pasado un brazo alrededor de mis hombros, mientras sus dedos presionaban ligeramente mi brazo. Me abrazó tan fuerte que no pude evitar percibir el olor a mar y bosque que desprendía.

—¡Hunter, Josie, qué sorpresa encontraros aquí!

Bernard Wagner se detuvo frente a nosotros, observándonos con una sonrisa curiosa. Era un

conocido común de nuestra época escolar.

—Hola, Bernard —dijo amablemente.

—No os estaréis yendo, ¿verdad? Hace siglos que no os veo. ¿Alguna novedad? —preguntó.

Hunter no aflojaba su agarre sobre mí. Si no hubiera estado tan absorta en él, tal vez habría anticipado su siguiente movimiento. Me acercó aún más, de modo que mi seno derecho quedó presionado contra su firme pecho.

Con una sonrisa lobuna, le dijo a Bernard:

—De hecho, sí. Josie y yo estamos prometidos.

Hunter inclinó la cabeza hacia la mía y no me di cuenta de que pretendía besarme hasta que su boca hizo contacto con mis labios. Los separé sin vacilar y por poco gemí ante la inesperada inyección de placer. Cada célula de mi cuerpo parecía encenderse como una mecha en reacción al beso.

Me sentía completamente abrumada por él: su posesivo agarre en mi brazo, la exquisita sensación de sus labios sobre los míos... Cuando dejó de besarme, estuve a punto de tirarle del cuello de la camisa. No tuve tiempo de evaluar su reacción, porque se centró en Bernard, quien nos felicitó.

Aún estaba aturdida mientras intercambiábamos algunas palabras de cortesía, pero ninguna de ellas se me quedó grabada. Mientras caminábamos hacia el ascensor, todavía estaba muy pendiente del agarre de Hunter. Una vez dentro, nos quedamos solos.

—Lo hemos hecho bien, ¿verdad? —preguntó. Yo me desinflé al instante. ¿A qué venía eso?

—Sí, creo que sí.

Hunter me observó atentamente.

—Josie, ¿he hecho algo mal?

—No, no. Es que... me ha pillado por sorpresa.

Había supuesto que nuestro primer beso sería cuando lo anunciáramos a la familia y que hablaríamos de ello antes. Pero eso no explicaba por qué me sentía tan descolocada e incómoda con Hunter todavía analizándome.

—Besas muy bien. Me has dejado alucinada —dijo, para aligerar el ambiente.

Hunter sonrió.

—Ya veo. Ahora sé qué hacer la próxima vez que discutamos.

Entrecerré los ojos.

—Creo que tenemos que poner algunas reglas.

—Soy todo oídos.

Levanté una ceja.

—¿A qué viene tanta amabilidad? No te gustan las reglas.

Se inclinó hacia mí cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—No he dicho que las cumpliría.

Volvió a sujetarme del brazo mientras salíamos. No era necesario y él lo sabía, mi talón estaba bien. ¿Quería hacer una demostración en público? No me atreví a preguntárselo porque eso era exactamente lo que estaba haciendo. El espectáculo había empezado cuando me besó y en ese momento yo tenía que seguirle la corriente. El aparcacoches ya tenía un taxi preparado para nosotros. Habíamos llegado juntos y, por lo que parecía, Hunter quería llevarme a casa, pero no podía estar tan cerca de él en esas circunstancias. No después de que me hubiera besado así.

—Puedo coger un taxi yo sola.

Necesitaba ordenar mis pensamientos de nuevo y quizás abanicarme un poco.

Me miró de forma extraña y supe de inmediato que me había delatado. Ya sabía con certeza que algo iba mal.

—Te llevaré a casa, Josie. Así hablamos un poco más y tal vez puedas contarme exactamente qué te pasa.

Me quedé callada en el taxi porque, a decir verdad, en ese momento no sabía qué decirle ni cómo actuar. No me presionó.

Me acompañó en silencio hasta la puerta. Después de entrar, me quedé de pie en el umbral, sin saber qué decir.

—Josie, di algo. ¿Qué pasa?

—Para ser sincera, no estoy segura. Simplemente... no lo sé.

—No quiero dejar las cosas así.

Me di la vuelta y me mordí el labio.

—Mencionaste algo sobre establecer algunas reglas —dijo.

—Sí. —Sabía lo que tenía que hacer, era una excelente abogada, las reglas eran mi especialidad—. Si nos besamos, que sea solo en público, ¿vale?

Me miró fijamente. ¿En qué estaría pensando? Su boca se curvó en una sonrisa como en cámara lenta.

—¿Y con respecto a tocarnos?

—Hunter...

—¿Mirarnos?

—No me estás tomando en serio.

—Lo siento, es verdad. Por supuesto que solo te besaré en público, Josie. Sé de qué va esto. Pero ahora tengo curiosidad por saber por qué crees que era necesario recordármelo. ¿O acaso ese beso fue tan bueno que temes que te pida más?

Estaba tan cerca que sus zapatos rozaban los míos. La punta de su nariz estaba casi en contacto con la mía.

—Eres insufrible —murmuré.

—Llevas diciéndomelo desde que tenía diecisiete años, pero nunca te has alejado de mí.

—Tienes suerte de que me gustes. No pasa nada, Hunter. Supongo que estoy un poco abrumada con todo lo que está pasando.

—Josie, podemos conseguirlo.

—Tú siempre tan confiado.

Una sonrisa socarrona se dibujó en su atractivo rostro.

—Te gusta esa parte de mí.

—Dios mío. Si te sigues comportando como un engreído, te arrojaré por la ventana.

Se acercó, si cabía, aún más.

—¿Por qué, tienes miedo de que vuelva a besarte? —murmuró. Su cálido aliento me hizo cosquillas en los labios y, casi involuntariamente, los lamí. Su mirada se volvió salvaje.

—Buenas noches, Hunter.

Sonrió mientras cerraba la puerta. Yo también sonreía, pero el corazón me latía a mil por hora, porque la verdad era que... sí, *tenía* miedo.

Capítulo Cinco

Josie

Al día siguiente estaba un poco nerviosa y con un sentimiento de culpa por estar a punto de infringir la ley. De camino al trabajo, iba tan ensimismada que no paraba de chocar con los transeúntes. Eso me valió varias miradas fulminantes. Los neoyorquinos suelen estar de muy mal humor por las mañanas.

Normalmente, en el ajetreo de las calles abarrotadas, ni siquiera podía escuchar mis propios pensamientos. Pero aquel día, ni la sinfonía de coches tocando el claxon ni los gritos de los extraños era suficiente para aquietar mi mente.

De nada me había servido buscar información en los sitios web del Servicio de Ciudadanía e Inmigración de Estados Unidos y del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas cada vez que tenía ocasión. Estaban al acecho de matrimonios ficticios entre residentes estadounidenses y extranjeros. Si sospechaban algo, podían interrogarnos. La verdad era que, teniendo en cuenta las circunstancias, estaba medio esperándolo. Pero tenía la esperanza de que solo nos sometieran a un procedimiento normal y no a una entrevista Stokes. Al parecer, las preguntas eran tan detalladas que incluso las parejas reales tenían dificultades para responderlas.

Durante mi pausa para comer, caminé las pocas manzanas que separaban mi oficina de Central Park y me senté en un banco oculto a la sombra por el espeso follaje de uno de los árboles. Tuve que quitarme la chaqueta de traje; el calor de julio era sofocante.

Como de costumbre, las vistas me transmitieron una sensación de tranquilidad. Había algo en ese exuberante césped y en la gente que se encontraba sentada sobre él, relajándose, que me resultaba reconfortante. Iba allí de vez en cuando durante la hora del almuerzo. Mi otra distracción durante el almuerzo era el Met, sobre todo cuando presentaban nuevas colecciones.

El martes, me mosqueé al encontrar un correo electrónico de Hunter con un archivo adjunto. Era una entrada para una sala de escalada que acababa de abrir en la ciudad. Le llamé inmediatamente.

—¿A qué viene lo de la entrada?

—Te gusta la escalada en roca, y este es el mejor lugar para hacerlo en la ciudad. Necesitas despejarte un poco.

—Hunter, estoy bien.

—No es cierto. Has sido mi amiga durante quince años. Créeme, te conozco.

Me temblaban los dedos mientras cogía el teléfono. Mi corazón estaba aceleradísimo. ¿Podría también darse cuenta de por qué estaba tan nerviosa? ¿Que no solo temía que nos descubrieran, sino que la idea de vivir con él, de besarle, me asustaba?

—Gracias. Voy a intentarlo, pero solo si vienes conmigo.

—¿A escalar? Ni de coña. Esto es un regalo para mi prometida.

Se me revolvió el estómago al oír la palabra. Maldito estómago.

—Nadie lo sabe todavía, así que no hacía falta que me regalaras la entrada.

—Sí que hacía falta. Y es algo a lo que tendrás que ir acostumbrándote.

—¿Acostumbrándome a qué?

—A recibir muchos regalos.

—¿Por qué?

—Porque me estás haciendo un gran favor. Quiero que las cosas sean lo más fáciles posible para ti. Y no aceptaré un no.

—¿No lo aceptarás? —bromeé.

—No. Solo ve y pásatelo bien, Josie. Te lo mereces.

Estaba viendo un lado completamente nuevo de Hunter. Tenía razón, por supuesto. Necesitaba despejarme. Me estaba dejando la piel en el bufete porque esperaba que me ascendieran a socia a finales del año siguiente. Y en ese momento, con aquel estrés adicional, no me encontraba bien.

Esa misma tarde fui a escalar y fue espectacular. Cuando llegué a casa, cogí mi teléfono con la intención de echar un vistazo a Instagram, y descubrí un mensaje de Hunter. Era implacable. Siempre había sido así, pero en aquel momento, después del beso, todo era diferente. Se me revolvía el estómago cada vez que me llamaba o me enviaba un mensaje.

Hunter: ¿Estás libre mañana por la tarde?

Josie: Sí. ¿Por qué?

Hunter: Estaba pensando que deberíamos elegir un anillo.

Josie: ¿Ya?

Hunter: La fiesta de cumpleaños de Amelia es el sábado, ¿recuerdas? Sería bueno tenerlo para entonces.

Oh... tenía razón, desde luego.

Josie: Claro.

Hunter: Estaré en tu casa a las seis.

Tenía una noche para procesarlo todo. Una noche. Dios mío. Estaba un poco nerviosa... pero, ¿por qué tenía una sonrisa de oreja a oreja?

Hunter

Cuando le dije a Josie que pasaría por su casa, supuso que la recogería y que iríamos a Tiffany. Quería que las cosas fueran lo más fáciles posible para ella, por eso le pedí a un agente de Tiffany que fuera a su casa.

De camino, llamé a mi madre. La llamaba una vez a la semana para asegurarme de que todo iba bien.

—Hola, mamá —saludé.

—¡Hola!

—¿Tienes tiempo? Quiero contarte una noticia.

—Por supuesto.

—Recuerdas a Josie, ¿verdad?

—Es tu mejor amiga, Hunter. Claro que la recuerdo.

—Pues nos vamos a casar.

A continuación, hubo una breve pausa y luego me estallaron los tímpanos.

—¡Dios mío! ¿Qué? ¿Cuándo? No me habías dicho nada. ¿Está embarazada? ¿Desde cuándo estáis saliendo? Has estado mintiendo cada vez que te preguntaba cuándo pensabas sentar la cabeza.

Me reí entre dientes.

—Mamá, tranquila. Respira.

—Vale. Yo respiraré. Tú habla.

—Nos conocemos de toda la vida...

Continué, contándole una versión de lo que Josie y yo habíamos acordado. Mi madre tendría que viajar desde Londres para la boda.

—¿Tres semanas? Será una boda de penalti, ¿no? No tienes que fingir conmigo. Quiero nietos de todos modos.

La culpa me retorció las entrañas. La estaba ilusionando y, tres años después, la decepcionaría.

—No es una de penalti, mamá. Créeme.

—¿Se lo has contado ya a Amelia?

—No, eres la primera persona a la que se lo cuento. Se lo diremos a los demás el sábado.

—Me muero de ganas de cotillear con Amelia. A veces creo que se le olvida que no eres su hijo.

Me reí, porque mi madre tenía razón. Y el segundo marido de Amelia, Mick, había sido lo más parecido a un padre para mí.

—Estoy tan feliz por ti, Hunter. Tan feliz.

—Gracias, mamá. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien. Aunque estoy a punto de entrar en una estación de metro, no creo que siga teniendo cobertura. ¿Hablamos más tarde?

—Claro.

Llevaba años cuidando de ella. Mientras estaba en la universidad, trabajé en empleos esporádicos y, apenas acabada la carrera, había ganado mucho dinero trabajando en el campo de la consultoría de gestión. Al cabo de unos años, tenía suficiente capital para crear mi propia empresa y atraer a más inversores.

A veces me preguntaba qué habría pasado si me hubiera vuelto a Inglaterra. Pero yo no quería irme de Estados Unidos. Había ido a un buen instituto y, gracias a mis buenas notas, había conseguido una beca. Mis compañeros de clase no dejaban de fastidiarme y recordarme mi nuevo estatus una y otra vez. También decían que me la habían otorgado porque mi madre y el director eran amigos. Me habían apodado “el enchufado”.

Había aprendido a ignorarlos. Lo único que quería era graduarme, conseguir una beca para la Universidad de Columbia y ponerme a trabajar. Cuando Amelia empezó a dar clases en la institución, los comentarios maliciosos pasaron a ser solo ruido de fondo.

Cuando Josie llegó tres años más tarde, dirigieron los comentarios hacia ella, y yo no había querido que pasara por lo mismo. Al principio solo intentaba protegerla, pero de algún modo, acabó convirtiéndose en mi amiga.

Aunque también era cierto que Josie podía ser amiga de cualquiera. Rápidamente entabló amistad con mis primos. Antes de que me diera cuenta, era una habitual en casa de Amelia.

El hecho de ser consciente de todo lo que estaba sucediendo me estaba afectando sobremanera; me enfrentaba a muchos problemas. Por un lado, estaba a punto de infringir la ley y, por el otro, tenía que mentir a todas las personas que me importaban.

Pero, en ese momento, mi mayor problema era que no podía dejar de desear a Josie. Siempre había sabido lo preciosa que era, me había sentido atraído por ella toda la vida, pero lo había contrarrestado fácilmente. Había hecho una estricta distinción entre el Hunter hombre y el Hunter amigo.

Esos muros se habían derrumbado por completo cuando la había besado. La forma en que había reaccionado... joder. Casi me empalmo solo de pensarlo. Se había entregado sin dudarlo ni un segundo, pero en cuanto probé el cóctel en sus labios supe que eso se debía pura y exclusivamente al alcohol.

Repetí ese mantra, pero fue inútil. En cuanto Josie abrió la puerta, prácticamente pude saborearla en mis labios. Me deleité con la curva de su cintura, la forma en que su pelo oscuro ondeaba justo por encima de sus pechos. Fue como si aquel beso hubiera abierto las compuertas.

—¡Hola!

Me sonrió de manera radiante y luego miró por encima del hombro hacia su salón.

—Kendra ya está aquí. Qué agradable sorpresa.

Me alegré mucho cuando Kendra me saludó. Había llamado yo mismo un rato antes y había hablado con ella para prepararle una sorpresita a Josie.

La vendedora me guiñó un ojo cuando Josie no estaba mirando y dijo:

—¿Os parece bien si empiezo a sacar la selección?

—Sí —dije.

—Estupendo. Por cierto, enhorabuena.

Rodeé los hombros de Josie con un brazo y la atraje hacia mí. Ella sonrió de manera tímida. Mis latidos se intensificaron. Me moría de ganas de ver su reacción cuando viera la selección.

Kendra se volvió hacia la caja metálica que tenía al lado, la abrió y extrajo una bandeja con cuarenta anillos.

Estudié atentamente el rostro de Josie mientras recorría las filas y supe el momento exacto en que encontró el zafiro, porque no apartó la vista de él.

—¿Quieres que te saque ese? —preguntó Kendra entusiasmada. Luego, como si hubiera considerado que ya no había motivo para seguir guardando el secreto, añadió—: Tu prometido

llamó hace un rato para preguntarme si tenía este modelo en la tienda y pedirme que, en tal caso, lo incluyera en la selección. Me pareció muy romántico.

Josie levantó la vista, sorprendida.

—Kendra, ¿puedes disculparnos un momento —pregunté.

—Por supuesto.

Josie y yo accedimos a su pequeño dormitorio. Una vez que Kendra estuvo lo suficientemente lejos, me preguntó:

—¿Cómo supiste lo del anillo?

—Le pregunté a Tess.

—Qué tierno —murmuró.

—Pero, ¿te pasa algo?

—Es que... me gustaría que me pongan ese anillo cuando me comprometa de verdad.

No había pensado en eso. Por otro lado, ¿por qué sentía que tenía un nudo en el estómago? Asentí con fuerza.

—¿Crees que Tess se dará cuenta si aparecemos con otro anillo? —susurró.

—No, solo le diré que metí la pata e hice traer el anillo equivocado o algo así.

—Vale, y yo simplemente diré que me he decidido por otro. ¿Cuál quieres comprar?

Me encogí de hombros.

—El que tú quieras. A mí me da igual. Alguno que te veas llevando durante un buen tiempo. —Me obligué a parecer distante, como si todo me diera igual. Cuando volvimos al salón, Josie echó otro vistazo a los anillos y acabó eligiendo uno con un diamante redondo y modesto.

Kendra no parecía muy sorprendida de que Josie hubiera elegido otro anillo.

—No te preocupes. A veces las mujeres cambiamos de opinión —dijo.

Me limité a asentir de manera seca. ¿Qué podía decir? Josie no había cambiado de opinión, todavía deseaba tener el anillo de zafiro y, además, un futuro. Solo que no quería que ese futuro fuera *conmigo*.

Era consciente de todo eso, pero no tenía idea de por qué me sentía tan mal. Supuse que era porque había querido hacer algo bonito por ella y me había salido el tiro por la culata. Esa era la razón, la única razón.

Mientras Kendra recogía la bandeja y Josie se ponía el anillo en el dedo, me pregunté si no debíamos actuar más como una pareja.

No, así estaba bien, no teníamos que fingir las veinticuatro horas del día. Eso acabaría cansándonos rápido. Ni siquiera las parejas reales estaban el uno encima del otro todo el tiempo. Sin embargo, a juzgar por la mirada de desconcierto que nos dirigió Kendra, la compra de un anillo era probablemente uno de esos momentos que *sí* requerían emociones.

Sin embargo, sentí que Josie necesitaba espacio y quise dárselo.

Por primera vez me di cuenta de lo mucho que le estaba pidiendo. Nunca había pensado en casarme, sobre todo porque no creía que las relaciones fueran para siempre. El matrimonio de mis padres se desmoronó cuando empezaron los problemas económicos.

Pero Josie era más optimista que yo. La situación era más dura para ella, tener que pasar por la experiencia mientras posiblemente la estuviera comparando con lo que había imaginado.

Se quedó callada cuando Kendra se fue. Quería dejarla reflexionar tranquila, pero desistí justo al cabo de doce minutos.

—Cancelemos esto. Estamos a tiempo —dije.

Josie parpadeó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es evidente que esto va a ser mucho más difícil de lo que anticipé. Para ti, quiero decir.

Ella negó con la cabeza.

—No, está bien. Estaré bien. Es que... me imaginaba que el día que me pusieran el anillo de compromiso sería diferente.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Hunter, has hecho tanto por mí. Esto es lo menos que puedo hacer por ti.

Me acerqué y le levanté la cabeza.

—Josie. Mírame. No quiero que sigas con esto por algún extraño sentido de la obligación.

—Vale.

—No quiero que sientas que me lo debes, porque no es así.

—Esos son muchos “noes”.

—Pues hay muchos más todavía.

—¿En serio?

—Sí.

—Estoy descubriendo una nueva faceta tuya. No sé hasta qué punto me gusta.

—A juzgar por tu sonrisita autocomplaciente, te encanta.

Intentó contener la sonrisa... pero no lo consiguió.

Capítulo Seis

Josie

El sábado estaba hecha un manojo de nervios mientras esperaba a que Hunter me recogiera. Habíamos decidido que era la mejor táctica, sería más natural si llegábamos juntos. Hunter había sugerido que esperaríamos hasta después de la cena para dar la noticia, así no nos pasaríamos toda la comida respondiendo preguntas. Le dije que no podría esconder el anillo hasta el postre. Al final me dio la razón.

Cuando sonó el timbre, me sobresalté y me apresuré a abrir la puerta. Luego di una vuelta para mostrarle el vestido de color verde claro que me había puesto.

—¿Qué te parece? ¿Es digno de un anuncio de compromiso? ¿Dice «He estado enamorada en secreto de Hunter toda mi vida»?

Había girado con tanto entusiasmo que hasta me mareé un poco, por lo que cuando me detuve, casi perdí el equilibrio. Al segundo siguiente, Hunter me había cogido por la cintura. Su agarre era fuerte, cálido, firme.

Me reí de mí misma mientras levantaba la mirada hacia él.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Que estás muy sexy.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Es inapropiado?

—No. Es... perfecto.

En ese instante, me di cuenta de lo posesivo que había sido su gesto con el brazo, y de que su otra mano descansaba en mi hombro. El contacto piel con piel era ardiente. Me aparté y alisé mi vestido.

—Vamos. No puedo esperar a enseñar mi anillo. He investigado un poco. Al parecer, las esposas despechadas pueden convertir los anillos de compromiso en otra cosa. Un colgante, o pendientes. Convertiré esto en algo precioso después de que me rompas el corazón.

—O que tú rompas el mío.

Puse los ojos en blanco.

—Tú eres el rompecorazones. Yo simplemente... soy yo.

—Tú eres jodidamente preciosa.

—Ya he dicho que sí. No es necesario que me hagas la pelota.

Pasó la mano por mi barbilla, apoyando el pulgar cerca de la comisura de mis labios.

—Eres preciosa, Josie. Si no te lo he dicho antes, solo ha sido porque temía que pensaras que quería ligar contigo.

—¿Y ahora ya no temes que lo piense?

Sonrió.

—No, para nada, prometida. Así que será mejor que te acostumbres.

Me sentí un poco desconcertada. ¿Estaba flirteando? ¿Bromeando acaso? Mientras le miraba fijamente, tratando de descifrar sus verdaderas intenciones, mi corazón latía a mil por hora. Acabé apartando la mirada, temiendo que se diera cuenta de lo que estaba pensando. Era difícil no dejarse llevar por su encanto cuando estaba tan centrado en mí.

Cogimos un taxi hasta la casa de Amelia, pero nos bajamos unas manzanas antes de llegar. Habíamos acordado caminar unos minutos para planificar nuestra estrategia.

—Se lo he contado a mi madre —dijo—. Estaba... emocionada. Supongo que Amelia también lo estará.

—Hunter, siento aguarle la fiesta, pero todas las chicas estarán emocionadas.

Suspiró.

—Es cierto.

—Creo que nuestra mejor jugada es dividir y conquistar.

—Explícamelo.

—Intentamos hablar con todo el mundo por separado, o al menos en pequeños grupos. Si dejamos que todos nos bombardeen con preguntas al mismo tiempo, será más probable que nos equivoquemos y cometamos un error.

Se pasó una mano por el pelo.

—Tienes razón.

—Los chicos probablemente pondrán los ojos en blanco y no molestarán con preguntas.

—Más les vale, si no, se las verán conmigo.

—Sí, pero te pido por favor que me salves de las chicas, ¿vale?

—Haré todo lo posible. Ah, y tómate dos semanas libres después de la boda.

—¿Por qué?

—Tendremos muchas cosas de las que ocuparnos —dijo.

—Vale... —No estaba muy segura de lo que quería decir, pero confiaba en su intuición.

Hunter me cogió de la mano mientras caminábamos hacia la puerta de la casa de Amelia. El sudor salpicaba las palmas de mis manos. Debió de notar mi angustia, porque me la apretó más fuerte para tranquilizarme. Ninguno de los dos lo decía en voz alta, pero después de esa noche, no habría vuelta atrás.

Amelia abrió la puerta y nos besó las mejillas. Entonces, se fijó en nuestras manos entrelazadas.

—¡Dios mío! —dijo con una sonrisa.

—Josie y yo tenemos noticias. Vamos a reunirnos con los demás. —Hunter pasó la mano por mis hombros mientras nos dirigíamos al salón.

Cinco minutos después, todos los presentes se abalanzaron sobre nosotros.

Amelia me dio un fuerte abrazo.

—Siempre he sabido que los dos os acabaríais dando cuenta de lo que teníais delante. Harás muy feliz a mi hijo.

Me sentí tan culpable que estuve a punto de confesarlo todo en ese mismo momento. Miré a mi alrededor, buscando a Hunter, preguntándome si habría alguna forma de hablar con él a solas. No creía que fuera un problema contarle la verdad a Amelia, ella no se lo diría a nadie. No era justo mentirle. No podía imaginarme la cara de decepción que pondría cuando nos “divorciáramos” dentro de unos años. Estaría destrozada, sobre todo porque ella también había pasado por el proceso de un divorcio. Ni siquiera podía imaginarme cómo era ser madre de cuatro hijos y que mi marido anunciara que me dejaba por otra mujer.

Cuando conocí a la familia Winchester, cada uno estaba lidiando como podía con la partida de su padre, pero tenían algo en común: todos protegían mucho a Amelia. Ella siempre bromeaba diciendo que había tenido una casa llena de rebeldes antes del divorcio y que, después, siempre se turnaban para portarse mal, como si supieran que estaba demasiado abrumada por la vida como para ocuparse de todos al mismo tiempo.

Amelia era una de las personas que más quería y respetaba. No podía mentirle, pero estaba

casi segura de que los servicios de inmigración la interrogarían sobre Hunter si tenían la más mínima sospecha. No, tenía que seguir adelante con el plan. No pondría a Amelia en peligro solo porque no podía lidiar con mi sentimiento de culpa.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Ryker, dando un sorbo a su whisky acto seguido.

—En tres semanas —respondí.

Ryker casi se atraganta con su bebida.

—¿¡Qué!? —exclamó Tess—. ¿Estás embarazada?

—No —respondimos Hunter y yo al mismo tiempo. Me besó la mano y añadió—: He amado a Josie la mayor parte de mi vida. Ella es la elegida, siempre lo ha sido. ¿Por qué esperar?

¿Habíamos acordado eso? No era exactamente lo que habíamos ensayado, ¿verdad? Parecía tan real que sentía que mi corazón estaba a punto de explotar. Por segunda vez, estaba demasiado absorta en Hunter como para poder anticipar su siguiente movimiento. Mis piernas comenzaron a flaquear en cuanto nuestros labios se tocaron. Ese beso fue aún más pasional que el primero, y esa vez, fue en presencia de toda la familia. ¿En qué estaba pensando?

—Vale, vale, tortolitos, ya hemos captado el mensaje —dijo Cole. Ryker hizo un silbido cuando nos separamos.

Ryker y Cole tenían una complexión similar: ambos medían más de un metro ochenta y unos ojos de un azul intenso, pero el pelo de Ryker era rubio ceniza y el de Cole, negro azabache. De alguna manera, eso le daba un aire caballeroso (absolutamente inmerecido), mientras que la apariencia de Ryker era más propia de una estrella de rock que del ambiente de Wall Street. De hecho, era *cierto* que a veces tocaba la guitarra en bares locales después del trabajo, y allí desplegaba todo aquel encanto de chico malo.

Todos nuestros planes de abordar a la familia por separado se vinieron abajo rápidamente. Skye y Tess me estaban acorralando. Para mi asombro, los chicos estaban acribillando a preguntas a Hunter. Al menos desde donde estaba, eso es lo que pensaba que estaban haciendo. A pesar de que se encontraban en el extremo opuesto de la habitación, me pareció que Hunter estaba bastante rodeado. De no haber sido porque yo estaba igual de abrumada que él, habría sentido compasión por la situación en la que se encontraba.

Amelia y Mick charlaban y, de vez en cuando, me miraban a mí o a Hunter.

—Tenemos que organizar una despedida de soltera épica —dijo Tess. Skye y ella intercambiaron miradas de complicidad.

Skye dio una palmada.

—Sip. Habrá mucho alcohol. Tenemos que planear los detalles. ¿Cuándo empezaste a sentirte atraída por Hunter? ¿Por qué no nos lo dijiste? ¿Desde hace cuánto estáis saliendo?

Mierda, mierda, mierda. Estaba segura de que podría sobrevivir a una entrevista con los servicios de inmigración y mentir descaradamente. Pero no tenía la certeza de que pudiera sobrevivir a Tess y Skye, sobre todo si había alcohol de por medio. Nunca había sido capaz de mentirles. Para colmo, me miraban como si estuvieran esperando respuestas *en ese preciso momento*. Y no podía proporcionarles ninguna.

Miré en dirección a Hunter y exhalé un suspiro de alivio cuando capté su mirada. Esperaba que mi expresión transmitiera lo desesperada que estaba.

Debió de ser así, porque Hunter se acercó a nosotras. Al incorporarme del sofá donde estaba sentada con las chicas, él se acercó a mí y colocó un brazo alrededor de mis hombros, invadiendo mi espacio personal.

—¡Dejad ya de acosar a mi futura esposa!

Me estremecí. Era la primera vez que pronunciaba la palabra esposa.

—Es que no nos cuenta nada. —Tess hizo pucheros.

—Pues puede que sea una señal para que dejes de preguntar.

Tess sonrió.

—O una señal de que tengo que ahondar más en el tema.

Skye le dio un codazo.

—Deja que guarden sus secretos por ahora, tendremos todo el tiempo del mundo para interrogarla durante la despedida de soltera.

—¿Cuándo iremos a comprar vestidos? —preguntó Tess.

—No quiero un vestido blanco.

Me percaté de mi error en cuanto las palabras salieron de mi boca, porque... ¿Quién sabía que había soñado con un vestido blanco toda mi vida? Tess.

Puede que se hubiera tragado que cambiara de opinión sobre el anillo, pero nunca se creería que no quería un vestido blanco.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Tess, incrédula—. Siempre has querido un vestido blanco. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos a comprar vestidos de dama de honor para la boda de mamá y te probaste uno solamente por diversión?

Me sonrojé. Claro que me acordaba.

—No hay tiempo suficiente para encontrar el adecuado —dije en vano—. Mejor un vestido de noche.

—Tonterías. Con un cuerpo como el tuyo, encontrarás algo que te quede bien rápidamente.

Hunter salió en mi defensa.

—Chicas, no la atosiguéis. Dejad que elija lo que ella quiera.

—Al menos prométeme que te probarás todos los vestidos que te llamen la atención —dijo Tess.

Quizás fuera por el hecho de que Tess nos estaba mirando de forma extraña, o tal vez porque no podía resistirme a la idea de probarme vestidos de novia, pero me encontré asintiendo. Vaya, era fácil dejarse llevar por todo aquello.

—No entiendo por qué tenéis tanta prisa —dijo Tess.

—Cuando sabes lo que quieres, vas a por ello —dijo Hunter con tanta seguridad que todos los que pudieron oírle se derritieron... yo incluida.

Capítulo Siete

Hunter

La semana siguiente fue una mierda. De alguna manera, todo mi círculo se había enterado del compromiso. Tuve que atender llamadas a diestro y siniestro. No tenía tiempo para responder a preguntas como *¿Cuándo es la boda? ¿Dónde? ¿Cuándo podemos conocer a la novia?*

El mayor problema era que todo el mundo con el que hablaba esperaba una invitación. Le había prometido a Josie una fiesta pequeña y quería respetar esa promesa.

Eso se convirtió en una simple ilusión cuando una mañana apareció Tess en mi apartamento con el desayuno.

—¿A qué debo esta sorpresa? —pregunté mientras nos sentábamos en la barra del bar, justo enfrente de mi cocina.

—Quería hablar contigo sobre la boda.

—Bueno.

Amelia y Tess habían manifestado que querían ser las organizadoras oficiales, algo que a Josie y a mí nos había aliviado. Ninguno de los dos estaba en condiciones de ocuparse de eso.

—Dijiste que querías una fiesta pequeña, pero no creo que sea posible. El número de personas que esperan ser invitadas es astronómico.

—¿Por qué no?

Tess sonrió.

—Hunter, eres famoso en esta ciudad. No solo por tu negocio. Nuestras fiestas benéficas son muy famosas, todo el mundo conoce y adora las Galas Benéficas de Baile. Nos ha ido bien con eso.

Tenía razón. Hacía unos años, mi empresa había renovado un edificio antiguo en el Upper East Side y acabé quedándomelo. En ese momento albergaba dos salones de baile diferentes donde organizamos actos de beneficencia que llamábamos las Galas Benéficas de Baile. Todos mis primos estaban involucrados, era nuestro proyecto común.

Cole y yo conseguíamos donantes de prestigio. Ryker, Tess y Skye eran expertos en cuanto a la organización de eventos. Habíamos ideado el concepto juntos, apostando por el hecho de que los eventos de lujo harían que los donantes soltaran su dinero con facilidad, y habíamos dado con la tecla.

La temporada de baile iba de septiembre a junio. Teníamos varios eventos repartidos a lo largo de ese periodo. Cuando no había galas, alquilábamos las salas a empresas de eventos.

—Se me ha ocurrido una idea. Dado el tamaño, deberíamos celebrar la boda en uno de los salones.

—¿De verdad tenemos que invitar a todo el mundo?

—Sería de mala educación no invitar a tus socios comerciales y a los mayores donantes de las galas.

—Se lo comentaré a Josie y te daré una respuesta. —No quería ponérselo aún más difícil.

Tess me observó atentamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Mis sentidos arácnidos me dicen que algo no va bien... pero no sé muy bien qué. ¿Por qué no te sinceras?

—¿Qué quieres decir?

—No sé, dímelo tú.

Me obstiné en sostenerle la mirada, esperando que cambiara de tema. Entrecerró los ojos, pero negó con la cabeza.

—Por cierto, Ryker está organizando tu despedida de soltero.

¿Una despedida de soltero real para una boda falsa? Debía impedirlo.

—¿Puedes salvarme de eso? —pregunté.

—No. Y aunque pudiera, no lo haría. Es un acontecimiento importante, no puedes perdértelo.

—¿Pues entonces para qué me lo has dicho? ¿Para atormentarme?

Sonrió.

—No, para darte tiempo a que te hagas a la idea.

—Qué generosa.

—Estoy organizando la despedida de Josie. Hombre, me he pasado toda la vida soñando con organizar la despedida de soltera de alguna de las chicas. Voy a sacar la artillería pesada.

—Nada de *strippers*.

Tess se rió. Se rió.

—No recuerdo habértelo preguntado.

La idea de que Josie le pusiera las manos encima a otro hombre... joder. No. Me estaba volviendo cada vez más posesivo y ni siquiera era mi novia.

—¿Y por qué me lo cuentas? ¿También para que me haga a la idea?

—No, lo he dicho *solo* para atormentarte.

Maldita sea. Estaba usando mis propias palabras en mi contra.

Probé con otra perspectiva.

—¿Acaso le has preguntado a Josie si quiere una despedida?

—Sé que es así, créeme.

—Vale.

Vale. Si Josie de verdad la quería, estaría comportándome como un gilipollas si me opusiera. ¿También quería un *stripper*? Mierda, necesitaba centrarme en otra cosa. El mero pensamiento me hizo querer golpear la mesa y aplastar mi taza.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda saltarme ese... acontecimiento? —pregunté.

Sonrió de manera tierna.

—Has dicho lo mismo de todos a los que te he obligado a ir. Y en retrospectiva, siempre te has alegrado de que lo hiciera.

Baile de graduación, graduación, viaje de graduación. Había querido saltármelos todos. Tess era un año mayor que yo y ya se había mudado de la casa de los Winchester para cuando yo estaba en el último año, pero... ¿adivináis quién había ido a casa a visitarme el fin de semana de mi baile de graduación? Sí, fue Tess.

Prácticamente me había empujado por la puerta. No le había pedido a nadie que me acompañara y, seguía sin tener muchos amigos aparte de Josie, pero acabé divirtiéndome. Sucedió lo mismo con la fiesta de graduación.

—Siempre he esperado que Josie y tú fueseis pareja —continuó—. Me alegro por vosotros. —El sentimiento de culpa volvió a aparecer.

Tess miró la pantalla de su móvil y suspiró.

—Tengo que irme o llegaré tarde a mi reunión.

—Tess, te agradezco que quieras organizar la boda, pero puedo contratar a una organizadora. Ya tienes bastante con tus cosas.

Ella y Skye estaban montando su propio negocio de lencería y eso requería mucho trabajo.

Ambas seguían trabajando a tiempo completo en la industria de la moda, así que lo hacían todo en su tiempo libre. Hasta ese momento tenían una pequeña tienda online, pero su objetivo era abrir pronto una tienda física.

—Siempre hay tiempo para la familia.

—Gracias.

No tenía ni idea de por qué aquello me seguía afectando después de tantos años. Tal vez porque me *había* sentido como un perro callejero en los pocos meses posteriores a la mudanza de mamá a Inglaterra y antes de que Amelia y mis primos se mudaran a Nueva York. Me habían dado muchísimo y yo intentaba compensarlos cada vez que podía.

Por eso quería hablar con Tess de algo que seguía siendo un tema delicado.

—¿Cómo va la financiación? —pregunté. Ella y Skye estaban buscando inversores para su negocio. Eran tan audaces como trabajadoras. Nueva York era un paraíso para la industria de la moda, pero también ferozmente competitiva.

—Tenemos algunas ofertas y ahora las estamos evaluando.

—¿Ya habéis decidido a cuál de los inversores vais a aceptar?

—Todavía no. Voy a... espera un momento. Has puesto esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La comisura de tu boca está un poco levantada. Como si... como si en verdad no te intrigara, sino que solamente quisieras una confirmación. Lo que significa que ya te has salido con la tuya.

—Puede que haya tomado ciertas precauciones.

—¿Cómo cuáles?

—Puede que haya hecho una investigación exhaustiva de los antecedentes de todos los inversores.

En mi defensa, no era algo injustificado. Uno de los socios con los que trabajaron al principio les había estafado. Todavía me cabreaba que hubiera salido impune, pero alguno de aquellos días le pillaría, recibiría su merecido.

Me besó la mejilla.

—Gracias por cuidarnos. No puedo creer que hayamos metido tanto la pata.

—Tess, son cosas que pasan.

—¿De verdad? ¿Cuánta gente estuvo a punto de perder su negocio por confiar en la gente equivocada?

—Muchos. Puedo hacerte una lista, no tendría menos de diez páginas.

—Solo intentas hacerme sentir mejor. ¿Es para que no te acribille más a preguntas?

—Pensé que llegabas tarde a una reunión.

—¡Ja! Me estás evadiendo. Lo sabía. Mis sentidos arácnidos han dado en el clavo. Aquí hay gato encerrado. Te lo sacaré en el próximo consejo familiar.

Era hombre muerto. “Consejo familiar” era un término elegante para referirse a un almuerzo en una de mis salas de reuniones, donde nos reuníamos los cinco hermanos para hablar de las obras benéficas, pero la mayoría de las veces acabábamos hablando de asuntos personales. Tenía la sensación de que yo sería el centro de atención en el futuro inmediato.

Llegué al trabajo más tarde de lo habitual. Nuestro edificio estaba en el Upper West Side. Estábamos rodeados de edificios altos y calles estrechas, pero yo no había comprado el edificio por las vistas, sino más bien por razones prácticas. Mi empresa ocupaba seis plantas y el resto las alquilaba.

Cole ya estaba allí, revisando los planos de nuestro próximo proyecto. Por lo general, en la oficina solo me ocupaba de los negocios, pero en ese momento el tiempo apremiaba, así que esperé hasta quedarme a solas con él y le dije:

—He oído que Ryker se está encargando de la despedida de soltero.

Levantó la cabeza del iPad.

—¿Eso te ha dicho?

Su expresión de desconcierto me indicó que estaba metido en el ajo.

—Ha sido Tess.

Se rió entre dientes.

—Entonces probablemente ya sabes más de lo que deberías.

—Ayúdame a librarme de eso.

—Estás de coña, ¿verdad? Es tu noche, tío. Y por extensión, nuestra noche. No me la voy a perder.

—Cole...

—Confía en mí. Vamos, hacemos un buen equipo.

—No parece que estés en mi equipo ahora mismo. Más bien parece como si estuvieras en mi contra.

Cole me dedicó una sonrisa burlona.

—A veces es necesario, pero es por tu propio bien. —Me dio una palmada en el hombro—. No te preocupes, nos encargaremos de todo.

Eso era *exactamente* lo que me preocupaba.

Esa tarde celebré una de nuestras reuniones bimensuales, en la que repasábamos nuestros progresos y fijábamos los objetivos.

—En resumen, vamos bien encaminados para cumplir los objetivos de este mes, pero podemos ser más agresivos todavía. Estoy seguro de que, si nos lo proponemos, podemos alcanzar el 110%.

—Siempre exigiendo más —dijo uno de los directivos, sacudiendo la cabeza.

Le clavé la mirada y él levantó las manos para defenderse, ninguno de los otros veinte asistentes dijo nada. Me había ganado el respeto de mi equipo porque, si bien era exigente, no era injusto. Quería que fuéramos los mejores. Estaba orgulloso de la empresa y me gustaba lo que hacía.

Nuestros proyectos se centraban sobre todo en edificios comerciales, aunque también habíamos hecho algunos residenciales a las afueras de la ciudad. Era una industria dinámica. Algunas cosas no habían cambiado desde que mi padre se había dedicado a aquel negocio, pero muchas sí. En el fondo, se trataba de construir cosas que mejoraran la calidad de vida de la gente de un modo u otro, independientemente de que pasaran allí su tiempo libre, fueran a trabajar o vivieran en el lugar.

Éramos uno de los mayores promotores inmobiliarios del país, y Nueva York era nuestra mayor zona de operaciones. La sede central estaba allí, pero estábamos trabajando en la creación de otra oficina en Miami. Di por terminada la reunión tras exponer los pasos operativos para alcanzar los objetivos adicionales.

Al salir, ya no estaba pensando en la empresa. Necesitaba hablar con Josie sobre la boda. No quería hacerlo por teléfono, y mi intención había sido darle un respiro durante unos días. Tenía la corazonada de que ya estaba completamente abrumada y no quería que se sintiera presionada.

La había apoyado en todo momento a lo largo de los años, pero esa vez no podía hacerlo,

porque yo era el causante del problema. La situación ya estaba poniendo a prueba nuestra amistad.

Me repetía a mí mismo que esa tensión solo duraría unas semanas, mientras nos acostumbrábamos a todo y que luego todo volvería a la normalidad, pero en el fondo no creía que fuera posible.

Por la tarde, recibí noticias del agente inmobiliario al que había encargado la búsqueda de un nuevo apartamento. Hacía tiempo que mi empresa no realizaba un proyecto residencial, lo que significaba que tenía que probar suerte en el mercado. Debía hablar con Josie cuanto antes.

Busqué mis números favoritos y la llamé de camino al gimnasio. Me contestó enseguida.

—¡Hunter, hola!

—Hola. ¿Recuerdas que hablé de comprar un nuevo apartamento?

—Sí.

—Mañana tengo una cita con el agente inmobiliario. ¿Quieres venir? Me gustaría conocer tu opinión, y...

Me detuve justo cuando iba a decir que eso haría más creíble nuestro compromiso: las parejas buscaban casa juntas.

A lo mejor me estaba volviendo paranoico con lo de que los servicios de inmigración grabaran las conversaciones telefónicas, pero no quería arriesgarme. Entonces recordé que ya habíamos hablado de nuestra relación por teléfono... maldita sea. En adelante tendría más cuidado.

—Claro —dijo Josie en un tono que indicaba que sabía lo que en realidad quería decir.

—Genial. Te enviaré los detalles.

Al día siguiente, quedamos en la dirección que me había indicado la agente inmobiliaria, Darla, en el barrio de Chelsea. Ella y Josie ya estaban allí cuando llegué. Observé a Josie. Estaba relajada, charlando con Darla, pero eso cambió cuando notó mi presencia. Primero, enderezó los hombros y levantó la barbilla, luego desvió su mirada hacia el anillo de compromiso y finalmente me dedicó una sonrisa nerviosa.

—Darla, veo que ya has conocido a mi prometida.

—Sí. ¿Estáis listos? Puedo daros un resumen de lo que he preparado.

Asentí y rodeé los hombros de Josie con un brazo. Se puso rígida durante una fracción de segundo y luego se inclinó hacia mí, como si lo hubiera estado esperando. ¿Estaba simplemente actuando o de verdad quería todo eso? ¿Acaso me quería?

Su respiración era agitada, su pecho subía y bajaba con rapidez. Giró ligeramente la cabeza en mi dirección y sus ojos azules se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de que la estaba mirando. Se mordió el labio antes de apartar la mirada. Fue todo lo que pude hacer para no coger su cara entre mis manos y besarla. Todo en ella me tentaba: su esbelto cuello, la forma en que su cabello oscuro caía sobre sus hombros...

Ya no había vuelta atrás, las cosas nunca volverían a ser iguales. Cuanto antes lo aceptara, mejor. Pero, ¿podría aceptarlo?

—Vamos a ver cinco apartamentos en el edificio de viviendas. Es un inmueble de lujo con gimnasio y sauna. En el otro extremo de la propiedad, tengo una casa adosada reformada, por si queréis verla. Seguiríais teniendo acceso a todas las instalaciones del edificio.

Había abierto la boca para decirle que no estaba buscando una casa cuando noté que Josie asentía con entusiasmo. Parecía una niña en la mañana de Navidad.

—Claro. Vamos a ver la casa —dije. ¿Por qué no hacer feliz a Josie? Siempre compraba

bienes raíces a modo de inversión, no solamente como lugares para vivir, y me gustaban más los apartamentos. Suponían menos problemas y eran más fácil de revender.

La casa tenía cinco dormitorios en tres plantas y una generosa terraza en la parte superior. Había espacio de sobra para que tanto Josie como yo tuviéramos despachos en casa. Joder, hasta podría poner una cinta de correr en una de las habitaciones. Y aun así nos quedaría un dormitorio de invitados.

—Ideal para dos niños, o incluso tres —continuó Darla. Me puse rígido, y fingí estar inspeccionando las ventanas.

Josie estaba encantada. Tocaba cada pared, cada puerta, sonreía cada vez que miraba por una ventana.

—¿Qué os parece? —preguntó Darla cuando volvimos a la sala de estar.

Josie estaba radiante.

—Dios mío. Ya nos veo asando malvaviscos en la chimenea...

—A los niños les encantan las chimeneas —dijo Darla. Otra vez con lo de los niños.

La sonrisa de Josie se desvaneció y miró al suelo. ¿En qué estaba pensando? ¿En la vida que podría tener si tuviera a su lado al hombre adecuado, no solo a un novio falso?

—Y la cocina tiene un horno de pizza incorporado.

Josie volvió a estar radiante tras escuchar lo que Darla acababa de decir. Podía verse a sí misma viviendo en esa casa, podía sentirlo en lo más profundo de mi ser.

—La compraremos —dije.

Darla me levantó el pulgar. Cuando se excusó para hacer una llamada, Josie me tiró de la manga.

—Me he dejado llevar. Tú no quieres una casa, podemos ir a ver apartamentos —susurró.

Negué con la cabeza, entrelazando nuestros dedos y besando el dorso de su mano. El corazón me latía desbocado. Cada fibra de mi interior deseaba complacer a Josie.

—La vamos a comprar, Josie.

Josie parecía confundida, era encantadora. Yo no tenía la menor duda de que, al mismo tiempo que quería convencerme de que no era necesario, se estaba enamorando de la casa.

Darla nos aseguró que tendría todo el papeleo listo en una semana y, cuando nos quedamos los dos solos, decidimos dar un paseo por el barrio.

—Hunter, ¿estás seguro sobre la casa? Sé que no te entusiasma.

—Es muy bonita. Y además te gusta.

—Me *encanta*. Esa chimenea, y el horno de pizza, pero es tan grande... Darla no paraba de hablar de niños. Me parece que piensa que es una boda de penalti.

—Es verdad.

—Por cierto, parecías como si alguien te hubiera abofeteado cada vez que sacaba el tema de los niños.

—¿Ha sido tan obvio?

—Para mí sí. No quieres tener hijos, ¿verdad?

Nunca habíamos hablado de eso. Simplemente no había surgido.

—La verdad es que nunca he pensado mucho en ello. Familia, hijos. Es que... no es algo en lo que me haya centrado al pensar en el futuro.

No es que no los quisiera, es que la vida era más fácil si mantenía las expectativas bajas, si no esperaba un futuro que quizás nunca llegaría. Todo resultaba más llevadero si no pensaba constantemente en lo que me faltaba en la vida.

¿Sería un buen marido?

Evité hacerme esas preguntas, porque no podía evitar pensar en mis propios padres. Después de que papá falleciera y mamá se mudara a Londres, los había echado muchísimo de menos. Añoraba todo lo que representaba la familia: calor, seguridad. Me había tenido que acostumbrar a estar solo. La única forma de conseguirlo era centrarme en lo que tenía y en mis objetivos, no en lo que me faltaba. Cuando Amelia y mis primos se mudaron a Nueva York, ya me había acostumbrado a estar solo.

Había pasado muchos años preocupándome por ser el mejor: en el instituto, en la universidad, en el trabajo. Construyendo algo de lo que pudiera estar orgulloso. Las relaciones superficiales eran las únicas que conocía, no sabía si podría ser un buen marido, mucho menos un buen padre.

—No sé si tengo madera de padre, Josie.

Me lanzó una mirada que no pude descifrar.

—*Pero* tú sí quieres tener hijos, ¿no? —pregunté.

Sonrió.

—Dos, y si son niñas, mejor.

—¿Por qué niñas?

—Porque no sabría ni por dónde empezar con los niños. ¡Y eso que esta casa sería perfecta para criarlos!

—La casa será tuya después de que consiga mi *Green Card*. Te la transferiré.

Josie dejó de caminar en el acto.

—¿Qué dices?

Mierda. Me miró con los ojos entrecerrados. Aun así, insistí.

—Quiero que te quedes con la casa.

—Pero no puedo pagarla.

—No te lo estaría vendiendo, sino transfiriendo.

—¿Por qué harías eso?

—Porque me estás haciendo un favor muy grande, Josie. Y te gusta la casa...

—¡Hunter!

—¿Qué tiene de malo lo que digo? A ti te gusta la casa; yo puedo permitirme comprar otra cosa y mudarme en cuanto reciba los papeles. Acabas de decir que sería perfecta para formar una familia.

¿Cómo haríamos que todo funcionara? ¿A qué hombre en su sano juicio le gustaría tener a un exmarido rondando por ahí, siendo el mejor amigo de su mujer? ¿Quizás si le contáramos la verdad...?

La idea de que cualquier otro hombre fuera capaz de darle lo que necesitaba hizo que me dieran ganas de golpear algo.

Me señaló y luego me clavó el dedo en el pecho.

—Solo quiero hacerte feliz.

Suspiró y dejó caer la mano.

—¿Por qué dices esas cosas? No puedo discutir contigo cuando haces eso.

—¿Eso significa que aceptarás?

—No.

—Josie...

—Hunter. No voy a aceptar una casa así como así. —Levantó la barbilla y se cruzó de

brazos. Estuve a punto de besarla en ese mismo instante. Entonces mostró una sonrisa pícar—. ¿Qué tal unos masajes en los pies?

—¿Qué?!

—Dijiste que querías hacerme feliz. Los masajes en los pies me hacen feliz. Tendrás muchas oportunidades de aprender la técnica. Especialmente al final del día, cuando esté cansada y me siente en el sofá a leer o ver televisión.

Mi corazón volvió a latir más deprisa ante la imagen que estaba retratando, ante esa versión de nuestra vida juntos. Después de todo, puede que yo no fuera el único que lo estaba deseando, por muy descabellado que pareciera.

—¿Quieres que te ponga en contacto con Leonie para que os ocupéis de decorar la casa?

Josie parpadeó y negó con la cabeza.

—No tengo muy buen gusto. Que Leonie se encargue de todo, como siempre.

Leonie era mi ayudante y salvadora. Se ocupaba de todos los aspectos de mi vida. Se había encargado de decorar cada uno de los lugares en los que había vivido en los últimos siete años.

No pude evitar sentirme decepcionado, quería que Josie lo decorara, que se sintiera como en casa... ¿Construir un hogar para nosotros? Por una fracción de segundo, había parecido que ella quería eso, pero tal vez solo me estaba imaginando cosas... proyectando.

—Vale. Le diré que lo coordine todo.

Ya estábamos buscando taxis cuando recordé que quería comentarle otra cosa.

—Josie, no creo que la boda pueda ser pequeña.

—¿Por qué no?

—Ya está llegando a oídos de todos.

—Déjame adivinar... todos están ya comprobando su correo para ver si han recibido la invitación.

—Algo así.

Se mordió el labio y se pasó una mano por el pelo.

—Y entonces... ¿de cuántos invitados estamos hablando?

—Doscientos, más o menos.

Guau. Vale, vale. Supongo que todo va a ser más grande de lo que imaginaba. La boda, la despedida de soltera...

—Ahora que lo mencionas, ¿cómo va eso? —Traté de parecer despreocupado, no como el típico cabrón celoso y posesivo.

No conseguí engañarla. Me miró con desconfianza, sonriendo de manera socarrona.

—No te voy a contar nada.

—Josie...

—¿Qué? ¿Vas a *obligarme* a contártelo, prometido?

—Sabes que puedo hacerlo.

Me incliné más hacia ella, le toqué la mejilla con los dedos y apoyé el pulgar justo debajo de su labio inferior. Soltó una bocanada de aire y abrió los ojos. No había nadie allí. Nadie por quien fingir, pero no podía estar a su lado y no tocarla. Joder, apenas podía abstenerme de besarla. Exhaló bruscamente, lamiéndose el labio inferior. Estuve a punto de satisfacer mi impulso, pero me detuve justo a tiempo.

Habría muchas ocasiones más para besarla, e iba a sacar provecho de ello. Mucho.

Capítulo Ocho

Josie

El miércoles, Hunter volvió a sorprenderme. Un agente del banco me llamó a las ocho de la mañana.

—Sra. Gallagher, alguien llamado Hunter Caldwell ha transferido cien mil dólares a su cuenta. Solo queríamos comprobar algunas cosas. Nuestro cumplimiento normativo interno requiere que hagamos algunas preguntas cuando se transfieren sumas tan grandes.

Casi me caigo de la silla.

—Es mi prometido... debe tratarse de un error. Sea como sea, no lo apruebes.

¿En qué estaba pensando? Había dicho que se haría cargo de todos los gastos extra que surgieran por estar casada con él, pero yo no había aceptado explícitamente. Además, ni siquiera estábamos casados todavía. Después de terminar la llamada, busqué el número de Hunter en mi móvil, pero corté antes de que se conectara la llamada.

No, prefería hablarlo con él en persona. El asunto del dinero me preocupó durante todo el día, pero no dejé de revisar los casos de mis clientes y de facturar horas sin parar.

Estaba a punto de convertirme en socia: mis jefes me habían sugerido que era candidata a ascender a finales de año. Me moría de ganas. El ascenso conllevaba un elevado aumento de sueldo. Ya había previsto el destino del dinero extra del primer año: iba a reintegrárselo a mis padres por ayudarme con los estudios de Derecho.

Salí del trabajo a las siete y me dirigí a la oficina de Hunter. Ni siquiera estaba segura de que siguiera allí, así que le llamé.

—Hola, prometido —saludé cuando contestó—. ¿Dónde estás?

—No creo que quieras saberlo.

—¿Ah, no?

—Espera, pensándolo bien... Ryker lleva una hora machacándome con la planificación de mi despedida de soltero. ¿Te importaría rescatarme?

Me reí entre dientes.

—¿No puedes rescatarte tú solo?

—No después de pedirle que sea mi padrino.

—Tienes razón... eso requiere de intervención externa. ¿Dónde estás?

—En el restaurante griego cerca de mi apartamento.

—Estaré allí en unos veinte minutos. ¿Podrás lidiar con Ryker hasta entonces?

Hunter gruñó.

—Lo intentaré.

—¿No le parecerá sospechoso que me presente allí sin más?

—No, pensará que estamos locamente enamorados.

—Claro, es verdad. ¿Puedes pedir una *moussaka* para mí? Me estoy muriendo de hambre.

Cogí un taxi para ir al restaurante y, una vez dentro, apoyé la cabeza en la fría ventanilla. Durante nuestra visita a esa casa, casi había podido imaginarme viviendo allí, criando hijos, envejeciendo... con Hunter. Mi corazón ya se estaba dejando llevar por la situación, y eso era peligroso.

Cuando me propuso decorar la vivienda, me moría de ganas de decir que sí, pero no pude. Aquella casa ya me parecía un hogar y no quería invertir aún más en ella. Solo haría que el hecho de decir adiós fuera más difícil. O... tal vez nos convertiríamos en una verdadera familia. ¿Sería

posible que eso ocurriera? ¿Acaso podría enamorarse de mí? Madre mía, pensar de esa manera me llevaría directo a la desilusión... y sin embargo, no podía evitarlo.

Al bajarme del taxi frente al restaurante, tomé una profunda bocanada de aire y casi me ahogo. Nueva York era insoportable en julio, incluso durante la noche. La humedad era inevitable y mi cabello ya estaba rizado en las sienes.

El lugar ostentaba columnas de estilo corintio y estatuas de alabastro en las esquinas. Encontré a Hunter y Ryker sentados en una mesa para cuatro personas en el lado izquierdo de la sala.

—Hola, chicos.

Ryker ladeó la cabeza, sonriendo.

—Veo que voy camino de convertirme en el sujetavelas de la relación.

—No quiero herir tus sentimientos, pero no puedo contradecirte —bromeé.

—Bueno, de todos modos, ya he conseguido mi propósito.

—Hacer que me salgan canas —dijo Hunter en tono malhumorado. Ryker se rió. Incluso yo me reí.

—Hacía tiempo que no le veía de tan buen humor. Parece que alguien está enamorado.

Vaya... ojalá.

Ryker se levantó, me besó la mejilla y atrapó mi mano derecha entre las suyas.

—Josie, eres mi única esperanza. Te necesito a mi lado en esto.

—¡Ay! Tú siempre tan encantador.

—Oye, a mi me llaman “El Ligón”, y estoy orgulloso de ello. No me confundas con Cole.

Me reí, mientras sacudía la cabeza.

—Jamás se me ocurriría.

—Puedo intentar flirtear contigo si quieres, solo para demostrar que soy digno de mi apodo.

—Adelante.

La mirada de Hunter se encendió.

—O mejor no. Parece que alguien está celoso. —Batí las pestañas y dirigí la vista a Hunter.

—¿Qué pasa? No es con Ryker con quien me voy a casar, ¿verdad?

Le guiñé un ojo antes de centrarme en Ryker.

—Hunter quiere celebrar la despedida de soltero la noche antes de la boda. Yo ya lo tengo todo planeado y además no creo que eso sea prudente —dijo Ryker.

—Solo vamos a tomar unas copas —refunfuñó Hunter. Ryker sonrió con suficiencia. Definitivamente, no solo irían a tomar unas copas.

—¿Vas a devolvérmelo entero? —le pregunté a Ryker.

—No puedo prometerlo.

—¿Sin resaca?

—Tampoco puedo prometer eso.

Me volví hacia Hunter.

—Bueno, no será conveniente que vayas a la boda con resaca y en mal estado. Deberías tener tu despedida de soltero el fin de semana anterior.

Hunter entrecerró los ojos.

—Se suponía que venías a rescatarme.

—Sí, pero el argumento de Ryker es mucho más convincente que el tuyo.

—Gracias, Josie —dijo Ryker de manera jovial.

Hunter aún parecía malhumorado cuando Ryker se despidió de nosotros. Me senté en la silla

que él acababa de desocupar.

Pidió a uno de los camareros que me trajera la *moussaka* que había ordenado. Me había olvidado por completo de la razón por la que había querido verlo, tenía tanta hambre que apenas podía concentrarme en la conversación. Pero después de unos cuantos bocados, recordé por qué estaba allí, justo cuando la pareja que estaba a nuestro lado pidió la cuenta.

—He recibido una llamada de mi banco —dije.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Por supuesto. Como acordamos.

—No recuerdo haber acordado nada.

Su sonrisa se amplió.

—Lo sugerí, me diste el coñazo, luego insistí y al final insinuaste que había sido muy convincente.

Maldita sea, ese era el punto donde se suponía que debía dar una respuesta inteligente. En lugar de eso, me perdí en aquellos ojos azules. No podía apartar la mirada de sus labios. Eran tan carnosos... Siempre lo habían sido, pero después de saber cómo se sentían contra los míos, ya no podía dejar de pensarlo.

—Tess llamó hoy para informarme que te quería toda para ella una tarde esta semana para ir a comprar vestidos para la boda. Necesitarás ese dinero.

—¿Acaso no se te ha pasado por la cabeza que Tess nunca creerá que te dejaría pagar mi vestido de novia? ¿O que me des dinero? Me conoce demasiado bien.

—A mí también me conoce bien, y no me cabe duda de que sabe que, si fueras mía de verdad, me aseguraría de que te cuidaran y nunca te faltara de nada.

¡Qué tierno! Aunque un poco controlador, pero tierno al fin y al cabo.

—Te llevaría mucho esfuerzo convencerme.

—Recuerdo que dijiste que mi beso te desconcentró. ¿Quieres probar esa teoría un poco más? —Hunter se movió de la silla que estaba frente a mí a la de al lado.

Estaba casi a mi altura y, por el encantador brillo de sus ojos, me di cuenta de que, si le presionaba, me besaría para demostrarme que tenía razón.

Sacudí la cabeza.

—Esto es una locura.

—Lo sé.

Me crucé de brazos y le miré fijamente, pero él no pareció inmutarse.

—No autoricé la transferencia. Aparte de mis razones personales, sería una enorme señal de alerta para la oficina de inmigración, Hunter.

Se le borró la sonrisa.

—No había pensado en eso.

—Parecería que me estás pagando para que me case contigo.

—Tienes razón.

—Así que... tendremos que pensar en llevar este acuerdo adelante de otra manera. Yo me ocuparé de mi vestido de novia. En cuanto a los demás vestidos que necesitaré para eventos y demás... podemos ir juntos de compras antes de cada evento. Me haría sentir mejor que tener una cuenta conjunta o una tarjeta de crédito.

Me miró fijamente.

—Lo haces para castigarme, ¿no? Odio ir de compras.

—Es verdad, lo había olvidado.

—Puedes sobornarme para que vaya.

—¿Cómo?

—Prometiéndome que me dejarás espiar mientras te cambias.

Le brillaban los ojos. Estaba tan abrumada que no tuvo respuesta. ¿Acaso estaba de broma? Sin embargo, ese calor en sus ojos... Dios mío, no estaba bromeando.

Hunter tenía dos caras. Una que yo conocía: mi amigo, mi sostén. La otra: el hombre. Pura masculinidad, pura testosterona. En ese momento era más consciente que nunca de ello. Mi cuerpo reaccionó a un nivel primario.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —susurró juguetonamente.

—No sé qué decir.

—Solo dime lo que quieres.

Puso su mano sobre la mía. Madre mía. La piel me chisporroteaba dondequiera que me tocara... y dondequiera que no lo hacía también, como si todo mi cuerpo estuviera esperando su contacto, ansiándolo.

—De compras. Mañana —fue lo único lo que pude decir.

La sonrisa de Hunter se volvió triunfal. Maldita sea, me encantaba hacerle sonreír.

—Trato hecho.

Hunter

A la tarde siguiente, fuimos a la tienda que nos había recomendado Tess en la Quinta Avenida. La calle estaba abarrotada, pero solo había unos pocos clientes en la tienda. La dependienta nos llevó a Josie y a mí a un probador situado al fondo.

Había un sillón de cuero justo enfrente de los probadores y, en la mesita de al lado, una botella de agua y un vaso. A lo mejor todo aquello no sería tan terrible.

Josie se volvió hacia mí.

—Las Galas Benéficas de Baile no empiezan hasta septiembre, pero asistiremos a otros eventos en medio, ¿no?

—Sí.

—¿Y son tan elegantes como las galas?

Había asistido a unas cuantas a lo largo de los años.

—No sé qué decirte, llevo esmoquin a todas.

Se rió y me dio una palmada en el hombro.

—Vale, déjalo en mis manos.

Se dirigió directamente a una dependienta y hablaron de medidas, estilos y Dios sabe qué más antes de que la mujer desapareciera. Josie cerró las cortinas.

Eché agua en mi vaso y casi lo vuelco cuando oí el distintivo sonido de una cremallera deslizándose hacia abajo. Se estaba desnudando. Respiré hondo y traté de centrarme en mi vaso.

La mujer —Honor era el nombre que figuraba en su credencial— trajo un puñado de vestidos y se los entregó a Josie. Cuando se marchó, no cerró del todo las cortinas del probador.

Me entretuve jugando con el borde del vaso, dispuesto a no mirar.

Cinco segundos después, perdí la batalla conmigo mismo y levanté la vista. Le estaba echando más que un simple vistazo. ¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿O acaso pretendía atormentarme? No, ese no era su estilo.

Lo correcto habría sido decirle que tenía una vista directa, pero en los últimos tiempos, cuando se trataba de Josie, parecía no ser capaz de hacer lo correcto.

Era preciosa. Le eché un vistazo a sus piernas y...

Joder.

Las bragas que llevaba... ¿eran realmente bragas? Apenas le cubrían el culo y la parte delantera era semitransparente.

Volví a mirar el vaso que tenía en la mano, intentando recuperar la compostura. Fue inútil, tenía una erección brutal.

Luché por controlarla. Cuando salió, en parte lo había conseguido, pero pendía de un hilo muy fino.

Llevaba un vestido rojo que era simplemente... la mismísima perfección.

—¿Qué te parece?

—Estás preciosa.

—¿Te parece adecuado?

—Sin duda.

—Vale, pues entonces eso es todo.

—Compra más. Elige unos diez de entre todos los que te ha traído, así tendrás para unos cuantos meses.

—Bueno.

Cuarenta minutos después, Josie salió con el último vestido, que era de color blanco con vetas plateadas, mostrando cada una de sus curvas. Estaba tan sexy que casi me trago la lengua. Sus pechos asomaban por encima del vestido; su cuello y sus hombros quedaban al descubierto.

—Me encanta este vestido, pero prefiero algo que me cubra los hombros.

—Le puedo pedir a Honor que busque algo.

—No, solo dame ese pañuelo, creo que combinará con todos los vestidos. Puedo echármelo sobre los hombros y anudarlo delante.

Señaló un maniquí con un pañuelo plateado alrededor del cuello. Lo cogí, pero en lugar de dárselo a Josie, se lo enrollé yo mismo alrededor de los hombros.

Apoyé los pulgares en su clavícula, desesperado por robarle una caricia con el pretexto de ser “el prometido”.

—Todo esto ha llevado más tiempo del que pensábamos —dijo.

—No me estoy quejando.

—¿Cómo es eso?

—No cerraste del todo las cortinas.

Ella gruñó.

—Qué prometido tan atrevido.

—Eso no tiene nada de atrevido, Josie. —Arrastré mis pulgares por los lados de su cuello, me detuve en la nuca y me acerqué—. De haber sido atrevido, habría entrado en el probador y te habría besado hasta hacerte gemir.

—Hunter, no puedes decir esas cosas —susurró. Sus mejillas se sonrosaron, su pulso se aceleró y pude sentir cómo palpitaba bajo mis pulgares.

—Claro que puedo. Soy tu prometido.

—Eres de lo peor.

—Espera a que sea tu marido.

Se le erizó la piel de los brazos y se le cortó la respiración. Su reacción era embriagadora. Ya no bastaba con tocarla. *Necesitaba* un beso.

La dependienta se dirigía hacia nosotros. Podría hacerlo pasar como un beso para el público, ¿verdad?

Al segundo siguiente fundí mi boca con la de Josie y todas mis dudas se disiparon, porque ella me devolvió el beso con un fervor que casi me hizo desplomar. Cuando rozó mi lengua con la suya, el instinto se impuso a todo pensamiento racional.

Quería besarla, reclamarla, follarla.

No tenía ni idea de cómo conseguí detenerme, pero lo hice.

Josie desvió la mirada y se volvió hacia Honor, que nos estaba mirando con una amplia sonrisa.

—Nos lo llevamos todo —le informé.

—Voy a cambiarme para que puedas empaquetar esto también —dijo Josie.

Se entretuvo dentro del probador más tiempo del necesario. No me sentí demasiado culpable por lo sucedido, porque Josie había disfrutado del beso, se le había notado en su lenguaje corporal, en la forma en que me lo había devuelto, incluso en la forma en que había apretado los muslos.

Me serví otro vaso de agua mientras Josie se cambiaba, aunque esa vez había cerrado las cortinas del todo.

Maldita sea, me había comportado como un gilipollas. ¿En qué estaba pensando, convenciéndome de que estaba bien besarla solo porque a ella le gustaba? El hecho de que disfrutara de mis besos no significaba que estuviera bien que yo lo hiciera.

Pero desde que habíamos decidido llevar a cabo el plan, parecía como si un interruptor se hubiera activado en mi cerebro. Cada vez que la miraba, lo único que podía pensar era que era mía. Que, por supuesto, no lo era, pero empezaba a darme cuenta de que tenía que esforzarme constantemente para recordármelo. Era mi mejor amiga y sabía que no debía cruzar ese límite.

Capítulo Nueve

Josie

Al día siguiente, quedé con Tess y Skye a primera hora de la tarde. Nos dirigimos al Soho, en Lower Manhattan.

A muchos les fascinaba la Quinta Avenida, pero a mí me gustaba más el Soho. En su día había estado lleno de galerías, pero luego muchas fueron sustituidas por tiendas. La ciudad se reinventaba constantemente, como si estuviera decidida a mantener vivo el sentido de fascinación entre sus residentes.

El Soho tenía el encanto del viejo mundo, con sus estrechas calles adoquinadas, aunque tenía que tener cuidado de no pisar mal con los tacones. Los edificios con fachadas de hierro forjado albergaban cafeterías artísticas y tiendas de todo tipo, desde las marcas más conocidas hasta *boutiques* exclusivas.

Hubiera estado mintiendo si hubiera dicho que no estaba esperando aquel momento con impaciencia. ¿Me generaba ansiedad? Claro, pero también sentía una emoción que no podría describir con palabras.

Skye y Tess me estaban esperando delante de la tienda. Nunca las había visto tan emocionadas. Me alegraba mucho de que me acompañaran para ir de compras, porque tenían un gusto excelente para la ropa y todo les quedaba bien.

Skye era alta y tenía curvas. Había tenido ese cuerpo desde la adolescencia y a menudo decía que por eso quería dedicarse al negocio de la lencería. Quería crear diseños sexys para chicas con curvas. Me saludó con tanto entusiasmo que algunos mechones rebotaron en su coleta.

Tess también era alta, pero delgada. Su pelo castaño claro se entremezclaba con mechones rubios. No seguía las modas. Sabía lo que le gustaba y lo hacía con total naturalidad. Quería muchísimo a Tess y Skye. Era capaz de hacer cualquier cosa por ellas. Si sufrían, yo sufría. Si eran felices, yo era feliz. En ese momento, me sentía muy culpable por haberlas engañado.

La tienda tenía vestidos de novia en la planta baja y trajes de noche en la superior. A pesar de mi intención de subir directamente, no podía apartar los ojos de los atuendos blancos. Me encantaban los vestidos de novia en todas sus formas.

Mi corazón emitió un poderoso suspiro al observar uno de los percheros. Me di cuenta un poco tarde de que Tess me estaba mirando. Mierda. Se había descubierto el pastel.

—Andrea, ¿tienes algo que sea de la talla de mi amiga en el perchero? Ella y mi primo se han dado cuenta hace poco de que están hechos el uno para el otro y se van a casar dentro de dos semanas.

—¡Qué romántico! —dijo Andrea—. Supongo que estáis tan enamorados que no veis la hora de casaros y estáis dispuestos a dejar pasar cualquier sueño tonto de la infancia con tal de atar el nudo. ¿Cuál es tu talla?

—Cuarenta.

—Sube y elige lo que quieras. Voy a ver lo que tengo disponible en tu talla en la sección de vestidos de novia.

Veinte minutos después, entré en el probador con siete vestidos de noche. Todos eran para morir. ¿Cómo iba a decidirme?

Mi situación empeoró unos minutos después cuando Andrea regresó y me informó que había encontrado diez vestidos de novia en mi talla y los había colgado en un perchero frente al probador.

Todos eran impresionantes, y antes de siquiera probármelos, supe que estaba metida en un serio aprieto.

Uno a uno, fui desfilando los vestidos frente a Tess y Skye. Me conquistó uno de estilo sirena con escote corazón. Me hacía sentir como si fuera parte de la realeza.

—Este es el que quieres, ¿no? —preguntó Tess.

Skye dio una palmada.

—Mira, está sonriendo como una tonta. Claro que es ese.

Entre sus risas y la belleza del vestido, por un momento me olvidé por completo de que aquello no era real.

Era una tontería de mi parte.

—De todos modos, quiero probarme el resto de los vestidos —les dije antes de refugiarme en el probador.

Podía decirles fácilmente a Tess y Skye que no era lo que yo buscaba, que había tenido una imagen de mi vestido perfecto en mente durante años y que, en lugar de conformarme con algo que no era lo que había imaginado, prefería directamente no usar vestido de novia. Lo entenderían.

Pero nos casábamos en uno de los salones de baile y teníamos doscientos invitados, no podía aparecer en un vestido de cóctel. Levantaría sospechas.

Giré frente al espejo, sonriendo de nuevo como una tonta. No permitiría que ese vestido se me escapara. Volví a abrir las cortinas del probador y anuncié:

—Tienes razón. Este es el que quiero.

Me aclamaron y vinieron a abrazarme. Me sentí abrumada por la emoción y un poco culpable, pero les devolví el abrazo con la misma fuerza.

—Ahora solo necesitas un par de zapatos —dijo Andrea—. Vuelvo enseguida.

—Y también necesitas dejar libre el sábado anterior a la boda —dijo Tess.

—¿Por qué?

—Para la despedida de soltera.

Tragué saliva.

—¿Hace falta un día entero para eso? Había planeado mudarme a la nueva casa el sábado.

—Niña, cambia de planes. Te secuestraremos y cuidaremos como una verdadera novia se merece.

—¿Debería tener miedo?

Skye se puso una mano en la cadera.

—¿Crees que hace frío en el polo norte? Pues claro.

—Muy bien.

—Te ayudaremos a empacar tus cosas. No puedo creer que hayas aceptado casarte con Hunter antes de haber vivido con él. ¿Y si es uno de esos tíos que dejan sus cosas por todas partes?

Solté una carcajada nerviosa. Esas eran las cosas que debería saber.

—Soy bastante relajada con todo en general.

Tess levantó una ceja.

—¿Estás segura de que realmente te conoces? Eres tremendamente minuciosa en todo.

—No, para nada.

—Los estantes de tu biblioteca tienen etiquetas con la primera letra del nombre de los autores.

—¿Es que eso no es algo normal?

—Sería normal si se tratara de una librería. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Bueno, es cuestión de encontrar un equilibrio —murmuré, pero no pude mirar directamente a los ojos a Tess.

Capítulo Diez

Josie

Leonie me salvó la vida, como siempre. Me había informado de que se encargaría de empaquetar mis cosas mientras yo estaba en el trabajo, así como de trasladarlo todo a la casa. Lo único que tenía que hacer era separarlo todo en tres pilas: cosas para llevar, cosas para guardar en el trastero y cosas para tirar o donar.

Tess y Skye se habían ofrecido a ayudar.

Dos tardes después de empezar con la faena, me di cuenta de que *empaquetar* era sinónimo de *interrogatorio*.

—¿Ya te ha hecho un hueco en su armario? —preguntó Tess.

—Humm... —Mierda. Cada vez que pensaba que estábamos caminando sobre terreno seguro, surgía algo nuevo. Ni siquiera sabía cómo era el armario de Hunter.

—Voy a ayudarle a hacerlo —dije de manera despreocupada—. Acaba de mudarse a la casa, así que aún no hay nada decidido.

Cuando me puse a pensar en ello, me pregunté, ¿cómo sería nuestro arreglo? ¿Dormiría en otro dormitorio, pero toda mi ropa estaría en su armario? ¿Mis cosas de aseo estarían en su baño? Había más de un cuarto de baño en la casa, pero teníamos que hacer como si compartiéramos tanto el dormitorio como el cuarto de baño.

La idea de ducharme en *su* ducha, de entrar en su habitación a diario me parecía demasiado íntima. ¿Y si dormía desnudo? Nop... mejor ni pensarlo. Sin embargo, luego de haber permitido que ese pensamiento entrara en mi mente, no podía pensar en otra cosa. De repente, me recorrió una oleada de calor.

Teníamos que arreglárnoslas de alguna manera, porque no había forma de guardar la ropa en mi dormitorio. Cada vez que viniera un Winchester de visita, tendría que cambiarlo todo de sitio, y a ellos les gustaba aparecer sin avisar.

Cuando llegó el sábado y me encontraba viajando en el metro hacia la casa, una oleada de nerviosismo me invadió por completo. Leonie ya había enviado todas mis cosas allí el día anterior. Solo tuve tiempo de hacer un rápido recorrido por la vivienda antes de que Tess y Skye me recogieran para mi despedida de soltera. Me moría de ganas. Era muy probable que me emborrachara y acabara diciendo algo que no debía, pero necesitaba desahogarme.

Además, Hunter y yo habíamos inventado algunos detalles más sobre nuestra relación a principios de semana. Lo habíamos tramado todo juntos durante una cena y resultó muy divertido, cada uno había pensado en las posibles preguntas que Tess y Skye me harían.

Al final, me sentía agobiada y con mucha necesidad de él, y todos los pensamientos que jamás debería haber tenido sobre mi mejor amigo se habían grabado para siempre en mi mente. Había comenzado de manera inocente, pero de alguna forma, había cavado mi propia tumba.

—¿Y si me preguntan detalles íntimos? —pregunté en aquel momento.

Hunter me había respondido guiñando un ojo.

—Solo diles que soy el mejor que has tenido.

—Siempre tan humilde. —Mis mejillas se habían encendido. Me sonrojé incluso al recordar la conversación.

Todavía tenía la cara caliente cuando llamé a la puerta. Hunter me recibió con una sonrisa relajada y me hizo un gesto para que entrara. Llevaba una camisa muy fina, prácticamente

transparente. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no recorrer todos aquellos músculos con la mirada. Maldita sea. El tío estaba más bueno que el pan.

—Vaya, ha quedado preciosa —dije nada más entrar en la casa. Había estado completamente vacía cuando nos la enseñó la agente inmobiliaria y estaba irreconocible con todos los muebles. El salón estaba dividido en dos zonas: la cocina, equipada con una isla con taburetes y una mesa de cristal; y la zona de estar, definida por un sofá de color azul celeste de tres plazas.

—Leonie se ha lucido de verdad, ya ha desempacado todo.

Todavía no estaba segura de cómo íbamos a llevar lo de tener habitaciones separadas, pero guardar toda la ropa en el mismo sitio... Me parecía una locura y estaba segura de que estaríamos chocando entre nosotros todo el tiempo.

No tuvimos tiempo de hablar de logística, porque nuestras respectivas despedidas de solteros empezaban en unos minutos.

Skye y Tess llegaron primero.

—¿Lista? —preguntó Tess, frotándose las palmas de las manos con entusiasmo.

—Depende, ¿vas a decirme lo que vamos a hacer?

Ambas negaron vehementemente con la cabeza. Me volví hacia Hunter, que nos observaba con una expresión divertida.

—Prometido, ¿no tienes nada que decirles? ¿Una advertencia? ¿Un sermón?

—¿Acaso temes no poder manejar tu propia despedida de soltera? —preguntó con pereza.

Tess soltó una risita.

—Hablas como si fueras capaz de manejar la tuya.

Hunter parpadeó.

—Venga. Os pongo algunas reglas básicas. No emborrachéis demasiado a mi chica. No dejéis que nadie se le insinúe. Y hagáis lo que hagáis, no la torturéis con preguntas.

Skye sonrió con indulgencia.

—Aaay, qué mono. Que sepas que es completamente en vano, pero te felicito por intentarlo.

Hunter

Mi primo Ryker era un maestro en la organización de eventos. Había planificado un día completo. Habíamos empezado con una excursión de *rafting* en un río a las afueras de la ciudad y terminábamos la noche yendo a un bar. Estábamos los tres solos: Ryker, Cole y yo.

—¡Jamás pensé que algún día te casarías! —exclamó Ryker cuando nos bebimos la segunda ronda de tequila.

—Ryker, no empieces —dijo Cole.

—¿Por qué no? Necesito entender qué le hizo cambiar de opinión.

—¿Por qué? —pregunté.

—Así no corro el mismo riesgo.

Me reí, haciendo girar el vaso vacío.

—Cuando sabes lo que quieres, vas a por ello, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Ryker se desanimó ante mi explicación, pero no siguió indagando. Me encontraba constantemente preguntándome qué estarían haciendo Tess, Skye y Josie en ese momento. Había intentado mirar mi teléfono varias veces, pero siempre terminaba volviéndolo a guardar en mi bolsillo.

Me di por vencido después de la tercera ronda de tequila y me excusé del grupo.

La música estaba tan alta que tuve que salir para hacer la llamada. Mi visión estaba borrosa cuando miré la pantalla, pero de algún modo conseguí seleccionar el número de Josie.

Solo que no fue Josie quien contestó, sino Skye.

—Eres un prometido obsesivo —comentó.

—¿Puedo hablar con Josie?

—No. No se le permite hablar con hombres esta noche. Si hablas con ella, la convencerás de que nos deje tiradas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Parece que has bebido suficiente tequila como para querer escapar de Ryker y convencer a Josie de huir contigo y eso es algo que no podemos permitir. Todavía nos quedan *cosas* por hacer. Mañana tendrás a tu prometida para ti solo, pero esta noche es nuestra.

—¿En qué consisten exactamente esas cosas?

—Lo de siempre. Un poco de diversión.

Eso no me tranquilizó en absoluto, pero Skye se negó a contarme más. Mis pensamientos estaban fuera de control mientras me dirigía al interior, de vuelta con los chicos. Ryker había sugerido un club de *striptease*, pero yo me había opuesto firmemente. No era mi estilo.

Pero, ¿y Josie? ¿Acaso mis primas le habían contratado un *stripper*? Pensarlo me volvía loco. No quería que ningún hombre le pusiera las manos encima, y mucho menos otras partes del cuerpo.

Maldita sea. ¿Por qué me estaba volviendo posesivo? Ella era mi amiga. Me estaba ayudando. No había nada más.

Me estaba mintiendo a mí mismo, y lo sabía. La semana anterior había quedado claro lo cerca que estaríamos el uno del otro en los próximos años, y esa mañana... joder. Íbamos a vivir en la misma casa.

—Ahí estás. Dime que no has llamado a Josie —dijo Ryker.

—No he llamado a Josie.

—Mientes fatal. —Se pasó una mano por la cara con dramatismo—. Skye me va a echar la bronca.

—¿Por qué?

—Porque debíamos entretenerte lo suficiente para que no llamas a Josie.

Las comisuras de mis labios se fruncieron.

—Ha sido Skye la que ha contestado la llamada, así que será mejor que prepares muy bien tu defensa.

Llegué a la casa a las tres de la mañana. Josie aún no había llegado. A pesar del largo día, me sentía lleno de energía. El ligero colocón del alcohol se había esfumado y estaba demasiado inquieto para dormir.

Una hora más tarde oí ruido en la puerta principal, parecía como si alguien estuviera arañando la cerradura. No vi a nadie por la mirilla, pero abrí de todos modos. Josie estaba agachada, con la llave en la mano. Se enderezó y batió las pestañas.

—Humm... he tenido un pequeño problema para encontrar la cerradura.

—Te han emborrachado.

Josie hizo pucheros y me rodeó el cuello con los brazos.

—Invitaron a todos mis mejores amigos, éramos doce, fue una locura. Y Tess y Skye no tuvieron piedad, Hunter. Ni un poco. Pensé que ya estaba a salvo una vez que llegamos al club, pero después de tomar unos tragos, volvieron a hacerlo. Hice el ridículo.

—¿Qué te preguntaron?

La tumbé en la cama de la habitación de invitados y me senté en el borde.

—Por qué me enamoré de ti, qué es lo que más me gusta de ti, cómo supe que eras el hombre de mi vida.

—¿Qué les dijiste?

Arrugó la nariz, girándose sobre un lado con la cara hacia mí, abrazada a la almohada.

—Que probablemente eres la persona que mejor me conoce y que me encantas desde que éramos adolescentes, y que he soñado con tener “mini Hunters” desde siempre.

—Joder, qué tierna eres.

—La cabeza me da vueltas.

—Cierra los ojos. Duérmete.

—Debería cambiarme...

—Te ayudaré.

Ella entrecerró los ojos.

—No estoy tan borracha como para quedarme semidesnuda delante de ti.

Se quedó dormida en cuestión de segundos, pero yo permanecí a su lado sin moverme. ¿Había sido sincera con respecto a lo que le había dicho a mis primas? ¿O solo lo había hecho para tranquilizarlas? Aunque probablemente fuera lo segundo, sus palabras habían hecho mella en mí y no sabía muy bien por qué.

El calor de un hogar y el amor de una mujer eran cosas que ni siquiera me había permitido pensar que podría tener algún día, porque siempre me habían parecido inalcanzables.

Sinceramente, no podía verme en esa posición. Un padre. La cabeza de una familia. ¿Acaso Josie me veía de una manera diferente?

Cuando se giró hacia el otro lado, el vestido se le subió más y luego, cuando se puso boca abajo, otro poco más. Joder. Llevaba un tanga que básicamente no cubría nada. No quería mirar, pero no podía dejar de *hacerlo*.

Tenía que salir de allí. De inmediato.

Salí como un disparo por la puerta y me refugié en mi propio dormitorio. Santo Dios. Esa iba a ser mi vida a partir de ese momento. Esa preciosa mujer viviría conmigo durante tres años. Estaría tentado todos y cada uno de los días, y tendría que aprender a luchar contra esa tentación.

Por muy cerca que estuviera, Josie estaba fuera de mi alcance.

Dormí como un tronco. A la mañana siguiente, me sorprendió ver que Josie ya estaba despierta... bueno, lo suficiente. Estaba tumbada en el sofá, con las rodillas apoyadas en el pecho y la mirada perdida. Estaba muy guapa, llevaba un pijama largo y un top. No podía borrar la imagen de su perfecto culo de mi mente.

—Buenos días, borrachilla.

—Siento que la cabeza me pesa una tonelada. Me he dado una ducha, pero no me ha ayudado.

—Ese es uno de los efectos del alcohol.

—¿Por qué estás tan radiante? Tú también celebraste tu despedida de soltero anoche.

—Pero llegué más temprano a casa.

—Buuu, parece que fue una fiesta bastante aburrida.

—¿Quieres que hagamos un buen recorrido por la casa?

Ella se quejó.

—Debería, ¿verdad? Pero quiero quedarme así todo el día.

—Necesitas agua.

Le llevé un vaso grande de la cocina. Muy a su pesar, se sentó y cruzó las piernas en el sofá.

—Conozco la casa de todos modos —murmuró—. La agente nos dio un recorrido.

—Sí, pero entonces no tenía muebles.

—Tienes razón. Vale, déjame terminar esto y luego me haces un tour por el palacio.

Me reí entre dientes, ayudándola a levantarse después de que vaciara el vaso. Recorrimos las habitaciones en las que Leonie nos había instalado los despachos, luego la habitación de invitados en la que ella dormía y aquella en la que pondría la cinta de correr una vez entregada, hasta que finalmente llegamos al dormitorio principal, en el cual yo había fijado mi residencia.

—Vaya, esta habitación es aún más grande de lo que recordaba —dijo Josie asombrada.

—Duermo en el lado izquierdo de la cama... no sé si alguna vez te hará falta conocer ese detalle, pero ahora ya lo sabes. Así que el lado derecho sería el tuyo.

Me miró, pero rápidamente apartó la vista. Maldita sea, se estaba sonrojando y eso la hacía lucir aún más preciosa. Se trataba de información íntima y, como amiga, ella no lo sabría.

—¿Solo duermes de un lado? Estás desperdiciando una enorme cama. —Ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa socarrona—. Además, yo también duermo del lado izquierdo, aunque a decir verdad, me revuelco por todas partes. Así que, en definitiva, tendrías que cambiarte a la derecha.

—O... podría convencerte para que te cambiaras de lado.

Agitó la mano.

—De ninguna manera.

—Puedo ser muy convincente.

—Como si no lo hubieras dicho antes...

—¿Quieres pruebas?

Sabía que no debía acercarme más, pero aun así lo hice. Me acerqué tanto que pude oler el suave aroma a fresa de su gel de ducha. Noté cómo se le cortó la respiración. Luego se lamió el labio inferior, soltó una risita nerviosa y se volvió para echar un vistazo al interior del cuarto de baño.

Estaba esperando ver su reacción. Ese día se había duchado en el baño de invitados.

—¡Vaya! Tienes un jacuzzi. Esto no estaba aquí antes.

—Leonie mandó a que lo instalaran.

—Creo que me acabo de enamorar de ella. ¡Me lo pido para el viernes por la noche! Me reí.

—¡¿Quéééé?!

—Ya me has oído.

—Tendremos que negociar.

Se dio la vuelta y me miró fijamente.

—¿Negociar qué? Solo te lo estoy pidiendo para una noche, tienes otras seis para ti.

Incliné la cabeza, sintiendo el impulso irrefrenable de hacerla sonrojar de nuevo.

—A lo mejor solo quiero usarlo cuando tú lo hagas.

Durante unos segundos no dijo nada. Estaba tan cerca que tuve que llevarme las manos a la espalda para resistir el impulso de tocarla.

Se aclaró la garganta y dijo:

—El viernes es mío. No quiero que me pongas trabas, Hunter.

—No te prometo nada.

Dejó escapar un suspiro entrecortado y apartó la mirada.

¿Sabía lo que estaba haciendo? Ni puta idea, pero tampoco parecía saber cómo parar.

—Leonie puso toda tu ropa en mi vestidor. Llémoslo todo a la habitación de invitados — sugerí.

Me miró sorprendida.

—Hunter, resultaría sospechoso que mis cosas estuvieran allí.

—¿Crees que alguien va a revisar los dormitorios?

—Nunca se sabe cuándo Tess o Skye me pedirán que les preste algo. ¿Y la señora de la limpieza? ¿Y si alguien de los servicios de inmigración la interroga? No podemos pedirle que mienta. No sería justo, y ni siquiera estamos seguros de que lo vaya a hacer. Es demasiado arriesgado.

—Espera, ¿qué estás sugiriendo?

—Creo que tengo que guardar todas mis cosas en tu habitación y en el baño. Dormiré en la habitación de invitados pero haré todo lo demás en la tuya. No puedo usar el baño de invitados, como hice hoy. Me delataría si todos mis cosméticos estuvieran allí.

No estaba acostumbrado a compartir mi espacio personal. Por absurdo que pareciera, no se me había ocurrido. Y no podía procesar las implicaciones más allá del hecho de que Josie estaría en mi dormitorio todos los días. En mi baño. Se ducharía allí.

Jo-der.

—Vale —dije con calma—. De acuerdo. Entonces... empecemos con el baño. Leonie acaba

de poner todo en un rincón, pero quiero reorganizar algunas cosas.

—¿Cuál es tu rutina matutina? —preguntó mientras hacíamos espacio para sus cosas en el baño. Era fácil. Además de colonia, *aftershave*, crema de afeitar, gel de ducha y champú, no tenía nada más.

Josie llenó el espacio con una docena de botellas y tarros.

—Me levanto, me ducho, me afeito, me pongo un traje, bebo café y como lo que haya en la nevera. ¿Y tú?

Se rió.

—Vaya. La mía es un poco más compleja. Me levanto a las cinco, hago treinta minutos de yoga y luego, antes de meterme en la ducha, como yogur con granola. En total, necesito una hora en el baño.

Parpadeé.

—¿Una hora? ¿Qué puedes hacer que te lleve una hora?

Ladeó la cabeza de manera juguetona.

—¿Has vivido alguna vez con una mujer? Espera, ya sé que no. Depilarme lleva tiempo, y luego untarme la crema corporal, masajearme la piel hasta que se absorba.

Joder, no. No quería esas imágenes de mi mejor amiga en mi mente.

—Y mi pelo necesita un acondicionador, una mascarilla capilar y, una vez secado con una toalla, una espuma. Luego me lo seco con secador.

—¿Haces esto todas las mañanas?

No podía ser.

Sonrió.

—¿Acaso pensabas que me levantaba cada mañana con este aspecto?

—Te conozco desde que tenías quince años. Siempre me has parecido guapa.

Me dedicó una tímida sonrisa.

—Lucir como una verdadera abogada requiere un esfuerzo considerable. A decir verdad, es agotador.

Me incliné hacia ella, sonriendo.

—Puedo ayudarte a aplicar esa crema. Si eso ayuda a aliviar la carga.

Hasta yo sabía que había ido demasiado lejos. Frunció el ceño, como si se estuviera preguntando si los comentarios insinuantes eran de broma. También supe el momento exacto en que se dio cuenta de que no lo eran, porque se le cortó la respiración. Cuando bajó la mirada hacia mis labios, estuve a punto de inclinarme para besarla.

Tragó saliva y sacudió la cabeza.

—Muy encantador de tu parte. Mantén toda esa testosterona embotellada durante los próximos tres años. La necesitarás para volver a las andadas después.

¿Después? En ese momento, esa idea parecía tan lejana e irrelevante.

—Venga, vamos a establecer algunas reglas básicas para nuestra rutina matutina —continuó Josie—. Probablemente debería ducharme primero, ya que necesito más tiempo, pero entonces te despertaré.

—Duermo como un lirón por las mañanas. Créeme, a veces ni siquiera escucho la alarma.

—Bien. Una ventaja de tenerme como compañera de habitación: Me aseguraré de que te despiertes.

—Vale. Una cosa menos. Solo ten cuidado cuando entres en el dormitorio.

—¿Por qué?

—Duermo desnudo.

—¿Hablas en serio?

—No. Pero ha merecido la pena mentirte solo por ver cómo te sonrojas.

—No me estoy sonrojando.

—Creo que sí. ¿Y sabes qué más creo? —Estaba tan cerca de besarla. Tan cerca—. Que esperas verme desnudo cada mañana.

Capítulo Once

Josie

La semana siguiente fue una pasada. Como Amelia y Tess se habían encargado de organizar la boda, Hunter y yo solo tuvimos que decidir entre las distintas opciones que nos propusieron. Disfruté de cada momento: elegir las flores, el tema, la banda, organizar los asientos, en fin, todo eso.

Vivir con Hunter era... difícil. Intenté fingir que éramos simples compañeros de piso, pero no había forma de evitar toda esa sensación de intimidad que se generaba.

Me daba vergüenza meterme en su ducha cada mañana. Mantenía mis oídos bien abiertos, alerta ante cualquier sonido. ¿Y si entraba sin avisar, en su estado de somnolencia?

Había algunas cosas que simplemente no se podían evitar, pero tenía que reconocer que tenía razón: por las mañanas dormía como un lirón. Aun así, me había acostumbrado a moverme con sigilo y llevar el secador de pelo al salón de puntillas para no hacer ruido, además de cerrar todas las puertas.

El miércoles nos encontramos en la cocina mientras yo desayunaba mi yogur. Él ya estaba vestido de punta en blanco. Yo no solía vestirme hasta después de desayunar, para evitar el riesgo de que se me cayera el yogur sobre el traje.

—Tengo una propuesta para ti —dijo Hunter, mientras tomaba café.

—Adelante.

—Duerme tú en el dormitorio principal. Yo dormiré en la habitación de invitados.

—¿Por qué?

—Me parece más razonable. Yo solo necesito quince minutos para arreglarme por la mañana. Puedo entrar cuando termines.

Vaya. ¿Tendría esa enorme habitación para mí sola?

—¿Y eso? —preguntó.

Me sorprendí sonriendo de oreja a oreja.

—Puede que me esté imaginando en esa cama tamaño *King* que tienes.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Sí. ¿Puedo comprar un tocador? ¿Para no tener que maquillarme en el baño? No hay luz natural.

—Claro. —Parpadeó—. Sé que querías que Leonie se encargara de todo, pero... si quieres redecorar cualquier parte de la vivienda, adelante, no hay problema. Quiero que te sientas como en casa.

¿Lo peligroso? Ya me sentía como en casa. Y, sin embargo, no podía evitar aferrarme a esa sensación de querer más.

—No es que quiera redecorar en sí, pero estaba pensando que puedo montar un rincón de lectura bajo la ventana, junto a la chimenea. Hay espacio suficiente para una silla y una estantería.

—Has dedicado mucho tiempo a pensar en todo esto.

Me sonrojé.

—Solo he echado un vistazo en Pinterest. No sé mucho de diseño.

—Llamaré a un interiorista para que venga a ayudarnos.

—¿En serio?

—Sí. Ah, ¿y recuerdas esas dos semanas que te dije que te tomaras libres? Nos vamos a ir de luna de miel.

—Guau. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Habrías dicho que dos semanas es mucho tiempo.

—Pues lo es.

—Es lo justo para poder relajarse.

—¿Ya lo has organizado todo? ¿Y si cambio de opinión sobre tomarme un tiempo libre?

Ladeó la cabeza de manera juguetona y apoyó una mano en la encimera, justo al lado de mi cadera.

—Te haría cambiar de opinión enseguida.

Exhalé con fuerza.

—¿A dónde vamos a ir?

Metió una mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una hoja de papel doblada y me la entregó. Dejé el cuenco sobre la encimera y desdoblé el papel con cuidado.

Había impreso el itinerario del vuelo. Volaríamos vía Dubai a... hojeé el resto de la página, fijándome en el destino. Íbamos a viajar a las Maldivas.

Parpadeé varias veces. Me ardían los ojos cuando volví a mirarle.

—Mierda, estás llorando. ¿He hecho algo mal? Llevas queriendo ir allí desde el instituto.

Me reí entre lágrimas. Como respuesta, le rodeé el cuello con los brazos, me puse de puntillas y hundí la cara en su nuca. Entré en calor cuando me rodeó la cintura con los brazos.

—¿En qué momento te has vuelto tan bueno para dar sorpresas? Gracias.

—De nada.

Siempre había querido ir, pero por una cosa o por otra nunca había podido. La facultad de Derecho, luego el trabajo, luego trabajar muchas horas para ascender de categoría, más adelante trabajar para convertirme en socia del bufete, siempre preocupada de que me perjudicara el hecho de tomarme mucho tiempo libre, o preguntándome constantemente si no sería mejor ahorrar más en lugar de gastarme el dinero en vacaciones extravagantes.

—Pero, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora? —pregunté, apartándome.

—Habrías intentado convencerme de ir a un sitio más cercano, más barato.

Sonreí. Sin duda lo habría hecho.

—¿Cuánto...? —empecé, pero Hunter negó con la cabeza.

—Ya está todo arreglado, y no te permito que me des el coñazo por ello.

—¿Que no me lo permites? Eso ya lo veremos.

Cuando llegó el viernes, fui a trabajar con un solo pensamiento en mente: ese jacuzzi iba a ser mío esa tarde. Solo para mí.

Mi familia llegaba al día siguiente por la mañana. En teoría deberían haber llegado el día anterior, pero su vuelo se canceló por un problema técnico, de modo que llegarían después de lo estipulado.

Había planeado llevar a mamá, a mi hermana y a la novia de mi hermano a un spa por la tarde, pero el plan se había cancelado.

Quería hacer algo bonito por ellos, y aunque iríamos al siguiente día, no era lo mismo. Quería pasar un buen rato con ellos esa misma mañana, ya que era mi último día como soltera.

Mis compañeros me miraban de manera extraña, pero no até cabos hasta que alguien me preguntó directamente:

—No te esperábamos aquí el día previo a tu boda, las novias suelen tomarse el día libre.

—Oh. —Maldita sea, joder, eso ni siquiera se me había ocurrido. Traté de disimular—. Ya está todo arreglado, solo quería ultimar algunos detalles. Además, mi prometido me va a llevar a las Maldivas dos semanas. Necesito arreglar algunas cosas.

Perfecto, esa parecía una buena razón, aunque Katherine no se mostraba muy convencida. Un sudor frío me recorrió el cuello mientras me preguntaba si los servicios de inmigración interrogarían a mis compañeros de trabajo. Esperaba que no, porque sería una seria señal de alarma. Además, si mi jefe se enteraba de que el USCIS me estaba investigando, ya podía ir despidiéndome del ascenso.

—Y de todas formas solo estaré aquí unas horas —añadí.

Por fin Katherine sonrió.

—¿Entusiasmada por la luna de miel?

—¡Sí, muchísimo!

Irónicamente, no conseguí hacer muchas cosas en la oficina, porque estaba demasiado ocupada preguntándome a cada rato si mis colegas sospechaban algo. Decidí marcharme justo antes de comer.

Al entrar en casa, comencé a desabrochar mi camisa. En ese momento, lo único en lo que podía pensar era en lo relajante que sería sumergirme en el jacuzzi. Tenía dos horas antes de la cita para hacerme la pedicura. No podía hacerlo todo el día siguiente, ya que también tenía programada la manicura, el peinado y el maquillaje.

En cuanto la bañera estuvo llena, me metí en el agua caliente suspirando de manera profunda. Apoyé la cabeza en el borde y me puse los cascos inalámbricos. Había dejado el móvil en el mueble junto al toallero.

Empecé a tararear la letra de la canción y procedí a cerrar los ojos mientras los chorros de agua del jacuzzi masajeaban mi tenso cuerpo. No existía mejor manera de relajarse que esa. Cuando finalmente me mudara a mi propia casa, sin duda incluiría un jacuzzi en ella.

Me estremecí pensando en lo que costaría que me instalaran uno, pero merecía la pena invertir en mí misma.

Me moría de ganas de ver a mi familia, ya que los veía muy pocas veces. Como estábamos todos dispersos, vernos todos al mismo tiempo nos facilitaba mucho las cosas.

De pequeña, había soñado que mi padre me acompañaría al altar y que mi madre se encargaría del vestido y del maquillaje... Me preguntaba qué pensarían si supieran que todo era solo una farsa.

Estaba ayudando a mi mejor amigo, seguramente no se decepcionarían, pero les estaba mintiendo. No había otra forma de describirlo. ¿Podría decirles la verdad? ¿Contárselo al menos a mis padres? La posibilidad de que algún funcionario de inmigración los interrogara eran escasas. Aun así, también tendrían que mantenerlo en secreto, y eso aumentaba el riesgo. ¿Y si se les escapaba y se lo contaban a alguien?

No, no podía decírselo, por mucho que quisiera.

Para despejar la mente, me centré en la música y en mi respiración, como hacía durante mis sesiones diarias de yoga. El yoga había sido una de las cosas que había evitado que me volviera loca desde que empecé la carrera de Derecho. Antes de eso, me lo había tomado a risa, pensando que no era más que una moda pasajera.

Estaba tan relajada que por poco me quedé dormida. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado hasta que oí un débil gruñido por encima de la música. Abrí los ojos y me quedé paralizada.

Hunter estaba de pie en la puerta, con una toalla alrededor de la parte inferior del cuerpo. Se me cortó la respiración y me obligué a no mirar debajo de su cara, pero eso no ayudó mucho.

Tenía los ojos muy abiertos y llenos de lujuria. Me sorprendió que el marco de la puerta no se astillara ante la fuerza con la que lo agarraba. Decidí quitarme los cascos, dejándolos caer al suelo, y ponerme de pie, pero eso solo empeoró las cosas, ya que entonces Hunter tuvo una vista frontal completa.

Y entonces, ya no pude contenerme más, miré hacia abajo e incluso a través de la toalla era evidente que estaba empalmado. Nunca me había excitado tan rápido en mi vida, estaba haciendo todo lo posible por no apretar mis muslos. No oí lo que refunfuñó en voz baja mientras cogía una toalla y me la entregaba. Nuestros dedos se tocaron brevemente, y sentí cómo una descarga de energía me recorría por dentro. Cuando contempló mi cuerpo con descaro y posó sus ojos en mis pechos antes de descender, tuve la sensación de que estaba ardiendo, como si estuviera paseando su boca por mi piel.

Apartó la mirada cuando me envolví con la toalla y luego me dio completamente la espalda, como si no confiara en *no* mirar si estaba frente a mí. Yo tenía el mismo dilema.

—No te oí entrar —me apresuré a explicar—. Estaba escuchando música.

—No sabía que estabas en casa —dijo.

—Salí temprano de la oficina. Todos se preguntaban por qué no me había tomado el día libre.

—Mierda. No había pensado en eso.

—Yo tampoco, pero les dije que solo quería terminar algunas cosas antes de la luna de miel. Puedes darte la vuelta, ya me he puesto la toalla. Todo bajo control.

Hunter se quedó quieto unos segundos y, cuando se giró, casi se me aflojan las piernas por la intensidad de su mirada.

En ese preciso instante supe que habíamos cruzado otro límite. Levanté un pie con la intención de balancear la pierna sobre el borde de la bañera, pero perdí el equilibrio.

Hunter me cogió la muñeca. Mierda, ¿podría notar que mi pulso estaba descontrolado? Evité mirarle mientras salía. No estaba segura de qué decir, de cómo manejar esa tensión.

Con la mayor elegancia posible, cogí mi teléfono y pasé a su lado, dirigiéndome directamente a mi habitación. Sin embargo, me di cuenta de que no tendría mucha privacidad, ya que él tendría que atravesarla cuando saliera.

Miré el reloj y me di cuenta de que ya era hora de ir al spa. Me vestí rápido y grité:

—Me voy a la pedicura —mientras él seguía en el baño.

Capítulo Doce

Josie

Mientras estaba en el spa, intenté ocupar mi cerebro con un caso nuevo, pero la verdad era que no funcionó, mis pensamientos seguían desviándose hacia Hunter. Apenas llevábamos una semana viviendo juntos y ya todo era incómodo. Podía sentir cómo nuestra amistad cambiaba, había entrado en un proceso de metamorfosis y se estaba convirtiendo en algo que no podía definir. Eso sí, me daba cuenta de que la tensión iba en aumento.

Éramos adultos, ambos teníamos necesidades y un período de sequía de tres años no era exactamente plausible, ¿verdad? Sin embargo, pese a ello, no quería dar marcha atrás. Actuando con prudencia, no tenía por qué haber problemas. Si no nos dejábamos ver en público con otras personas, los servicios de inmigración no se enterarían, pero la verdad era que no podía soportar la idea de oler el perfume de otra mujer en Hunter. De oírle llegar a casa por la mañana y saber que había estado con otra. Nuestra relación ya era más real de lo que se suponía.

Al llegar a casa, estaba aún más confundida que cuando había salido. Me quedé un rato fuera, sin ganas de entrar. Aquel lugar era precioso, con su mezcla de colores y su explosión de olores: una empresa de jardinería había llevado macetas con anémonas y fresias y las había colocado en los escalones de delante de la casa. En la calurosa noche de verano, el olor parecía más intenso, tal vez debido a la humedad.

Aparté la mirada de las flores y me dirigí hacia la puerta principal, reuniendo finalmente el valor para empujarla.

Cuando entré, suspiré. El aroma era absolutamente delicioso.

Hunter estaba en la cocina, cocinando filetes.

—¡Hola! —saludé.

Me guiñó un ojo.

—La cena está casi lista.

—¿Quieres que ponga la mesa?

—Ya lo he hecho.

Entrecerré los ojos.

—¿Estás intentando sobornarme otra vez?

Se rió entre dientes.

—Solo quería prepararle la cena, futura Sra. Caldwell.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué?

—No habrá una futura Sra. Caldwell. Mantendré mi apellido.

Hunter dejó el tenedor en la mesa y frunció el ceño.

—No, de ninguna manera.

—No puedo creer que estemos discutiendo por esto el día antes de la boda. Una pareja de verdad lo habría discutido con antelación. ¿Cómo narices conseguiremos sacar esto adelante?

—Llevarás mi apellido, y punto. —Su voz era dominante, pero no creería que yo fuera a ceder, ¿verdad? Me gustaba hacer feliz a Hunter, pero tenía muy buenas razones para mantenerme firme.

—No, no lo haré.

—Nadie me creería si dijera que no pude convencer a mi mujer de que adoptara mi apellido.

—No me voy a tomar la molestia de cambiarme el nombre para volver a cambiarlo dentro de tres años.

—Josie...

—No, nada de Josie. No es negociable.

Ladeó la cabeza, con un brillo en los ojos.

—Todo es negociable.

—Eres tan engreído. No hay garantía de que una verdadera prometida quiera llevar tu apellido.

—Yo la convencería.

—¿Cómo?

—¿Estás segura que quieres saberlo?

Me miraba con el mismo fuego que por la tarde. Evidentemente, las horas que habían pasado no solo *no* lo habían apagado, sino que lo habían avivado.

Y cuando me miró a los labios, sentí cómo ese fuego me invadía por completo. Su cuerpo semidesnudo había quedado grabado en mi mente, y sabía que a él no le iba mejor que a mí.

—Voy a mantener mi nombre, Hunter. Me estoy forjando una reputación en el bufete y entre los clientes, y no quiero confundir a nadie cambiándome el apellido —dije finalmente, alejándome de él. No respondió, lo que consideré una victoria.

Durante la cena, la tensión entre nosotros aumentó. Parecía que buscaba tocarme cada vez que tenía la oportunidad. Rozaba su brazo contra el mío cuando servía el filete, apoyaba sus tobillos contra los míos bajo la mesa... no podía evitar sentirme inquieta.

Después de cenar, le ayudé a limpiar, intentando permanecer alejada de él todo lo posible.

—Josie, ¿quieres hablar de lo de antes?

Maldita sea. Me había delatado demasiado. Estaba en el fregadero, enjuagando los vasos.

—¿A qué te refieres? —Hice un esfuerzo para que mi voz sonara neutra.

A continuación, cuando habló, noté su presencia justo detrás de mí.

—Evitas mirarme. ¿Es porque te vi desnuda o porque tuve una tremenda erección por ti?

Dios mío. Sentí cómo me atravesaba una oleada de electricidad. Mis manos temblaban ligeramente, su aliento en el hélix de mi oreja alteraba cada uno de mis sentidos. No tocaba ninguna parte de mí, pero sentía el calor de su cuerpo. La distancia entre nosotros no debía mayor de dos centímetros.

Detuve el agua y respiré hondo.

—No... no lo sé. No sé qué pensar ni cómo explicar nada.

—Déjame tranquilizarte y explicarme. Eres jodidamente preciosa, y...

Me di la vuelta, pensando que era la forma más fácil de interrumpirle. Por desgracia, eso me puso cara a cara con él. No me había equivocado, *estaba* demasiado cerca y, en ese momento, había posado una mano en mi cintura. Sentí la presión de uno de sus dedos sobre mis costillas como si estuvieran tocando mi piel desnuda.

—Para de soltarme esos comentarios.

—¿Por qué? Son verdad.

Tragué saliva.

—Hunter... simplemente, para.

Me miró como si quisiera subirme a la encimera, pero al cabo de unos segundos, y a regañadientes, me soltó.

Dormíamos en habitaciones diferentes, pero estaba convencida de que ni siquiera eso podría

disipar la tensión sexual. El contrato de alquiler de mi apartamento seguía en vigor hasta final de mes. ¿Acaso debería pasar la noche allí? Estaba a punto de abordar el tema cuando de repente dijo:

—Voy a salir a correr.

—Ah, pero si todavía no nos han entregado la cinta de correr. Además, creo que esta noche el gimnasio del edificio está cerrado por control de calidad. —Habíamos recibido un memo al respecto.

—Sí, lo sé. Voy a correr por el barrio.

—Odias correr por la acera.

—Necesito liberar toda esta tensión de alguna manera.

—¿Qué tensión? Aaah vale...

Sentí que me ardía la cara al darme cuenta de lo que quería decir. O, mejor dicho, había tanto fuego en su mirada que todo mi *cuerpo* estaba ardiendo.

Sonrió, sin apartar los ojos de mí mientras se alejaba.

—Tengo la corazonada de que tendré que acostumbrarme.

Capítulo Trece

Josie

A la mañana siguiente, me sentía aturdida. La boda podría ser falsa, pero mi excitación era real.

Estaba decidida a bloquear los pensamientos negativos y los miedos. La lista de cosas que podían salir mal era interminable, pero ese no era el momento de pensar en ello.

Estaba demasiado excitada para poder hacer mi rutina de yoga, despejar mi mente era imposible.

Lo primero era lo primero, llamé a un Uber y me dirigí al hotel donde se alojaba mi familia. Estaba justo al lado del salón de baile de Hunter, donde tenían lugar la recepción y la ceremonia.

Él había organizado que un chofer las recogiera en el aeropuerto. La agenda era tan apretada que apenas tuve tiempo de saludar a todos antes de que mi hermana, la novia de Dylan y yo nos encontráramos con Tess y Skye en el spa. Mi madre nos había mandado un mensaje diciendo que estaba demasiado cansada para acompañarnos.

Llegué al hotel antes que ellos y, cuando entró la pandilla, me puse a observar a todos detenidamente. Mamá se había cortado su pelo de color negro azabache en un corte recto y había perdido un poco de peso. Papá estaba igual que siempre, como si el tiempo no hubiera pasado para él. Llevaba su pelo castaño claro corto y era más alto que el resto.

Mis hermanos, Dylan e Ian, me abrazaron primero. Ambos se parecían a papá. Dios, cómo los había echado de menos.

—¿Dónde está Hunter? Queremos hablar con él —dijo Dylan de inmediato.

—No, ya sé cuáles son vuestras intenciones. No quiero que asustéis al novio antes de que diga que sí.

Ian se frotó las palmas de las manos.

—No te preocupes, con o sin tu ayuda, lo encontraremos.

Puse los ojos en blanco e intercambié una mirada con mi hermana Isabelle. Era más joven que yo y, como me había ido de casa tan joven, la había dejado sola lidiando con nuestros hermanos durante todos esos años.

Me abrazó fuerte y no quería volver a soltarla. Después de saludar a todos, les ayudé a registrarse.

Cuando llegamos a las habitaciones, nos esperaba una sorpresa.

—¡Las habitaciones son enormes! —exclamó mamá.

Guau. Hunter les había reservado *suites*. Cuando le había mencionado que iban a viajar mis padres, me dijo que se él se encargaría de todos los arreglos. Pensé que solo reservaría habitaciones, no *suites*.

Estaba mimando a mi familia. Me entraron unas ganas tremendas de verle y abrazarle con fuerza.

Decidí enviarle un mensaje.

Josie: Gracias por las habitaciones. Son geniales. Nos has hecho muy felices a todos.

Hunter: Me alegra oírlo.

Josie: ¿Vas bien de tiempo hasta ahora?

Hunter: Mi itinerario empieza dentro de tres horas.

Josie: Qué suerte tienes.

Mientras la ayudaba a vaporizar su vestido, mamá me acarició la mejilla.

—Mi querida niña. No puedo creer que por fin te vayas a casar. Serás tan feliz con Hunter.

No supe qué decir, así que me limité a sonreír. De repente, sentí una oleada de pánico mientras me di cuenta de que todo el día sería así. Tendría que mirar a todos a los ojos y mentirles.

Podía hacerlo.

Nada de pensamientos negativos. Nada de pensamientos negativos. Repetí el mantra mientras las chicas y yo nos íbamos al spa.

Aunque no éramos muy cercanas, había oído hablar mucho de Lina, la novia de mi hermano Dylan.

—¡Qué elegante es todo esto! —dijo una vez que accedimos al spa.

Realmente lo era. Había un pequeño estanque koi frente a la entrada y el interior parecía sacado de un cuento de hadas.

Nos encontramos con Tess y Skye en los puestos de manicura, donde me senté junto a Isabelle. Estábamos un poco más alejadas de las demás.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo? —preguntó ella—. Tienes que contármelo todo.

—Ya conté la historia en mi despedida de soltera.

—A la que no asistí.

—¿Y de quién es la culpa?

Arrugó la nariz.

—A veces me gustaría ser más como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Viniste a la gran ciudad cuando eras adolescente, diste el salto. Yo siempre tuve demasiado miedo de salir de mi zona de confort.

—Pero eres feliz con tu vida, ¿no?

Todos mis hermanos habían dejado Montana para ir a la universidad y en ese momento estaban desperdigados por todo el país. Por desgracia, ninguno se había mudado a Nueva York. Aún tenía la esperanza de convencerlos de que se unieran a mí algún día.

—La mayor parte del tiempo, sí. Pero no dejes que estropee tu gran día con mi búsqueda interior.

Quería que se explayara un poco más, pero cambió de tema y se centró en Hunter.

Las horas siguientes fueron una locura. Nunca en mi vida me había sometido a tantos procesos de embellecimiento en tan poco tiempo.

Nada era *solo* una tontería cuando una era la novia.

El maquillaje incluía un masaje facial de treinta minutos como primer paso. El peinado iba precedido de un proceso de cuidado en tres pasos.

Como el paquete nupcial duraba dos horas más que uno normal, el resto del grupo se fue antes que yo.

Me pondría el vestido en el hotel, porque era lo más lógico. Hunter y yo no podíamos vestirnos en casa. ¿Y si me veía?

Me parecía una tontería preocuparme por todas esas supersticiones y, sin embargo, no podía evitarlo. Quería hacer las cosas bien, aunque...

Nada de pensamientos negativos.

Nada de imaginar cómo sería mi boda si fuera real. La verdad es que no podría estar a la altura de la que habíamos organizado.

Cuando entré en el hotel, mi padre estaba dando vueltas en el vestíbulo.

—Papá, ¿qué haces aquí solo? —pregunté.

—Quería echarle un vistazo a este lugar. ¿Te quedas conmigo unos minutos? Tengo la sensación de que es la única vez que te tendré para mí hoy.

—Claro.

Nos sentamos en un rincón del vestíbulo a tomar café.

—Mi niña ya es una mujer adulta —murmuró mi padre.

—Sigue siendo una niña de papá, no te preocupes.

—Siempre fuiste una niña tan feliz. Lo hemos hecho bien, ¿no? ¿Tu madre y yo?

Se me estrujó el corazón.

—Tuve la mejor infancia del mundo.

¿Por qué tendría dudas? La boda estaba haciendo aflorar emociones en cada uno de nosotros.

—Te fuiste cuando eras muy joven y no teníamos mucho que darte.

—Papá, soy feliz. Siempre he sido feliz.

Me observó con atención, sorbiendo su café.

—Sabes, tu futuro marido ha hablado hoy conmigo.

—¿Ya ha venido Hunter? —Miré a mi alrededor de manera instintiva, y mi padre sonrió—.

¿Qué?

—Estás perdidamente enamorada de este hombre.

—No estoy...

Dios mío. Estuve a punto de decirle que no estaba enamorada. Se me cortó la respiración y agarré mi taza con más fuerza. Por suerte, papá no pareció darse cuenta.

—¿De qué te ha hablado?

—Bueno, me sugirió algo. Quería comentártelo.

—Por supuesto.

—Sugirió que viniéramos todos aquí en Navidad y por dos semanas. El negocio está cerrado durante esas fechas de todos modos. Dijo que cubriría todos los gastos.

Tuve una sensación rara en la garganta, de repente la sentí áspera.

—Claro. Me parece estupendo. ¿Dos semanas enteras? Guau. No nos hemos tomado tanto tiempo en años.

—Has encontrado un gran hombre, Josie.

Lo sabía, vaya si lo sabía.

Las ganas de abrazarle que había tenido antes volvieron con toda su fuerza, pero sinceramente no tenía ni idea de dónde estaba.

Josie: ¿Puedo hablar contigo? Estaré en la habitación 2118.

Tenía que empezar a vestirme. Asegurarme el velo en el pelo no sería fácil. El peluquero me había echado la bronca por no llevar el velo conmigo; podría haberlo solucionado, pero la verdad era que me había olvidado por completo de él.

Mi vestido estaba en la habitación de mi madre. El grupo ya estaba allí, bebiendo champán. Por supuesto, también estaba Amelia, así como su hermana, la madre de Hunter. Solo la había visto dos veces en mi vida, una en la graduación del instituto y luego en la de la universidad.

—Querida, estás absolutamente preciosa —me dijo.

Di una vuelta para darle efecto y, al volverme hacia ella, me di cuenta de que me estaba mirando la barriga con atención. Apreté los labios para no reírme. Lanzándome un guiño de complicidad, Tess me tendió una copa de champán.

Brindamos todos por la boda y, cuando di el primer sorbo, oí suspirar tanto a mi madre como a la de Hunter. Sentir su decepción fue devastador, pero al menos eso despejó cualquier duda

sobre si se trataba de una boda de penalti.

Me aseguraría de tomar un sorbo delante de todos los invitados para evitar que me interrogaran.

—Vale, antes de que te pongas el vestido... ¡Tenemos un regalo para ti! —exclamó Tess, entregándome el conjunto de lencería más sexy que jamás había tenido. Seda blanca nacarada, con un diseño de encaje en el dobladillo. Dos conjuntos de bragas, un sujetador y un albornoz corto.

—¡Guau!

—Algo para tu noche de bodas —dijo Tess.

Que pasaría sola. Claro que... ellas no lo sabían.

—Y puedes llevarlo debajo de tu vestido de novia. Elegimos específicamente algo que combinara —añadió Skye.

—Y eso dejará completamente boquiabierto a Hunter. Te devorará antes de que consiga desnudarte —dijo Tess.

—Haré de cuenta que no he oído eso —dijo Amelia.

Tess sonrió.

—Vaya. Debí haberlo dicho con un lenguaje a prueba de mamás.

Las mejillas de Skye se pusieron un poco rojas. La atraje hacia un medio abrazo.

—Mamá, nos faltan tradiciones de boda. ¿Cómo es que no las tenemos? Tenemos tradiciones para *todo* —dijo Isabelle.

Eso era cierto. Teníamos tradiciones a montones, sobre todo para las ocasiones importantes.

Mamá sonrió.

—Eso es porque Josie es la primera en casarse. Podemos empezar a trabajar en eso ahora.

—¿Ian y Dylan queriendo darle *un sermón* a Hunter cuenta como tradición? —pregunté.

Amelia se rió.

—Deja que los chicos sientan que están cumpliendo su deber. Cole y Ryker no le pusieron las cosas fáciles al pobre Mick cuando me invitó a salir por primera vez.

Lo sabía muy bien. Ambos le habían hecho pasar un calvario a Mick.

Me cambié en el cuarto de baño. Podría haberme limitado a meter la lencería en la maleta y ni Tess ni Skye lo habrían notado, pero quería estar sexy. Si la boda fuera real, me pondría exactamente eso, y ya que de todos modos iba a celebrar mi boda de fantasía, ¿por qué no llevar también la lencería?

Mientras me abrochaba el sujetador, alguien llamó a la puerta.

—Es Hunter, ha venido a hablar contigo —dijo Tess.

—Ah. Vale.

—Hunter, no tienes permitido verla. Habla a través de la puerta.

—Tess, no seas ridícula —vociferó.

—Lo digo en serio. Me quedará aquí y montaré guardia si es necesario.

—No hace falta —respondí, riendo entre dientes.

—Vale. Os dejo solos.

Esperé hasta que ya no pude oír los pasos de Tess y pregunté:

—¿Qué pasa?

—Nada. Dijiste que querías hablar conmigo.

—Cierto.

—¿De verdad vas a hablar conmigo a través de la puerta?

—Tess tiene razón. Da mala suerte ver a la novia el día de la boda.

—Eres consciente de que esto no es real, ¿verdad?

—Con más razón. ¿Acaso quieres arriesgar a que algo salga mal y te envíen al otro lado del océano?

—Josie...

—He hablado con mi padre.

—Bien. Yo también he hablado con él antes.

Sonaba satisfecho de sí mismo, y entonces me di cuenta de que había ido a ver a mi padre con un propósito.

—No puedes pagar el viaje de toda mi familia por Navidad. Es muy generoso, pero no puedo aceptar algo así.

—Sí que puedo. Las cosas son diferentes ahora.

—¿Por qué? —Casi apreté la oreja contra la puerta, no quería perderme ni una palabra.

—Porque serás mi esposa. Y quiero que seas feliz. Y sé que siempre te sientes culpable por no pasar más tiempo con tu familia.

Se me irritaron los ojos, lo que hizo que se me nublara un poco la vista. ¡Ay, ese hombre! Menos mal que estábamos hablando a través de una puerta y no podía verme la cara.

Me aclaré la garganta, mientras jugueteaba con el dobladillo del albornoz. Empezaba a caer en la cuenta de que el problema no era que una boda de verdad no estuviera a la altura de la que íbamos a celebrar...

El verdadero motivo era que no creía que otro hombre pudiera estar a la altura de Hunter. Dudaba que alguien con quien me casara me entendiera mejor que Hunter, que me comprendiera a un nivel tan profundo, que supiera exactamente cuándo intervenir en los momentos en que yo misma me estaba poniendo trabas.

—No aceptaré un no. Así que ya está. —Aquel tono dominante iba a ser mi perdición.

—Gracias. Qué bonita sorpresa.

—Es un placer, Josie. Ahora me tengo que ir, Tess me está fulminando con la mirada desde el otro lado de la habitación.

Me reí y esperé hasta estar segura de que Hunter se había marchado antes de salir. Descubrí que, en ese intervalo de tiempo, mis hermanos se habían unido a nuestro grupo.

—La cantidad de solteros atractivos en esta boda es asombroso —dijo Tess.

—Mis amigas ya se están frotando las manos de emoción —añadió Skye—. Oooh, mirad a Ian. Prácticamente está temblando de miedo.

Dylan levantó las manos mientras reía.

—Menos mal que ya tengo pareja.

Ian se volvió hacia mí.

—Como mi hermana y novia de la boda, te lo ruego... sálvame.

—Pero es que esto es muy divertido.

Isabelle se contoneó ligeramente y sonrió.

—Estos dos siempre te han tenido en un pedestal. Me alegra ver que por fin les echas a los leones.

Capítulo Catorce

Hunter

Eché un vistazo alrededor del lugar y me reí entre dientes. La cosa estaba completamente fuera de control. En lugar de ser una fiesta discreta, parecía una boda a lo grande, pero sabía que era culpa mía por haberles dado las riendas a Amelia y Tess.

—No puedo creer que mamá y Tess hayan conseguido montar esto en unas pocas semanas —comentó Ryker.

—Imagina lo que hubieran preparado si hubieran tenido más tiempo. Pero estoy seguro de que lo sabré en cuanto uno de vosotros se cas...

—No lo digas en voz alta —dijo Ryker con una sonrisa—. Podría gafarme. No puedo creer que seas el primero de la familia en casarse.

Le devolví la sonrisa, dándole la razón en silencio. Yo tampoco había pensado que sería el primero. De hecho, ni siquiera había pensado casarme.

Volví a mirar a mi alrededor. ¿Qué pensaba Josie de todo aquello? Había insistido tanto en que no quería que pareciera una boda de verdad... sin embargo, al echar otro vistazo al recinto, no podía imaginarme nada que se pareciera *más* a una boda.

Estaba esperando delante del oficiante. Cuando empezó la música, miré hacia el final de la alfombra roja y me quedé de piedra. Llevaba un vestido de novia. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué nadie me lo había dicho? ¿Acaso Josie había creído que debía hacerlo para guardar las apariencias?

No sabría explicar por qué me impactó tanto. Incluso a través del corto velo que cubría su rostro, noté que sus ojos estaban un poco vidriosos. Quise calmarla, tranquilizarla. Conmocionado, me di cuenta de que había una parte de mí que deseaba que todo aquello no fuera solo una farsa. Traté de sacudir aquellos pensamientos, no podía dejarme llevar por momentos así y echarlo todo a perder. Ese día, Josie estaba allí para hacerme un favor, para ayudarme. Más me valía no complicarlo todo.

Yo no era quien ella quería para toda la vida. Josie era mi mejor amiga, y no iba a ser más que eso, no se enamoraría de mí. No lo había hecho hasta ese momento, así que ¿por qué iban a cambiar las cosas?

La acompañaba su padre, que sonreía al resto de la familia mientras caminaban. Los padres y hermanos de Josie parecían más que felices, lo que trajo consigo otra oleada de culpa.

Tenía que hacer algo con todo ese remordimiento. Y si yo me sentía así, no podía ni imaginarme cómo se sentía Josie.

Sonrió a la multitud, ofreciendo una sonrisa cálida y genuina. O quizá era algo que yo estaba deseando tanto que veía lo que quería.

—Cuida muy bien de ella —dijo su padre cuando llegaron a mí.

—Lo haré, señor. Se lo prometo.

Estaba decidido a mantener mi promesa. El viaje de Navidad era un buen comienzo. Josie no era de las que aceptaban las cosas fácilmente, pero yo no me echaría atrás. Cuando le cogí la mano y se la besé, me invadió una emoción que no podía explicar ni comprender.

La mano de Josie temblaba. Se la apreté con suavidad mientras ambos nos girábamos para mirar al oficiante.

Comenzó la ceremonia saludando y dando la bienvenida. Estaba demasiado absorto en Josie como para oírle y, sin embargo, cuando habló de estar juntos en las buenas y en las malas, no

pude bloquear sus palabras.

Quería creer lo que decía, pero la mayoría de las veces me encontraba con gente que se rendía cuando las cosas se ponían feas. Volví a mirar a Josie, buscando cualquier señal de que estuviera tan afectada por ese momento como yo.

Cuando el oficiante dijo: “Puede besar a la novia”, la sangre se me agolpó en la cabeza, martillándose con fuerza. Le levanté el velo lentamente.

Estaba guapísima. Sus ojos brillaban, sus carnosos labios me atraían. Cuando me incliné para besarla, apenas pude contenerme. Sentí una profunda y desesperada necesidad de que esa mujer fuera mía.

Josie

Hasta ese momento, me había sentido como si estuviera viendo todo desde fuera, incluyéndome a mí misma, como si fuera una película. Pero cuando Hunter me besó, me sentí como la princesa de un cuento de hadas, despertada del sueño por el beso del príncipe. Todo se volvió nítido. Mejor dicho, todo lo relacionado con *él* se volvió nítido. Sus suaves pero decididos labios, las profundas y pausadas caricias de su lengua, su mano tocando la piel descubierta de mi brazo...

Alguien se aclaró la garganta.

—Tranquilos, ya nos hemos dado cuenta de que no veis la hora de estar solos —dijo Ryker. Hunter sonrió contra mis labios antes de apartarse y le clavó la mirada.

Me sonrojé, pero cuando Hunter me cogió de la mano y salimos cogidos del brazo, no pude evitar sonreír de oreja a oreja.

—Estás guapísima, Josie —susurró mientras nos poníamos en fila para las fotos. En voz aún más baja, añadió—: No me dijiste que llevarías un vestido blanco.

—Quería darte una sorpresa.

—¿Te han obligado mis primas?

Le di un codazo juguetón.

—Ten un poco más de fe en mí, ¿quieres? Me gustó este, así que me dije: “joder, ¿por qué no? ¿Por qué desperdiciar la oportunidad?”.

Sonreímos y posamos para las fotos, intentando que mis emociones no *volvieran a* desbordarme.

El hecho de que pareciera que habían trabajado en la boda durante meses en lugar de unas pocas semanas fue una prueba del talento organizativo de Amelia y Tess.

En los últimos tiempos había asistido a muchas bodas, ya que la mitad de mis amigos se habían casado, y la nuestra era una de las más elaboradas que había visto. Me alegré de haber elegido un vestido de novia. Sinceramente, un vestido de cóctel no habría hecho justicia a todo aquello y además, no quería sumar otra razón más para sentirme culpable hacia la familia de Hunter.

El salón de baile estaba conectado a la zona de la ceremonia por un arco con flores. Hunter y yo íbamos en cabeza, acompañados de cerca por el cortejo nupcial y el resto de los invitados.

El salón de baile era una auténtica preciosidad. Tenía una elegancia discreta y una pizca de romanticismo, con un techo alto sostenido por columnas en la parte externa y una lámpara de araña de cristal colgada en el centro. La sala disponía de dos niveles: la planta baja y un medio nivel más arriba que tenía balcones con barandillas de hierro forjado. Además, había luces centelleantes intercaladas por diferentes partes, proyectando un cálido resplandor por toda la sala, para resaltar las fresias blancas que servían de centro de mesa. Las mesas estaban dispuestas en los balcones y la planta baja se destinó exclusivamente al baile.

La hora siguiente, con las felicitaciones de todos los invitados, fue un completo torbellino. Cuando por fin nos sentamos en la mesa nupcial, no sentía los dedos de los pies. Pero mi descanso no duró mucho, porque el *DJ* anunció que era hora del primer baile.

—¿Lista, Sra. Josie Gallagher? —preguntó Hunter.

Me reí y le cogí de la mano. Mientras nos dirigíamos hacia la pista de baile, noté que mi energía se había renovado.

—¿Cuándo piensas superar el hecho de que no aceptara tu apellido? —pregunté una vez que me rodeó la cintura con un brazo. Intentaba distraerme, centrarme en otra cosa que no fuera lo cerca que estaba. Fue en vano; su presencia era imposible de ignorar.

—Planeo hacerte sentir culpable por ello durante mucho tiempo.

—Imposible. No siento ni un ápice de culpa por no alimentar aún más tu ego. De todos modos, ya *tienes* suficiente fanfarronería.

—Pues déjame demostrar mi fanfarronería entonces, *esposa*.

Me estremecí al oír la palabra. Nunca había imaginado que Hunter le diría esa palabra a nadie, y mucho menos a mí. Durante la mañana, había deseado que llegara el momento del baile, pero en ese momento mis hormonas seguían exaltadas por el beso anterior. Hasta el más mínimo roce me ponía a flor de piel, y no estaba segura de poder bailar con él sin delatarme.

Cuando Hunter me abrazó con más fuerza, supe que no tenía ninguna posibilidad. Solo con mirarme, lo *sabría*.

—Menos mal que me has hecho practicar —murmuró contra mi pelo después de hacerme girar una vez.

—Venga, confía en mí. Lo harás bien.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo.

—Hablas como una verdadera esposa.

—Y como tu mejor amiga —le recordé. Sonrió con picardía.

—Diría que te has vuelto más atrevida desde que te pusiste aquel primer anillo.

No podía negarlo.

—Sí, pero sinceramente, parecía que lo necesitabas. Además, tenía que meterme en el papel. Me observó con ojos cálidos.

—Eres la mejor persona que conozco, Josie. Gracias por hacer esto. Te prometo que haré que los próximos tres años sean inolvidables.

Quería decirle que más le valía que no lo hiciera o de lo contrario no querría que el acuerdo llegara a su fin. En lugar de eso, me preparé para el giro final. Hunter ejecutó el movimiento con perfecta precisión, tal como lo habíamos ensayado, pero cuando me atrajo de nuevo hacia él, no solo me atrapó...

Me besó.

Murmuré por lo bajo contra su boca, simplemente no podía reprimirlo. Me acarició la lengua despacio, y no pude evitar preguntarme... ¿cómo sería en la cama?

Había estado intentando no pensar en eso, pero en ese momento no podía mantener los pensamientos a raya. La manera en que me besaba... joder, era como si estuviera a punto de llevarme en volandas y marcharse de la fiesta conmigo. No tenía ninguna duda de que Hunter sabría cómo cuidarme, sin importar si me amaba despacio o me follaba duro. Cuando se retiró, fue evidente que sus ojos estaban llenos de lujuria.

Bailé toda la noche. Tenía tanta energía que no creía que pudiera sentarme. Lo hice con todo el que me lo pidió. Por desgracia, los invitados me hacían preguntas a diestro y siniestro.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—¿Siempre has estado enamorada de él?

—¿Cómo te lo propuso?

—¿Estás embarazada?

Reduje al mínimo el número de copas de champán, porque quería tener la cabeza despejada.

En general, me divertí. Tanto que tuve que recordarme constantemente que no era una boda

real.

No iba a acostarme y despertarme al lado de ese hombre tan guapo. Un día, otra mujer llevaría su anillo en el dedo y, si conseguíamos disimular nuestro eventual divorcio diciendo que “estábamos mejor como amigos”, tendría incluso que estar en esa boda, celebrando a la feliz pareja. En lugar de animarme, la idea me oprimió el corazón. Ay, *Josie, Josie, Josie, es que tus hormonas están haciendo estragos, eso es todo*. Tenía que decirle a Hunter que no me diera más de esos besos fogosos. Volverían loca a cualquier chica.

Se lo diría... al día siguiente. Esa noche, quería disfrutar de ellos un rato más. Una vez que el número de invitados disminuyó, me entregué un poco más al champán... y a Hunter. No sabía si él también estaba ebrio o si yo estaba sintiendo todo de una manera magnificada, pero sus besos se estaban volviendo un poco más frecuentes, y mucho más ardientes.

Cuando subimos al coche que nos llevaría a casa, mi cuerpo estaba hipersensible. Mis pezones estaban demasiado receptivos, aplastándose contra mi vestido. La presión entre mis muslos era insoportable.

Nunca me había alegrado tanto del tamaño de la casa y de que los dormitorios estuvieran tan separados, porque esa noche tenía que cuidar de mí. Las semanas anteriores habían sido como los juegos preliminares, y lo ocurrido en ese día había sido muy fuerte.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que no me di cuenta de lo que Hunter estaba a punto de hacer hasta que me levantó en brazos. Chillé, agarrándome a su cuello, aferrándome con todas mis fuerzas.

—¿Qué estás haciendo?

—Haciendo que mi novia cruce el umbral en mis brazos.

Sonreí.

—¿Crees que los servicios de inmigración tienen cámaras espía por aquí?

—No, solo creo que eres una romántica empedernida y que en el fondo te gusta que te lleve en brazos.

Solté una risita y apoyé la cabeza en el pliegue de su cuello. Estaba demasiado cansada y excitada al mismo tiempo para fingir con él.

—Admito que me gusta, Hunter.

Nos quedamos en silencio mientras atravesaba la casa conmigo. Sus mejillas ya estaban cubiertas por una incipiente barba. Se las acaricié de manera inconsciente. Su piel olía de maravilla. El *aftershave* y la colonia se habían evaporado, revelando su aroma.

Apenas me bajó cuando me llevó al dormitorio principal. Por un instante, olvidé que habíamos cambiado de habitación y pensé que me estaba acostando en *su* cama. Mis nervios se activaron por la expectación antes de recordar el cambio.

No estaba preparada para que terminara la velada y, sin embargo, cuando se fue, no le detuve.

Media hora después, me puse a dar vueltas por la habitación, maldiciendo. No podía quitarme aquel maldito vestido. Había intentado desabrochar yo misma los cordones de la espalda y, de algún modo, me las había arreglado para hacer un nudo. Aunque pensaba quedarme con el vestido y conservarlo como si fuera un tesoro, tuve la tentación de ir a la cocina, coger un cuchillo y cortar las tiras. A decir verdad, si no hubiera temido apuñalarme accidentalmente, lo habría hecho. ¿Cómo podía ser tan difícil?

Se supone que la novia no debería desabrocharse el vestido... me dijo una vocecita en el fondo de la mente. Suspiré. Lo sabía, por supuesto, aunque probablemente Hunter ya estaba

dormido, no quería despertarlo. Ojalá hubiera empezado antes el proceso, pero ya había perdido veinte minutos desmaquillándome y quitándome las trescientas horquillas del pelo.

Al cabo de quince minutos más, me rendí. Mis únicas opciones eran dormir con el vestido puesto o despertar a Hunter. Opté por lo segundo.

Para mi asombro, no estaba dormido. La cama estaba vacía, pero el sonido de la ducha en el cuarto de baño me indicaba que estaba allí.

Me senté en el colchón, hasta que dejó de correr el agua y se abrió la puerta. Me puse en pie de un salto.

—Estoy en tu dormitorio —grité, y luego bajé la vista a mi regazo por si estaba desnudo.

Cuando le oí entrar en la habitación, le pregunté:

—¿Estás presentable?

—Sí.

Tenía la voz un poco ronca.

—Humm... siento interrumpirte, pero no puedo deshacer los lazos yo sola.

Sonaba ridículo, como una frase barata para ligar. Al ver que Hunter no decía nada, añadí rápidamente:

—Tiré de los lazos, pero del equivocado, y acabé con un nudo que no puedo deshacer yo sola.

—Déjame ayudarte.

Le miré mientras caminaba hacia mí. Mierda. El hombre tenía solo una toalla envuelta alrededor de la cintura y su torso estaba al descubierto. Tuve un *flashback* del momento en que me había sorprendido en el baño.

Le di la espalda y me alegré de que la habitación estuviera en penumbra, pues de lo contrario no hubiera podido ocultar mi rubor.

Respiré hondo cuando Hunter enredó los dedos en los cordones y tiró de ellos para abrirlos. El corsé se aflojó y supe que lo había conseguido. Aquello era tan íntimo. Incluso más íntimo que cuando me había hecho cruzar el umbral en sus brazos. Cada ojal hizo un pequeño chasquido al tirar del encaje y me di cuenta de que Hunter los había abierto todos cuando tuve que apretar el corsé contra mi pecho con ambas manos para evitar que el vestido se deslizara hacia abajo.

—Gracias —dije cuando terminó.

—De nada. Creo que estaba demasiado apretado. Tienes unas marcas aquí.

Tocó con sus dedos mi piel desnuda con un movimiento lento y delicado, lo que hizo que me flaquearan un poco las piernas.

—Mañana desaparecerán.

Por favor, deja de tocarme, o podría darme la vuelta y besarte.

—Josie, joder... ¿qué llevas puesto?

Tardé un segundo en darme cuenta de que probablemente se había fijado en mi lencería. Solo vio la parte de atrás, pero aun así...

—Humm... solo... encaje, y...

Pude percibir cómo sus dedos se enroscaban contra mi piel antes de retirar la mano, como si tuviera que luchar contra todos sus instintos para no tocarme.

—Eres tan sexy.

Su voz era aún más grave, más ronca.

—Hunter...

Me hizo callar llevándome una mano al costado de la cintura. La presión que ejerció fue leve,

pero me hizo arder.

Apenas había conseguido aplacarme durante la media hora anterior, pero ya estaba de nuevo a punto de estallar.

—Joder, Josie. Mantenme alejado, ¿de acuerdo?

—¿Qué?

Su boca estaba peligrosamente cerca de mi oreja. Su aliento caliente me hacía cosquillas en el punto sensible de detrás.

—Desde que te has mudado, y después de lo de hoy, me es imposible distinguir los límites. No sé cómo hacerlo. Tendrás que ser la persona razonable de los dos.

No sabía qué decir, cómo reaccionar.

—Eres la persona más importante de mi vida y no quiero cagarla —me dijo.

Me dio la vuelta y llevó su mano a mi cara, acariciándome la mejilla antes de besarme la frente.

Era la primera noche de mil noventa y cinco. ¿Cómo podríamos sobrevivir de esa manera hasta el final?

Capítulo Quince

Josie

A la mañana siguiente, me desperté con dolor de cabeza, como si tuviera resaca. No me sorprendió, ya que apenas había dormido unas horas.

Esperaba que Hunter ya estuviera levantado, pero al echar un vistazo a su habitación vi que seguía durmiendo. Por otra parte, ya había terminado de hacer las maletas antes de la boda. Como de costumbre, había dejado algunos detalles para el último momento.

Todavía tenía que ordenar mis cosméticos. Mientras metía todas mis cremas y exfoliantes en el neceser, vislumbré mi anillo de boda y caí en la cuenta de que era una mujer casada. Dios mío. Estaba legalmente atada a ese metro ochenta de pura sensualidad que dormía en la habitación de invitados. Estaba casada con Hunter Caldwell, mi mejor amigo y *crush* de la adolescencia. Me invadió una mezcla de pánico y euforia, y tuve que apoyarme en la pared del cuarto de baño y presionarme la clavícula con el talón de la palma de la mano para calmarme. Luego me dirigí al vestíbulo, donde Hunter ya había llevado nuestras maletas. Me pregunté si tendría la confirmación de la reserva del hotel en alguna parte, no había querido decirme el nombre del lugar, insistiendo en que quería que fuera una sorpresa.

Tenía la ligera sospecha de que en realidad no había querido que averiguara el precio, pero bueno... en ese momento estaba dormido. ¿Cómo iba a saber que había estado husmeando?

Me incliné para abrir la cremallera de su bolso.

—¿Qué estás haciendo?

Me sobresalté tanto que casi me doy de cabeza contra la puerta. El corazón me latía tan rápido que sentí que iba a vomitar mientras me enderezaba y giraba hacia Hunter. Solo llevaba los pantalones del pijama. Estaban lo suficientemente bajos como para que yo tuviera una vista privilegiada de sus oblicuos. *No mires. No mires.*

Me obligué a levantar la mirada hacia arriba y decidí que en cuanto tuviera oportunidad, le compraría un pijama decente.

—Solo quería meter mis cosas de aseo en la mochila —dije con la mayor inocencia posible. Hunter entrecerró los ojos y se acercó.

—¿En mi mochila?

—No tengo suficiente espacio en mi bolso. —Era verdad, pero estaba segura de que mis mejillas estaban sonrosadas.

—No es solamente por eso. Querías mirar a qué hotel iremos.

—En absoluto.

Arrugó las comisuras de los ojos. En una fracción de segundo, me rodeó con un brazo y me inmovilizó contra la puerta de entrada. Sus caderas ejercían presión contra las mías, manteniéndome inmóvil.

—Dime qué estabas tramando.

—¿O qué?

—Se me ocurren algunos métodos de tortura para sacarte la verdad.

Su pecho desnudo casi rozaba mi torso, y luego no habría nada que nos separara excepto mi finísimo vestido de algodón. Mis sentidos estaban completamente afectados por ese hombre y ni siquiera eran las nueve de la mañana. ¿Dos semanas enteras en un romántico resort en las Maldivas, donde le vería sin camiseta lo suficiente como para tentarme a cada hora? Definitivamente las cosas *no* pintaban bien para mí.

—Vale, lo admito. Lo admito. Quería averiguar el nombre del hotel.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

¿Me estaba mirando los labios o era cosa de mi imaginación? Pude sentir que su piel estaba ardiendo contra mi cuerpo.

—Pronto lo sabrás.

—¿Qué tan pronto? —Sonreí. No podía evitarlo.

—Paciencia. —Señaló mi neceser—. ¿Eso es todo lo que necesitas que meta en mi equipaje?

—Sí.

—Bien. Ve a prepararte, yo lo guardo.

—No confías en mí, ¿verdad? —Puse los ojos en blanco—. No voy a espiar.

—¿Crees que voy a creerte después de pillarte con las manos en la masa?

Tenía razón, así que giré sobre mis talones y me dirigí a mi habitación para ponerme mi ropa de viaje: vaqueros y un polo.

Media hora más tarde, estábamos rumbo al aeropuerto en la parte trasera de un taxi. Hunter permanecía en silencio, mirando por la ventanilla. De vez en cuando se tocaba el anillo de casado; llevábamos alianzas de platino idénticas. Me pregunté si sentiría el mismo pánico y la misma euforia que yo. La misma *atracción*. No podía permitirme pensar de ese modo. Era una tontería.

Una vez en el aeropuerto, el conductor llevó el carro con nuestras maletas hasta el interior del edificio.

—Os deseo lo mejor en vuestra luna de miel —dijo.

Hunter tomó el relevo, empujando el carro del equipaje hacia la zona de facturación de la clase *business*.

—Buenos días, señor —dijo la responsable del *check-in*, cogiendo los pasaportes que Hunter le entregó.

Los escaneó mientras un hombre se ocupaba de nuestro equipaje.

—¿Quieres que te imprima los billetes o los tienes en el móvil?

—Imprímelos, por favor —dijo Hunter. Después de recibirlos, nos dirigimos al puesto de control de la TSA.

—¿Todavía no piensas decirme el nombre del hotel? Quiero investigar sobre las actividades que ofrecen.

—Tendrás tiempo de sobra cuando lleguemos.

La fila avanzaba y yo me movía con ella. De repente, Hunter me rodeó con un brazo por detrás y acercó sus labios a mi oreja, lo que me hizo sobresaltar un poco.

—Te dije que haría que estos años fueran inolvidables, Josie. Confía en mí.

Confiaba en él. El problema era que no sabía cómo me las arreglaría para volver a ser como antes una vez que nos divorciáramos.

—Si quieres que confíe en ti, deberías contarme todo —bromeé.

—Llegaremos a eso. Poquito a poco.

Después de pasar por el control de seguridad, nos dirigimos directamente a la sala VIP de la clase *business*.

—¿Así es como viajas siempre? —pregunté mientras me sentaba con las piernas cruzadas en un sillón de cuero de dos plazas—. Podría llegar a acostumbrarme.

Nos sirvieron champán y canapés justo antes de embarcar. Yo ya estaba un poco achispada y me enfadé conmigo misma por eso, porque quería disfrutarlo *todo*.

Cuando nos indicaron dónde sentarnos, no pude resistir la tentación de tocar todos los botones y a probar todas las posiciones del asiento.

Solo me detuve cuando pillé a Hunter mirándome con una extraña expresión.

—¿Qué?

—Había olvidado lo mucho que te gustan las experiencias nuevas.

Sin inmutarme, comprobé todos los platos del menú y acepté otra copa de champán. Luego miré mi anillo y lo toqué.

—¿No te sientes raro?

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Sinceramente, nunca pensé que me pondría uno. ¿Y tú?

—Esta mañana me entró un poco de pánico —admití en voz baja.

—A mí también, pero creo que es normal. No es poca cosa, y las implicaciones son... bueno... ya las conocemos los dos. —Frunció el ceño y se dio media vuelta, inclinándose hacia mí. Por una fracción de segundo, pensé que iba a besarme, para que nadie dudara de que estábamos enamorados, pero en lugar de eso dijo:

—Si te arrepientes...

—Demasiado tarde, ya he firmado.

—Podemos anularlo.

La mera palabra me entristecía. ¿A qué venía eso?

Intenté parecer juguetona y dije:

—¿Y perderme las Maldivas?

—Después de que volvamos. Es más fácil anular un matrimonio durante los primeros catorce días —dijo en voz baja, apenas un susurro.

—Por lo general, no es fácil conseguir una anulación.

—Se puede hacer. Así que, si cambias de opinión después de que hayamos vuelto, todavía estarás a tiempo de librarte de esto.

—Pero eso no te ayudaría en nada —protesté.

—Lidiaré con las consecuencias. Es que yo... —Sacudió la cabeza, como si no encontrara las palabras, lo que no era propio de Hunter—. Simplemente temo que esto cambie las cosas entre nosotros, toda la presión, las expectativas... Eres mi mejor amiga, Josie. No quiero perderte.

—No me vas a perder. ¿Quién le está dando más vueltas a las cosas ahora? —Intenté quitarle peso al asunto de nuevo. El día anterior me había sentido tan conectada con él. Sus besos habían parecido tan reales. Y luego por la noche... probablemente había bebido demasiado. Eso era todo. Había estado proyectando mis propios sentimientos en él.

Pasé el resto del viaje viendo películas. A mitad del vuelo, Hunter convirtió su silla en una cama y durmió como un tronco. Estaba acostumbrado a volar. Yo, en cambio, me inquieté al cabo de un par de horas y no pude pegar ojo. Cuando aterrizamos en Dubai, yo ya estaba agotada, y aún nos esperaba otro largo vuelo.

—Si te tumbas, puede que al final te acabes durmiendo —sugirió Hunter.

Pero tumbarme me ponía aún más inquieta. Al final, ganó el cansancio.

Me desperté cuando la azafata se acercó para decir:

—El avión está iniciando el descenso. Por favor, pongan sus asientos en posición vertical.

Me froté los ojos, me incorporé y miré por la ventana.

—Estamos sobre el océano —le dije a Hunter, que seguía tumbado, frotándose los ojos—. El agua es de color azul oscuro. Supongo que se debe a que todavía estamos en una zona profunda.

Me pregunto si realmente es tan turquesa como sale siempre en las fotos. Con todos los filtros y efectos de hoy en día, nunca se sabe.

Hunter sonreía.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu entusiasmo es adorable.

—¿Por qué no estás entusiasmado? Tú tampoco has estado nunca aquí.

—Por supuesto que estoy entusiasmado, pero está claro que hay un entusiasmo normal y otro al estilo Josie.

—No me hagas pellizcarte tan temprano.

—Te reto a que lo intentes. Creo que sé cómo ganar esta discusión.

Me miró los labios. Me sonrojé y volví a centrar mi atención en la ventana. Intenté recordar todas las actividades que se podían hacer en las Maldivas.

—Me muero de ganas de hacer cursos de buceo. ¿Crees que nuestro hotel los ofrece? Qué malo eres. Hubiera buscado información si me lo hubieras dicho de antemano.

—El personal del hotel nos informará. Ya les he dicho que estás deseando probarlo todo.

Me di la vuelta para mirarle.

—Es que *vamos* a probarlo todo.

—No, gracias. Estoy bien en la playa.

—¿Y si me voy con el instructor?

Sus ojos brillaron y se inclinó levemente hacia mí. Lo suficiente como para que pudiera sentir cada exhalación en mis labios.

—Pues entonces tendré que afinar mis dotes de seducción, ¿verdad, *esposa*?

Tragué saliva y aparté la mirada.

—¿Qué clase de marido eres, dejando que tu mujer se vaya sola?

—Uno que cree que su esposa puede cuidar de sí misma a pesar de que esté tan loca como para sumergirse en el océano con un tubo de oxígeno a la espalda. ¿Tienes idea de todo lo que puede salir mal? Además, todo queda fuera de tu control.

De repente me di cuenta de por qué se oponía tanto.

—¿Sabes lo que pienso? —pregunté.

—¿Qué?

—Que tienes que aprender a dejar de querer controlarlo todo. Será bueno para ti.

—De ninguna manera.

—Haré que cambies de opinión.

—No lo has conseguido en quince años.

Sonreí de manera pícaro.

—No, pero... ahora soy tu mujer. Puedo usar muchas más artimañas, espera y verás.

Capítulo Dieciséis

Hunter

Un coche nos recogió en el aeropuerto y nos llevó bordeando el océano hasta el hotel. Josie estuvo todo el trayecto con la nariz pegada a la ventanilla.

—No puedo creer que sea tan turquesa. Me siento como en una película.

Había olvidado lo entusiasmada que se ponía Josie con cualquier cosa, lo intensamente que vivía la vida. Quizá lo había olvidado porque hacía tiempo que no hacíamos nada nuevo, juntos o separados. Pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho, lo que me parecía una pena. Vería qué podía hacer para cambiar eso. Tener dinero facilitaba muchas cosas. Por ejemplo, los fines de semana podía tener un *jet* listo para llevarnos a un nuevo destino cuando fuera necesario. Disponía de tres años para darle a Josie lo que no me había dejado hacer en quince, y contaba con una buena excusa.

—¡Qué extravagante es todo esto! —exclamó cuando entramos en el hotel. Estábamos rodeados de mármol y cristal, decorado con plantas exóticas que creaban la sensación de estar en un espacio al aire libre. Había platos con frutas y bebidas colocados estratégicamente a lo largo del área, asegurando que nunca faltara nada para los invitados.

—Sr. Caldwell, Sra. Gallagher, bienvenidos a nuestro hotel. —Una chica morena alta nos saludó. Sostenía una bandeja con cuatro copas, dos con champán y dos con zumo de naranja.

—¿Podría ofrecerles algo de beber mientras esperan a que los registren?

Nos condujo a un sofá de cuero junto a la recepción. Brindamos y bebimos zumo de naranja mientras la recepcionista rellenaba los formularios. Josie inspeccionó el entorno con ojos grandes y maravillados. Joder, qué guapa era. Y me pareció más guapa aún cuando entreabrió los labios en gesto de sorpresa al darse cuenta de que había loros en uno de los árboles.

Se había puesto brillo de labios antes de bajar del avión, pero en mi opinión, sus labios lucían mejor sin ningún tipo de maquillaje. Eran de color rosa oscuro, carnosos y muy tentadores. La había besado más de lo necesario durante la boda, no había podido contenerme y, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, me moría de ganas de volver a hacerlo.

Cuando la recepcionista se excusó informándonos que volvería después de escanear nuestros pasaportes, Josie aprovechó para ir al baño.

Hojeé algunos de los folletos que tenía delante hasta que se acercó una chica rubia y puso dos vasos de agua sobre la mesa.

—Gracias.

—Espero que disfrute de su estancia aquí. ¿Puedo ofrecerle algo más? —Su sonrisa era sugerente. Me molestó. Llevaba un anillo de casado.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Le preguntaré a mi mujer cuando vuelva si quiere algo más. Mire, aquí está.

Josie fulminó con la mirada a la mujer mientras se sentaba a mi lado.

—Josie, ¿necesitas algo?

—No, gracias.

La mujer parpadeó y se enderezó.

Me reí entre dientes cuando se marchó.

—¿Qué? —preguntó Josie.

—Has estado muy graciosa por un momento, volviéndote tan territorial. Gracias por salvarme.

—¿Para qué están las esposas si no? —Batió las pestañas. ¿Estaba realmente celosa o solo estaba en su papel? Maldita sea, *quería* que estuviera celosa. Estaba jodido.

La recepcionista volvió con nuestros pasaportes unos minutos después.

—Su habitación está lista. Subiré con ustedes, y después de que se hayan puesto cómodos o hayan descansado un poco, pueden avisarme y repasaremos juntos todas las actividades disponibles en el complejo.

Sabía lo que Josie iba a decir incluso antes de que abriera la boca.

—¿Le importa explicarnos eso ahora? —Se había inclinado hacia delante en el sofá, emocionada—. Normalmente, disfruto investigando y buscando información en Internet antes de viajar, pero mi marido quería que el nombre del hotel fuera una sorpresa.

La chica alternó la mirada entre nosotros con una sonrisa cómplice.

—Qué romántico. Lo repasaré todo con ustedes ahora mismo.

La mujer nos puso delante un mapa del complejo y nos explicó dónde estaba cada uno de los doce restaurantes y qué tipo de cocina servía cada uno. Cuando procedió a explicarnos las diferentes actividades, Josie se deslizó aún más hacia el borde del sofá. Como por instinto, le pasé un brazo por la espalda para agarrarla en caso de que se deslizara demasiado y perdiera el equilibrio.

Cuando la mujer habló de clases de buceo, Josie me miró de reojo, sonriendo.

—No te cortes, loquilla mía. Sé que quieres reservar clases. —Besé su frente. Sin embargo, lo que realmente quería era besar sus labios.

—¿Reservo para los dos? —preguntó la recepcionista. Me puse rígido. Josie se rió.

—Solo para mí, por ahora. Mi marido tiene demasiado miedo como para probarlo.

Me miró de nuevo. *Joder*. Acabaría convenciéndome a mí también para bucear, lo sabía. Tenía suficientes agallas como para admitir que el buceo me daba pánico, pero tal vez lo probaría, solo para vivir la experiencia con Josie.

A continuación, nos acompañaron a nuestra habitación. Había reservado una *suite* frente al mar, que constaba de un dormitorio enorme y un salón aún más grande. A pesar de eso, el sofá no era apto para dormir. Demasiado pequeño y estrecho, y no podía pedir una cama supletoria sin levantar sospechas. No había reservado una *suite* con dos dormitorios porque sabía que, si los servicios de inmigración se enteraban, sería una señal de alarma, pero esperaba que el sofá bastara. Josie estaba demasiado ocupada admirando las vistas como para compartir mi preocupación.

Acabaría el viaje de luna de miel con tortícolis. Pensé que quizás podría comprarme uno de esos enormes flotadores y dormir en él.

—Los dejo para que se cambien y se pongan cómodos —dijo la recepcionista.

En cuanto nos quedamos solos, Josie salió al balcón y, al asomarse por la barandilla, una parte de su culo quedó al descubierto. Mi polla reaccionó, estaba jodido.

—¡Quiero ponerme el bikini e ir directamente a la playa! —exclamó, dándose la vuelta.

—Buena idea.

Cualquier cosa era mejor que estar allí con ella. No podía dejar de imaginar todas las cosas que le haría en esa cama, maldita sea, incluso en el balcón.

No fue hasta después de ponerse el bikini que pareció darse cuenta de que solo había una cama.

—Creía que las *suites* tenían espacio suficiente para que pudiera dormir una familia entera.
—Solamente si reservas unas con dos habitaciones, pero...
—Eso hubiera resultado sospechoso.
—Sí.

Se asomó al dormitorio.

—La cama es enorme. No será un problema. Duermes siempre en un lado, ¿verdad?

Me moví justo detrás de ella y le susurré al oído:

—Pero tú no.

Se dio la vuelta y sus ojos se abrieron de par en par.

—Me las arreglaré. —Se relamió los labios y se giró para entrar en la habitación.

¿Podría realmente estar tan cerca de mí y no sentir nada? Porque yo sí que iba a estar muy pendiente de su presencia en mi cama. Más que nada porque ya me la imaginaba inclinada sobre el borde, con las manos hacia delante mientras la penetraba desde detrás. O de espaldas, con los muslos abiertos mientras la besaba por todo el cuerpo.

Me estaba volviendo loco. Llevaba poco más de veinticuatro horas casado con mi mejor amiga y ya fantaseaba con hacer que se corriera.

Habíamos dormido ocho horas en el último tramo del viaje, así que nos sentíamos renovados. Me puse un bañador y nos dirigimos a la playa. Cuando llegamos a la arena, Josie se agachó y la tocó con los dedos.

—Es tan suave. Y *tan* blanca. —Cuando me miró, su sonrisa era un poco vacilante—. Hunter, esta ha sido la mejor idea que has tenido.

—¿Ni siquiera vas a echarme un poco la bronca? Estamos progresando.

—No, no me hagas caso cuando me pongo así. En el fondo me gustan las sorpresas.

—Te tomo la palabra.

Se tapó la boca al darse cuenta de lo que había dicho.

—Me he expresado mal.

—Demasiado tarde. No puedes dar marcha atrás.

—Claro que puedo.

Me coloqué detrás de ella, rodeé su cintura con los brazos y la levanté hasta que sus pies quedaron colgando en el aire. Ella emitió un sonido que pareció mitad chillido, mitad carcajada, pataleando un poco el aire, pero apoyándose completamente en mí. Su encantador culito quedó presionado contra mi polla. *Joder*. No era el momento de empalmarse. Sin duda, era una muy mala idea.

Cuando la dejé en el suelo, ella rió y, por puro instinto, la giré hacia mí y le di un beso. Sabía a menta y al zumo de naranja que habíamos bebido en la recepción. Podría haberle dado un pico rápido, pero no pude resistirme, le acaricié la lengua, necesitaba saber si volvería a responderme o si lo había hecho el día anterior para convencer a los invitados. Nadie estaba mirando de cerca en ese momento. A nadie le importaría.

Por eso, cuando Josie me rodeó el cuello con los brazos y me devolvió el beso, todo mi cuerpo pareció más ligero. Mantener mis manos en su cintura requirió de todo mi autocontrol. Cuando volví a bajarla, hizo un movimiento para zafarse de mis brazos, pero no la solté.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Me meteré en el agua.

—No sin protector solar.

—Vamos. Me pondré un poco después.

—Josie, tu piel es tan blanca que es casi translúcida. Créeme, lo vas a necesitar. El sol aquí es más fuerte de lo que estás acostumbrada.

Intentó zafarse, pero la mantuve cerca.

—No querrás pasarte el resto de la luna de miel encerrada entre cuatro paredes porque te has quemado. Ponte protector solar. Ahora mismo.

Se quedó inmóvil y luego se giró, haciendo pucheros.

—Bueno, pero como castigo, tendrás que untarme crema solar por todas partes.

¿Cómo podía pensar que eso era un castigo? De acuerdo, quizás lo fuera, pero no de la manera que ella creía.

Fui *muy* minucioso. Empecé poniendo crema en sus tobillos y pantorrillas, masajeándole las piernas hasta los muslos. Yo estaba sentado en una tumbona con las piernas ligeramente abiertas y Josie estaba de pie entre mis muslos y mi cabeza se encontraba a la altura de su ombligo. Luego, mientras le frotaba la crema en el vientre, mi cara estaba situada frente a sus pechos.

Solo podía pensar en acariciarlos, en chuparle aquellos pezones hasta que se retorciera, pidiendo más, suplicando ser liberada. Intenté mantener la mirada fija en su vientre, pero cuando pasé a aplicarle la crema en el cuello, no pude ignorar la forma en que se le habían endurecido los pezones, que se asomaban a través de la tela.

La estaba excitando. Joder. Levanté la vista hacia ella, pero solo me miró durante una fracción de segundo antes de darse la vuelta.

—Y ahora en mi espalda, por favor. —El tono de su voz era un poco ronco. Su respiración era más agitada.

No saques conclusiones apresuradas. Solo le estabas pasando las manos lentamente por todas partes y, como era de esperar, su cuerpo reaccionó.

Cuando terminé, yo también me apliqué crema, pero solo le pedí a Josie que me ayudara con la espalda. Unos minutos después, nos metimos en el agua.

—Esto es increíble. ¿Cómo puede ser tan clara?

Era una de las vistas más pintorescas que había tenido el privilegio de ver y vivirla con Josie la hacía todavía más especial. Alternaba entre nadar y caminar, mientras observaba los pececillos multicolores que nadaban a su alrededor.

—Joder, ¡¿eso es un tiburón?! —exclamó.

—Es uno pequeño, nativo de estas aguas. Completamente inofensivo —le aseguré.

—¿Cómo lo sabes?

—Al parecer, yo he sido más minucioso en mi investigación que tú en la tuya.

—Ufff. ¿Estás seguro de que son inofensivos? Aunque sus dientes sean proporcionalmente más pequeños, aún pueden hacer daño.

En ese instante, vi una oportunidad para burlarme. O quizá solo estaba buscando una excusa para volver a tocarla. Puse mis manos sobre sus hombros y la acerqué.

—¿Cómo piensas hacer buceo exactamente? Vas a acercarte a peces grandes. Algunos podrían tener dientes, otros hasta pueden ser peligrosos.

—Sí, pero habrá un profesional conmigo, así que estaré a salvo.

—Ya veo. Así que aquí el problema no son los tiburones, sino yo. Me ofendes.

Sonrió, acariciando mi mejilla de manera juguetona.

—Ya se te pasará.

—Josie, de verdad no crees que me arriesgaría a que te pasara algo, ¿no?

Sus hombros se relajaron.

—No lo harías... en términos generales. Pero esa es la cuestión. Le tienes más miedo a la vida salvaje que yo. Si algo realmente te atacara, apuesto a que te salvarías a ti mismo.

—¿Me estás llamando cobarde?

—Sí, señor, así es.

Antes de que pudiera adivinar mis intenciones, empecé a hacerle cosquillas en las axilas.

Lanzó un chillido adorable y fuimos forcejeando hasta la playa, hasta caer sobre la arena mojada. El movimiento la liberó de mi otro brazo y Josie aprovechó la oportunidad, daba tanto como recibía. Su risa era contagiosa, de pura felicidad y relajación. Y yo quería darle más, quería darle una razón para reír así todos los días.

La detuve de la única forma que sabía: con un beso. Le sujeté las muñecas por encima de la cabeza. Mi intención era sorprenderla solo el tiempo suficiente para que dejara de hacerme cosquillas, pero como de costumbre, me dejé llevar...

Lo que le haría a esa mujer si me perteneciera... Siempre había sido consciente de que Josie era atractiva, pero aquello me llevó al límite de mi autocontrol.

Profundicé el beso, deslizando los dedos por el costado de su cuerpo hasta que gimió contra mis labios.

Luego se apartó de mí. Tenía las mejillas sonrojadas y la boca roja. Estaba evitando mi mirada, me había pasado de la raya. Joder. No debería haberla besado así. Sin embargo, en lugar de sentirme culpable, me pregunté hasta qué punto estaba mojada por mí. Me hice a un lado, liberándola, e inmediatamente se puso en pie, dirigiéndose hacia la tumbona. Decidí no ir tras ella. Conocía lo suficiente a Josie como para saber que necesitaba estar sola, digerirlo. Cielo santo, yo necesitaba digerirlo.

No podía seguir así. Besándola sin razón, reclamando cada vez más. Necesitaba controlarme para no arruinarlo todo.

Primero, fui al chiringuito a por una bebida para cada uno. Cuando volví, Josie estaba leyendo, así que puse la bandeja en la mesita de plástico que había entre nuestras tumbonas.

—Te he traído agua de coco. Habías dicho que querías probarla, ¿verdad?

Josie bajó el libro, cogió un vaso y bebió con ansias, como si se estuviera muriendo de sed.

Aún evitaba mi mirada, era consciente de que tenía que arreglar las cosas. A partir de ese momento, decidí que solo le daría besos y caricias cuando fuera absolutamente necesario.

Escupió el agua de golpe.

—Esto es asqueroso.

Me reí y le quité el vaso, ya que había empezado a ahogarse después de escupir.

—Eso te pasa por querer probarlo todo.

Miró mi *caipirinha* con los ojos entrecerrados.

—Sabías que era asqueroso.

—Te lo había advertido. Y tú dijiste que decidirías por ti misma, ¿recuerdas?

—Vaya... a veces siento que necesito que me salven de mí misma.

—Coincido. Recuérdalo cuando reserves ese curso de buceo.

Arrugó la nariz de una manera adorable antes de volver a su libro. Se titulaba “*Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*”.

—Hace tiempo que quiero comprar ese libro —dije, recostándome en mi propia tumbona—. ¿Qué tal está?

—Algunos consejos son puro sentido común; otros, en cambio, son más perspicaces de lo que esperaba.

Mencionó algunos ejemplos y juntos ideamos formas de integrarlos en nuestras respectivas rutinas.

Siempre me habían gustado nuestras conversaciones, la forma en que construíamos sobre las ideas del otro. Siempre me había resultado fácil hablar de todo con Josie, desde negocios hasta asuntos personales, y no cometería el error de perder eso.

Las cosas entre nosotros parecieron volver a la normalidad a medida que avanzaba el día. Charlamos sobre todo, desde política hasta historia, pasando por la fauna local, después de que Josie comprara un libro al respecto en la tienda del hotel. Tampoco pude dejar pasar la oportunidad de bromear cuando ella buscó la *T* en el índice de animales.

—¿Por casualidad no estarás investigando sobre los tiburones? —pregunté de manera indiferente. Me fulminó con la mirada—. Admítelo, quieres comprobar si son inofensivos o no. ¿Es que te fías de mí?

—Has demostrado ser de poco fiar últimamente —dijo con la misma indiferencia, mientras pasaba a otra página. Mierda. Eso era algo que no podía refutar.

Respeté mi norma autoimpuesta solo durante unas horas, porque cuando Josie salió del dormitorio vestida para cenar, supe que no tendría ninguna posibilidad de cumplir mis propias reglas aquella noche.

Llevaba un vestido rosa claro de tela vaporosa que llegaba hasta el suelo. De frente, parecía discreto, con cuello halter y sin escote, pero tenía la espalda descubierta y la cintura era tan baja que casi podía verle la raja del culo.

—Josie. —Sí, sabía que había sonado como un gruñido, pero maldita sea, no me salió otra cosa en ese momento—. Estás... guapísima.

Se pasó las manos por la cintura, riendo.

—Incluso ya estoy un poco bronceada. Tenías razón con lo del protector solar. Aun así, me picaba un poco la piel después de la ducha. El *aftersun* ha ayudado. ¿Vamos?

—Sí. —Porque si me quedaba mucho tiempo a solas con ella, no sabía cómo podía reaccionar.

—Bienvenidos, tenemos una mesa especial para ustedes esta noche —nos informó el camarero cuando entramos en el restaurante exterior. Esa noche habíamos decidido probar la cocina local. Había llamado al *concierge* para reservar mesa, y cuando el hombre me preguntó si quería el paquete especial para recién casados, no pude resistirme y acepté. Incluía una mesa apartada en un cenador adornado con luces centelleantes.

Quería lo mejor para Josie. Y sabía que, a menos que la obligara a hacer otro viaje mientras estuviéramos casados, no volvería a coger un vuelo hasta allí.

La anfitriona me guiñó un ojo y me dijo:

—La mejor mesa, como usted pidió.

Adiós al secreto.

Josie me miró con los ojos muy abiertos cuando nos quedamos solos.

—¿Tú has pedido esto?

—Pensé que te gustaría.

—Gracias —murmuró, volviendo a estudiar el menú—. Dios mío, quiero pedirlo absolutamente todo.

—Pues adelante.

—¡Ja! Ya he ingerido demasiadas calorías vacías con los cócteles de la playa.

Había descartado el agua de coco después de ese primer sorbo y acabó bebiendo *caipirinha*

conmigo.

—Josie, para. Eres muy guapa. Si estás buscando la manera de ser aún más guapa, me costaría mucho más resistirme a ti.

Bajó el menú y me miró directamente.

—¿Qué? No me digas que no te has dado cuenta hasta hoy —dije.

Me señaló con el dedo.

—Para ya.

—¿Qué cosa?

—Tú sabes muy bien qué.

Me estaba regañando por mi comportamiento coqueto, y me di cuenta de que debía dar un paso atrás y reevaluar la situación. Sin embargo, en lugar de hacerlo, seguí presionando.

—Eres mi mujer. Si quiero hacerte un cumplido, lo haré.

—Y decías que me estaba volviendo más atrevida. Pues tú eres peor.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, *esposa*?

Se lamió los labios, sacudiendo la cabeza.

—Ya verás. Trazaré un plan para vengarme.

—¿Ah, sí? Lo dudo mucho.

—Así que, tú crees que me conoces bien, ¿no? ¿Qué supones que quiero?

—Creo que quieres que presione una y otra vez hasta que no tengas más remedio que ceder.

Josie exhaló con fuerza antes de morderse el labio inferior.

Quería que me diera una señal de que ella también quería lo mismo. Que le costaba tanto como a mí lidiar con aquella situación.

Cuando volvió a mirar el menú, obtuve mi respuesta. La noche anterior le había pedido que me controlara, que fuera la responsable de los dos, pero yo ya estaba cambiando de nuevo las reglas.

No tuve ocasión de seguir insistiendo, porque una camarera vino a tomarnos la comanda. Empezamos poco a poco, con aperitivos y agua con gas, pero pronto aquello se convirtió en un festival gastronómico.

Hablamos de la boda y de nuestras familias.

—Ryker no podía creer que yo fuera la primera en casarme.

Sonrió.

—Si hubiera tenido que apostar, tampoco lo habría hecho por ti.

—Yo tampoco.

Inclinó la cabeza, analizándose.

—¿Por qué no?

Fruñí el ceño y bebí un sorbo de agua para ganar tiempo. Nunca me lo había planteado tan conscientemente.

—No lo sé. Creo que es más fácil. Hacer ese voto, confiar en alguien, hacerle feliz para toda la vida... son muchas expectativas.

Y cuando no se cumplían las expectativas, todo iba cuesta abajo. Mis padres se habían amado profundamente. Lo sabía a ciencia cierta, porque durante mis primeros diez años de vida nunca los había oído discutir. Siempre habían demostrado un gran amor el uno por el otro.

Sin embargo, cuando el negocio de papá fue cuesta abajo, su relación se resintió. Recordaba las peleas, incluso llegaron al punto de no soportar estar en la misma habitación.

—Hunter, no tienes que presionarte tanto. Nuestra felicidad no debería depender de otra

persona. Además, te conozco desde hace mucho tiempo, eres un gran amigo y una gran persona. Debes darte más crédito.

—Normalmente me echas la bronca por darme demasiado crédito —bromeé.

—Es que me adapto con facilidad.

—Ya veo.

—Y si me ofreces comida tan deliciosa como esta, tiendo a ser más agradable todavía. Mucho más agradable.

—Lo tendré en cuenta.

Solo pedimos un postre, pero resultó ser lo bastante grande como para satisfacer a tres personas. Mientras comíamos, reflexioné sobre sus palabras. Aunque tenían sentido, siempre había sido parte de mi naturaleza hacer felices a las personas que me importaban.

Estaba seguro de que si la persona que estaba a mi lado era infeliz, no solo me sentiría culpable, sino responsable de ello.

Cuando salimos del restaurante, paseamos por la compleja red de estrechos senderos entre la vegetación que separaba el edificio principal de la playa y la zona de restaurantes.

—Me encanta el complejo —comentó Josie, deteniéndose para hacerle una foto a una planta exótica. Me pregunté si nos estaba retrasando a propósito y si la idea de compartir la cama se había vuelto abrumadora desde la última vez que habíamos hablado de ello.

Cuando por fin entramos en la *suite*, dijo:

—Me lo he pasado genial hoy.

—Pues quedan otros trece días.

—Me muero de ganas de ver lo que nos deparan.

Josie se quitó los zapatos y caminó descalza hacia el dormitorio. Fui tras ella. Una vez allí, se paró frente al espejo, tanteando el cierre de su collar.

—Déjame ayudarte —dije.

—Gracias. Fue mucho más fácil ponérmelo.

Lo desabroché enseguida, pero no pude contenerme y dejé que mis dedos se detuvieran en su suave piel.

—Hoy me he divertido más de lo que esperaba. Ayer también. —No sabía por qué había empezado a hablar, pero una vez que lo había hecho, sentí la necesidad de continuar—. Te besé mucho más de lo estrictamente necesario.

—Hunter...

—Es la verdad.

Finalmente, levanté la vista y me encontré con su mirada en el espejo. Deslicé el pulgar desde su hombro hasta su brazo y noté cómo se estremecía. Le di la vuelta y la apreté contra mí.

—No sé cómo manejar todo esto —admití—. Estar casado contigo y no querer más que amistad.

Casi se le salen los ojos de las órbitas. Continué.

—Lo he intentado, pero como ves no se me da muy bien.

Se rió entre dientes.

—No, es evidente que no se te da muy bien, pero tampoco es que a mí se me dé mucho mejor.

Pasé la mano por su espalda expuesta hasta llegar a la tela, y luego descendí aún más, cubriéndole el culo con ambas manos.

Al momento, Josie me acercó a ella y la besé con tanta fuerza que sus piernas flaquearon. Le

estaba demostrando lo mucho que la deseaba.

Gemí contra su boca, para entonces ya estaba empalmado. Ella también lo notó y movió lentamente las caderas hacia delante y hacia atrás, reclamando más.

Capítulo Diecisiete

Hunter

Tenía hambre de ella y, mientras empujaba los tirantes de su vestido hacia abajo con desesperación, tirando de la tela hasta que cayó hasta sus pies, caí en la cuenta de que ese hambre no solo era producto de las últimas semanas.

Aquel sentimiento había estado dentro de mí durante años, solo que lo había enterrado profundamente para que nuestra amistad no se viera afectada. Le besé la mandíbula y tracé un camino hasta el lóbulo de su oreja, mordiendo el hélix con suavidad, disfrutando del pequeño jadeo que dio y de la forma en que se apretó contra mí. Incliné su cabeza, moviendo mis labios a un lado de su cuello. No quería dejar ni un centímetro de su piel sin explorar, quería tocarla y besarla por todas partes al mismo tiempo. También quería mirarla, deleitarme con ella. Aquel día la había visto en bikini, pero eso era diferente, era solo para mí.

—Hunter... —murmuró cuando le pasé la lengua por el rincón de la base del cuello. Por la manera en que le tembló la voz con esa sola palabra, supe que era uno de sus puntos sensibles. Ya se retorció entre mis brazos y ni siquiera la había besado por debajo de los hombros. Así y todo, decidí cambiar de rumbo y bajé la boca por su pecho hasta el sedoso sujetador sin tirantes, era tan fino que podía sentir la forma de su pezón bajo él.

Hice girar la lengua sobre la tela una vez antes de que mis manos buscaran desesperadamente el cierre de la parte trasera. Lo abrí de un tirón, el sujetador cayó al suelo y tuve vía libre para besarla y provocarla hasta que me suplicara más.

La conduje a la cama tamaño *King*, besándola durante todo el trayecto, hasta que llegamos a uno de los cuatro postes. Le pasé las manos por la cintura y los muslos, queriendo memorizar sus curvas; luego la giré, le aparté el pelo a un lado, le besé en la nuca y bajé por su espalda, siguiendo la línea de su columna vertebral hasta llegar al dobladillo de sus bragas.

Sus nalgas estaban completamente a la vista, eran redondas y muy tentadoras. Recorrí con los pulgares el centro de cada una de ellas antes de recorrer el mismo camino con mi lengua. Luego metí una mano entre sus muslos, separándolos aún más. Josie se puso de puntillas y se agarró al poste de la cama con ambas manos, como si ya no pudiera aguantar lo que le estaba haciendo. Y eso que todavía planeaba darle mucho más.

—¡Joder! —exclamé cuando toqué con dos dedos la parte de la tela que cubría su coño. Ya estaba mojada. Mi polla ejerció tanta presión contra mis vaqueros que estuve a punto de bajármelos y follármela allí mismo, contra el poste de la cama.

—Eres tan preciosa, Josie. Tan jodidamente sexy. ¿Qué voy a hacer contigo?

Deslicé mi mano dentro de sus bragas.

Ella jadeó.

—Lo que tú quieras.

Casi estallo de placer ante sus palabras, al sentir lo excitada que estaba.

—Te haré suplicar. Y haré que te corras.

Moví dos dedos alrededor de su delicado tejido, acariciando la zona que rodeaba su clítoris. Disfruté viendo cómo sus dedos se enroscaban en el poste de la cama, trasladando su peso de los talones a los dedos de los pies.

Besé cada centímetro de ella que podía alcanzar, manteniendo una mano en sus bragas y llevando mi brazo libre alrededor de su parte media para llegar a su pecho, donde empecé a dibujar círculos alrededor de sus pezones, imitando los que había hecho alrededor de su clítoris.

—Hunter, Hunter, Hunter —repetía—. Estoy tan cerca. Dios mío. Tan cerca.

Al segundo siguiente, explotó y gritó. Sus rodillas cedieron y la sujeté por la cintura mientras se agarraba con más fuerza al poste de la cama. La sostuve mientras aguantaba la oleada de placer, recostando la cabeza en mi pecho con los ojos cerrados. Luego la di la vuelta lentamente, contemplando la bruma de lujuria de sus ojos antes de empujarla suavemente sobre la cama.

—Hay preservativos en el neceser —dije.

Ella negó con la cabeza.

—No hace falta. Tomo la píldora.

No habíamos puesto límites, no habíamos hablado de si sería algo de una sola vez o no, pero sabía que después de esa noche, las cosas cambiarían por completo entre nosotros.

Josie estaba preciosa, tumbada boca arriba, con los pechos subiendo y bajando a cada respiración... Me desabroché la camisa rápidamente y ella se movió para desabrocharme el cinturón y el botón de los vaqueros.

Cuando estuve completamente desnudo, me incliné para besarla, subiéndome a la cama encima de ella. Abrió los muslos, enroscándose los dedos en el bajo vientre como si apenas pudiera soportar no tocarse.

Rodeé su clítoris con la punta de mi erección, viéndola retorcerse, disfrutando de sus gemidos, volviéndola loca hasta que no pudo resistir más y movió una mano hacia arriba, en dirección a sus pechos. Bajó su mano libre y se me nubló la vista cuando me tocó la polla.

La penetré al segundo siguiente. Estaba tan apretada, tan jodidamente perfecta a mi alrededor. Entré y salí, tocándola, besándola, mordiéndola, memorizando cada centímetro de su cuerpo, cada sonido que hacía. Ella palpitaba a mi alrededor, mientras me clavaba los dedos en los bíceps.

Cuando sus muslos oprimieron los míos, supe que estaba cerca. Me aparté un poco, queriendo mirarla cuando llegara al clímax, pero yo también estaba al límite. Era demasiado placentero, demasiado íntimo. Me aferré a mi control solo el tiempo suficiente para asegurarme de que Josie se corriera primero, y luego me corrí con fuerza.

Tardamos unos minutos en recuperarnos. La mantuve cerca y volví a besar su cuello, inhalando el aroma a vainilla y pimienta que había asociado a mi mejor amiga durante años. Después de esa noche, no podría oler su perfume sin pensar en lo sensual que era, en lo receptiva que era. En cómo me había entregado su placer.

A la mañana siguiente, me desperté con la cama vacía. Tragué saliva, me incorporé y traté de poner en orden mis ideas para adivinar dónde podía estar Josie y por qué no estaba allí.

Los latidos de mi corazón eran erráticos cuando me levanté de la cama, y apenas volvieron a la normalidad cuando oí correr el agua en el segundo cuarto de baño.

Me planteé esperar a que saliera para poder hablar... pero, ¿por qué posponer el momento?

Sonreí al acercarme a la puerta, oyéndola cantar una melodía pegadiza. Mi Josie estaba de muy buen humor. No sabía que cantaba en la ducha, nunca la había oído en el apartamento.

Abrí la puerta y sonreí de oreja a oreja al verla. Estaba bailando con los ojos cerrados bajo el chorro de agua, mientras se frotaba el pelo con champú y movía las caderas y aquel culito perfecto de un lado a otro.

Ni siquiera me sentí culpable por mirar. Me limité a apoyarme en el marco de la puerta. Me crucé de brazos y observé aquella fascinante faceta de mi mejor amiga.

Por desgracia, estaba tan centrado en seguir los movimientos de su culo que no me percaté de que me había visto hasta que emitió un chillido y casi pierde el equilibrio.

—¡Hunter!

—Buenos días.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?

—Desde la última vez que cantaste el estribillo.

—¿Y no se te ocurrió avisar de tu presencia?

—Nop. Tenía una gran vista. Me distraje. ¿Acaso puedes reprochármelo?

—Claro que puedo y, de hecho, lo estoy haciendo.

—Me disculparía... pero en realidad no me arrepiento.

—No sabía que eras un mirón descarado.

Ella sonrió y yo le devolví la sonrisa. Me acerqué y entré en la ducha.

Josie tragó saliva y bajó la mirada hacia algún lugar de mi torso. Le pasé la mano por debajo de la barbilla y le levanté la cabeza. Entonces no pude contenerme y besé la comisura de sus labios, mordisqueando la otra hasta que la sentí estremecerse.

—No quiero olvidar lo de anoche —dije antes de darme cuenta de que no era así como debía proceder. Conocía a Josie y sabía que necesitaba tiempo para adaptarse a los cambios. Joder, esa mujer ya había puesto su vida patas arriba con tal de ayudarme. Debía preguntarle qué quería, comportarme como un caballero, no exigirle nada.

Josie no dijo nada, pero yo seguía con la boca sobre su mandíbula, sintiendo su aliento caliente y corto sobre mi mejilla. Si quería que lo olvidáramos, respetaría su deseo. Los tres años siguientes serían insoportables, pero respetaría su deseo.

—¿Qué quieres exactamente? —preguntó en voz baja, lo que no era propio de ella.

—¿Por qué mejor no me dices lo que tú quieres? —Quería mirarla a los ojos, pero otra cosa que sabía de Josie era que no le gustaba el contacto visual cuando estaba tratando de resolver algo. La ponía nerviosa.

—Yo... no sé. Quiero decir, anoche fue increíble. Y no quiero fingir que no pasó, o que no quería que pasara. Porque lo quería. Solo... temo que esto cambie nuestra amistad.

Me aparté hacia atrás y la miré directamente a los ojos.

—Eso no ocurrirá. Te lo prometo. Eres mi mejor amiga.

Algo pasó a través de sus ojos, rápido como un rayo.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Por qué dudas de mí?

—No has estado respetando mucho tu palabra últimamente. —Había empezado a sonreír un poco.

—¿Ah, no?

—¿Recuerdas lo que me dijiste la noche de bodas? Y eso que todavía no han pasado ni cuarenta y ocho horas.

—Toda la culpa es tuya por ser tan jodidamente irresistible.

—¿Ni siquiera vas a reconocer tus errores? Eres peor de lo que pensaba.

—Ya veo. ¿Y acaso no tengo ninguna cualidad rescatable?

—Si lo pienso bien, se me ocurren una o dos, pero te invito a demostrarme todas las que tengas.

—Sus deseos son órdenes, esposa.

Capítulo Dieciocho

Josie

—Esto ha sido increíble. *Increíble*. —Tenía ganas de dar saltos en el barco. Bueno, de hecho, *estaba* dando saltos. Aquella había sido nuestra primera inmersión en el océano, antes habíamos practicado en una de las piscinas, hasta que le cogimos el tranquillo a la respiración y al manejo del equipo.

El instructor de buceo sonrió, maniobrando el barco de vuelta a la orilla. Hunter se sentó en el banco trasero y me dedicó una sonrisa pícaro. No dejó de observarme mientras me quitaba el traje de buceo.

Sentía que mi piel se calentaba en cada lugar donde miraba, como si tuviera sus manos sobre mí... o su boca.

—Estás muy callado. ¿Qué te ha parecido? —le pregunté más tarde mientras caminábamos hacia nuestras tumbonas. Le di un ligero codazo y reaccionó de inmediato, me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él.

—Me parece que estás absolutamente irresistible en ese bikini.

Puse los ojos en blanco.

—Me refería a qué te había parecido el submarinismo.

—Pues que merezco una recompensa por semejante acto de valentía.

Me soltó cuando llegamos a las tumbonas y se sentó en la más cercana. Apoyé las manos en las caderas, ladeando la cabeza.

—¿Una recompensa?

—Sí.

—¿Como cuál?

Su sonrisa se convirtió en una mueca voraz.

—A buen hambre no hay pan duro.

—Entonces, si te recompenso con un helado, ¿serás feliz?

Me acercó aún más.

—Nadie dijo que no fuera a intentar convencerte de que me recompensaras como yo quiero.

—Me dio un beso justo debajo del ombligo. Al segundo siguiente se me puso la piel de gallina.

—Hunter. Estamos en la playa.

—Es que no consigo saciarme de ti.

De algún modo, había vuelto a meterme entre sus piernas. La parte exterior de mis muslos rozaba la parte interior de los suyos, pero incluso ese pequeño contacto era suficiente para provocarme un escalofrío. Movía lentamente su mano en pequeños círculos en la zona baja de mi espalda. Parecía incapaz de apartar las manos de mí. Sin embargo, ¿quién era yo para juzgarle? Le había tocado cada vez que había podido desde nuestra primera noche juntos, tres días atrás. Los límites entre nosotros se estaban difuminando y no sabía cómo sacar el tema, o si debía hacerlo. Tenía miedo de no poder mantener mi corazón al margen de la cuestión.

—Bueeeno... ¿qué tal si hacemos paracaidismo? ¿O un safari? —pregunté de manera indiferente. Hunter me miró fijamente.

—¿Lo estás haciendo a propósito? ¿Para torturarme?

—Tal vez.

No tenía ni idea de lo que me había pasado, pero de repente quería experimentarlo todo con él. Además... soltarse un poco no le vendría mal. No todo era controlable, tal y como demostraba

el hecho de que no le hubieran prorrogado el visado y que en ese momento se viera obligado a obtener una *Green Card*.

Entendía por qué sentía esa necesidad, o al menos eso creía. Cuando su padre había perdido el negocio unos años atrás, su familia se desmoronó. Todo estaba fuera de su control. Podía entender el impulso, la necesidad de asegurarse de no volver a encontrarse en esa situación.

—Estás diferente, de alguna manera —dijo.

—¿Qué puedo decir? Tienes razón. Como tu esposa, no dejo de aprender cosas nuevas. Regañar, por mencionar una. Convencerte para que pruebes cosas tontas, otra. ¿Qué te parece, marido?

Solo quería que se divirtiera, que fuera feliz.

—Solamente si prometes no echarme la bronca por hacer que tu familia vuele por Navidad.

Me crucé de brazos, intentando sonar firme.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

La verdad era que seguía derriéndome cada vez que pensaba en eso, pero no quería que se le ocurrieran más ideas peligrosas. Mientras tanto, yo ya estaba pensando en cosas bonitas que podría hacer por él. Cosas que no había sido capaz de hacer como amiga. ¡Joder! Se abrió todo un nuevo mundo de opciones. Me imaginaba cuidándole por la noche cuando ambos estuviéramos en casa, ayudándole a relajarse.

—Las cosas no funcionan así —dije.

Se inclinó más hacia mí, moviendo las cejas de manera juguetona.

—Pues entonces, no hay trato.

—La verdad es que no me dejas muchas opciones.

—Entonces, ¿aceptas?

—Acepto.

—Eres consciente de que me estás dejando salir con la mía mucho más que antes, ¿verdad?

Me encogí de hombros con aire burlón.

—¿Qué puedo decir? Empieza a gustarme la idea de ser su esposa, Sr. Caldwell.

Capítulo Diecinueve

Hunter

—Estás haciendo trampa —dijo Josie. Me había llevado el portátil a la playa. Nos quedaban dos días de luna de miel, pero quería empezar a enviar correos electrónicos.

—Solo estaba comprobando algunas cosas para asegurarme de que no hay nada urgente.

—Pues yo no voy a comprobar nada hasta que esté en mi despacho. Me encanta ser abogada, pero aparentemente me gusta más disfrutar de un descanso. Y tengo que agradecer a mi marido por haberme ayudado a hacer este descubrimiento sobre mí misma.

Me reí entre dientes. Estaba muy orgulloso de que hubiera llegado tan lejos. Josie se había esforzado tanto como yo, entre los dos habíamos trabajado en casi todos los curros de estudiantes que existían en la ciudad.

Eché un vistazo a mi pantalla.

—Ese proyecto parece interesante. ¿De qué se trata?

—Es un colegio.

—Es un proyecto de caridad, ¿verdad?

Asentí. La empresa obtenía suficientes beneficios como para construir uno o dos edificios de beneficencia al año. Se trataba de un colegio público. Las Galas Benéficas de Baile también recaudaban fondos para aquel proyecto.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué te metiste en el sector inmobiliario? Seguro que no ha sido nada fácil.

La verdad era que no lo había sido. La gente seguía asociando el nombre de Caldwell con el enorme promotor inmobiliario que había quebrado hacía más de quince años.

—Ya me conoces, nunca elijo el camino fácil. —Podría haberlo dejado así, pero algo en la expresión de Josie me hizo sincerarme—. Siempre me había gustado el trabajo de papá. Se entregaba en cuerpo y alma, y no lo hacía solo por el dinero. Era su esencia. Estaba orgulloso de ello. Pasé la mayor parte de mi infancia en su despacho, viendo maquetas, escuchándole explicar los entresijos del negocio...

Josie me besó el hombro y me recorrió el brazo con los labios. La nueva cercanía entre nosotros hizo que me resultara muy fácil seguir hablando, incluso de cosas que nunca antes le había contado, no porque tuviera algo que ocultar, sino porque ella me animaba a abrirme.

—En realidad, mi padre empezó el proyecto de este colegio hace años. Tardamos un tiempo en resolver las cuestiones legales y conseguir todos los permisos para construir, pero el año pasado nos dieron luz verde.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—¿Quieres involucrarte?

—Al parecer necesitas un abogado para todos esos permisos. Tengo contactos.

La empresa tenía suficientes abogados, pero yo quería que Josie formara parte del proyecto. Siempre me había gustado trabajar con mis primos, pero la idea de que Josie también participara me producía una sensación de alegría que jamás había sentido.

—Me encantaría.

—Solo dime lo que necesites. Haz que tu gente me lo envíe por correo electrónico.

—Sí, señora.

Volví a mirar la pantalla, pero no podía centrarme. ¡Al diablo con ello! Todo aquello podía esperar hasta que volviera de la luna de miel. Cerré el portátil y lo aparté a un lado.

—Vaya, qué rápido.

Aunque tenía la cara hundida en mi brazo, pude percibir que sus labios esbozaban una sonrisa socarrona contra mi piel.

—Hay alguien que está reclamando mi atención.

—¿Quién será? —murmuró.

—Mi esposa.

—Tu esposa es bastante pesada, ¿no?

—Para nada. Es inteligente, divertida y disfruto de estar con ella.

Meneó el culo. La levanté y la puse sobre mi regazo.

—Parece que te gusta —dijo con una sonrisa.

—Mucho. Creo que es hora de que se lo demuestre, para no dejar lugar a dudas.

Su sonrisa se amplió aún más.

—Es una idea estupenda.

El día de nuestro regreso llegó antes de lo esperado. Josie parecía de mal humor mientras hacíamos las maletas. Cuando la cremallera no se abrió, la cerró de golpe y maldijo. Le ofrecí mi ayuda para cerrarla antes de que la rompiera.

Luego de darse una larga ducha, le sorprendí con un trozo de su tarta de avellanas favorita.

—¿Y esto? —preguntó cuando volvió al dormitorio.

—Lo he pedido para ti. En cualquier momento vas a echar fuego por la boca.

Me dedicó una sonrisa tímida.

—Lo siento... suelo ponerme de muy mal humor el último día de vacaciones.

Me di un golpecito en la sien.

—Ya me he dado cuenta. Lo he guardado aquí para futuras referencias. Me aseguraré de que empieces el día con un trozo de tarta.

—Te advierto que puede que empeore una vez que lleguemos a casa.

—Lo apunto.

La inyección de azúcar mejoró su estado de ánimo e hizo unas cuantas fotos al salir del hotel.

Durmió durante el primer tramo del viaje, pero cuando se despertó, volvió a ponerse de mal humor. No sonreía, ni bromeaba.

—¿Estás bien, Josie?

—Sí, solo un poco nerviosa. Conseguí olvidarme de los servicios de inmigración y todo eso mientras estábamos fuera, pero ahora no puedo evitar imaginarme escenarios catastróficos.

—¿Has pensado en la anulación? Todavía estamos a tiempo de hacerla.

Di que no. Di que no.

La mera idea de que dijera que sí me hizo sentir como si me hubieran quitado la alfombra de debajo de los pies y me hubiera estampado de bruces contra un muro.

—La anulación —repitió.

Me enderecé en mi asiento y asentí.

—Sí. Puedo pedir a mis abogados que tengan todo listo para cuando aterricemos.

—¿Es eso lo que quieres?

No. Claro que no.

Desde que habíamos decidido seguir adelante con todo, lo único que quería era conservar a Josie, y ese sentimiento se había intensificado después de la luna de miel, pero necesitaba al menos intentar hacer lo correcto.

—No se trata de mí. Se trata de que te sientas cómoda. Yo me encargaré de las consecuencias, no quiero que te sientas presionada. Josie, te juro que entenderé si quieres tramitar la anulación. Nada cambiará entre nosotros.

—Dije que ayudaría. No voy a faltar a mi palabra —espetó.

En lugar de sentirme aliviado de que no quisiera la anulación, me sentí aún más inquieto que antes, porque de alguna manera las cosas estaban más tensas entre nosotros que antes de tener esa conversación.

Se colocó los auriculares y se puso a ver una película.

Cuando llegamos a la casa, todavía había tensión entre nosotros. No era mi estilo ignorar un problema o pasar de puntillas sobre él, así que, después de cenar, la acorralé en la cocina. Se estaba preparando un té y me situé a su lado.

—Josie, ¿qué pasa?

—Nada.

—Has estado molesta conmigo desde que hablamos sobre la anulación. Si eso es lo que quieres, dilo. No quiero que sigas haciendo esto solo porque me diste tu palabra. Esa es una razón de mierda para hacer cualquier cosa.

Parpadeó, atónita.

—¿Cumplir una promesa es una mierda?

—No me refiero a eso. Seguir adelante con algo difícil solo porque has dado tu palabra es... necesario a veces, pero no con nosotros. Estás enfadada conmigo, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees?

—No tengo ni idea, de lo contrario no te estaría preguntando.

Ella estaba cabreada, pero yo también. No me gustaba tener que andar adivinando.

—Mencionaste la anulación como si... como si te diera lo mismo.

Exhaló con fuerza, parpadeando rápidamente. Me di cuenta de que iba en serio. Ella no sabía cómo me sentía al respecto, probablemente pensó que me daba igual la anulación.

—Mírame. —Mi voz era decidida, pero ella seguía mirándome por encima del hombro—. Josie...

Inspiró cuando le toqué la mandíbula, ladeando la cabeza hasta que tuvimos contacto visual.

—No me da lo mismo. No sé qué haría si dijeras que sí, porque te necesito. Te quiero.

Aspiró. Sus ojos me buscaban, inseguros. Quería disipar cualquier duda. Le agarré la cabeza suavemente con las dos manos y la llevé hacia el rincón que había entre la encimera y la pared.

—Las cosas han cambiado entre nosotros, Josie, y me gusta como están. Me encanta, joder. Estar contigo, compartir mi vida contigo... es increíble. Tú eres increíble. Soy el imbécil más afortunado de la tierra. No sé lo que hice para merecer esto, o las consecuencias que tendrá para nosotros... para nuestra amistad, pero no quiero renunciar a ello, ¿vale?

Josie

Dios, la forma en que me miraba... como si yo fuera la única mujer del mundo.

—Vale. —Asentí, temiendo que hubiera hablado demasiado bajo como para que me oyera. Me había calado por completo y me sentí vulnerable, expuesta. Cuando mencionó la anulación, sentí como si me hubieran abofeteado. Tenía tanto miedo de ser la única cuyos sentimientos habían cambiado que ni siquiera sabía qué hacer o decir.

Pero él me quería. Nos quería.

Hunter me pasó el pulgar por el labio inferior antes de reclamar mi boca. No me había besado desde que nos habíamos despertado por la mañana, lo cual era demasiado tiempo. Me entregué a su beso, respondiendo a su pasión con fervor, deseando darle todo lo que pedía. Cuando nos separamos, me sentí indecisa. Quería besarle, pero no quería romper el contacto visual porque aquella mirada casi hizo que me desplomara. Tanta calidez y afecto escondidos por debajo de la pasión. Quería disfrutar de él mientras fuera mío.

Me besó de nuevo, me cogió en brazos y me llevó al dormitorio principal. Le toqué los brazos, el contorno del pecho y los hombros, deseando quitarle toda la ropa. Pero mientras que yo me apresuraba, Hunter iba más despacio.

Tras despojarme de una prenda, me cubrió de besos. Cuando me quedé solo en bragas, dio un paso hacia atrás y me miró detenidamente de pies a cabeza. Todas mis terminaciones nerviosas ardían por la expectación. A continuación, cuando me quitó también las bragas, salté a sus brazos. Él ya estaba desnudo y su pene presionaba mi bajo vientre. Caímos sobre la cama, echándonos a reír. Me sujetó las manos a los lados de la cabeza y me besó tan ferozmente que gemí contra su boca.

La vida con aquel hombre era excitante. Ser su esposa no se parecía en nada a lo que había imaginado, y lo decía de la mejor manera posible. Con cada beso, me hacía sentir viva, adorada... *reivindicada*. A pesar de conocerle desde hacía quince años, descubría nuevas facetas de su persona todos los días, y cuanto más descubría, más me enamoraba de él.

—¿En qué estás pensando? —murmuró, tocándome la mejilla y besándome la mandíbula y el cuello.

Justo a lo que me refería. Podía percibir que mi mente iba a mil por hora.

—En ti.

Sonrió contra mi vientre.

—Me gusta esa respuesta.

Bajó aún más y, cuando pasó su lengua por mi abertura, una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo. Me besó hasta que me retorcí debajo de él y luego se subió encima de mí, deslizándose en mi interior.

Jadeé, moviendo la pelvis para acomodarme a él antes de clavar los talones en el colchón para hacer más palanca. Nos movíamos de manera sincronizada, los dos desesperados por liberarnos, desesperados el uno por el otro. Hunter me besó el cuello y los hombros mientras me agarraba una nalga con la mano, acomodándose en un ángulo que le permitía penetrarme tan profundamente que avivaba los temblores del placer. Me estremecí, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en la parte inferior de mi cuerpo y se extendía por todas partes. Hacía que me acercara al límite con cada embestida, con cada beso. Cuando metió la mano entre los dos y me tocó el clítoris, no pude soportar más la tensión.

—Hunter... por favor.

—Quiero sentir cómo te corres, cariño. Pero todavía no.

Se apartó, a pesar de mis protestas, y volvió a besarme el pecho y el vientre, deteniéndose justo encima del pubis. Luego continuó con la encantadora tortura besándome la cara interna de los muslos, llenándome de besos hasta los tobillos. Le deseaba tanto que sabía que iba a hacer algo salvaje si seguía así. Como si supiera lo que estaba pensando, me ofreció una sonrisa voraz y se acercó más a mí. Pero en lugar de penetrarme, me puso boca abajo. Sentí la punta de su nariz a lo largo de mi columna, y después su boca.

—Abre las piernas —dijo en voz baja y ronca. Hice lo que me dijo, tragando con fuerza contra la almohada. Cuando lo sentí deslizarse dentro de mí, vi las estrellas. Fue aún más intenso que antes. ¿Cómo era posible?

Llegué al clímax con tanta fuerza, contrayéndome tanto que pude sentir cada centímetro de él. Moví las caderas cada vez más deprisa hasta que él también se corrió, gimiendo mi nombre, agarrando mis caderas de forma posesiva, penetrándome y exprimiendo hasta la última gota de placer.

Durante unos minutos que me parecieron horas, no podía pensar, apenas podía respirar. Hunter seguía encima de mí, acariciándome los pechos y la cintura, susurrándome cosas bonitas.

Cuando por fin nos metimos en la ducha, me sentí plenamente alerta. Lo de la diferencia horaria no era ninguna tontería.

—Menos mal que tenemos dos días para recuperarnos del *jet lag* —dije mientras volvíamos a meternos en la cama.

—O... podrías faltar al trabajo el lunes.

—Eso nunca.

—¿Quieres que lo tome como un reto?

Las bromas e incluso la intimidad eran diferentes a las de nuestra luna de miel. No podía explicar por qué, pero me encantaba.

Fingí un escalofrío... pero no pude evitar sonreír.

—Por Dios, no. Siempre te sales con la tuya cuando haces eso.

Sonrió de manera lasciva antes de meterme debajo de él, besándome tan fuerte que supe que, efectivamente, se lo había tomado como un reto.

Capítulo Veinte

Josie

El lunes por la mañana, después de vestirme a toda prisa, me miré en el espejo del baño. Tenía los labios hinchados por los besos salvajes de Hunter y una sonrisa de oreja a oreja (para empezar, él había sido el culpable de que tuviera tanta prisa).

No me cabía la menor duda de que cualquiera que pasara a mi lado sabría que me habían dado un buen revolcón esa mañana. Por otra parte, era una recién casada que acababa de regresar de su luna de miel. Era de esperar, ¿no? Desmayarse y soñar despierta era parte de todo el asunto... o al menos eso esperaba. Incluso le daría más credibilidad a todo el asunto y eso sin duda era beneficioso.

De camino al trabajo, llamé a mi hermana. Me moría de ganas de charlar con Isabelle. No paré de hablar desde el momento en que contestó.

—Suenas tan... radiante —respondió cuando terminé de ponerla al corriente de todo.

Me reí entre dientes.

—¿Cómo es posible que alguien *sue*ne radiante?

—Ni idea, pero es así.

—Te echo mucho de menos.

—Yo también te echo de menos.

—Pues múdate a Nueva York.

—Siempre me tientes con eso.

—Bueno, es que siempre espero convencerte.

—Uno de estos días, puede que lo hagas.

Mierda, eso fue lo más cerca que estuvo de decir que consideraría mudarse. Deseaba tenerla cerca para poder verla más a menudo y mimarla.

—Tengo que irme, pero mantenme al corriente de tu felicidad de recién casada.

—Lo haré.

Empecé el día reuniéndome con mi ayudante y la persona que se había ocupado de realizar mi trabajo durante mi ausencia.

—Así que, en pocas palabras, tenemos cinco contratos a la espera de que los firmes, y otros diez en los que todavía tienes que volver a comprobar ciertos detalles que hemos señalado en *Post-its*.

—Me encargaré de todo hoy.

Aquello había ido mejor de lo que había imaginado, Hunter había estado en lo cierto. No se derrumbaría toda mi carrera solo porque me había tomado dos semanas libres. Pensé que *realmente* tenía que salvarme de mi propia mente.

Tendría que agradecerse más tarde. Mmm... pensándolo bien, tal vez no debería. Eso solo le animaría a seguir tendiéndome emboscadas. Aunque, por alguna razón, no me parecía una idea tan mala...

Madre mía, ¡vaya conflicto! Una parte de mi ser seguía en las Maldivas, relajándose al sol. Tardaría unos días en adaptarme al vertiginoso ritmo de un bufete de abogados.

Sin embargo, el día se estaba volviendo cada vez más estresante. Mi lista de tareas pendientes crecía a pasos agigantados cada vez que leía un nuevo correo electrónico y no ayudaba que mi cerebro trabajara a paso de tortuga.

Aproximándose la hora del almuerzo, le envié un mensaje a Hunter.

Josie: ¿Cómo va tu día? Mi cerebro está intentando boicotearme. En lugar de centrarme en los estatutos, sigo soñando despierta con arena blanca, cócteles y con estar tumbada bajo el sol sin hacer nada.

Hunter: ¿Y no estás soñando despierta CONMIGO? :-)

Me reí mientras miraba fijamente la pantalla.

Josie: Solo un poco :)

Hunter: Tienes *jet lag*, por eso te cuesta más concentrarte. Mejorará en unos días.

Josie: Espero que sí, porque ya no sé qué hacer. Ya me he pasado de mi dosis diaria de cafeína y todavía estoy medio dormida :-(

Hunter: Va a mejorar. Te lo prometo.

Estaba decidida a aprovechar el día al máximo, así que me di un masaje en las sienes, olí la bolsita de lavanda que tenía sobre la mesa y me centré en mi lista de tareas pendientes.

Media hora más tarde, me distrajo un repartidor que me llamaba por mi nombre. Asomé la cabeza fuera de la oficina, saludándole con la mano.

—Soy yo.

Había armado tanto jaleo que incluso algunos de mis compañeros también habían asomado la cabeza.

—Tengo una entrega para usted, Sra. Gallagher. De Deli's.

Se me hizo la boca agua. Deli's horneaba unas de las mejores tartas de chocolate de la ciudad.

—Pero yo no he pedido... Ni siquiera sabía que hacían entregas.

—No hacemos entregas, pero el Sr. Caldwell resultó ser muy convincente.

—¡Gracias!

¿Hunter me había enviado una tarta? DIOS MÍO. ¿Por qué no me había casado con él antes? Cogí la bolsa, sin molestarme en ocultar mi emoción. Las entregas en la empresa eran en un noventa y cinco por ciento documentos, pero esto era otra cosa, así que en este caso la excitación estaba justificada. Dos de mis colegas silbaron y uno gritó:

—¿Ya se ha puesto en carrera para convertirse en el “Marido del Año”? Enhorabuena.

Estaba un poco aturdida cuando me retiré a mi despacho. Contemplé el dulce manjar, considerando durante unos tres segundos si debía compartirlo con mis compañeros de trabajo antes de decidir que *ni de coña*. Era todo para mí. Me zampé todo sin parar hasta que la caja quedó vacía y lamí la cuchara hasta dejarla reluciente.

Estaba a punto de tirarlo todo cuando me llegó un mensaje al móvil.

Hunter: Me encantaría ver una foto de ti con la tarta en este momento.

¿Acaso pensó que todavía quedaba tarta? ¡Ja! Pues entonces no me conocía tan bien como pensaba.

Me hice un selfie con la caja vacía. Aún no me había limpiado las comisuras de los labios, así que todavía me quedaba algo de chocolate.

Parecía una niña de tres años que se había llenado la boca a toda prisa para que no la pillaran. Sin embargo, el hombre había pedido pruebas fotográficas, y como prácticamente había inhalado el pastel, no podía hacer otra cosa.

Hunter: ¿Ya te la has comido entera? Madre mía chica, debí haberte mandado más.

Josie: La habría aceptado con gusto. Gracias.

Hunter: Dijiste que necesitabas ayuda. ¿Para qué están los maridos si no es para acudir al rescate? :)

Me estaba derritiendo. Sí. Lisa y llanamente, derritiendo.

Josie: Bien dicho. Tenía que protegerla (por eso comí rápido). Se enteró toda mi oficina.

Salí a comer con Nigel, otro de mis colegas que estaba en vías de convertirse en socio.

—No hemos tenido tiempo de charlar desde que has vuelto. ¿Cómo fue tu luna de miel?

Me pareció una pregunta extraña, ya que Nigel y yo no éramos amigos. Se podría decir que éramos competidores directos, aunque el bufete era lo bastante grande como para que ambos acabáramos siendo socios. Sin embargo, solo había ascensos una vez al año, lo que significaba que uno de los dos llegaría primero.

—Sinceramente, estupendo. Todo es como en las fotos: la arena, el agua. Podría haberme quedado allí un mes entero.

—Uf, yo no podría hacer eso, no me gustaría retrasarme en el trabajo. El año pasado me tomé solo dos días libres por una boda y me prometí no volver a hacerlo hasta convertirme en socio. No merece la pena.

—Recargar de vez en cuando es bueno —dije, ignorando la pullita—. Además, era mi luna de miel.

Encontramos una mesa vacía junto a la ventana y nos sentamos uno frente al otro.

—Qué rápido ha sido todo, ¿no? No sabíamos que estabas saliendo con alguien en serio.

¿Por qué seguía preguntando por temas personales? Por lo general, hablábamos de casos y de nuestros jefes.

—Simplemente sucedió —dije con voz monótona, sin ganas de continuar la conversación. Cogí el vaso y bebí un sorbo del gélido refresco.

—¿Caldwell ya tiene su *Green Card*?

Sentí como si alguien me hubiera tirado todos los cubitos de hielo del vaso encima de la cabeza.

—Ah, ¿eso? No.

Bien. Había sonado tranquila, serena. Como si la pregunta no importara lo más mínimo. Luego me quedé pensando, ¿cómo sabía Nigel que Hunter no era ciudadano estadounidense? Y entonces recordé que había una plétora de artículos disponibles sobre Hunter y a menudo decían que había nacido en Inglaterra. En cualquier caso, deseaba haber puesto más empeño en contar una historia de amor más convincente.

—Ya veo. Suerte que se ha casado con una norteamericana, entonces. De ese modo, no tendrá que pasar por tanto papeleo.

Que no cunda el pánico. Que no cunda el pánico. Me repetí ese mantra varias veces, recurriendo a mis años de experiencia como abogada. Me había visto sorprendida por pruebas aportadas en el último momento muchísimas veces. Pero aquella situación era diferente, se trataba de algo personal. Pensé mis próximas palabras con mucho cuidado, no tenía sentido negarlo. Con una punzada de horror, me pregunté si los servicios de inmigración ya habrían empezado a preguntar.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. —Estaba orgullosa de lo segura que lo había dicho.

—Me alegra oír eso.

Cambié el tema a una gran batalla por la custodia que había aparecido recientemente en los titulares.

Necesitaba mentalizarme antes de hablar de más o decir algo indebido. Hunter y yo necesitábamos una estrategia por si aparecían más personas con comentarios similares.

Apenas pude concentrarme durante el resto de la tarde. Quería hablar con Hunter, pero no quería ponerlo todo en un mensaje de texto, y tampoco quería arriesgarme a llamarle. ¿Y si alguien nos oía?

Así que, cuando Hunter llamó unas horas más tarde, apenas me abstuve de contárselo todo.

—Hola, esposo.

—¡Hola! ¿Cuándo crees que estarás lista hoy?

—Alrededor de las seis. ¿Por qué?

—Ha llamado Amelia. Quiere que vayamos a cenar esta noche, sin excusas.

—Ah, vaya. ¿De verdad dijo sin excusas?

—Sí. También me llamó por mi segundo nombre cuando intenté inventarme una.

Me reí.

—¡Uf! No hubiera querido estar en tu lugar.

—Créeme, ni siquiera yo quería estar en mi lugar.

—Entonces será mejor que vayamos. —Sonreí por primera vez en horas, girando sobre la silla. No había visto a Amelia desde la boda, dos semanas antes, y ya tenía síndrome de abstinencia.

—¿Te recojo a las seis? —continuó.

—Claro. —Quería contarle lo de mi conversación con Nigel en ese preciso instante, porque estaba que reventaba de preocupación, pero conseguí guardar silencio. Se lo contaría todo en unas horas.

A las cinco y cincuenta y cinco prácticamente salí volando de la oficina. Solía ser de las que se quemaban las pestañas los lunes para adelantar la semana, pero podía notar que ese patrón estaba cambiando.

Al salir del edificio, me alcanzó Nick.

—Josie, has vuelto. Casi no podía creerlo cuando me dijeron que te habías tomado dos semanas de descanso.

—Ni yo me lo creía.

Habíamos salido durante seis meses unos años atrás, pero rompimos porque ambos priorizamos nuestras carreras por sobre nuestra relación. Continuamos siendo amigos y, aunque Nick me había propuesto en repetidas ocasiones que podíamos ser amigos con derecho a roce, nunca me había interesado.

Una vez fuera de la oficina, vi a Hunter de inmediato. Había ido en coche y estaba aparcado en la zona prohibida frente al edificio. Entrecerró los ojos cuando vio a Nick.

¿Sabéis quién estaba enterado de las insistentes proposiciones de Nick? Hunter.

—Felicidades, tío. Me he enterado de que eres el afortunado que le ha puesto un anillo en el dedo —dijo Nick, tendiéndole la mano a Hunter, que se la estrechó muy brevemente, dedicándole una sonrisa sarcástica. La mirada en sus ojos era tan intensa que, por una fracción de segundo, pensé que aplastaría la mano de Nick.

—Gracias. —Volviéndose hacia mí, añadió—: ¿Lista?

—Claro. Nos vemos, Nick.

Hunter me abrió la puerta, pero justo cuando estaba a punto de entrar, me besó. Sentía que su boca estaba caliente y urgida sobre la mía, incitándome a entregarme a él hasta que olvidara que no estábamos solos. Me sentí deseada, reclamada.

Cuando se apartó, sonriéndome, me quedé deslumbrada. Mierda. Había olvidado por completo que Nick seguía en la acera. Le dediqué una pequeña sonrisa antes de subir,

observando a Hunter mientras rodeaba el coche hasta el asiento del conductor.

En las últimas semanas no había tenido ocasión de ponerse traje y había olvidado lo guapo que lucía llevando uno, sobre todo en ese momento, que estaba tan bronceado. Su piel tostada contrastaba con sus ojos azules y su camisa blanca. La chaqueta a medida le sentaba como un guante.

—¿Qué tal el día? —le pregunté una vez dentro del coche.

—La mitad de mi mente sigue en las Maldivas.

—A mí me ha pasado lo mismo —Sonreí, pero entonces las comisuras de mis labios cayeron al recordar la conversación con Nigel—. Uno de mis colegas sospecha de nuestro matrimonio.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó tranquilamente, con los ojos fijos en la carretera.

—Hizo preguntas sobre tu *Green Card*. Me pregunto si los servicios de inmigración han estado preguntando en la oficina.

—Espera, espera. Si creen que es un matrimonio falso, nos lo dirían.

—No de inmediato. Investigarán primero.

Hunter apoyó la cabeza contra el reposacabezas. En un semáforo en rojo, se volvió para mirarme, tocándome la mejilla.

—Josie, lo resolveremos juntos, ¿vale? Convenceremos a todos de que esto es real, no te preocupes.

—¿Cómo lo harás? ¿Dándome un beso delante de todo el mundo? ¿Como hiciste delante de Nick?

Su voz era firme.

—Te miraba como si aún tuviera algún tipo de derecho sobre ti. Tenía que hacer algo al respecto.

¿Quién lo hubiera dicho? Hunter Caldwell estaba celoso. Me sentía como una mala persona, pero en el fondo lo estaba disfrutando. Bueno... al parecer no tan en el fondo, porque Hunter entrecerró los ojos, mirándome con gesto de sospecha.

—Diablilla —dijo.

—Me besas descaradamente delante de un compañero de trabajo, ¿y yo soy la diablilla?

—Sí. Porque estás disfrutando del hecho de que esté celoso.

—Conduce, Caldwell. El semáforo está en verde.

Esbocé una sonrisa mientras él centraba su atención en la carretera, tenía una increíble sensación de vértigo. *Mantén los pies en la tierra, Josie.*

Toda esa... *situación* era todavía muy reciente, y quién sabía cuánto tiempo duraría. Hunter nunca había pensado en tener una familia, lo había dicho en repetidas ocasiones. ¿Volveríamos a ser amigos cuando pasaran los tres años?

Poco a poco empezaba a caer en la cuenta de que no había forma de que nuestra amistad siguiera siendo la misma después de todo lo dicho y hecho. No creía que fuera posible olvidar todo lo que estábamos viviendo. Yo, al menos, no podría.

Capítulo Veintiuno

Hunter

Amelia abrió la puerta y nos miró a los dos con una enorme sonrisa.

—Aquí están los recién casados. Pasad y contadnos todo sobre la luna de miel. ¿Ha merecido la pena volar tan lejos?

—Totalmente —respondió Josie—. Y si tienes alguna vez la oportunidad, te recomiendo hacer un curso de buceo. Es tan surrealista estar bajo el agua, tan cerca de todas esas formas de vida que normalmente no ves. Hasta el Sr. Gruñón se lo pasó bien.

Sonrió orgullosa. Quería besarla allí mismo, en ese preciso momento, y lo haría despacio. Se merecía ese tipo de beso que la hiciera sentir avergonzada por llamarme así delante de Amelia.

—No puedo creerlo. ¿Convenciste a Hunter de hacer eso?

—Sí, señora, así fue. Y hasta se divirtió.

—Nunca he dicho eso —respondí.

Josie entrecerró los ojos.

—¿Y entonces por qué me acompañaste en las cinco inmersiones que hice?

—Simplemente estaba siendo un buen marido.

Se llevó la mano a la boca, inclinándose hacia Amelia como si estuviera a punto de susurrarle un secreto.

—No le hagás caso. Se divirtió. Tengo evidencias fotográficas.

Sonrió más alegremente, mostrando sus hoyuelos. Joder, esa sonrisa de felicidad me llegó como ninguna otra cosa. Hice una nota mental para planear de inmediato nuestra próxima escapada. Nada que estuviera muy lejos, pero lo suficiente para que pudiera relajarse. Además, intuía que cuando le picara el gusanillo de viajar, no habría quien la parara. Solo que ella aún no lo sabía.

Al igual que yo no sabía que disfrutaría buceando. Había pensado que me entraría el pánico en cuanto me sumergiera bajo el agua, pero lo curioso era que nunca me había sentido tan relajado. Seguir las indicaciones del instructor y ser consciente de que no podía controlar nada de lo que ocurría a nuestro alrededor fue... liberador.

—Estoy pensando en imprimir algunas fotos para ponerlas en un álbum. He visto que tienes muchos con diversos acontecimientos familiares. ¿Quieres que te haga uno?

—Me encantaría.

Miré a ese extraño ser, preguntándome cómo podía ser tan considerada, cómo había sabido exactamente lo que Amelia quería.

Estaba cabreado porque su compañero de trabajo había hecho que se preocupara. No quería que ella tuviera que lidiar con eso. Debía protegerla y cuidarla, era mi esposa.

Al menos durante un tiempo más.

Tenía que recordarme a mí mismo que todo era temporal, pero, ¿acaso podría ser para siempre? Me asustaba lo mucho que deseaba que la respuesta fuera afirmativa.

—Vamos chicos, que ya ha llegado parte de la pandilla. El resto debería llegar pronto —dijo Amelia—. No me deis más detalles hasta que estén todos, o tendréis que contarlos de nuevo más tarde.

—Pues a mí no me importa —dijo Josie, con un entusiasmo que me hizo pensar que ya había contado los detalles a su familia varias veces. Saber que la había hecho feliz era una sensación realmente poderosa.

Tess y Skye ya habían llegado. Esperaba que se nos echaran encima de inmediato, exigiendo detalles, pero estaban tranquilas. De hecho, nos miraban a Josie y a mí como si sospecharan de *nosotros*. Tal vez simplemente estaba analizando mucho las cosas porque ocultaba algo. Josie no parecía compartir mis preocupaciones, se sentó enseguida entre Tess y Skye. Mick nos sirvió bebidas a todos mientras Josie describía con todo lujo de detalles la habitación, el agua, la playa, las sesiones de buceo.

—Espera un segundo... —interrumpió Tess—. Creo que no te he oído bien. ¿De veras Hunter fue a bucear?

Josie asintió, con una expresión de orgullo.

—Se resistió bastante, pero le convencí.

Skye aplaudió y Tess silbó a Josie en señal de reconocimiento.

—Estoy orgullosa de ti, Josie. Nunca pensé que alguien pudiera hacer que se soltara un poco. Ryker y Cole llegaron justo cuando Amelia anunció que la cena estaba lista.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa y Josie se sentó a mi lado.

—Bueno, ¿qué es eso que nos han dicho los servicios de inmigración de que podría tratarse de un matrimonio falso? —preguntó Tess.

Cada músculo de mi cuerpo se paralizó. Sentí que Josie se ponía rígida.

—Espera a que tengan el estómago lleno antes de hacerles picadillo —dijo Ryker.

Cole asintió lentamente.

—Sí, al menos deja que coman antes de ir a por ellos.

Apreté la mano de Josie por debajo de la mesa, armándome de valor.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Recibí una llamada de una señora muy poco amistosa de los servicios de inmigración. Parecía tener la impresión de que solo te casaste porque no te renovarían el visado y necesitabas la *Green Card* —me explicó Amelia—. Por supuesto, le dije que se equivocaba.

—A mí también me llamó —dijo Tess—. La mandé a freír espárragos. Yo no estaba tan tranquila como Amelia, pero el hecho de que me mostrara tan hostil no impedirá que investigue. De todas maneras, tengo mucha curiosidad por conocer la verdadera historia.

Entrecerró los ojos y enderezó su postura en la silla. Joder. No quería decepcionarlos. La única razón por la que no había sido sincero con ellos era porque creía que era la mejor manera de protegerlos.

Josie exhaló con fuerza. Maldita sea. Mi mente se aceleró, tratando de encontrar la mejor solución. ¿Debería de haber negado todo? ¿Hacer pasar como algo natural que los servicios de inmigración hubieran detectado una bandera roja porque los matrimonios entre ciudadanos estadounidenses y extranjeros eran objeto de investigación?

Miré a Josie. Estaba temblando ligeramente. No podía pedirle que mintiera. Joder, ya no quería mentirles.

—Es cierto que no me renovaron el visado. Me informaron muy tarde de ello y me aconsejaron que casarme con un ciudadano estadounidense era la forma más fácil de solucionarlo.

La mesa se quedó en silencio. Sentí que el peso de su decepción me aplastaba. Odiaba esa sensación.

—¿Sabes qué? Me ofende que no nos lo dijeras antes. Yo ya me había asustado pensando que habías renunciado voluntariamente a tu condición de soltero, cuando en realidad había una explicación sencilla —dijo Ryker. Todos se echaron a reír. La tensión se había disipado un poco.

—No se os lo dijimos a ninguno porque no queríamos que tuvierais que mentir por nosotros en caso de que los servicios de inmigración empezaran a hacer preguntas —explicó Josie—. Sinceramente, no había pensado que pasaría... al menos no tan rápido.

—Somos familia. No hace falta que finjas con nosotros —dijo Tess en tono cortante.

—Me resultaría más fácil creerlo si no siguieras mirándome mal —dije.

Tess se rió y yo me aferré a la esperanza de que el perdón fuera posible en un futuro próximo.

—Si los servicios de inmigración se ponen en contacto con alguno de vosotros, contadles exactamente cómo se han desarrollado las cosas desde que anunciamos nuestro compromiso —les dije—. Todos conocéis la misma versión, y parecerá más natural si lo contáis todo con vuestras propias palabras en lugar de con alguna respuesta ensayada.

—Ahora que está todo aclarado, cambiemos de tema. No hay necesidad de convertir esta cena en un interrogatorio —sugirió Cole. Le debía una. Ryker le levantó un pulgar a Cole en gesto de aprobación.

—Coincido —dijo.

—Espera, ¿acaso soy la única a la que le interesan los detalles jugosos? —preguntó Tess.

Skye negó con la cabeza.

—Tess, estamos cenando.

Se le daba muy bien calmar la sobreexcitación de Tess y, por lo general, ser la fuerza tranquilizadora en una situación tensa. Se removió en la silla y se centró en Josie.

—¿Cuándo tendrás tiempo para una noche de chicas?

Las mejillas de Josie se sonrosaron. Me miró con ojos muy abiertos y suplicantes, pero yo no tenía ni idea de cómo salvarla de aquello.

Skye y Tess la miraban expectantes.

—Mmm... No estoy segura. Tengo algunos eventos por las tardes la semana que viene, pero lo comprobaré y os lo haré saber.

—También podríamos almorzar juntas si tienes poco tiempo —sugirió Skye.

Bueno... ya era hora de que yo interviniera.

—Skye, Tess, dejad de presionarla. Ya ha dicho que...

Tess me fulminó con la mirada.

—Tú, querido Hunter, no estás en posición de exigir nada. Nada de nada. Nos dejaste a todos ilusionados con la boda.

Vale. Entendido. Todavía no estaba perdonado.

—Os lo haré saber —repitió Josie.

—Ahora que eso está arreglado, centrémonos en la cena antes de que todo se enfríe. —La voz de Amelia era tranquila y cálida, como de costumbre. No tenía problema en admitir que había estado evitando el contacto visual desde que había empezado la conversación, pero en ese momento reuní el valor suficiente para mirarla. No parecía tan molesta como Tess y Skye. Tampoco parecía decepcionada. El nudo entre mis hombros se aflojó un poco.

Disfrutamos de la cena, conversando sobre otros temas que no nos involucraban a Josie y a mí. Cada vez que la conversación se acercaba peligrosamente al asunto de la luna de miel, Ryker cambiaba de tema con pericia. Me impresionó su habilidad. Aunque por otra parte no me sorprendía, ya que era un maestro en evitar conversaciones incómodas.

Después de cenar, le dije a Amelia que me acompañara al salón.

—Amelia, quiero disculparme. Siento haberte arrastrado a todo esto. También siento no

habértelo dicho desde el principio. Sinceramente pensé que era lo mejor.

—No me cabe duda de que tenías buenas intenciones.

—No estás enfadada.

—Querido... —Me lanzó una mirada de complicidad. Ese “querido” me inquietaba. En ese momento hubiera preferido que me llamara por mi segundo nombre, como normalmente hacía cuando estaba metido en líos, porque al menos de esa forma sabría a qué atenerme. Aquella mirada cómplice siempre me había parecido una trampa.

—He notado cómo la miras y no se trata de una mirada falsa para engañar a los servicios de inmigración.

Había dado en el clavo. Por eso Amelia había sido tan indiferente a lo sucedido.

—Amelia...

—Hunter Jonathan Caldwell. —Ya empezaba con lo del segundo nombre... me preparé para lo que venía—. Puede que no sea tu madre, pero te conozco como si lo fuera. Lo que sea que esté pasando entre tú y Josie, es bueno para ti. No me contradigas. Y no lo estropees.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza, señora.

Era evidente que tenía más para decir, pero entonces Josie se acercó corriendo hacia nosotros y me salvó.

—Amelia, ¿puedo robarte a Hunter un minuto?

—Claro.

Josie hizo un gesto con la cabeza hacia el rincón más alejado del lugar donde se encontraba el grupo sentado en los sillones. Incluso desde la distancia, sentí que la mirada de Tess me estaba taladrando la nuca.

—Gracias por rescatarme —dije.

Josie se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—Llevaba tiempo observándote.

—Y decidiste esperar para rescatarme... ¿por qué?

—Porque no te lo merecías. Tú no *me* rescataste.

—¿De qué?

—De la noche de chicas. Me acribillarán a preguntas, ¿verdad?

—Sí —confirmé.

—¿Y por qué no hiciste nada al respecto?

—No me meto en peleas que no puedo ganar —dije solemnemente. Además, no podía negarlo... la idea de que mis primas interrogaran a Josie me parecía *muy* divertida.

—Ay, Hunter. Al menos dime que Amelia también te interrogó a fondo.

—Usó mi segundo nombre.

Josie se rió, echando la cabeza hacia atrás.

—Me siento reivindicada.

—Te estás divirtiendo mucho con esto.

—¿Acaso piensas hacer algo al respecto?

Las ganas de besarla me abrumaban, pero luché contra ellas. Después de confesar a la familia lo de los servicios de inmigración, explicar *eso* solo traería otra ronda de preguntas, y ninguno de los dos estaba preparado para ello.

—¿Debería confesarles a mis padres también? —preguntó Josie.

—¿Qué intuyes acerca de todo esto?

—No creo que los servicios de inmigración se tomen la molestia de hablar con ellos. Suelen

hacer sus averiguaciones en la ciudad donde vive y trabaja la pareja.

—Si quieres decírselo, adelante, Josie. Lo que te resulte más fácil.

—Lo pensaré.

Después de eso regresamos con el grupo. Tess, Skye y Amelia nos estaban mirando. Prácticamente pude ver cómo se encendía una chispa en la mente de Tess. Dio una palmada en el aire.

—Josie, vamos a echarle un vistazo a tu agenda.

Josie me lanzó una mirada desesperada, pero antes de que se me ocurriera algo inteligente, Ryker me hizo un gesto para que me uniera a él y a Cole. Seguían en la mesa del comedor.

—Bueno, ahora que sabemos que en realidad no estás fuera del mercado, salgamos de fiesta —dijo Ryker.

—Incluso podemos ser tus compinches, en caso de que hayas perdido tu esencia durante este último tiempo —añadió Cole.

Mierda. Debería haberlo visto venir.

—No puedo hacer eso. Josie y yo acordamos no ver a nadie hasta que tenga mis documentos en regla. Levantaría sospechas.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Cole.

—¿Conseguir mi *Green Card*? Probablemente no mucho, pero seguiremos casados durante unos tres años para evitar levantar cualquier tipo de sospecha.

Ryker puso cara de asombro.

—Espera un momento, ¿vas a tener un período de abstinencia de tres años? Joder, preferiría que me deportaran.

—¿Estás diciendo que no has estado con una mujer desde que anunciaste tu compromiso? —preguntó Cole.

Karma. Aquello era el *karma* en acción. Me había hecho gracia la idea de que Josie tuviera que enfrentarse a Tess y Skye, pero viendo las expresiones de sospecha de Ryker y Cole, no me iba a ir mucho mejor.

—Mi prioridad ahora mismo es no tener problemas con la oficina de inmigración. De todo lo demás me encargo yo. —Listo. Esa pareció una respuesta inteligente.

Miré alrededor de la habitación, pero Josie seguía sentada con Tess y Skye. Sentí la necesidad de conectar con ella, de tocarla.

Cuando le había dicho que ese día la mitad de mi mente seguía en las Maldivas, lo que en verdad había querido decir era que mis pensamientos habían estado centrados en ella. Después de haber estado juntos las veinticuatro horas del día durante las pasadas semanas, me resultaba extraño estar sin ella, como si me faltara una parte esencial de mí.

Sinceramente, nunca había estado tan agradecido de que Josie hubiera insistido en que ninguno de los dos saliéramos con nadie durante los próximos años. No podía compartir a Josie. Empezaba a preguntarme hasta qué punto sería capaz de dejarla ir.

—¿Has sobrevivido? —le pregunté mientras caminábamos hacia el coche un rato después. Me desabroché el botón superior de la camisa. Agosto en Nueva York era sofocante. La humedad lo empeoraba todo.

—Sí. ¿Tú?

—No fueron tan duros conmigo, pero Ryker ya estaba intentando que saliera de fiesta con ellos. Cole incluso se ha ofrecido a ser mi compinche.

Josie se detuvo en el acto de alcanzar la manija de la puerta del coche.

—¿Qué le dijiste?

Llevé una mano a su cintura, justo sobre su estómago. Estaba *muy* tensa.

—Que no, por supuesto. Tú y yo acordamos no ver a otras personas. Y eso fue antes de estar contigo, Josie. Estaría loco si quisiera a alguien más. Soy tuyo.

Sentí que sus músculos se relajaban.

—Vale, vale. ¿Y ahora qué?

Aunque estaba de espaldas a mí, pude *sentir* que estaba sonriendo. Acerqué mi boca a su oído, disfrutando de la forma en que se inclinaba hacia mí, como si no quisiera arriesgarse a perderse ninguna palabra. Deslicé los dedos desde su hombro hasta su codo, contemplando su reacción. Inspiró y se estremeció contra mí.

—Ahora, voy a dedicar la noche a demostrar lo buen marido que soy, esposa.

Capítulo Veintidós

Hunter

Una semana después de volver de nuestra luna de miel, los servicios de inmigración me pidieron que fuera a una entrevista para obtener el permiso de residencia. Me sentí aliviado de que no le hubieran pedido a Josie que fuera también. Aun así, hubiera estado mintiendo si no admitía que estaba muy nervioso cuando la agente de inmigración me pidió que fuera a su despacho.

—Sr. Caldwell, hemos recibido su solicitud de obtención de la *Green Card* y me gustaría hacerle unas preguntas.

—Claro.

—Vive en Estados Unidos desde que tenía cuatro años. ¿Por qué no ha solicitado antes la *Green Card*?

—Para ser sincero, no tuve tiempo y no me parecía demasiado importante. Mis padres eran ciudadanos británicos y nunca habían tenido problemas con su visa.

Bajó la vista hacia mi expediente y marcó las casillas.

—Pero la de usted no fue renovada.

—Por eso decidí solicitar directamente la *Green Card*.

—Y en el ínterin se casó.

Me quedé inmóvil, observándola con atención.

—Así es.

—Decidió matar dos pájaros de un tiro, ¿no?

—Josie y yo somos amigos desde hace mucho tiempo. —Todavía estaba tranquilo, pero no podría aguantar mucho tiempo más así.

—Un gran porcentaje de matrimonios falsos se producen entre amigos. La gente rara vez confía algo así a extraños.

Sentí cómo perdía la compostura. Tuve que obligarme a mantener la voz uniforme.

—No es un matrimonio falso.

—Eso debemos determinarlo nosotros. Tienes un buen historial: un negocio próspero, obras de caridad. Pero de todos modos tenemos que investigar.

—¿Alguna otra pregunta?

—No.

Eso, por alguna razón, me inquietó. Normalmente, cuantas menos preguntas, mejor. Pero me habían pedido una entrevista y solo habíamos hablado de unas pocas cosas.

¿Cuál había sido el propósito? ¿Pillarme desprevenido?

Cuando llegué a la oficina, estaba de peor humor que cuando había ido a la entrevista, pero había una pequeña luz al final del túnel: Skye y Tess iban a pasarse a almorzar para estudiar su plan de negocio.

Para mi sorpresa, cuando entré en la sala de reuniones, también estaba Ryker. Aunque luego de pensarlo bien, tenía mucho sentido. Como gurú de Wall Street, sabía lo que buscaban los inversores. Además, todos nos reuníamos una o dos veces por semana para la hora del almuerzo. Antes de una Gala Benéfica de Baile, algunas veces teníamos que discutir detalles, pero sobre todo era una oportunidad para ponernos al día. Todos trabajábamos en la zona de Manhattan, así que era más fácil quedar para un almuerzo improvisado que programar cenas.

Skye y Tess eran todo sonrisas y no dejaban de señalar las bolsas de comida para llevar que habían comprado.

—Señoras, aquí hay comida como para diez personas.

—Nos hemos pasado un poco, pero no podíamos decidírnos. Además, sabemos que hoy tenías la entrevista. Pensamos que no te vendría mal un poco de comida reconfortante —explicó Skye.

—O simplemente de consuelo —añadió Tess—. ¿Cómo ha ido?

Hice un gesto con la mano.

—No me apetece hablar del tema.

—Pero no interrogaron a Josie, ¿verdad? —preguntó Skye.

—No. Solo a mí.

Al sentarme, me di cuenta de que todos los presentes me observaban. Entrecerré los ojos en gesto de sospecha.

—Un momento... no habéis venido solamente por el plan de negocios, ¿verdad?

Tess gruñó y se volvió hacia Cole.

—¿Nos has delatado? Te dijimos que hacemos mejor nuestro trabajo cuando no está preparado.

Cole negó con la cabeza de manera enérgica.

—No, creo que simplemente ha atado cabos.

—Cole nos ha dicho que está preocupado por ti. Que no puedes centrarte en tus cosas —dijo Skye.

Tess sonrió.

—Cree que estás enfermo. Nosotras pensamos que estás embobado con Josie.

Parpadeé.

—¿“Embobado”? Eso es un golpe bajo.

Ryker levantó un dedo.

—Mmm, no. Un golpe bajo habría sido traer a mamá.

—Hablando claro, no todo es una actuación, ¿verdad? —preguntó Skye.

—Mierda, si hubiera sabido que ibas a ir a por él, no te habría pedido ayuda —dijo Cole. Lo miré a él y a Ryker. No estaba para nada preparado para responder a las preguntas de mis primos.

—No nos precipitemos —dijo Ryker.

Tess enarcó una ceja.

—Hermano, no te darías cuenta de que estás enamorado ni aunque te diera una colleja.

Sonrió.

—El amor no es mi dominio, pero puedo aportar mi encanto y humor a cualquier situación. Me han dicho que ayuda a aliviar la tensión —dijo Ryker.

—¿Por qué crees que te he invitado? —se burló Cole.

Ryker se agarró el pecho a la altura del corazón.

—Porque mi experiencia en Wall Street será muy valiosa para el plan de negocio.

Aproveché que lo mencionó para cambiar de tema.

—Así es. Tess, Skye, ¿acaso vosotras no habíais dicho que queríais que revisáramos juntos vuestro plan de negocio?

—Sí, pero eso no significa que no podamos hacer varias cosas a la vez —replicó Tess.

Entrecerré los ojos.

—Centrémonos en el plan de negocios. Ahora mismo.

Skye sonrió.

—Tu falta de respuesta es una respuesta de todos modos.

Tess asintió.

—Nos parece bien. Por ahora.

Cuando terminó el almuerzo, estaba de mucho mejor humor. Y así continuó hasta la noche. Al llegar, Josie ya estaba en casa, en la terraza. Se había tumbado sobre una manta y había encendido velas por todas partes.

—¿A qué vienen todas estas velas? —pregunté.

—He leído un libro que dice que la luz de las velas ayuda a relajarse. Lo estaba probando.

—¿Cuál es el veredicto?

—Hasta ahora, todo bien. —Dio una palmadita en la manta—. Ven aquí. ¿Cómo te ha ido hoy?

Solo le había enviado un mensaje después de salir de la oficina de inmigración, porque había estado ocupada en reuniones todo el día.

—Fue muy breve... y tuve la sensación de que me estaban provocando, haciéndome muchas preguntas sobre nuestro matrimonio.

Josie tragó saliva y se encogió de hombros.

—Sabíamos que podría ocurrir. No nos preocupemos a menos que vaya a más. ¿Qué tal el resto del día?

—Mis primos vinieron a almorzar. Revisamos el plan de negocios de Tess y Skye.

Omití el resto de los *detalles*. No solo era que no estaba preparado para responder a sus preguntas. Ni siquiera estaba preparado para indagar en mis propios sentimientos.

—Esas dos son unas máquinas. Seguro que lo harán genial. Siempre he deseado estar en uno de vuestros almuerzos de trabajo.

—Únete a nosotros. Me encantaría tenerte allí.

—Olvidas que soy abogada. No solo he entregado mi tiempo al bufete, sino también mi alma. Los almuerzos son solo una excusa para trabajar más. Pero estoy acostumbrada.

—Puedo compensar todo el estrés por la noche. —Moví las cejas de forma sugerente. Se rió y me tumbó de espaldas sobre la manta, apoyando la barbilla en mi pecho.

—¿De qué manera?

—Dímelo tú.

—¿Sabes qué? Mis padres tenían una tradición que consistía en reunirse de camino a casa y hablar de su día antes de llegar. ¿Qué tal si creamos nuestras propias tradiciones? Como ponernos al día justo antes de cenar. Podemos salir aquí a la terraza. Lo de las velas es opcional, aún estoy sopesando los pros y los contras. ¿Qué opinas?

Mi corazón empezó a latir más deprisa. Recordé algunas tradiciones de mi infancia antes de que las cosas se fueran al garete. Tradiciones que esperaba transmitir cuando tuviera mi propia familia. Durante años había evitado pensar en ellas, porque algunas me parecían inalcanzables, incluso a mí. Josie me estaba dando algo que nunca había tenido, que ni siquiera había soñado con tener.

—Opino que eres una genia. Y que apoyo completamente la idea —dije.

—En estos últimos tiempos has respaldado mis ideas tan rápidamente que ya no sé qué pensar.

Sonriendo, la acerqué más a mí.

—Ya verás, Josie. Ya verás.

Quería más de eso que teníamos, de todo lo que Josie era capaz de darme.

Capítulo Veintitrés

Josie

—Esto es el paraíso. El mismísimo paraíso —susurré.

—Eres fácil de complacer.

Abrí un ojo.

—Estás de broma, ¿verdad?

Estábamos en el rincón de lectura que había dispuesto en la esquina vacía entre el sofá y la ventana.

En las tres semanas que habían pasado desde que habíamos vuelto de la luna de miel seguimos manteniendo la tradición, aunque dejé de usar velas debido a la suciedad que causaban.

Charlábamos sobre nuestro día antes de cenar y, o bien pedíamos comida a domicilio, o bien cocinábamos nosotros. Solíamos asistir a eventos de lujo aproximadamente una vez a la semana, y en esas ocasiones lucía los elegantes vestidos que había comprado. Los sábados por la mañana íbamos a un mercado agrícola cercano.

No teníamos noticias de los servicios de inmigración. Mientras no me llamaran a mí también para una entrevista, no me preocupaba. Pero sabía que no debía relajarme. La agencia siempre reunía pruebas antes de actuar.

—Mírate. Con chocolate caliente y un libro, ya eres feliz.

—Además, me estás dando masajes en los pies. No subestimes tu papel.

—¿Quieres otro chocolate caliente?

—¿Acaso la Tierra es redonda? Obviamente, por favor.

Apartó mis pies de su regazo y se levantó. Seguí cada uno de sus movimientos hasta la cocina, contemplando el sexy contoneo de su culo. Entrenaba mucho. Aparte de sus carreras nocturnas en la cinta de correr que había colocado en una de las habitaciones de invitados, también iba al gimnasio del edificio cuatro veces por semana, donde trabajaba rigurosamente cada grupo de músculos.

Como había hecho mi rutina de yoga por la mañana, no me servía de nada ir al gimnasio, pero sí fui al sauna. Como premio, podría espiar a aquel hombre tan sexy.

Me dio una taza y reanudó el masaje de pies. Maldita sea, ¿era real ese hombre? Me hacía sentir como una reina.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—Largo y estresante. Estamos en la recta final de un caso en el que llevamos trabajando tres años, pero te juro que ahora es de lo más duro. ¿Cómo ha ido el tuyo?

—Mucho trabajo, pero en el buen sentido. Necesitamos personal nuevo para nuestra sucursal de Miami y yo intervengo en las contrataciones de directivos. Veo unos cinco candidatos nuevos a la semana.

—¿Entrevistas presenciales o por videoconferencia?

—Me gustan las presenciales. Puedo leer mejor a la gente en persona, la primera impresión es muy importante. Para los que pasen a la segunda ronda, haré videollamadas.

Me presionó la planta del pie con los pulgares y me masajeó las pantorrillas. Me sentía en el séptimo cielo. ¿Qué podría ser más perfecto que eso?

—¿Hay alguien que te esté dando problemas en el trabajo? —preguntó.

—No más de lo habitual. Aunque me miran de reojo cuando presumo de cierta persona.

—¿De quién?

—Pues de mi marido. Resulta que estoy muy orgullosa de él.

Me dirigió una mirada intensa que no supe descifrar. Incluso mientras lo decía, se me apretó el corazón, nos estábamos acercando de una forma que jamás había imaginado. Me encantaba que siempre se reuniera conmigo en el rincón y que me trajera una taza de chocolate caliente o té; o que a veces se limitara a trabajar en su portátil en silencio.

Ya me estaba encariñando con nuestra vida, con la casa, y apenas había pasado un mes. ¿Cómo iba a despedirme de todo eso en tres años?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Me encogí de hombros, sin saber cómo expresarlo con palabras. ¿Le gustaba esa intimidad tanto como a mí? ¿O lo compartía porque se había convertido en una rutina, porque vivíamos juntos?

—¿Quieres echar un vistazo a la lista de tareas pendientes para el proyecto del colegio? —pregunté, no solo para cambiar de tema, sino porque realmente me encantaba el proyecto.

Hunter se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla.

—Josie, disfruta de tu tiempo libre. Ya has hecho suficiente por mí.

Tampoco había hecho *tanto*, simplemente conseguir algunos permisos. Lo bueno de haber estudiado Derecho en Nueva York era que el 90% de mis compañeros trabajaban en la ciudad, algunos incluso para instituciones públicas.

El hecho de saber que Hunter se había dedicado al sector inmobiliario en parte para mantener la conexión con su padre, para que se sintiera orgulloso, hizo que me encariñara aún más con él. Estaba viendo un lado de Hunter que no me había mostrado antes.

—Pues si estoy pensando en trabajar en mi tiempo libre es que algo estás haciendo mal, marido. —Moví los dedos de los pies, indicando que estaba lista para otra ronda de masajes.

Hunter ejerció presión con tres dedos en el arco antes de rozarme las pantorrillas con las manos. Se me puso la piel de gallina.

—Me voy a perder todo esto mañana por la noche —dije.

—¿Por qué?

—Tengo la noche de chicas, ¿recuerdas?

Hizo una mueca.

—No me gustaría estar en tus zapatos.

Le pellizqué la cintura.

—Deja de burlarte de mí. Todo esto es culpa tuya. Podrías haberlo evitado.

—Si realmente crees eso, es que tienes demasiada fe en mí y no la suficiente en Tess y Skye.

A la noche siguiente, Tess y Skye pasaron por casa. Íbamos a un bar a dos manzanas de allí. Tess se había puesto uno de mis cinturones anchos y Skye se estaba probando unos pendientes de clip estilo araña que le quedaban preciosos. Me recordaban a mi hermana, de pequeñas solíamos intercambiar la ropa. Suspiré, sintiendo un dolor sordo en el pecho. La echaba muchísimo de menos. Sin embargo, pasar tiempo con Tess y Skye era como tener dos hermanas nuevas.

Hunter nos observaba desde la puerta del dormitorio principal.

—¿Qué? —preguntó Tess, mirándole de reojo—. Tengo la sensación de que no me va a gustar lo que vas a decir.

—Solo asegúrate de traer a mi esposa de regreso a casa sana y salva.

—Qué territorial eres...

Los ojos de Hunter parpadearon. Tess alternó la mirada entre nosotros y me sonrojé. La ropa de Hunter estaba por toda la habitación, no era difícil atar cabos. Por supuesto, podíamos usar la

excusa de los servicios de inmigración, decirle a Tess que era conveniente que pareciera que compartíamos habitación porque existía la posibilidad de que interrogaran al personal de limpieza.

—¡Vale, yo diría que ya estamos listas! —exclamó Skye, admirando su vestido midi dorado en el espejo.

—He pedido un Uber, porque no creo que podamos andar dos calles con estos tacones. Llegará en dos minutos —dijo Tess—. Vamos, rápido chicas.

—Ve tú delante. Ahora salgo. Tengo que ponerme unos pendientes —dije.

Tess y Skye se apresuraron a salir, pasando junto a Hunter, quien me miró por unos segundos antes de compadecerse de mí y acercarse rápidamente para ayudar.

—Ven, déjame echarte una mano.

No tardó en hacerlo, pero luego se entretuvo con sus dedos en el hélix de mi oreja antes de darme la vuelta y fundir su boca con la mía.

¡Joder, vaya beso! Sus labios acariciaron los míos de forma febril, me excitó tanto que mi pulso se descontroló, corría el riesgo de olvidar que tenía que irme. Lo único que quería era quedarme con ese hombre tan sexy y tentador, y dejar que hiciera lo que quisiera conmigo.

—Hunter... —murmuré—. Me tengo que ir.

—Quiero que te quedes. Pensé que te preocupaba que te acribillaran a preguntas.

—Y todavía me preocupa, pero... también tengo otras cosas que hablar esta noche. Skye ha estado un poco decaída las pocas veces que hablé con ella por teléfono estas últimas semanas y quiero averiguar bien por qué.

—¿Skye está en problemas? —Se puso inmediatamente alerta.

—Es solo una corazonada. Nada relacionado con los negocios, solo... cosas personales. Como sea, quiero que sepa que puede contar conmigo, ya sea para consolarla... o enterrar un cuerpo si es necesario.

—Eres increíble.

—¿Eso crees?

Volvió a mordisquearme el labio y movió la mano hacia arriba, sobre mi columna.

—Podría demostrártelo... y con mucho esmero, pero entonces no habría forma de que llegara al bar.

—Pues entonces deja de intentar engatusarme, diablillo.

—No puedo. Puede que no te deje salir de aquí. Podría cerrar la puerta y atarte.

Sus ojos brillaron, mi cuerpo entero reaccionó ante sus palabras, toda la superficie de mi piel empezaba a entrar en calor. Apreté los muslos.

—Eres un poco territorial, esposo.

—Pues sí, joder, soy muy territorial.

—Entonces, supongo que no estarías muy contento si bailara con algún atractivo desconocido que se me cruce esta noche, ¿no?

—Si haces eso, no dudes que te iré a buscar y te traeré de vuelta casa. —Su mirada era tan decidida que no me cabía ninguna duda de que eso sería exactamente lo que haría—. Josie...

—Estoy de broma. Solo quería comprobar cuán territorial eres.

—¿Y?

—En una escala del uno al diez, diría que estás alrededor del veinticinco.

Me atrajo hacia él, besándome de nuevo, y solo me soltó cuando oímos abrirse la puerta principal.

—¡Josie, ha llegado nuestro Uber! —gritó Tess.

—Enseguida salgo.

Pasé junto a Hunter, le envié un beso al aire, deleitándome con ese brillo feroz en sus ojos, y contoneando un poco más mis caderas mientras me movía. Me encantaba provocarle.

Durante el trayecto, las chicas ya estaban de muy buen humor y se pusieron a revisar el menú del bar en sus móviles.

—Si tienen un buen *DJ* y buenos cócteles, no me hace falta nada más —dice Skye.

—No te olvides de los aperitivos, eso también es imprescindible, o esos cócteles nos harán polvo —dije.

Intercambiaron miradas conspirativas, y al instante supe que había acertado con lo de esa noche. Tenían dos propósitos. Uno: divertirse. Dos: obligarme a descubrir el pastel.

En cuanto llegamos al bar, Skye pidió daiquiris y tacos. El local estaba relativamente lleno, dado que era una noche entre semana. Me encantó que estuviera ambientado con una luz difusa y música tranquila.

—Bueno, ¿hay algo que quieras contarnos? —preguntó Tess.

—¿A qué te refieres? —Intenté hacerme la tonta.

Skye silbó.

—Ya veo, nos va a hacer sudar la gota gorda.

Tess se sentó más erguida y me guiñó un ojo.

—No me importa. Los secretos resultan más gratificantes cuando una se los tiene que ganar.

Sentí que me ardían las orejas y no quería mirar a Tess a los ojos por miedo a que me descubriera. Por desgracia, eso pareció hacerlo todo más evidente.

—Hunter y tú estabais muy acaramelados antes —dijo Skye.

Vaya. Nuestros daiquiris ni siquiera habían llegado. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir a todo eso?

—Vimos la ropa de ambos desparramada por todo el dormitorio —añadió Tess—. Y los dos teníais cosas en el mismo baño, tu acondicionador y cremas corporales, sus cosas de afeitarse...

—Vaya. ¿Te has fijado en todo eso en los dos viajes que hiciste al baño? —pregunté, solo para ganar algo de tiempo.

—No seas tonta. Me di cuenta la primera vez que fui. El segundo fue solo para poder confirmar que realmente se usaban, no que solo se ponían ahí para que la gente los viera.

—Por supuesto.

—Además, notamos que tus labios estaban ligeramente hinchados cuando saliste de casa, lo que nos lleva a pensar que Hunter no te dio precisamente un discurso motivacional.

Listo, estaba acabada, no podía continuar mintiéndoles. Tampoco quería hacerlo. Ser deshonesto me resultaba muy agotador.

No le había contado a mi familia lo del acuerdo, ni a Tess y Skye, todo lo demás. Al menos quería ser cien por cien sincera con alguien.

—Espera un segundo, ¿se está sonrojando? —dijo Skye.

—Es verdad. Mierda, hemos dado con algo grande, ¿no? —Tess se removió en su asiento y justo cuando había empezado a tamborilear con los dedos sobre la mesa, una camarera se acercó para colocar nuestros cócteles delante de nosotras. Miré de Skye a Tess, luego di un sorbo a mi daiquiri y asentí.

—¡Os estáis acostando, lo sabía! —exclamó Tess.

Dejé caer la cara entre las manos, sintiéndome como una colegiala al compartir con mis

amigas que el chico que me gustaba me había besado. Noté que la cara se me ponía aún más caliente.

—Pero... ¿qué significa eso exactamente? —preguntó Tess.

—Es que nosotros... bueno, fue una ingenuidad suponer que seríamos capaces de sacar esto adelante sin que las cosas se complicaran.

—Define complicado —exigió Tess.

—Sinceramente, no lo sé. Intento no pensar demasiado y solo... dejarme llevar. Además, el sexo es increíble y a caballo regalado no se le mira el diente.

Tess levantó una copa.

—Bien dicho. El buen sexo no es tan fácil de encontrar.

Skye también chocó su copa con la nuestra, pero su expresión era más tranquila.

—¿Crees que las cosas entre vosotros podrían convertirse en algo más? Es solo nuestra opinión, pero creemos que encajas perfectamente con él.

Se me hizo un nudo en el estómago y negué con la cabeza.

—No, es pasajero. Quiero decir, creo que fue ingenuo pensar que podríamos ser compañeros de piso durante tres años, y... Hunter es guapísimo, así que eso no me ha facilitado las cosas. Pero la respuesta rápida es no.

No podía ilusionarlas. Yo tampoco podía hacerme ilusiones. Asintieron y procedimos a pedir una segunda ronda de cócteles.

Desvié la conversación hacia Skye.

—Parecías un poco decaída cuando hablamos por teléfono.

—¿Ha sido tan evidente?

—Sí.

—¿Me permitís excusarme de hablar sobre mi vida esta noche?

—No. Yo he cumplido con mi parte. Ahora te toca a ti.

Skye hizo pucheros.

—Pero no quiero estropear el ambiente.

—Es mejor que guardárselo todo —dijo Tess sabiamente—. Yo ya estoy al corriente de todo, pero... entre las tres podríamos enviarle todo el karma negativo del mundo. Cuantos más seamos, mejor.

Skye tragó saliva y miró su vaso.

—Resulta que el chico de mi trabajo con el que salía... ya tenía novia. ¿Os lo podéis creer? Y me enteré gracias a que *otra persona* del trabajo me lo contó. Nunca me había sentido tan avergonzada. Cuando le planté cara, me dijo que nunca me había dicho que estaba soltero. O sea... ¿cómo iba a suponer que un tío que llevaba meses ligando conmigo no estaría soltero, verdad?

—Lo siento, Skye.

—No lo entiendo. ¿Qué necesidad hay de hacer algo así? Y su novia... Casi sentí la necesidad de encontrarla y advertirle que no se dejara engañar por ese cabrón. ¿Pero y si lo sabe y no le importa? Quiero decir... a algunas personas no les importa tener una relación abierta, pero a mí sí. Lo único que quiero es encontrar un chico que me quiera... solo a mí. ¿Es mucho pedir? Puaj... me hizo sentir tan poco valorada.

Tess y yo intercambiamos una mirada. Sí... hablar de ello definitivamente no ayudaba a Skye. Sabía que a algunas personas les venía bien; a mí, por ejemplo, me gustaba hablar de las rupturas para desahogarme. Skye había estado de muy buen humor cuando empezó la velada...

Sin embargo, en ese momento parecía abatida y dolida. Odiaba verla en ese estado. Luego, Tess acercó su silla en dirección a su hermana y le dio un fuerte abrazo. Quería mucho a esas chicas.

Luego, Skye nos dedicó una pequeña sonrisa y se apoyó sobre su hermana. Ni Tess ni yo dijimos nada. Había pasado por suficientes rupturas dolorosas como para saber que cuando te sentías así de mal, nada de lo que dijeran podía hacerte sentir mejor.

Todo aquello era culpa mía. ¿Por qué había insistido en que hablara? También era mi deber remediarlo. Hice una lluvia de ideas sobre posibles temas que podrían levantarle el ánimo, antes de que surgiera el obvio: Hunter y yo.

Skye había estado muy animada cuando habíamos hablado de nosotros, así que merecía la pena intentarlo, aunque sabía que eso significaba que pasaríamos el resto de la velada dedicadas solamente a ese tema. Qué no haría yo por esas chicas...

Tess debió de intuir lo que estaba pensando, porque a continuación se centró en mí.

—¿Cómo lo consigues? —preguntó Tess—. ¿Vives con Hunter, te acuestas con él, pero al mismo tiempo mantienes todas esas restricciones?

—Sí, queremos saberlo —dijo Skye. Por fin volvía a sonreír. Sus ojos brillaban con entusiasmo.

Me había tomado tres daiquiris, que eran dos más de lo debido para poder actuar con discreción.

—Es difícil evitar que se confundan los límites. Realmente difícil —admití. Cuando levanté la vista del vaso, estaban sonriendo.

—¿Qué? —pregunté.

Tess se encogió de hombros, mostrando una sonrisa pícar.

—Esto no va a ayudarte a evitar que esos límites se confundan, pero ya vimos cómo es contigo.

—Nunca le habíamos visto así —confirmó Skye—. Por cierto, mamá también piensa lo mismo. Y confío mucho en sus instintos.

—Vosotras dos no me ayudáis en nada.

—Pero, ¿qué harías sin nosotras?

Puede que no lo dijera en voz alta, pero no podía engañarme a mí misma: Me estaba enamorando de Hunter y no sabía cómo detenerlo.

Capítulo Veinticuatro

Josie

Algunos *clichés* sobre el mundo de la abogacía habían demostrado ser ciertos en mi primer año.

¿Competencia despiadada? Sí.

¿Muchas horas de trabajo? Sin duda.

¿La creencia de que, si no tienes una crisis mental en tus tres primeros años, significa que estás hecho para la profesión? También era cierto.

Había encontrado formas de sobrellevar el estrés, sobre todo desde que me habían asignado mi propio despacho. A puerta cerrada, podía hacer lo que quisiera, y lo aprovechaba al máximo.

Por lo general, eso significaba quitarme los tacones y caminar descalza. Disponía de varias herramientas para aliviar la tensión que me producía estar sentada demasiado tiempo. En ese momento estaba sentada sobre un balón medicinal, apoyando los pies en una pequeña esterilla de reflexoterapia.

Septiembre había sido un mes muy ajetreado para nosotros, por lo que ya sentía que necesitaba un descanso. No podía creer lo rápido que había pasado el mes y medio desde la luna de miel.

Solo me quedaban pendientes algunas conferencias telefónicas durante el resto del día, pero ninguna cita física. Por eso, cuando uno de mis asistentes me llamó, diciéndome que tenían a alguien que quería verme, me quedé perpleja.

Miré mi agenda, frunciendo el ceño.

—No tengo nada en mi agenda.

Las visitas sin cita previa eran muy poco habituales.

—Es alguien de la oficina de inmigración.

Agarré el ratón con tanta fuerza que ya casi no sentía los dedos.

—¿Le digo que pase?

—Por supuesto. —Forcé la voz para mantener la calma. No podía engañarme pensando que aquello tuviera algo que ver con alguno de mis casos. Los funcionarios de inmigración no se presentaban así como así en la oficina de cualquiera. Pero si alguien se enteraba, podía hacerlo pasar a mis superiores como investigación para uno de mis casos.

Los asistentes no solían hablar de nuestros asuntos.

Me temblaban un poco las piernas cuando me levanté del balón. Inmediatamente la aparté, acercando mi silla. También volví a ponerme los zapatos mientras observaba cómo se abría la puerta.

Entró una mujer de unos cuarenta años. Tenía el pelo rubio blanco recogido en un moño. Llevaba un traje que la hacía encajar perfectamente con el resto de nosotros.

—Hola. Soy Josie Gallagher. ¿A qué debo el placer?

Me levanté de mi escritorio y le tendí la mano. Ella la estrechó brevemente.

—Soy la trabajadora de inmigración encargada del expediente de su marido.

Asentí y le señalé la silla que había frente a mi escritorio.

—Por favor, siéntese. ¿Quiere beber algo? ¿Agua, café, té?

Perfecto. Mi actitud parecía sosegada, como si su visita no me causara estrés. Sin embargo, no sabía si realmente *lucía* tranquila. Me sentí como si estuviera delante de un juez, a punto de ser sentenciada. Tenía la cara acalorada y mi mente iba a mil por hora. Deseé haber ido al baño para refrescarme.

Cuanto más intentaba calmarme, más pánico sentía. ¿Y si decía algo equivocado? ¿Y si la agente podía leer entre líneas?

—¿Sabe por qué estoy aquí? —preguntó.

—Ha dicho que está trabajando en el caso de mi esposo, así que asumo que se trata de eso. ¿Cómo puedo ayudar?

Apoyé los codos en la mesa, juntando las manos, con la esperanza de proyectar una imagen tranquila.

—No me andaré con rodeos. Está bajo sospecha de haber cometido fraude matrimonial.

Se me revolió el estómago, pero mantuve la barbilla alta, sin dejar traslucir ninguna emoción.

—¿Qué tiene para decir al respecto? —insistió la agente.

—Soy abogada, me rijo según el credo: inocente hasta que se demuestre lo contrario. Desde luego, no es cierto lo que usted afirma.

—La cronología de su matrimonio es muy sospechosa.

—¿A qué se debe?

—Pasaron de estar comprometidos a casados en tres semanas.

—Mis padres se conocieron en una boda y se casaron al mes.

Ni siquiera le estaba mintiendo.

—Srta. Gallagher, es usted consciente de las consecuencias legales de un matrimonio falso, ¿verdad?

—Como he dicho, soy abogada. Puede estar segura de que no haría nada en contra de la ley.

—Ya veo. Y, sin embargo, su matrimonio ha generado varias banderas rojas. ¿Por qué ha decidido conservar su apellido?

—¿Considera eso una bandera roja? Conozco la ley, tengo una buena reputación. La gente conoce mi apellido. No quería perder ese prestigio de marca.

—O no quería tener que pasar por el proceso de volver a cambiarlo después de que el Sr. Caldwell recibiera su *Green Card*.

—Mire, puede dar a esto la vuelta que quiera. Yo solo puedo contarle los hechos.

—Si confesara el fraude, estoy segura de que podría rebajarle la pena.

Entrecerré los ojos. ¿Acaso creía que podía hacerme ir en *contra* de Hunter? Esa mujer no sabía con quién estaba tratando.

—Sé que solo intenta cumplir con su trabajo, pero hay una diferencia entre interrogar e intimidar. No puede intimidarme. Francamente, lo que está insinuando me ofende. Así que, a menos que tenga más preguntas sobre algún hecho, podemos dar esto por terminado.

Se mofó, sacando un pequeño cuaderno de su bolso.

—¿Cuándo se conocieron?

—En el instituto.

—¿Y fueron amigos durante quince años?

—Sí.

—¿Cuándo fue que esa amistad se convirtió en un enredo romántico?

Cuando me besó por primera vez.

No podía decirlo, por supuesto. En lugar de eso, puse en mi cara lo que esperaba que pasara por una expresión soñadora y repetí la historia que Hunter y yo habíamos inventado. Una noche, aproximadamente un año antes, después de que me llevara a casa desde un evento al que ambos

habíamos asistido, le invité a subir y acabamos en la cama. Después de eso, fuimos amigos con derecho a roce durante algunos meses.

—Pero tanto usted como el Sr. Caldwell estaban saliendo con otras personas en ese momento.

Me mordí el interior de la mejilla. ¿Con quién habían estado hablando?

—No teníamos una relación exclusiva.

—¿Cuándo cambiaron las cosas?

—Cuando le dije que no podía seguir con ese acuerdo. Que quería más... algún tipo de compromiso. Honestamente pensé que terminaría las cosas. Usted bien sabe que los hombres pueden ser imprevisibles cuando se trata de compromiso.

No obtuve ninguna sonrisa de simpatía de ella.

—Como sea, me sorprendió. Dijo que sus sentimientos por mí también se habían profundizado.

—¿Y entonces se declaró?

—Sí. Fue... como he dicho, completamente inesperado. Ni siquiera tenía un anillo. —En un arrebato de inspiración, añadí—: Tuvo un gesto muy romántico e hizo que una empleada de Tiffany's me trajera una selección a casa para que pudiéramos elegirlo juntos. —Levanté la mano, señalando mi dedo anular—. ¿No es precioso?

Perfecto. Ella podría comprobarlo con la empleada de la tienda y de ese modo confirmar esa historia.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo juntos?

—Creo que alrededor de dos meses. Llevaba tiempo buscando casa, pero cuando decidimos dar el siguiente paso, me involucró a mí también en el proceso. Teníamos una agente inmobiliaria excelente, se llama Darla López. Nos enseñó una casa preciosa y me enamoré de ella de inmediato. Hunter la compró enseguida.

Frunció los labios y tomó más notas.

—¿La compró él? ¿No la compraron juntos?

—Está a nombre de los dos —dije casi apretando los dientes.

—¿Cuál es vuestra rutina matutina?

—Hago treinta minutos de yoga y luego me meto en la ducha. Él hace ejercicio por la noche, así que habitualmente duerme hasta tarde.

—¿Qué tipo de *aftershave* usa?

—Está bromeando, ¿no? Apenas recuerdo el nombre de mi propia loción corporal.

—¿Cuál es su comida favorita? ¿Cuál es la suya?

—A los dos nos gustan los filetes de ternera.

La agente me lanzaba una pregunta tras otra. También detecté algunas trampas clásicas de los interrogatorios de testigos, como reformular una pregunta varias veces con la esperanza de que el sujeto diera respuestas diferentes.

Mi experiencia como abogada me sirvió de mucho, me ayudó a no tener que andar a tientas. Aun así, una vez que salió de mi despacho y de que yo me desplomara en la silla, percibí que estaba temblando ligeramente. Necesitaba controlarme, porque tenía una conferencia telefónica veinte minutos más tarde.

Aproveché el descanso para ir al baño y echarme en la cara el agua fría que tanto necesitaba. No había ido mal, ¿no?

¿O estaba siendo demasiado optimista?

Mierda. Tenía que contárselo a Hunter, por si a él también le interrogaban. Me apresuré a volver a mi oficina y le envié un mensaje rápidamente.

Josie: Acaba de venir una agente de inmigración al trabajo. Creo que ha ido bien.

Quise darle más detalles, pero me quedé en blanco. La adrenalina aún no había abandonado mi organismo y me costaba mucho centrarme. *Maldita sea, Josie. Contrólate. Tienes una conferencia con un cliente.*

Podía pedirle a mi ayudante que lo pospusiera, pero no quería dar a nadie motivos para dudar de mí. Podía hacer pasar la visita del agente como un asunto relacionado con el trabajo. ¿Pero si cancelaba una reunión justo momentos después? Alguien podría atar cabos.

La llamada telefónica se programó en una de las salas de conferencias, donde disponíamos de un sistema profesional de sonido e imagen.

Salí de mi despacho provista de un bloc de notas y un bolígrafo, así como con el expediente del cliente, y me detuve de manera casual junto al escritorio de mi ayudante.

—Hola. ¿Ha ido todo bien con la agente?

—Sí. Ha venido por una investigación en la que estoy trabajando. Olvidé por completo añadirla a mi agenda.

Eleanor levantó las cejas.

—Eso no es propio de ti.

Me di un golpecito en la frente en tono divertido.

—Ya sabes, la cabeza de una recién casada y todo eso. No te enamores, arruina la memoria.

Se rió entre dientes, asintiendo.

—Me dirijo a la sala de conferencias para la llamada. Puede que tarde más. Ya sabes cómo son estas cosas. No esperes por mí.

—Bueno.

Organicé todo en la sala de conferencias, cogí la ficha con el resumen del caso y me dispuse a escuchar al cliente. Sin embargo, la mitad de mis neuronas seguían rebobinando todo lo que le había dicho a la agente. ¿Había sido suficiente? ¿Había sido demasiado, como si me estuviera esforzando en exceso? ¿Acaso habían cuestionado también a Hunter?

Aunque no me gustaba mirar el móvil mientras estaba en una conferencia, eché un vistazo a la pantalla, agradecida de que el cliente hubiera preferido hacerlo solo con audio.

Me había quedado sin batería. Estupendo. Simplemente genial. ¿Y si Hunter había llamado o enviado un mensaje, buscando más detalles? ¿Y si no recordaba mi comida favorita o lo que fuera y quería volver a comprobarlo?

—¿Qué es ese sonido? —preguntó el cliente de manera cortante. Mierda. Estaba dando golpecitos con los dedos en el escritorio. *Tenía* que controlarme.

—¿Mejor ahora? —Cerré la mano izquierda en un puño y la puse sobre mi regazo.

—Sí. Entonces... Josie, ¿crees que podemos ganarlo?

Yo era muy buena en mi trabajo. Me encantaba ayudar a la gente, luchar por ellos, pero no me gustaba darles falsas esperanzas antes de haber tenido la oportunidad de analizar a fondo su caso.

—Ciertamente voy a hacer todo lo posible. Tengo que revisar todos los hechos, pero vamos a librar una buena batalla.

Mi mente seguía dando vueltas una hora y media después de terminar la llamada. Había tomado muchas notas. Me dirigí directamente hacia el ascensor, pasando primero por mi despacho para dejar todos los expedientes del caso y recoger mi bolso.

Todos los asistentes de mi planta ya se habían marchado, pero cuando bajé al vestíbulo, los dos recepcionistas seguían allí. Una de ellas me saludó.

—Josie, alguien te está esperando.

¿Había vuelto la agente de inmigración? No podía volver a tratar con ella ese mismo día.

—Llevo media hora discutiendo con él. Insistió en subir a tu despacho, pero le he dicho que no podemos dejar a nadie solo en las oficinas de nuestros abogados. No aceptaba un no por respuesta.

Tenía una leve sospecha de *quién* podía ser.

—¿Es mi marido?

—Sí. Está en la sala de estar.

—Gracias.

Doblé la esquina de la recepción y me dirigí directamente a la sala de estar, una elegante sala con sofás de cuero y retratos al óleo colgados en la pared, que remontaban los orígenes de los fundadores del viejo mundo.

¿Qué estaba haciendo Hunter allí? ¿También le había abordado la agente? ¿Había ocurrido algo peor?

Aquel tren de pensamientos pesimistas se detuvo en seco cuando le vi. Estaba de pie, con las manos en los bolsillos y los ojos encendidos clavados en mí, rezumando testosterona.

Su bronceado se había desvanecido un poco, pero su cabello todavía lucía ese aspecto tostado, con algunas ondas rubias dispersas en varios lugares.

Sonreí; no podía hacer otra cosa.

—No me dejaron subir a tu despacho —dijo.

—Tenemos una política que respetar.

—Soy tu marido. Si quiero ver a mi mujer, veré a mi mujer.

Dios, me encantaba cómo sonaba eso. Me preguntaba cómo acabaría todo al cabo de los tres años. No estaba segura de cómo lo manejaría. ¿Cómo podría volver a retomar mi vida sin tener a Hunter como una parte importante de ella? ¿Cómo podía ser solamente su amiga cuando había probado cómo podía encenderme con un beso o con una caricia? O sabiendo lo que se sentía al tumbarse en la cama y reír con él...

En cuanto se acercó a mí, acarició mi nuca y sus labios se posaron sobre los míos, haciendo que todas mis preocupaciones desaparecieran al instante. *Ay, Hunter*. ¿Habría algo que sus apasionados besos no pudieran hacer desaparecer de mi mente?

—Mmm —murmuré cuando hicimos una pausa para coger aire—. Deberían poner señales de advertencia sobre ti, como las que advierten sobre el sol cegador... solo que esta diría “hombre atractivo en traje”. Advertencia: no lo mires fijamente durante mucho tiempo. Puede causar accidentes.

Se rió y el sonido melódico de su risa también consiguió relajarme.

—Si eso merece una señal de advertencia, ¿qué me dices de “hombre atractivo sin traje”?

—¿Te estás ofreciendo a hacer un *striptease* para mí?

—Sí.

—No es por querer mirarle el diente a caballo regalado, pero ¿qué he hecho exactamente para merecer eso?

Pasó su pulgar por mi frente.

—Solo quiero hacer desaparecer este ceño fruncido de tu cara bonita.

Sentí una sensación cálida y confusa en mi interior.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —pregunté.

—Porque estoy seguro de que lo hiciste genial.

—¿Nadie de la oficina de inmigración se ha puesto en contacto contigo?

—No.

Me tranquilicé un poco.

—Así que tenemos un *striptease* en el menú del día. ¿Algo más?

—Ya verás.

—Dame pistas.

Tomó mi mandíbula, levantó ligeramente la cabeza y me dio un rápido beso.

—Vamos, curiosilla. Quiero cuidar de ti.

Había venido a buscarme en coche y fuimos hasta Brooklyn, donde nos bajamos delante de un edificio de ladrillo rojo. El gran letrero de neón ponía “Climbing Hall”.

—¿Cómo es que no sabía de este lugar?

—Es que abrió hace apenas una semana. Sabía que te encantaría probarlo.

Me conocía muy bien. Me quedé extasiada cuando me dieron el equipo, y mi emoción se multiplicó cuando Hunter también pidió uno.

—Esposo mío, ¿vas a escalar conmigo?

—Lo intentaré.

—¿Te sientes bastante valiente después de haber buceado, ¿eh?

Caminó junto a mí mientras nos dirigíamos a los vestuarios. No le di importancia hasta que me pellizcó el culo.

Sus ojos parpadearon con aire de diversión.

—Tú eras la que le tenía miedo a los tiburones.

—Cualquier persona sensata le tiene miedo a los tiburones —repliqué, apartándome un poco de él.

Me encantaba escalar. Enfocarme en un movimiento a la vez para alcanzar el siguiente objetivo era la mejor forma de silenciar el constante parloteo mental.

De vez en cuando, miraba a Hunter. Yo no iba muy rápido, pero aun así él iba considerablemente rezagado detrás de mí.

—¿Te has divertido? —pregunté al terminar la sesión.

Movió las cejas arriba y abajo.

—Tenía una vista estupenda.

Eso explicaba por qué siempre había permanecido detrás de mí.

—Eres de lo peor.

—¿Y ahora qué? —pregunté mientras me guiaba hacia el coche.

Me besó la mano y me abrió la puerta.

—Nos iremos a casa y seguiré cuidando de ti.

Me sentía como si estuviera en un sueño.

Había encargado mi comida favorita y llegamos al mismo tiempo que el repartidor. Le libramos de las bolsas y lo llevamos todo a la cocina.

—¿Sacaste la artillería pesada? —murmuré.

Tenía la intención de ponerlo todo en platos, pero había alguien que no dejaba de distraerme. Hunter me besó el dorso del cuello, arrastrando sus manos por los costados de mi cuerpo. ¿Cómo iba a hacer para volver a una vida en la que no tuviéramos todo aquello? Me mordió el lóbulo de

la oreja, apretando mi culo contra su entrepierna. Madre mía. Estaba empalmado casi por completo. Me acarició ligeramente una nalga. Jadeé, anticipando su siguiente caricia.

—Eres tan preciosa, Josie. Tan jodidamente sexy.

Deslizó los dedos desde las nalgas hasta mi espalda y los posó sobre el broche del sujetador antes de retirar la mano.

—Eres cruel —murmuré.

—Al contrario. Me estoy portando muy bien.

—Pero yo no quiero eso.

Me di la vuelta para que viera que estaba haciendo pucheros y de esa manera hacerle saber que solo me parecía bien a medias. Es decir, quería cenar, pero tenía más ganas de Hunter. Entonces decidí cambiar de estrategia.

—Tienes razón. Cenar es una idea mucho mejor que disfrutar de un momento erótico.

—Cariño, estoy ofendido.

Le miré de reojo.

—¿Lo suficientemente ofendido como para hacer algo al respecto?

Me dedicó una sonrisa socarrona y se inclinó para besarme el hombro.

—Picarona...

—Aprendí del mejor.

Me dio la vuelta y me besó tan fuerte y profundamente, agarrando mis caderas de una manera tan posesiva, que no pude evitar soltar el gemido que había estado conteniendo.

Después de separarnos, ambos estábamos sin aliento. Sonreí y terminamos de servir la cena en los platos.

—Por cierto, aún me debes un *striptease* —dije mientras nos dirigíamos al salón.

—Haré el mío si tú primero haces el tuyo.

—Eres de lo que no hay.

—Pero así y todo te gusto.

Suspiré con dramatismo.

—Totalmente. ¿Qué dice eso de mí?

Me acercó y me besó en los labios.

—Que eres adorable.

Guau. ¿Por qué tenía que ser tan atento? ¿Tan tierno? ¿Podría quedármelo? Mierda, no, no quería ni siquiera permitirme considerarlo. Si me ponía a pensar en el día en que no lo tendría cada vez que me encandilaba (que era muy a menudo), acabaría siendo infeliz.

Como yo era una maniática de los documentales, acordamos ver uno sobre el antiguo Egipto, compartiendo tacos y charlando de todo menos de mi reunión de aquel día con la agente del caso.

Suspiré. Las cosas estaban cambiando rápido, ¿no era así?

—¿Por qué me miras de esa manera?

Me encogí de hombros, intentando parecer indiferente.

—Por nada. Solo admiraba a este hombre tan guapo.

Me mordió ligeramente el hombro.

—Mentirosa. Tienes algo más en mente. Pero te convenceré para que me lo cuentes todo más tarde.

—Tus dotes de persuasión son increíbles —admití. Cuando pasó a besarme el cuello, me estremecí y lo aparté con un empujoncito juguetón.

—Oye. No hagas que me distraiga de mis faraones.

Para mi sorpresa, dejó de mordisquearme la piel.

—¿Ya te estás dando por vencido? —pregunté con suspicacia.

—Te lo dije, esta noche haremos lo que tú quieras.

Se me pasaron tantas cosas por la cabeza. ¿Por dónde podría empezar?

—Otra vez tienes esa mirada misteriosa —dijo con tono jocoso. Yo sonreí.

—Dejaré que descubra todos mis secretos más tarde, señor. Todos y cada uno de ellos.

Cambié de postura, girando sobre un lado, y casi vuelco el guacamole.

—Vaya, por poco. ¿Alguna vez has pensado en comprar un sofá de cuero? Son mucho más fáciles de limpiar.

—Podemos comprar uno si quieres. O si hay algo más que quieras cambiar, adelante.

Fruncí el ceño y dejé el cuenco de guacamole sobre la mesita.

—Hunter, no tienes que cambiar nada por mí. Si no, tendrás que redecorar de nuevo cuando me mude.

Ya me había tomado suficientes atribuciones con lo del rincón de lectura. No quería encariñarme con la casa más de lo que ya estaba. Sentía nostalgia solo de pensar que debía dejar ese lugar atrás, ni siquiera quería imaginar cómo sería no compartir todos los días con Hunter.

Se había quedado en silencio. Su mirada era implacablemente tranquila. Entonces, me agarró por los tobillos y me acercó tanto que casi choco contra él.

—Si quieres otro sofá, cómpralo. ¿Me has oído? Te dije que quiero que te sientas como en casa aquí. Lo digo en serio. —Pronunció esas últimas palabras casi en un gruñido.

—V-vale —balbuceé. De repente, el corazón me latía a mil por hora.

Cuando acercó su boca a la mía, me besó de un modo posesivo, como si quisiera dejar en claro que era suya. Y no había nada que quisiera más que permitirse. Anhelaba ser suya de todas las maneras posibles.

Capítulo Veinticinco

Hunter

La primera Gala Benéfica de Baile de la temporada tuvo lugar unas noches más tarde.

—¿Qué tal estoy? ¿Voy bien? —preguntó Josie, dando vueltas delante de mí mientras nos arreglábamos. Llevaba el vestido blanco y plateado que habíamos elegido en aquel día de compras. El mismo que me había vuelto loco de deseo incluso entonces.

—Estás preciosa.

—Tu voz suena un poco ronca. ¿Acaso lo que llevo puesto es demasiado provocativo para ti, esposo? —Volvió a girar, dejándome ver su espalda al descubierto, toda su delicada piel estaba a la vista. El vestido era tan largo que llegaba hasta el suelo, pero el escote de la espalda me estaba matando.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sí, señor.

—Estás demasiado guapa, joder. Pero... es que... si vamos al evento contigo vestida así, tendré que quitarte muchos hombres de encima. No te lo pongas.

—¿Entonces por qué demonios lo compramos?

—Porque luces absolutamente espléndida en él.

—¿Ves? Tengo que darle un buen uso.

—Tengo una idea. Puedes ponértelo solo para mí. Aquí dentro.

Entrecerró los ojos.

—Eso sí que sería desperdiciar un vestido. Bueno... cuando te pedí tu opinión, me refería a si era apropiado un evento de tal calibre. Es la primera Gala de la temporada y no pienso cambiarme solo porque estés celoso. —Se dio un golpecito en el anillo—. Esto mantendrá a raya a los hombres. Además, eres el anfitrión del evento. Todo el mundo sabrá que soy tu mujer.

—¿Cómo? Si ni siquiera compartes mi apellido...

Puso los ojos en blanco.

—Si me dieran dinero cada vez que dices eso, ya sería millonaria. Ahora, vamos. O llegaremos tarde. Estoy nerviosa.

—No tienes por qué estarlo.

—Todo esto es impresionante. ¿Cómo se te ocurrió? —preguntó una vez que estuvimos en la parte trasera de uno de los coches. Estábamos organizando el transporte de todos los invitados.

—Había estado leyendo sobre Bill Gates y cómo convenció a varias personas con altos ingresos para que donaran a causas a las que él mismo había donado. Es mucho más fácil si uno tiene un interés personal. Además, si reúnes a todos en la misma sala, la presión social para hacer donaciones más generosas es mayor.

—Muy astuto de tu parte.

—Pero funciona.

—Una jugada inteligente.

—Además, era una buena oportunidad para hacer un proyecto conjunto con mis primos. Es muy divertido.

—Ya veo.

Empecé a organizarlas el mismo año en que la empresa entró en la lista Forbes 500. Era una forma de retribuir, de apoyar a quienes no habían tenido mis oportunidades y mi suerte.

Había experimentado lo que era caer desde las alturas, tenerlo todo para luego perderlo. Esos años difíciles cambiaron mi perspectiva del mundo.

—¿Va todo bien? Has estado más callado de lo normal —dijo Josie.

—Solo estaba... pensando en mi discurso.

No estaba mintiendo, pero tampoco estaba siendo completamente sincero. Aquel día era el cumpleaños de mi padre, una fecha en la que apenas podía contener mis emociones. Entrelazó sus dedos con los míos y se me aceleró el latido del corazón. Fue un gesto pequeño, pero pareció como si supiera que me calmaría. Como si sintiera que lo necesitaba. Todos mis primos ya estaban en el recinto, en la mesa de los organizadores.

—Vamos, la rifa empezará justo después de tu discurso —dijo Tess.

En lugar de simplemente invitar a alguien a bailar, se debía comprar una entrada para la persona con quien deseabas tener ese baile. En cada baile había una rifa: los hombres compraban exclusivamente boletos para las primeras rondas y las mujeres para las siguientes. Por supuesto, todo el dinero recaudado se destinaba a obras benéficas. Si bien no era la donación principal, servía como elemento sorpresa y mantenía a todos contentos y tratando de adivinar.

Cuando estábamos pensando en cómo hacer que los bailes fueran entretenidos y únicos, a Tess se le ocurrió la idea, citando como inspiración "*Lo que el viento se llevó*". Yo no tenía ni idea de qué iba la película, pero Tess nos convenció y, antes de que nos diéramos cuenta, todos habíamos aceptado. Resultó ser un éxito.

—Creo que también deberíamos participar en la rifa —dijo Ryker. Como organizadores, nos habíamos mantenido al margen porque teníamos mucho que hacer.

Skye se rió, pero Cole asintió en señal de aprobación.

—Estoy contigo, hermano.

—Estoy seguro de que sería el que más boletos traería —continuó Ryker.

Cole levantó una ceja.

—¿Competiendo contra mí? ¡Ja! Ni de coña.

Josie nos miró a los dos.

—Vaya, vaya. El ligón contra el encantador. Pagaría solo por verlo.

Tess dio una palmada.

—Ahora no tenemos tiempo para lluvias de ideas. Hunter, céntrate en tu discurso. Por cierto, tu preciosa esposa podría participar en la rifa. Josie, ¿qué opinas?

—¿Por una buena causa? Por supuesto.

—No —dije con firmeza. Todo el grupo se volvió para mirarme. Las comisuras de los labios de Josie se tensaron. Ryker y Cole negaron con la cabeza. Tess y Skye estaban radiantes.

—Tenemos que hacer las rondas para este baile —dije—. Quiero presentarte a todos como mi esposa. No tendrás mucho tiempo para bailar.

Nadie pareció creerse mi explicación, ni siquiera Josie, cuyas comisuras de los labios volvieron a ponerse tensas. Yo era un cabrón territorial, simplemente no quería compartirla.

—Voy al baño a refrescarme antes de que empieces a presentarme, *esposo*.

En cuanto se alejó, mis primos se abalanzaron sobre mí.

—Oye, ¿es cosa mía o parecía estar celoso? —preguntó Cole.

—No es solo cosa tuya —confirmó Skye, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Si cabía, la sonrisa de Tess era aún mayor.

—¿Le has dicho lo que sientes? —preguntó Tess.

—Explícitamente... no —admití.

—¿Y a qué estás esperando? —preguntó Skye.

—¿Y si lo estropeo todo? ¿Y si ella no siente lo mismo?

Tess ladeó la cabeza.

—Siempre te la juegas, Hunter. ¿Justo ahora piensas contenerte?

—¿Qué sientes exactamente? —continuó Skye.

Cole se aclaró la garganta.

—No le acorralemos antes del discurso.

Ryker suspiró de manera dramática.

—Sí, deja que el hombre se centre en su discurso. Ya sabemos que está perdidamente enamorado de Josie de todos modos. Hasta yo me doy cuenta.

No pude decir ni una palabra más, porque el moderador de la velada me llamó a la sala principal. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Subir a un escenario y dar un discurso no era fruto de mi devoción, pero con el tiempo había aprendido a verlo como una oportunidad y no como algo que temer. Cuanto mejor fuera mi discurso, más fácil les resultaría a los donantes sentirse motivados para contribuir con su dinero.

Al final, saqué un cheque y leí la suma en voz alta antes de entregárselo a nuestro tesorero. Siempre ponía el listón muy alto, donando seis cifras. La gente tendía a seguirme.

Josie me observó desde justo al lado del escenario durante todo mi discurso. Tess y Skye tenían razón, por supuesto: debía decírselo, pero tener las agallas para hacerlo era otro cantar.

Josie fue la estrella de la noche y no porque fuera mi mujer. Bueno, en parte había sido por eso. Varios clientes no dudaron en expresar su sorpresa por mi boda.

Pero Josie fue el centro de atención con sus inteligentes aportes y su encanto. Me sentí orgulloso de ser su esposo.

—Sabes, todas las personas que hay aquí son clientes potenciales para ti —le susurré mientras bailábamos.

—No estoy aquí para eso esta noche. Estoy aquí por ti.

Me pasó los dedos por el pelo y me miró con los ojos repletos de felicidad, como si hubiera percibido que yo necesitaba toda la calidez y ternura que ella pudiera darme.

Nadie se había preocupado nunca por lo que yo necesitaba, me había mirado como si yo fuera su único centro de atención, como si nada más importara, ni las oportunidades de hacer contactos de negocios o de impulsar su propia carrera. Casi no me atrevía a pensarlo, y mucho menos a desearlo, pero... ¿cabía la posibilidad que yo fuera tan importante para ella?

Cuando llegamos a casa, me sentía inquieto. No podía escapar de mis propios pensamientos, sumiéndome en esa melancolía que me invadía cada año en el aniversario.

—¿Vienes a la cama? —preguntó Josie.

—Ve yendo tú. Quiero ultimar unos emails.

Estaba eludiendo la cuestión. Dudaba que pudiera centrarme en los emails. No creía que pudiera tumbarme a su lado y no dejar expuestos todos mis sentimientos. No quería que viera mi lado vulnerable.

—Hunter, sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad?

—Vete a dormir, cariño. Hablaremos mañana.

Se mostraba muy inquieta. Momentos después, frunció el ceño, se dio la vuelta y se marchó al dormitorio.

Era incapaz de permanecer sentado, ni siquiera podía quedarme quieto. Al diablo con los correos electrónicos. Me dirigí a la habitación de invitados, donde guardaba la cinta de correr. Me quité rápidamente el esmoquin, me puse la ropa de correr que guardaba allí y me subí a la máquina.

Nuestro dormitorio estaba al otro lado de la casa, así que no despertaría a Josie.

Mi intención era correr solo lo suficiente para poder bloquear mis pensamientos, eso solía ocurrir en el nivel diez. Esa vez no fue suficiente. Los recuerdos hurgaban en mi cerebro, una profunda tristeza me retorció el pecho. Fui aumentando la velocidad y la inclinación de la pendiente, hasta que tuve que centrarme solo en la cinta o corría el riesgo de caerme.

Un pie delante del otro, uno delante del otro. Más rápido, más rápido. Vamos. El esfuerzo ahogaba los recuerdos, lo mucho que le echaba de menos. Tenía la esperanza de que estuviera mirando hacia abajo y se sintiera orgulloso de todo lo que había conseguido, de haber reconstruido el sueño por el que había trabajado toda su vida.

Mis pulmones empezaron a protestar, me dolía el pecho cada vez que respiraba. Cuanto más intentaba inspirar, peor era el dolor.

Los músculos de las piernas me ardían y mis glúteos estaban doloridos. Observé la pantalla. ¿Había corrido más de una hora a esa velocidad? Joder. Al día siguiente no podría ni caminar.

Pulsé el botón de fin de programa y la velocidad fue disminuyendo gradualmente. Cuanto más despacio iba, más débiles sentía los muslos. Ni siquiera en ese momento me creía capaz de andar.

Estuve a punto de torcerme un tobillo al bajar de la cinta. Mis piernas casi no podían sostener mi peso. Por Dios, ¿en qué había estado pensando? Tenía la garganta más seca que una pasa. Estaba completamente deshidratado.

Un suave silbido me hizo desviar la mirada hacia la puerta. Josie estaba allí de pie, con un camisón blanco que no cubría prácticamente nada, sosteniendo una botella de agua.

—Cariño... ¿He hecho demasiado ruido? Lo siento.

—No, es que me he despertado y, como no estabas a mi lado, me puse a buscarte.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Cuarenta minutos, más o menos. Noté que no tenías una botella de agua así que te he traído una. Me dio la que tenía en la mano.

—Gracias.

Me bebí la mitad de la botella de un trago e intenté ordenar mis pensamientos mientras volvía a enroscar la tapa.

—Me preocupa que te deshidrates o que enfermes. Ibas tan rápido... Hunter, ¿qué te pasa? —preguntó suavemente.

—Estoy bien.

—No, no hagas eso. No me excluyas.

—He dicho que estoy bien.

—Claro, por eso has decidido matarte a correr. Perdóname por entrometerme en... lo que sea esto y preocuparme por ti. Es evidente que lo tienes todo bajo control y no me necesitas.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Agarré la botella con tanta fuerza que el plástico cedió.

Mierda, era un idiota. Llevaba allí cuarenta minutos, dispuesta a darme agua, a escucharme, a

estar atenta por si necesitaba algo, porque estaba preocupada por mí. Y yo la excluía.

Josie se merecía algo mejor que eso y tenía que encontrar la forma de darle exactamente lo que se merecía, pero no sabía cómo. Nunca había sido una persona que se desahogara con nadie ni que manifestara su crisis interior.

Desde que tenía quince años, me lo tragaba todo y simplemente me limitaba a cumplir con lo que tenía que hacer, sin detenerme casi nunca a hacer introspección alguna —la excepción era el cumpleaños de papá— y sin jamás hablar del tema en cuestión. No es que quisiera olvidarlo todo, no quería. Apreciaba el recuerdo de mi padre y comprendía que la vida a veces te daba sorpresas, pero prefería no detenerme demasiado en ellas.

Respiré hondo y la seguí. Se había dirigido directamente al dormitorio y había cerrado la puerta tras de sí.

La había cerrado *con llave*. ¿Pero qué...? ¿No quería que entrara?

Llamé dos veces.

—Josie, lo siento. Quiero hablar.

—¿Para qué? ¿Para seguir diciéndome que estás bien? No tengo ganas de seguir dando vueltas.

—Por favor, abre la puerta.

Esperé, conteniendo la respiración, y solo exhalé cuando oí pasos que se acercaban.

Me miró con desconfianza cuando abrió la puerta. Entré y deambulé por la habitación antes de sentarme en el borde de la cama, apoyando los antebrazos en los muslos y dirigiendo la mirada al suelo.

—Siento haber reaccionado así. Yo... tienes razón, no estoy bien. Quiero decir, no ha pasado nada malo... se trata de un día emotivo, es el cumpleaños de mi padre. Por eso empiezo la temporada de obras de caridad en esta fecha.

—¡Ah!

—Así que siempre es un día difícil para mí.

—Lo siento, Hunter.

Se acercó y, cuando se paró frente a mí, levanté la mirada.

Sin pensarlo, la rodeé a la altura de la cintura con los brazos y apreté la frente contra su vientre. El contacto me tranquilizó como ninguna otra cosa.

Nunca había sentido una calma tan profunda, tan natural, en el día de su cumpleaños. Josie era todo lo que necesitaba.

—Es normal que le echas de menos, Hunter —dijo suavemente.

—¿Después de tantos años?

—Sí. Y echarle de menos no significa que no seas fuerte. Significa que te importa. Estoy segura de que está orgulloso de ti, yo estoy orgullosa de ti. No por todo lo que has construido y logrado, sino porque eres un hombre increíble.

La hice sentarse en mi regazo, sujeté su nuca y la besé con intensidad y pasión. Me sentía insaciable. Deseaba enterrarme en esa mujer que no solo aceptaba todo de mí, sino que me ayudaba a *aceptarme* a mí mismo.

No quería a nadie más a mi lado, nunca. Ni siquiera podía imaginarlo. Quería a Josie en mi futuro con una intensidad con la que nunca había querido ninguna otra cosa.

—Joder, te deseo. Te necesito, Josie. Pero, debería ducharme primero.

Arrugó la nariz de manera juguetona.

—No te vendría mal. Apesta un poco.

—¿Ah, sí?

Se echó hacia atrás sobre mis piernas, como si estuviera decidida a poner distancia entre nosotros. Agarré sus muñecas con una mano. Jadeó y me miró. Le rodeé la cintura con un brazo y nos giramos. A continuación, la inmovilicé contra el colchón y bloqueé sus piernas con los muslos. El camisón le llegaba hasta la cintura y no llevaba bragas.

Pasé los dedos por sus muslos desnudos, observando cómo su piel se ruborizaba y sensibilizaba. Su respiración se agitó cuando llegué a su cadera y subí aún más el camisón, dejando al descubierto sus pechos. Le toqué la parte inferior y luego la superior, deleitándome con el cambio que experimentaba su cuerpo, con la forma en que se le endurecían los pezones.

Intentó zafarse, pero tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Aún no lo he decidido.

—¿Puedo darte algunas sugerencias?

—Tal vez.

Levantó la cabeza y acercó sus labios a los míos. Atrapé su boca y la besé hasta que se retorció debajo de mí. Por primera vez en mi vida, me sentía genuino y completamente feliz.

Normalmente, al menos una parte de mi mente se centraba en el impulso de ser mejor, de demostrarme a mí mismo que era capaz de enorgullecer a los que me rodeaban. Pero Josie estaba orgullosa de mí por el hombre que era, no por el que quería llegar a ser. Yo le bastaba tal como era.

En cuanto aflojé el agarre de sus manos, me empujó, se zafó y salió corriendo hacia el baño. La perseguí. Mi sonrisa era tan amplia como la suya cuando la alcancé. Abrí el grifo y luego se rió y chilló cuando la metí bajo el chorro caliente sin quitarnos la ropa.

—Estás loco —dijo.

—Lo sé.

Después de quitarle el camisón, la besé, empujándola contra los azulejos. Solo me detuve el tiempo suficiente para quitarme la ropa de deporte.

El agua calentaba nuestra piel, pero cubría su aroma, su sabor. Me aparté y me eché gel de ducha en las palmas de las manos.

—¿Qué haces? —preguntó, haciendo pucheros.

—Aseándome para mi mujer.

Sonrió y se apoyó en los azulejos.

—Esto es a lo que yo llamo un espectáculo.

Me miraba atentamente mientras me enjabonaba. Si no hubiera sido porque ya estaba empalmado, eso habría sido suficiente. Tenía la intención de llevarla al dormitorio, pero estaba demasiado ávido de ella. En cuanto cerré el grifo, me apoderé de su boca y la besé hasta que arqueó las caderas y atrapó mi polla entre los dos.

—Jooooder. —Gemí, retrocedí un poco y bajé una mano, introduciendo un dedo muy lentamente. Estaba muy mojada. La besé con fuerza, mostrándole con la lengua y el dedo cómo pensaba follármela.

Duro, implacable. Quería darle todo lo que tenía.

—Haré que te corras muy fuerte esta noche, Josie. Con mis dedos, mi boca, cuando esté dentro de ti.

—Hunter —pronunció la última sílaba con un tono tembloroso.

Cuando me agarró por los hombros y giró las caderas contra mi mano, deshaciéndose, estuve

a punto de perder el control. La toqué hasta que pudo sobrellevar su orgasmo, luego me retiré y apenas pude reprimir una sonrisa cuando jadeó en señal de protesta.

Salimos de la ducha, y luego de secarla a ella, me sequé yo.

Quería prolongar esa noche tanto como fuera lo posible, adorar a esa mujer toda la noche. Toda mi vida.

Se subió a la cama, se echó hacia atrás apoyándose en los codos y abrió los muslos, tentándome. La besé desde las rodillas hasta el interior de sus piernas antes de tumbarla completamente boca arriba, pasando mis labios sobre su vientre, observándola, sin querer romper el contacto visual ni perderme ningún cambio en su expresión.

Volví a descender, colocándome entre sus piernas, mordisqueando su clítoris antes de introducirle la lengua.

Josie gritó, empujando sus caderas contra mi boca. Tenía la polla tan dura que me resultaba casi doloroso. Me toqué, apretando fuerte, moviendo la mano arriba y abajo, mientras Josie me miraba.

—Fóllame. Por favor, Hunter. Por favor.

Me aparté, le sonreí y ascendí besando su vientre y entre sus pechos, hasta que quedamos cara a cara. La besé con fuerza, agarrando la base de mi polla y acariciando su clítoris con la punta, viendo cómo se corría con cada roce, hasta que le temblaron las piernas.

Luego la penetré y estuve a punto de correrme rápidamente al sentir lo apretada y húmeda que estaba. Me apoyé en los codos, mirándola, queriendo estar conectado a Josie de todas las formas posibles.

Pasé la mano por su cuerpo, sintiendo su suave piel, acariciando sus pechos con el pulgar y empujando mi pelvis contra su clítoris con cada embestida, hasta que me empezaron a doler los músculos. Cuando ella se apretó aún más a mi alrededor, no pude contenerme más.

Hundí la cabeza en la almohada, le agarré el culo con las dos manos, la levanté, la penetré con fuerza y luego aún más, hasta que los dos llegamos al clímax.

Estaba tan enamorado de mi mujer que ni siquiera podía pensar con claridad.

Capítulo Veintiséis

Josie

—¡Así es como deberían acabar todas las semanas! —exclamé, dando vueltas en mi silla. No es que mi semana hubiera terminado todavía. Aún tenía que enviar dos correos electrónicos y quería leer un contrato para el lunes siguiente, para así adelantar la semana. Solo iba a hacer una pequeña pausa para llamar a mi hermana.

—La mía también ha ido bien. Tengo ganas de pasar un fin de semana sola. Voy a ir a un spa.

—Buena idea.

—Solo un buen libro y yo. ¿Y tú?

—Pues yo estaré en compañía de mi encantador marido. Aunque podría leer un poco también.

—Si es que consigue mantener sus manos apartadas de ti el tiempo suficiente, ¿no?

—Algo así.

—Jo, hermana, qué envidia.

—¿Nos vemos mañana? Todavía tengo que ultimar algunas cosas aquí.

—Claro.

Había planeado cada minuto de mi siguiente hora de trabajo. Lo que no estaba en mis planes era que mi marido apareciera en mi puerta veinte minutos después.

—Hunter, ¿qué estás haciendo aquí?

—Has trabajado demasiado toda la semana. No voy a dejar que lo hagas hoy también.

—¿No me vas a *dejar*?

—No.

—¿Crees que necesito tu permiso?

—Sí, porque es el día de nuestro aniversario. Voy a salir con mi mujer a celebrarlo, y no voy a aceptar otra cosa que no sea un *sí, ya mismo* como respuesta.

Tenía razón, cumplíamos dos meses de casados.

Me dio un vuelco el estómago, especialmente cuando Hunter se acercó a mí, se inclinó sobre el escritorio y me dio un beso. Mi cuerpo se estremeció cuando Hunter se apartó y posó su cálida mirada sobre mí.

—¿Lista?

Le aparté de manera juguetona.

—No, todavía no. Acabas de irrumpir en mi despacho. Aún tengo dos emails...

Mi voz se desvaneció ante el fulgor de sus ojos.

—Josie, has llegado tarde a casa toda la semana. Te he echado de menos. De ninguna manera voy a dejar que trabajes más de la cuenta también el viernes.

Me derretí por completo ante sus palabras. Jamás antes alguien había acudido antes a sacarme de mi oficina. Bueno, probablemente les habría lanzado algo si lo hubieran intentado... pero en ese momento... lo único que quería era dejarme llevar y abandonar aquel lugar.

Me mordí el labio.

—¿Me dejas enviar un email al menos?

—Te prometo que te tomaré en mis brazos y te sacaré de aquí para que te vea toda la oficina.

—Hoy estás más temperamental que de costumbre.

—Me pareció que necesitabas un aliciente.

—¿A qué hora es la reserva?

—En una hora.

—Pero eso apenas me deja tiempo para ir a casa y quitarme este traje.

—Josie, si te quitas el traje en mi presencia, nos moriremos de hambre.

—Me refería a cambiarme de ropa, pervertido.

—Bueno, yo acabo de darte una idea de lo que pienso hacer. ¿Qué puedo decir? Eres mi debilidad.

Cerré el portátil y deslicé mis manos por la tela de mi falda.

—Vale. ¿A dónde vamos a ir?

—A *The Lightning*.

—Aaah... mi restaurante favorito. Espera, ¿estás tratando de sobornarme para pedirme algo otra vez?

—No, para nada.

No me miró a los ojos mientras lo decía. ¿Qué estaba tramando?

Hunter

Había mentido. Más o menos. No era que había pensado en sobornarla, pero no había sido casualidad que reservara una mesa en su restaurante favorito.

Una vez fuera del edificio, su cuerpo pareció relajarse al instante.

—Siempre te veo tan tensa cuando estás en este lugar.

—Este edificio emana una energía negativa. Todos dentro parecen estar permanentemente estresados.

—Podrías trabajar desde casa más a menudo —sugerí.

—No, necesito que haya gente a mi alrededor.

—Yo podría trabajar desde casa los mismos días para hacerte compañía. Lo de llevar ropa sería opcional.

Soltó una risita.

—Esa sería una estrategia infalible para asegurar de que no sea capaz de acabar ninguna de mis tareas.

—¿Estás diciendo que soy irresistible?

—Sabes que lo eres.

Era justo lo que quería escuchar. Pedimos magret de pato y vino tinto. Ella dio un sorbo a su copa y procedió a relajarse en la silla.

Era tan fácil hacerla feliz. Quería que siguiera sonriendo de ese modo. Deseaba ser el único capaz de dibujar esa sonrisa en su rostro.

—¿Dos meses ya? —dijo con alegría—. No me lo puedo creer. Mi madre solía decirme que le había llevado tres semanas darse cuenta de que mi padre tenía todas las cualidades de su hombre ideal.

—¿Solo tres semanas? ¿Tan rápido? ¿Qué cualidades debería tener tu hombre ideal?

—Ni idea. Nunca lo he pensado. Es un poco injusto exigirle a alguien que esté a la altura de ciertas expectativas.

—Concédeme el gusto de saberlo.

—Vale. Déjame pensar. —Se golpeó la barbilla con el dedo y luego lo levantó—. Tiene que ser un hombre de familia. Debe ser amable y tener sentido del humor. Que le gusten los niños, o mejor, de hecho: que quiera tener hijos. Que tenga habilidades artísticas es un plus, porque yo no tengo ninguna en absoluto. Ser un buen bailarín sería otro punto a favor.

—Diría que cumplo varios de esos requisitos.

—Es cierto que tú me haces reír, además de darme excelentes masajes en los pies y traerme chocolate caliente cuando estoy en el rincón de lectura.

—Parece que soy un buen partido. —Yo no era el mismo hombre de unos meses atrás. Compartir mi casa y mi vida con Josie me había cambiado en aspectos fundamentales: cómo veía la vida o qué quería de ella. Y, a esas alturas esperaba construir una vida con ella, tener hijos.

—Puedo confirmarlo. —Me miró con una expresión extraña—. Estás actuando un poco raro esta noche.

Joder, estaba en lo cierto, me sudaban las palmas de las manos. Tenía que saber si ella podía imaginarse compartiendo su vida conmigo después de que aquello terminara o si lo único que quería era seguir siendo amigos.

Para colmo, en ese momento me estaba comportando como un cobarde. ¿Por qué no me atrevía a preguntárselo directamente? ¿Y si decía que no? Habría una barrera entre nosotros para el resto del acuerdo. Tal vez incluso querría que volviéramos a ser amigos de inmediato, para que las cosas no se enredaran aún más.

Ni siquiera podía soportar la idea. No dejaba de tocarme el bolsillo situado en mi pecho. «Venga, vamos allá», pensé. Lo mejor era sacar el regalo de una vez. Había planeado esperar hasta el postre, pero al paso que iba, estaba claro que me delataría antes.

—Te he traído algo.

—¡Ala!... enséñamelo.

Sonreí, animado por su entusiasmo y acto seguido, cogí el pequeño joyero. Se tapó la boca cuando lo saqué.

—Hunter...

Abrí la tapa y ella suspiró. Era una pulsera de tenis con doce piedras preciosas.

—Vi exactamente la misma cuando fuimos de compras el otro día.

Me había percatado de que estaba mirando aquella pieza a través del expositor.

—Lo sé. Le pedí al vendedor que la reservara para ti.

—Hunter... me encanta.

—Pues permíteme que te lo ponga.

Volvió a suspirar cuando cerré el broche, admirándola. En un leve susurro, añadió:

—No hacía falta que gastaras tanto por un aniversario ficticio.

Sentí sus palabras como una puñalada en el estómago. Si todo aquello aún le seguía pareciendo falso... Me di cuenta al instante de que no iba a poder pasar los años siguientes enamorándome cada vez más de ella sin saber si había alguna posibilidad de que le pareciera tan real como a mí.

—Esto no es ficticio, cariño. Al menos no para mí. Las cosas cambiaron durante nuestra luna de miel, e incluso antes de eso. Para mí, tú eres la elegida, Josie. Te quiero y quiero seguir queriéndote el resto de nuestras vidas.

Josie enderezó la espalda, pero mantuvo la cabeza inclinada, sin dejar de observar aquella pulsera. Sentí como si hubiera transcurrido una eternidad antes de que levantara la mirada.

—Hunter... ¿qué quieres decir? ¿Que quieres que sigamos casados después de que pasen los tres años?

—No hace falta que sigamos casados. Podemos simplemente... ir despacio. Pero no concibo la idea de dejarte ir.

—¿Ya estás pensando en divorciarte de mí? Pues no te lo permitiré.

Todo mi cuerpo pareció más ligero cuando comprendí el significado de sus palabras.

—¿Lo dices en serio, Josie?

Asintió, con la respiración acelerada. Acaricié su mano, que estaba apoyada sobre la mesa. Estaba temblando un poco. Acerqué mi silla a la mesa y acuné sus piernas entre las mías.

—Cariño, vámonos de aquí. Te quiero toda para mí. —No estábamos ni a la mitad de la cena, pero me moría de ganas de estar a solas con ella.

Ella asintió. Me dirigí directamente al camarero para pagar, sin siquiera esperar a que pasara por nuestra mesa.

El restaurante estaba a solo unos minutos de casa. Conseguimos llegar a la puerta sin saber ni cómo ni cuándo.

Solo me atreví a tocar a Josie una vez que estuvimos dentro. Ella aún temblaba ligeramente.

—Josie, ¿va todo bien?

—Sí.

Posé ambas manos en su rostro y la miré directo a los ojos.

—Estás temblando.

—Es que... ¿Y si no funciona? ¿Y si lo estropeamos todo? —Su voz se había reducido a un susurro—. Te quiero. —Apretó los labios y escondió la cara en mi pecho—. ¿Te he asustado con mis locuras? De ser así, por favor, dime rápidamente una mentira.

—No. Te quiero, Josie. Muchísimo. —Se apartó lo suficiente para que pudiera mirarla directamente—. Y te lo demostraré, de todas las formas posibles. No voy a fingir que sé cómo hacerlo, pero confía en que lo descubriré contigo a mi lado.

Ella sonrió, jugueteando con el cuello de mi camisa, y luego me acercó más a ella.

—Confío en que lo harás.

Capítulo Veintisiete

Josie

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Hunter no estaba en la cama. ¿Dónde había ido? Su lado del colchón ya estaba frío, sin embargo, a mí me apetecía hacer el vago unos minutos más.

Y en cuanto a lo de la noche anterior... me pregunté si había sido real.

Escondí mi rostro en la almohada, sonriendo a través de la tela. Sí, había sido absolutamente real.

Hunter me amaba.

Quería gritarlo a pleno pulmón, pero también temía que, si hablaba de ello, o incluso si pensaba en ello, de algún modo lo perdería. Como si no fuera posible que pudiera ser tan afortunada.

Había llegado a Nueva York con grandes sueños, había imaginado toda mi vida antes de que empezara, pero la realidad había sido diferente... difícil. Convertirme en abogada había agotado cada pizca de mi voluntad y energía. Las citas que había tenido hasta entonces resultaron ser una decepción y solo habían reducido al mínimo todas mis expectativas, habían estado muy lejos de las románticas y relajadas citas de mis días de instituto.

Pero en ese momento... Santo cielo. Tuve que reprimir mi entusiasmo y esa sensación burbujeante de sentir que mi corazón estaba tan lleno que no me cabía en el pecho. Mientras me duchaba, pensé en cómo iba a mimar a mi hombre ese día. Podría prepararle su desayuno favorito. Sí, era una buena idea... y como extra, podría cocinar desnuda. Estaba segura de que él lo apreciaría, pero no estaba tan segura de si llegaría a terminar dicho desayuno... Tenía la costumbre de lanzarse sobre mí cuando no llevaba ropa. Era como meterme en la boca del lobo, pero yo no podía evitarlo.

Aun así, decidí ponerme una bata. Me la quitaría más tarde, cuando encontrara un momento apropiado... solo para darle un toque de dramatismo a las cosas.

Hunter estaba deambulando por el salón y sostenía su iPhone en la mano. No me gustaba nada la expresión de preocupación que tenía.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Sonrió, pero su mirada carecía de la chispa habitual.

—Haciendo algunas fotos.

—Ya me he dado cuenta, pero ¿para qué?

—Acabo de recibir una llamada de la agente que lleva nuestro caso. Quiere que le envíe fotos de la casa en los próximos diez minutos.

La sensación de burbujeo en mi pecho desapareció al instante.

—Madre mía. Vale... Humm... deja que recoja la ropa que hay tirada por ahí y mi maquillaje... o, no sé. ¿Qué hago?

—Nada. Lo mejor es enviarle fotos reales.

—¿Por qué te ha dado un plazo de diez minutos?

—Supongo que es para que no tenga tiempo de falsear nada.

—Entiendo.

Caminé ligeramente detrás de él mientras observaba la pantalla de su móvil. Nuestra intimidad estaba siendo invadida. Por desgracia, sabía que era legal. Odiaba que fuera así.

Momentos más tarde, cuando Hunter dijo que también había pedido una foto mía, me sentí ultrajada. Después de que le enviara un correo electrónico a la agente de inmigración, intenté

hacer de cuenta que aquel episodio no había ocurrido y me dirigí directamente a la cocina para coger huevos y champiñones.

Traté de recordar si la petición de fotos era uno de los pasos habituales para el trámite e intenté calcular cuánto tiempo transcurriría hasta que rechazaran o aprobaran su solicitud de obtención de *Green Card*.

Hunter estaba situado a mi lado, cortando unas naranjas.

—Josie, ¿qué pasa?

Suspiré. Era evidente que se había dado cuenta de lo que me pasaba.

—No pasa nada. Yo... solo... cuando obtengas tu *Green Card*... ¿cambiarán las cosas entre nosotros?

Sentí su mano deslizarse hasta mi cintura y entonces me giró, dejándome prácticamente inmovilizada contra la encimera con sus caderas.

—Nada cambiará el hecho de que esté perdidamente enamorado de mi mujer. Mírame.

Subí la mirada hacia la suya.

—Vale.

—Pues asunto zanjado.

Me colocó las manos a los hombros y presionó con sus pulgares los puntos tensos justo encima de mis omóplatos.

—Se te da muy bien esto —susurré.

—Estás tensa.

—Es solo que... desearía que esto acabara ya.

—Lo sé, cariño.

Di media vuelta sin dejar de cortar champiñones.

—Déjame prepararte el desayuno —dijo.

—No. Quiero mimarte.

Me pellizcó el culo, casi me hace dar un salto.

—¡Hunter! Mantén las manos donde estaban antes. No he dicho que podías parar.

—Tus deseos son órdenes.

—Ese no es tu *modus operandi* habitual.

—Tienes suerte de estar especialmente guapa esta mañana.

—Lo sabía. Solo me piropeas cuando llevo ropa corta.

—Me tienes calado, mujer.

Una sonrisa tonta volvió a iluminar su rostro y, de manera inesperada, me giró de nuevo para subirme a la encimera.

—Creo que necesitas algo más... sustancial que un masaje de cuello para relajarte.

—¿Otras vacaciones?

Se rió.

—No era lo que tenía en mente, pero eso también funciona. De veras que soy una mala influencia.

—Y eres bueno organizando vacaciones.

—Lo que pida mi encantadora esposa.

—Qué encantador eres... todas las pruebas previas indican que eres así cuando intentas sobornarme o seducirme.

—Para nada.

—Hunter... ¿hay algo que quieras decirme?

—¿Es muy pronto para hablar de niños?

—¿De los nuestros?

—No, de los vecinos. Pues claro que de los nuestros.

—¿Qué pasa con ellos?

—Sé que quieres dos.

Vaya. ¿Cómo se acordaba? Lo peor fue que, al meterme la idea en la cabeza, mi imaginación se desbocó. Su complexión física, sus cristalinos ojos azules... era portador de excelentes genes.

Me encantaban los niños. De pequeña soñaba con tener hijas para trenzarles el pelo y arroparlas por la noche. Pero por primera vez, eso no era solamente un sueño. Parecía una realidad tangible.

Le rodeé el cuello con los brazos y me acerqué al borde de la encimera, quedando más próxima a él.

—Nunca me habías contado que querías tener hijos.

—No era algo en lo que pensara conscientemente. Pero contigo... los quiero. Dos niñas, o niños, no soy exigente. Antes... no estaba seguro de poder ser un buen padre. He pasado tanto tiempo de mi vida centrándome en llegar al siguiente paso, dando lo mejor de mí, que no sabía si era capaz de mucho más. Pero has dicho que soy un buen marido.

Sonreí.

—Y te juro que mis palabras eran sinceras.

—También puedo aprender a ser un buen padre.

Asentí en silencio, abrumada por la emoción.

—¿Cuándo quieres empezar a intentarlo?

—Hunter, recuerdas que dije que quería convertirme en socia primero, ¿verdad?

—Sí. Pero teniendo en cuenta todas las estadísticas, puede llevar tiempo. No pasa nada si empezamos antes. Me gustan los desafíos.

Aquella sonrisa en su cara... maldición. Me encantaba ser el motivo de esa sonrisa, de poder hacer que su rostro se iluminara de esa manera.

Me reí mientras él me mordía suavemente el hélix de la oreja.

—Primero, tenemos que hablar sobre esas vacaciones de celebración. No quiero saber a dónde iremos, solo llévame lejos.

Se apartó de golpe.

—¿Me estás dando permiso para sorprenderte?

—Sí.

—Pero si la mitad de la diversión es que me des la lata con eso...

—Si insistes, puedo darte guerra hasta que subamos al avión.

Hunter deslizó sus manos bajo mi culo, levantándose. Grité, justo antes de apretar las rodillas a sus costados. Hizo una mueca de dolor. Bueno, era evidente que mi rutina de yoga me ayudaba con la flexibilidad, pero no con mis reflejos. No le había cogido el tranquilo a eso de rodearle con las piernas, pero estaba esforzándome por mejorar. En aquel tiempo, me aferraba torpemente a él como un mono. Hunter trató de acomodar mi brazo alrededor de su cuello, lo cual me indicó que, probablemente lo estuviera estrangulando.

—Oye, cuidado con la pulsera. Me la regaló cierta persona especial...

Había dormido y me había duchado con ella; y no tenía ninguna intención de quitármela. Me encantaba.

—Y con respecto a esa persona... ¿qué sientes exactamente por él?

—Creo que es el mejor hombre del mundo. Y lo amo.

Su sonrisa se suavizó, volviéndose más cálida. Sentir todos esos firmes abdominales presionando contra mi vientre y sus fuertes brazos rodeándome me estaba produciendo muchas sensaciones. Todo mi cuerpo reaccionaba ante él. Se me erizaron los pezones y un deseo ya conocido apareció entre mis muslos. Comencé a darle besos en el cuello mientras hacía pequeños círculos con la lengua justo por encima de su clavícula.

—¿Ya te has olvidado del desayuno? —susurró entre risas.

Era evidente que sí. Lo único en lo que podía pensar era en complacer a ese perfecto y atractivo hombre.

—Siempre olvido lo tramposo que eres.

—Siempre es un placer recordártelo.

Me desplazó ligeramente hacia abajo. Jadeé cuando me di cuenta de que estaba empalmado. ¿Cómo podía sentir tal ferviente deseo por mí?

Aún no había asimilado cuánto me quería mi marido. Estaba viviendo una vida con la que ni siquiera me había atrevido a soñar. Una parte de mí aún no se atrevía a ilusionarse mucho, pero, santo cielo, me encantaba la manera en que me abrazaba, la forma en que me miraba, como si yo fuera lo más importante del mundo para él. ¿Cómo podía no ilusionarme?

—Pues entonces, ¿a qué esperas, esposo?

Capítulo Veintiocho

Hunter

Dos semanas después, estábamos tumbados en la playa en las Bahamas. Josie no podía tomarse mucho tiempo libre, así que solo fuimos a pasar un fin de semana largo, de viernes a lunes, pero yo quería aprovechar cada momento al máximo. Ella estaba tumbada boca abajo mientras yo le untaba la espalda con protector solar. Insistió en aplicárselo religiosamente.

—No recuerdo que fueras tan fan del protector solar.

—Pues ahora soy adicta a ese producto. Creo que tiene algo que ver con la persona que la aplica. —Eché la vista hacia atrás.

—Me alegra poder contribuir.

—Siempre.

Me incliné hacia ella y le mordí una nalga. Dio un sobresalto y estuvo a punto de caerse de la tumbona. La sostuve, riendo mientras me enderezaba.

—¡Hunter! No puedes asustarme así.

—Sí que puedo. Eres adorable cuando te asustas.

Sacudió la cabeza y soltó un suave *puf* antes de volver a colocarse boca abajo. También tomó un libro y lo colocó frente a ella, por lo que le pellizqué el brazo.

—¿Qué haces?

—Hazme un hueco, esposa. Yo también quiero leer.

—¿Ahora?

—Sí. Si no, me dirás que es tan bueno que es necesario que lo lea yo también, pero no puedes evitar contarme lo que pasa mientras lo lees. Arruinas la magia.

Se rió, echando la cabeza hacia atrás.

—Tienes razón. Soy una pésima lectora de ficción. La no ficción me resulta mucho más fácil. Probablemente la abogada que hay en mí necesita desmenuzar todo lo que leo.

Me hizo espacio, pero estábamos un poco apretados en la tumbona. Nuestros dorsos se rozaban. Una inesperada ventaja.

—Nos van a quedar líneas de bronceado raras —dijo.

—No me importa.

—A mí sí.

Acerqué mi boca a su oreja, tirando de ella.

—Nadie va a verlas excepto yo.

Se rió y se inclinó aún más hacia mí. Cuando quedó claro que no podríamos leer nada en aquella incómoda posición, me senté para que ella estuviera más cómoda. No podía creer lo bello que era el lugar: el agua turquesa y cristalina, el verde follaje que nos rodeaba. Además, el olor a agua salada y el rumor de las olas me relajaron al instante.

—Estás leyendo demasiado para alguien que está obsesionada con probar todo lo que ofrece el complejo.

—¿Estás diciendo que te apetece hacer paracaidismo? —preguntó batiendo las pestañas.

Mierda. Las cosas empeoraron rápidamente para mí.

—Ni de coña.

No paraba de pestañear. Tuve la sensación de que me estaba tendiendo una trampa deliberadamente.

—¿Qué tal un paseo en moto acuática? —sugirió.

—Quizás puedas convencerme.

Josie sonrió, contoneándose un poco en la tumbona.

—¡Ja! Esto se me da bien.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que si mencionaba lo del paracaidismo, aceptarías lo de la moto acuática.

Volví a morderle el lóbulo de la oreja y le acaricié el culo con la esperanza de que no se le ocurrieran más ideas.

—Estás jugando con fuego, esposa.

—Lo sé, pero es tan divertido que no puedo parar.

Cuando menos se lo esperaba, le hice cosquillas. Chillaba de risa. Me deleité con cada sonido. Disfrutaba de todo con ella: los momentos tranquilos y las aventuras. Josie me hacía sentir pleno de una manera que jamás había creído posible.

Entré en la oficina la semana siguiente agotado, pero tuve que reponerme rápidamente, ya que me esperaba una enorme carga de trabajo.

Cole también me recordó que el resto de mis primos iban a pasarse para el almuerzo.

—Esta vez será un consejo —añadió.

Eso me daba más razones para espabilarme.

Ryker, Tess y Skye charlaban animadamente cuando nos unimos a ellos en la sala de reuniones. Revisamos las hojas de cálculo con los fondos que las Galas Benéficas de Baile habían recaudado hasta el momento e intercambiamos ideas sobre posibles nuevas actividades que podríamos integrar a lo largo de la velada, sobre todo teniendo en cuenta que no todo a todo el mundo le apetecía bailar. Yo estaba de tan buen humor que estaba dispuesto a considerar incluso las ideas más... extravagantes.

—Alguien está contento —comentó Tess—. Por lo que parece, la segunda luna de miel ha ido de lujo.

—Estuvo genial. Ni siquiera quería volver.

—Y dime, ahora que Josie sabe lo que sientes por ella, ¿está pensándose más lo del cambio de apellido? —preguntó Skye.

—No lo hemos hablado.

Tess se rió, tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

—Te dije que no había sacado el tema. Creo que teme que Josie se mantenga firme en su postura.

Skye se encogió de hombros.

—Sigo confiando en que Hunter conseguirá convencerla —dijo Ryker.

—¿Es que habéis hablado de esto? —pregunté, perplejo.

—Solo... intercambiamos opiniones —dijo Skye.

No pude evitar notar que Cole no era el mismo de siempre. Estaba callado y no se unía a las risas. No quise preguntarle si le pasaba algo delante de mis primos, no quería ponerle en un aprieto por si tenía algún tipo de problema.

Una vez que todos se habían marchado decidí preguntarle:

—Cole, ¿pasa algo?

—No quería sacar el tema durante tu primer día de vuelta, pero la oficial de inmigraciónl estuvo aquí en el edificio el viernes pasado, haciendo preguntas.

Me sentí como si me hubieran echado un cubo de agua fría.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Sobre Josie y tú... vuestro matrimonio, vuestra vida anterior. Los días previos a que anunciarais el compromiso. Cosas así.

—¿Qué le dijeron los demás?

—No estaba presente para escuchar lo que respondieron, pero espero que se haya quedado satisfecha.

Joder. Me pregunté qué estaba pasando. ¿Acaso habría ido también al despacho de Josie?

Capítulo Veintinueve

Josie

Después del viaje, llegué a la oficina con una gran sonrisa. Había tomado la decisión de que, en adelante, iba a tomarme vacaciones regularmente. ¿Había algo mejor que pasar horas relajándose? No estaba de más tener a mi lado a un hombre guapo con el que pasar todas esas horas.

Me sentía renovada y lista para enfrentarme al mundo. Tenía una cita con mi jefe a primera hora. Me había enviado un correo electrónico por la tarde del día anterior para pedirme que me pasara por su despacho entonces.

Hunter y yo habíamos hecho una apuesta sobre de qué se trataba. Dijo que sería sobre el ascenso. Aunque me encantaba que confiara tanto en mí, los ascensos rara vez se concedían en esa época del año. Estaba segura de que se trataba de un nuevo caso.

Mi buen humor cayó en picado cuando entré en su despacho. Enseguida percibí que algo iba mal, Craig no era el de siempre. Sus hombros estaban tensos y tenía la mirada fija en su escritorio. «Mierda», pensé. ¿Y si Hunter tenía razón y después de todo se trataba del ascenso? ¿Y que no era yo quien lo iba a conseguir?

—Josie, toma asiento —dijo.

Me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja y saqué el bloc de notas y el bolígrafo como hacía siempre durante las reuniones con Craig.

—¿De qué se trata esto? —pregunté.

—Me han informado de que has tenido un altercado con los servicios de inmigración.

Agarré el bolígrafo con tanta fuerza que se me entumecieron los dedos. Mi mente empezó a trabajar frenéticamente, pero no se me ocurría otra solución que decir la verdad y partir de esa base.

—Sí.

—Me hubiera gustado oírlo de ti.

—Es un asunto personal. No interfirió para nada en mi trabajo.

—Es un asunto legal. Personal o no, deberías habérmelo dicho.

Garabateé con el bolígrafo para no golpear el suelo con el pie.

—Puedo decirte ahora que todo quedará aclarado.

No habíamos tenido noticias de la agente de inmigración después de enviar las fotos, lo cual era tranquilizador.

—Me temo que no es tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu agente de inmigración ha estado aquí, haciendo preguntas. Habló conmigo y con algunos de tus colegas. No puedo permitir eso.

Inspira. Espira. Mantén la calma. Inspira.

No, no, no. Eso no podía estar pasando. No tenía ni idea de cómo me las apañé para seguir hablando.

—Pero si se trata de un asunto personal.

—Me temo que eso es poco relevante Josie, me duele hacer esto, pero tengo que despedirte. Se correrá la voz y no puedo permitir que la gente asocie este tipo de subterfugios con nosotros. No me dejaría bien parado.

—Esto no es justo.

En ese momento mantuve la mirada fija en Craig. Estaba tan enfadada que apenas podía controlar el tono de mi voz.

—La agente de inmigración solo hizo unas preguntas. No puedes despedirme por eso.

Craig parpadeó.

—Tú bien sabes que puedo hacerlo.

Por desgracia, tenía razón. Legalmente, nada se lo impedía.

—Después de esto, no tendrías ninguna posibilidad de convertirte en socia aquí de todos modos.

Me levanté.

—¿Lo estás diciendo en serio? He hecho un trabajo ejemplar desde que empecé como becaria aquí. No has tenido ni una sola queja sobre mí, nunca.

—No compliques aún más las cosas. Y déjame advertirte algo: cuando alguien llame para pedir referencias, tendré que ser franco al respecto. No puedo darme el lujo de que en el futuro alguien me demande por ocultar información.

—Tu obligación legal es informar sobre mi trabajo.

Poco a poco me di cuenta de lo que significaba todo aquello. En lo inmediato, nadie me contrataría. Que Craig les dijera eso daría la impresión de que pensaba que yo era culpable, no que simplemente estaba atrapada en un proceso burocrático.

—Eres joven e inteligente. Te las apañarás.

¿Había trabajado toda mi vida solo para que me arrebataran mi carrera?

Había sacrificado tanto... lo había dedicado todo a ese objetivo. Parpadeé rápidamente, porque me ardían los ojos y no le daría a nadie la satisfacción de verme llorar.

—Mi decisión es definitiva.

—Veremos qué tiene que decir el Departamenteo de Recursos Humanos al respecto.

—Ya han sido informados.

—¿Qué?

—A partir de hoy, ya no trabajas más para Marks & Partners.

Me quedé de piedra. Por primera vez en mi vida, no tenía respuesta alguna, nada que decir en mi defensa. Me sentía tan derrotada que no estaba segura de poder salir de aquel edificio sin echarme a llorar antes. ¿Qué les diría a mis padres?

Se habían sacrificado tanto para ayudarme en la facultad de Derecho y yo había pisoteado todo su esfuerzo.

Hice todo el papeleo durante la siguiente hora. Primero abajo, a Recursos Humanos, a firmar papeles. Luego otra vez arriba, a empaquetar mis pertenencias en la caja que me habían dado. No me llevó nada de tiempo y a nadie le importó una mierda que me marchara.

Tenía tantas dificultades para respirar cuando salí del edificio que pensé que me iba a asfixiar. El frío de octubre me envolvía como una manta helada. Para colmo, estaba lloviendo.

Nueva York nunca me había parecido tan deprimente como entonces. Pero tenía la seguridad de que iba a superarlo; siempre me las había arreglado para ver la parte positiva. Sin embargo, en ese momento era incapaz de ser optimista. No solo había perdido mi trabajo, sino que toda mi carrera como abogada peligraba. Por primera vez en muchos años, lo único que quería era lamentarme.

Una vez en casa, leí durante unas horas, luego tomé la *panna cotta* que Amelia nos había llevado como regalo de bienvenida el día anterior. Llené el jacuzzi, me sumergí en él y me aislé del mundo exterior. Más tarde tenía pensado darles noticia a mis padres... y a Hunter.

Pero en ese momento, solo quería relajarme en el agua caliente y comer el delicioso postre. ¿Qué tenía el azúcar que ayudaba a sobrellevar cualquier situación?

Sabía que había una explicación científica, pero me gustaba pensar que esa exquisita *panna cotta* transmitía la calidez y la calma de Amelia.

El agua se había enfriado casi por completo cuando percibí movimiento a mi alrededor.

Me quité un auricular y me asomé a la puerta. Hunter estaba apoyado en ella, con los ojos llenos de deseo y una preciosa sonrisa dibujada en su rostro.

—Deberías haberme dicho que ya estabas en casa, esposa. Habría cancelado la última reunión por ti sin pensarlo dos veces.

Coloqué el plato y los dos auriculares en el suelo. Los ojos de Hunter se abrieron de par en par al verlo.

—¡Hostia! ¿Te has comido toda la *panna cotta*? ¿Qué ha pasado, cariño?

—Me han despedido.

En cuestión de segundos, Hunter se agachó frente a la bañera hasta quedar a la altura de mis ojos.

—Cariño, lo siento mucho. ¿Por qué te han despedido?

—Se enteraron de nuestro altercado con la agente de inmigración.

—Joder. Hoy Cole me ha dicho que ha estado haciendo preguntas en la empresa.

—Hizo lo mismo en la mía... y, bueno, resumiendo, no quieren que nadie ni siquiera remotamente relacionado con una sospecha de falso matrimonio trabaje allí.

—Tiene que ser una broma. No pueden despedirte así como así. Haré que mis abogados hablen directamente con el director general.

—No.

—Cariño, es mi culpa.

—No lo es.

—Te pedí que...

—Y yo acepté. No voy a culparte por una decisión que yo tomé. Además, no quiero volver a un lugar de trabajo donde no soy bienvenida. Incluso si no me despidieran, me darían menos casos y se negarían a ascenderme. Harían todo lo posible para que acabara renunciando.

Tragó saliva de manera nerviosa, moviéndose de un lado a otro.

—Vale, pues entonces pensaremos en...

—Hunter... no me apetece... no estoy de humor para pensar en soluciones.

Se sentó en el borde de la bañera y me miró directamente a los ojos.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Podrías distraerme. Quiero decir, la música y la *panna cotta* han ayudado bastante, pero no son ni de lejos tan eficaces como tú.

Una sonrisa socarrona se dibujó en su cara.

—Ya veo. Bueno, eso es algo en lo que sí puedo ayudar. Aunque necesito instrucciones más precisas. ¿Cómo quieres exactamente que te distraiga?

—¿Con un masaje de pies?

—¿Qué tal un masaje en todo el cuerpo?

—Pinta bien.

Se acercó más y me dio un pico.

—Lo que la dama quiera.

Sonreí.

—Pues desnúdate.

Se levantó, haciendo un ridículo giro (con un encantador contoneo de culo) antes de darse la vuelta para mirarme.

—Empieza por la camisa.

—Sí, señora.

Empezó a desabrocharse la camisa con exquisita lentitud, torturándome. Yo solo me dediqué a contemplarle, embelesada, suspirando. Nunca me iba a saciar de él. Nunca.

—Madre mía... vaya músculos. Ahora, quítese los pantalones, Caldwell.

—Estoy aquí para complacerla.

Una vez completamente desnudo, saltó a la bañera, salpicando agua por todas partes.

—¡Oye! —protesté—. No he dicho que pudieras entrar.

—Mala suerte, preciosa. Porque ya me he cansado de mirarte. Quiero tocarte, besarte...

Me besó tan apasionadamente que no pude evitar gemir contra su boca.

—Lo superaremos juntos, te lo prometo.

Capítulo Treinta

Josie

Durante las semanas siguientes, intenté organizarme y elaborar un plan de acción. No le había contado a mis padres la verdadera razón por la que me habían despedido, solo mencioné que las cosas no habían funcionado. Habían sido tan comprensivos que me sentí aún más culpable por todo lo sucedido.

Estaba tan malhumorada que apenas podía aguantarme a mí misma. Eso no era justo para Hunter, que siempre se había mostrado muy paciente y tierno. La situación no hacía más que alimentar mi sentimiento de culpa.

Cuando no estaba intentando animarme (el masaje de cuerpo entero era su técnica favorita), se estaba ofreciendo a conseguirme otro trabajo. Eso, por alguna razón, me hacía sentir un poco inútil, no era la forma en que quería construir mi carrera. Algunos de mis compañeros habían llegado a la empresa porque mi jefe había dado el brazo a torcer ante un superior y siempre se les trataba como ciudadanos de segunda clase. Por muy competentes que fueran e incluso después de años de demostrar su valía, los demás seguían cuchicheando a sus espaldas. No quería que eso me persiguiera durante toda mi carrera.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —preguntó Hunter. Se iba a Boston tres días y había insistido en que fuera con él a relajarme, ya que no tenía planes, pero yo no quería. Lo único que hacía era descansar, pero quería ser productiva.

—No, tranquilo. Además, estarás ocupado todo el día.

—Sí, pero sería exclusivamente tuyo por la noche.

—Estoy de mal humor todo el tiempo, Hunter. Te acabaría deprimiendo a ti también.

—¿De verdad estás segura? Malhumorada o no, me encantaría que vinieras conmigo.

—Estoy segura.

Apretó los labios, pero no dijo nada. Maldita sea. En los últimos tiempos decía que no a todo lo que mi chico me sugería. Me recompondría para cuando volviera.

No fue hasta el día de su regreso que recordé que había ido a Boston para negociar un gran acuerdo para su empresa. Era una reunión importante y me había olvidado por completo. No me extrañó que quisiera que le acompañara, que le ayudara a relajarse por las noches.

Era una *pésima* esposa. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Lo había mencionado miles de veces en las últimas dos semanas, e incluso en las Bahamas, pero había estado demasiado ensimismada como para prestarle atención.

Esperé junto a la puerta, dispuesta a hacer lo que hiciera falta para compensarle. Mi hombre llegó agotado, pero joder, incluso cansado llevaba ese traje como nadie.

Le rodeé el cuello con los brazos, me puse de puntillas y le di un beso de los buenos. Sonrió contra mis labios.

—¿Y esto a que viene? —murmuró.

—Humm... parte de mi perverso plan para compensar el olvido de lo importante que era todo el asunto de Boston.

Me puso las manos en la cintura y me apretó contra él.

—Me gusta ese plan.

—¿Por qué no me lo recordaste?

—No quería presionarte. Ya tienes muchas cosas en la cabeza.

—Sí, pero no me hubiera importado. ¿Cómo ha ido?

—Fue productivo. Aunque no llegamos a un acuerdo. Son negociadores duros, pero yo también lo soy.

—Como si no lo supiera...

Le cogí de la mano y lo llevé hacia el interior de la casa.

—¿A dónde vamos?

—A algún lugar donde pueda poner en marcha mi perverso plan.

—¿Al dormitorio?

—Cerca. Al jacuzzi.

Me cogió por la cintura y caminamos a la par. Probablemente parecíamos ridículos, intentando caminar al mismo ritmo cuando él me sacaba una cabeza, pero me encantaba cómo me abrazaba, como si quisiera el mayor contacto posible.

—¿Qué has estado haciendo?

—He estado buscando trabajo en Internet y me he postulado a algunos.

—Esa es mi Josie, dando caña. ¿Pero por qué no me dejas ayudar?

—Simplemente... no estoy segura.

—Antes de... todo esto, del compromiso y del matrimonio, solías contarme todo lo que se te pasaba por la cabeza. Ahora tengo la sensación de que te estás guardando algunas cosas. ¿Por qué?

Mi hombre me bombardeaba con preguntas difíciles a las que sinceramente no tenía respuesta. Sin embargo, tenía razón.

—No lo sé.

—No me gusta que haya una parte de ti a la que ya no pueda llegar. No quiero que te guardes nada conmigo.

Hice pucheros.

—Lo siento. Intentaré abrirme más a ti.

Me besó el cuello y acercó sus labios a mi oreja.

—Estupendo. Porque quiero que mi mujer vuelva a ser la de siempre. Ya has estado de bajón durante mucho tiempo.

Auch. Tenía razón, pero de cualquier manera... *eso dolía.*

Quería ser una esposa mejor, pero no sabía cómo hacerlo.

Esa noche no dormí bien, me pasé horas dando vueltas en la cama, pensando en nosotros, en por qué en ese momento me estaba guardando las cosas.

Como amiga, le había hablado de todo (incluso de detalles que él no quería saber, no me cabía duda). Como esposa, era como si temiera que me quisiera menos si le exponía todos mis miedos e inseguridades.

Cuando nos despertamos por la mañana, descubrimos que las tuberías de la cocina se habían roto. Como si no hubiéramos tenido ya bastante con lo nuestro.

—Vaya desastre —dijo, justo cuando estaba a punto de irse a trabajar.

—Totalmente. Llamaré enseguida a una empresa de fontanería, pero quizá tengamos que mudarnos a un hotel mientras trabajan.

—Hagamos eso.

—Haré las maletas para pasar unos días. Puedo tenerlo todo listo antes de que vayamos al evento de esta noche.

—Eres increíble. Por cierto, hoy he quedado con un amigo abogado. Puedo preguntarle si tiene una vacante en su bufete.

—No, no te preocupes. Yo seguiré enviando más solicitudes hoy.

—Puedo pedirle a un amigo cazatalentos que organice...

—Hunter, no te preocupes. De verdad.

—Solo estoy tratando de ayudar.

Parecía estar resignado. Maldita sea. Lo estaba haciendo de nuevo... alejándolo. Juguetee con mis pulgares, mordiéndome el interior de la mejilla. No estaba acostumbrada a estar en desacuerdo con él. Llevaba semanas irritada y no conseguía salir de ese estado de ánimo.

—Que tengas un buen día —le dije, en un intento de suavizar las cosas, pero se limitó a negar con la cabeza.

Cuando se marchó, continué con mi rutina habitual. También llamé a una empresa especializada para que se ocupara de las tuberías. Llegaron en menos de una hora y evaluaron los daños, informándome de que los trabajos de reparación durarían probablemente cuatro días. El hotel próximo al lugar donde se celebraba el acto de esa noche estaba completo, así que reservé en uno cercano a la oficina de Hunter, hice las maletas y nos trasladamos allí, todo eso ocurrió antes del almuerzo.

Por la tarde, empecé a prepararme para el evento. No estaba tan entusiasmada como de costumbre. Era muy extrovertida, siempre lo había sido, pero temía tener que evitar conscientemente que las conversaciones giraran en torno a mi trabajo... o a la falta del mismo. Supe que quería ser abogada desde que tenía cinco años. Me había esforzado tanto por mi carrera que, sin ella, sentía como si me hubieran despojado de parte de mi personalidad.

Hunter llegó al hotel poco antes de que tuviéramos que salir. Entró en la habitación mientras me estaba dando los últimos retoques en el pelo.

—Estás guapísima —dijo.

Se puso detrás de mí y se miró en el espejo. Daba igual cómo se vistiera, mi marido era guapísimo, pero de esmoquin se llevaba la palma. Me alegró verle sonreír de nuevo después de cómo nos habíamos despedido aquella mañana.

—Por más que me lleve mucho tiempo, me gusta arreglarme para estos eventos. Menos mal que ahora tengo algo de tiempo libre.

Había pasado dos horas arreglándome, maquillándome y peinándome, pero en ese momento tenía menos ganas de salir del hotel que unos minutos atrás. Mordiéndome el labio, le observé mientras se ponía la corbata. Luego, cuando echó un vistazo a su teléfono para informarme de que nuestro chófer había llegado, finalmente reuní el coraje necesario.

—Hunter... ¿te molestaría mucho si no voy?

Se giró hacia mí, con una mirada llena de preocupación.

—¿Te encuentras mal?

—No, es que... no me apetece charlar ni responder a preguntas relacionadas con el trabajo.

—Cariño, habrá amigos míos de distintos bufetes de abogados. Puedo presentarte...

—¡No quiero que hagas eso! —solté, acto seguido, enterré la cara entre las manos—. Siento haberte gritado. Pero ya te lo he dicho. No es la forma en que quiero conseguir un trabajo.

—Josie, no quiero presionarte, pero no sé qué hacer. Tienes que ayudarme.

Su voz, tensa, delataba impaciencia. Levanté la vista y tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que se me ocurren soluciones, me alejas de ti. Quiero ayudarte, pero no me dejas. Siento como si estuviera esperando fuera de una habitación de cristal, intentando entrar. Tengo que irme. Si no te apetece venir conmigo esta noche, me iré solo.

—Hunter... espera. Deberíamos hablar.

Me miró fijamente.

—¿Quieres hablar ahora?

Estaba claro que lo necesitaba. No tenía ni idea de que aquello había sido tan duro para él. Había estado demasiado ensimismada para prestarle atención.

—Tengo que irme. Ya ha llegado el coche. —Volvió a negar con la cabeza, caminando con pasos rápidos hacia la puerta.

Había olvidado que el coche estaba esperando.

—Hunter... ¿quieres que hablemos cuando vuelvas? ¿Debería quedarme despierta?

—No lo sé, Josie. Haz lo que sea mejor para ti.

Tragué saliva. Hunter salió de la habitación y me quedé a solas con mis pensamientos.

¿Qué había querido decir con “*haz lo que sea mejor para ti*”?

Vale. Necesitaba salir del hotel de inmediato y aclarar mi mente. Me volvería loca si esperaba a que volviera. Esos eventos solían durar hasta bien pasada la medianoche. ¿Pero a dónde podía ir? La verdad era que no quería estar sola. Pensé en llamar a mi hermana, pero estaba a cientos de kilómetros de distancia y no podía coger un avión de un momento a otro para viajar a Nueva York. Ojalá hubiera podido.

En su lugar, llamé a Tess. Como tenía un resfriado, no iba a participar en el evento.

—Hola... hum, ¿te apetece recibir una visita?

—¡Hostias! No me gusta el tono de tu voz.

Solté una carcajada.

—A mí tampoco.

—¿Qué ha pasado?

—Ni siquiera yo lo tengo muy claro.

—Vale. Eso requiere algo de tiempo de chicas. No te preocupes, tengo todo lo que necesitas.

—Pediré un Uber y me iré a tu casa ahora mismo —dije.

—Tendré todo listo.

Quería tanto a Tess. Tanto.

Media hora más tarde llegué a su apartamento y fui directamente hacia sus brazos abiertos. Tenía la nariz enrojecida por el resfriado.

—Vamos. Cuidaré de ti y, si quieres, puedes contarme lo que pasó... Vaya, esa mirada fulminante indica que no hablaremos de nada esta noche, ¿verdad? ¿Ni siquiera una pequeña pregunta?

Me reí.

—Tess...

—Solo una. Te lo juro.

—Adelante.

—Puedes responder con un sí o un no, y no me entrometeré más, pero servirá para motivar a que el resto de la familia se involucre. ¿Alguien necesita que le den una hostia? ¿Sí o no?

—Sí. De hecho, creo que la que necesita una buena hostia soy yo.

Capítulo Treinta y Uno

Hunter

Nunca había tenido tantas ganas de irme de un evento como en aquella ocasión. Estaba contando los minutos que faltaban para que fuera razonable inventar una excusa y marcharme.

No tenía la cabeza puesta en mis objetivos, pero por suerte ya había hecho todo el trabajo al convocar a los invitados. En ese momento lo único que tenía que hacer era sonreír y oficiar mi papel de maestro de ceremonias.

Tras colocar el micrófono en su lugar, bajé del escenario y me uní al resto del público.

—Caldwell, ¿dónde está tu guapísima mujer esta noche? —preguntó un hombre mayor. Greg con sus setenta años, parecía estar un poco enamorado de Josie. ¿Acaso no lo estaban todos?

—No se encontraba bien.

—¿Entonces qué haces aquí, jovencito? En tu lugar, no dejaría sola a esa preciosa dama.

—No me quedará mucho tiempo.

—Espero verla en el próximo evento.

Tragué saliva, intentando disimular mi malestar con una sonrisa. Por Dios, yo también lo esperaba. No quería estar allí sin ella, susurrándome al oído sin cesar, sacándome una sonrisa, haciéndome sonrojar cuando respondía con una promesa traviesa... Joder, ¿cómo se me había ocurrido presentarme allí?

Si bien era importante recaudar fondos, ya que el dinero no conseguiría por sí solo, mi prioridad era arreglar las cosas con Josie. A decir verdad, necesitaba un descanso porque mi temperamento estaba a punto de descontrolarse. Estaba decidido a no dejar que eso ocurriera, por muy frustrado que estuviera. Tanto mi carácter como mi actitud de no aceptar tonterías de nadie eran para el negocio, no para mi mujer, independientemente de que nos peleáramos o de que tuviera la sensación de que se estaba alejando y no supiera cómo mantenerla a mi lado. Tenía que volver con Josie. En ese mismo instante.

Celia era la organizadora principal, ya que ninguno de mis primos podía acudir esa noche. La encontré junto a la caja de ofertas y la aparté a un lado.

—Celia, tengo que irme temprano esta noche.

—Hunter... al menos quédate hasta que todos hagan sus ofertas.

—Ni siquiera notarán mi ausencia. Confío en que sostendrás el fuerte.

Apretó los labios, pero no discutió.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar con la emergencia que tengas?

—No, soy el único que puede arreglar esto.

Por supuesto, salir de allí resultó sumamente difícil.

Media docena de donantes se pararon a charlar, preguntando por un millón de cosas que no me importaban. Cuanto más me quedaba, más desesperado me sentía. No debería haber asistido, por mucho que me necesitaran. El matrimonio consistía en solucionar las cosas juntos y tenía que hacerle saber a Josie lo mucho que creía en ese principio.

Cuando por fin conseguí subirme a un taxi, insté al conductor a que condujera lo más rápido posible.

Tenía la sensación de que había metido la pata más de lo que pensaba y que ya había tardado demasiado en decidirme a ir al hotel.

Esperaba encontrarla en la habitación, pero no estaba. Me quedé helado en la puerta cuando vi que la cama estaba vacía. ¿Estaría en el spa del hotel?

Llamé a recepción para preguntar dónde estaba.

—Sr. Caldwell, las instalaciones del spa están cerradas a estas horas.

—Vale, vale. —Me pasé una mano por el pelo y, antes de perder la calma, añadí—: ¿Has visto a mi mujer esta noche?

—Se fue hace unas horas.

—Bien. Gracias.

El corazón me latía tan desbocado que apenas podía oír mi voz por el palpar de mis tímpanos. ¿Dónde se habría metido? Llamé a Josie al segundo siguiente, pero oí su tono de llamada procedente del cuarto de baño, su móvil estaba junto al lavabo. Exhalé aliviado. Si se había olvidado el teléfono, significaba que simplemente había salido, no que se hubiera marchado.

Me quedé despierto hasta tarde, esperándola, pero al final me quedé dormido. Cuando desperté, la cama estaba inmaculada.

Maldita sea, ¿aún no había vuelto? Apoyado en la consola del televisor, cerré los ojos e intenté ordenar mis pensamientos. Traté de centrarme para no sacar conclusiones precipitadas. El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos.

Era Tess.

—Tess, hola.

—Buenos días, Josie está aquí. Vino anoche y las dos nos quedamos dormidas viendo la tele, todavía está durmiendo. Quería decírtelo antes de que entres en pánico.

—Estaba a punto de hacerlo. Iré a tu casa ahora mismo.

Capítulo Treinta y Dos

Hunter

Cuando el Uber se detuvo frente al edificio de Tess, prácticamente salté del coche y subí las escaleras a toda velocidad. Vivía en la primera planta.

Conteniendo la respiración, llamé a la puerta. Abrió Josie. Tenía puestos unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y llevaba el pelo trenzado a un lado.

—Buenos días —dije.

—Lo siento. Vine aquí anoche y me quedé dormida.

—Ya me lo ha contado Tess. Aquí está tu móvil.

—Gracias.

—Siento lo de anoche, Josie.

—Yo también lo siento.

—Vayamos al hotel, allí podremos hablar de todo.

—Estaba pensando... Tess necesita ayuda para empaquetar algunas cajas para sus pedidos *online*. Podría quedarme aquí unos días para echarle una mano.

La miré, completamente atónito.

—¿Qué?

—Ahora mismo estamos en el hotel y... es que... temo que acabemos peleándonos más de la cuenta en espacios reducidos. Estoy tratando de ordenar mis pensamientos.

—¿Qué pensamientos, exactamente?

—Tenías razón en las cosas que dijiste... Te he dejado de lado. Ni siquiera sé por qué lo hice, o cómo evitarlo. Lo siento. —Miró al suelo y se me apretaron las tripas—. Tengo miedo de perderte, no solo como marido, sino también como mi mejor amigo. ¿Crees que estábamos mejor siendo solo amigos?

¿Qué?

Jamás podría estar en la misma habitación que ella y no querer besarla como un loco. Era cierto que las últimas semanas habían sido un poco duras, pero nada que no pudiéramos solucionar.

—¿Y acaso no podemos ser ambas cosas? Es lo que hemos estado haciendo hasta ahora. ¿Solamente amigos? Ni de coña. Te quiero, Josie.

No podría hacerlo. Sería imposible dejar de amar a esa mujer como lo hacía. Era mucho más que una simple amistad.

Apoyó la frente contra la puerta.

—Hunter...

—¿Qué? ¿Usted pensó que daría un paso atrás y aceptaría esa oferta, señora?

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba.

—La verdad es que no es tu estilo, pero la esperanza es lo último que se pierde. Si te preocupa la agente de inmigración, yo seguiré haciendo mi papel. Podemos seguir yendo a eventos juntos y...

—Me importa una mierda la agente de inmigración en este momento. Escúchame, Josie. Te quiero. Y sé que tú también me quieres.

Me agarré al marco de la puerta, temeroso de que no fuera cierto.

—Sí, claro que te quiero, Hunter. Solo... creo que deberías pensar un poco en lo que te he dicho y, Tess de verdad necesita de tu ayuda, porque nunca llegarán a terminar todo con Skye.

Ya sabes cómo son, creen que pueden hacer diez cosas a la vez y luego se agobian.

La forma en que se preocupaba por todos los que la rodeaban solo consiguió que me enamorara más de ella. En lugar de irme, me acerqué más, atrayéndola hacia mí.

—Me iré —susurré—. Pero antes déjame darte un abrazo.

Joder, cómo se derretía entre mis brazos. Aspiré su dulce aroma y, durante un minuto, me permití creer que mi mujer se iría a casa conmigo.

Tenía la sensación de que el corazón estaba por salirse de mi pecho. Quería insistir, pero no era el momento, la quería demasiado. Me negaba a dejar de luchar. No lo haría.

Salí del edificio, pero no me fui. Todos mis instintos me decían que volviera a llamar a la puerta. No podía deshacerme de la sensación de que, si me iba, esa brecha entre nosotros crecería, pero temía que la situación pudiera empeorar si presionaba.

La había acompañado en las buenas y en las malas durante tantos años que no poder hacerlo en ese momento me estaba matando. Quería hacerla feliz, pero por primera vez no sabía cómo. Me senté en un banco durante un buen rato, y probablemente me hubiera quedado más tiempo, pero recibí una llamada de Mick.

—Hunter, ¿puedes venir hoy a echarme una mano con el termostato? Me está dando dolores de cabeza otra vez.

—Claro, llegaré en una hora.

En ese momento, lo mejor era estar rodeado de Mick y Amelia, dos personas a las que respetaba y quería, que a solas con mis propios pensamientos.

Para mi sorpresa, cuando llegué al apartamento de Mick y Amelia, Ryker también estaba allí.

—Hunter, cuánto tiempo sin verte —me saludó Ryker.

—¡Qué tal! ¿Qué haces aquí?

—Mick me pidió que le ayudara con el termostato.

Lo que me llevó a preguntarme... ¿para qué me había llamado a mí?

—Ya. ¿Y funciona bien ahora?

Mick asintió.

—Creo que ya hemos podido solucionarlo con Ryker, pero puedes volver a comprobarlo. Tengo unas cervezas listas para después, si queréis, podemos ver el partido de baloncesto.

Señaló el sofá y el enorme televisor que había frente a él. Mick tenía lo que a él le gustaba llamar la “cueva del hombre” en uno de los dormitorios. Además del televisor, tenía una mesa de trabajo donde se entretenía haciendo cosas de madera.

Inspeccioné el termostato durante unos minutos antes de sentarme con Ryker y Mick en el sofá.

—Todo parece estar bien.

Al instante, unos pasos llamaron mi atención. Era Amelia, que se unió a nosotros con una sonrisa en su cara.

—Chicos, gracias por arreglar el termostato.

Algo iba muy mal. Esa era la única razón por la que se aparecería en ese cuarto. La cueva del hombre era el lugar que menos le gustaba del apartamento. “Está tan oscuro aquí dentro. Me estresa”, decía siempre.

Ryker frunció el ceño. Intercambiamos miradas. Estaba tan ofuscado como yo.

Cuando Amelia se centró en mí, enseguida se hizo evidente que el problema era yo.

—Hunter, me han llegado noticias preocupantes.

—¿Cómo?

—Ha sido Tess la que me ha puesto al corriente.

—Ya veo. Era de esperar. Miré a Mick, que estaba centrado en la televisión como si no quisiera perderse ni siquiera un segundo de los anuncios.

—Supongo que en realidad no necesitabas mi ayuda, ¿verdad?

Amelia fue quien tomó la palabra.

—Bueno, no, ya había venido Ryker, pero entonces Tess me contó que llevabas un buen rato sentado en un banco frente a su edificio, así que al fin y al cabo era *tú* quien necesitaba *nuestra* ayuda.

—Sabía que el termostato era la mejor excusa para que vinieras —dijo Mick.

Me reí entre dientes, porque era verdad. Siempre que Mick me llamaba para pedirme ayuda en algo, yo colaboraba.

Ryker asintió.

—Escucha lo que mamá tenga que decir. Ella siempre sabe lo que es mejor para ti.

Amelia miró a su hijo menor con los ojos entrecerrados.

—Entonces, si yo sé lo que es mejor para vosotros, ¿por qué nunca escuchas cuando te digo que dejes de actuar como si nunca fueras a querer traer una chica a casa?

Ryker negó con la cabeza.

—Es que me he metido en eso yo solo. No puedo culpar a nadie más que a mí.

—Ya lo resolverás, Hunter —dijo Amelia con ternura—. Solo date tiempo y dale tiempo a Josie. Puedes venir a cenar aquí después del trabajo si no quieres ir a tu casa.

—Espera un momento, cada vez que crees que necesito un consejo, me hablas hasta por los codos, ¿pero lo único que tienes para decirle a Hunter es *lo resolverás*? Me siento como un ciudadano de segunda clase en este momento.

—No seas tan exagerado. Vosotros dos sois diferentes. —Amelia le guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro—. Tengo que adaptar mis consejos según el caso.

El partido comenzó poco después y todos lo miramos en silencio.

Aunque en realidad yo no lo estaba mirando. Estaba... analizando las cosas.

No podía creer que me hubiera ido al evento la noche anterior. Debería haberme quedado en casa y haber sido su pilar, del mismo modo que ella había sido el mío aquella noche cuando me encontró en la cinta de correr. Ella no había hecho más que apoyarme. ¿Cómo había podidoirme? ¿Cómo había podido pensar que eso era lo que ella necesitaba? Discutíamos porque ambos teníamos personalidades fuertes, estábamos destinados a chocar de vez en cuando. Me encantaba esa mujer fogosa y divertida. Aportaba mucho a mi vida. Me había enseñado a disfrutar de la vida cada día, no solo de los grandes logros. Había aprendido a probar cosas nuevas y a dejarme llevar.

Me aferré a aquel pensamiento, sintiendo que había hecho un gran avance. Cuando terminó el partido, me sentía un paso más cerca de la victoria.

Capítulo Treinta y Tres

Josie

Lo que más me gustaba de pasar el rato con Tess era su personalidad efervescente y contagiarme de su energía. Teníamos *mucho* trabajo por delante. No podía entender cómo ella se creía capaz de poder hacerlo todo sola.

Apenas el domingo comimos una ensalada de pollo con patatas fritas y guacamole.

—Todavía no has dicho ni una palabra sobre Hunter. Vale... cada vez que saco el tema me pones mala cara. ¿Más patatas fritas?

—A eso no puedo negarme.

—Se me ha ocurrido algo —dijo Tess cuando terminamos la ensalada, poniendo las manos en las caderas y frunciendo el ceño en señal de concentración.

—Madre mía. Tengo miedo.

—Pues no deberías. ¿Cuándo han sido peligrosos mis planes?

—Mmm... cuándo no lo han sido sería la pregunta.

—¿Qué tal si organizamos una noche de chicas?

—Aún no te has recuperado del todo del resfriado —dije negando con la cabeza.

Tess continuó sin inmutarse:

—¿Noche de chicas?

—Se me había olvidado que nunca te das por vencida —dije riendo.

—¡Ja! Nada es imposible cuando me propongo algo, y una noche de chicas es mi propósito de hoy.

Tuve que sonreír muy a mi pesar. Tess le hacía justicia a su apodo. *Era* un maldito huracán. Y me sentía mal acampanando allí en su apartamento.

—Tess, ¿alguna vez te has... sentido perdida? Me refiero a cuando no sabes qué es lo mejor para ti...

—¿Te refieres a tu carrera?

—No, hablo de Hunter. Le quiero. Muchísimo. Pero tengo miedo de echar a perder las cosas con él. No hemos tenido problemas cuando éramos amigos... No me acostumbro a que las cosas estén tensas entre nosotros.

—¿Tienes miedo de algo más?

Tragué saliva y decidí confesar todos mis temores. Tess me lo diría sin rodeos:

—Me temo que quizá nos dejemos llevar por lo del matrimonio y la convivencia, pero que ante todo somos amigos... y que si no hubiera necesitado mi ayuda, habríamos seguido siendo solo amigos como siempre.

—¡Ja! No, eso no habría pasado. Entre vosotros dos siempre ha existido esa *chispa* que me encanta. Y por supuesto, tendréis que atravesar alguna crisis como cualquier matrimonio o relación a pesar de que lo vuestro haya sucedido muy rápido. Puedo entender que tengas miedo. Tómatelo con calma. Y en cuanto a tu pregunta... Josie, soy humana. Claro que he tenido mis momentos de duda e incertidumbre. Mamá estuvo varios meses deprimida después de que papá se fue. Trató de ocultarlo, pero no funcionó. Y por un tiempo lo dejamos pasar, pensando que ya vendrían épocas mejores. Éramos unos críos, hicimos lo que pudimos. Pero al cabo de un tiempo nos dimos cuenta de que teníamos que ayudarla. Cada vez que la veíamos perdida, en vez de dejarla sola, la sacábamos a pasear y hacíamos el tonto.

—¿Cómo lograsteis sobreponeros?

Tess me dedicó una sonrisa triste:

—No se lo digas a nadie, pero... en realidad esperaba que mi padre volviera. Hasta que descubrimos que se había casado con esa mujer. Cole y Ryker se portaron muy bien cuando se enteraron. Me abrazaron y dijeron que nunca nos dejarían. Y luego llevamos a mamá a tomar un helado. Pero basta de eso, centrémonos en ti. ¡Acabo de tener una idea! ¿Qué tal algunas actividades femeninas? ¿Mascarillas, pintarnos las uñas? ¿No hacer nada? Elige lo que quieras. Y como tu necesidad es mayor que la mía, también estoy dispuesta a cederte mi bañera.

Le sonreí a Tess. Me encantaba.

Esa misma tarde, hice algo que nunca había hecho *por voluntad propia*: salí a correr.

Paré después de veinte minutos. Como no estaba entrenada, no podía hacerlo demasiado tiempo, pero me sentí renacer. Me sentí increíble. No podía creer que hubiera estado tanto tiempo en el bando de los *no corredores*.

En los meses que llevaba viviendo con Hunter había probado varias veces su cinta de correr y había desistido porque me aburría de sobremana. Pero correr al aire libre no estaba tan mal. Tess vivía cerca de un parque y respirar aire fresco rodeada de vegetación me daba una inyección de una muy necesaria energía. Además, me despejaba la mente.

Me encantó volver a sentirme productiva. También me sentí bien de tener por fin un plan y que no fuera rogarle a nadie por un trabajo. A partir de ese momento me iba a dejar la piel para ser autónoma. Quería abrir mi propio bufete. Mi experiencia hablaba prácticamente por sí sola y confiaba en poder convencer a otros dos compañeros para que se unieran a mí.

Entre los tres podíamos abarcar un amplio espectro: el derecho comercial era mi especialidad y mis colegas eran expertos en derecho de familia y sucesorio.

¿Por qué no me encontraba bien? Echaba mucho de menos a Hunter. No lo había vuelto a ver desde que apareció en la puerta de Tess hacía dos días y tenía síndrome de abstinencia de Hunter.

Sonreí cuando me llegó un mensaje de él al móvil. ¿Pensaba en mí tan a menudo como yo pensaba en él?

Hunter: Necesito el consejo de una amiga. ¿Puedo llamarte?

Josie: Claro.

Llamó al segundo siguiente. Me apoyé en una farola, limitándome a sonreír al teléfono como una loca durante unos segundos antes de contestar.

—Hola, preciosa.

—Hola. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Qué?

—Dijiste que necesitabas la ayuda de una amiga.

—Era una excusa. Quería asegurarme de que cogerías la llamada.

Me reí, sosteniendo el teléfono con ambas manos:

—Nunca ignoraría tus llamadas.

—No quería arriesgarme.

—He olvidado cuán astuto puedes llegar a ser. En fin... me tienes donde quieres. ¿Y ahora qué?

—Si te tuviera donde yo quisiera, ahora mismo estarías en casa, tumbada en nuestra cama conmigo. Estaríamos desnudos y tú gritando mi nombre. Pero no es el caso. No todavía.

Me alegré de estar apoyada en aquella farola porque me flaquearon un poco las piernas. Todo mi cuerpo reaccionó a su voz irresistible, a esa imagen vívida que había descrito.

—Hunter...

—No, no, no. No termines esa frase. Pareciera como si fueras a regañarme y ni siquiera has oído lo que quiero decir.

—Vale, te escucho.

—Quiero que hablemos todos los días durante una hora.

—¿Una hora?

—No es negociable.

—¿Y qué harás si me niego?

—Pasaré por casa de Tess y tiraré piedras a tu ventana hasta que la abras y hables conmigo.

—Esa no sería una decisión muy inteligente. —Me reí, no pude evitarlo—. Tess y yo estábamos hablando de ti antes de que saliera a correr.

No contestó, lo que me hizo sospechar un poco.

—Dios mío... Tess te ha contado nuestra conversación, ¿verdad?

—Sí. Dijo que tenía una información vital que yo tenía que saber. Lo ha dicho ella. De modo que ahora tengo una simple misión.

—Dímelo.

—No, esto no funciona así.

—¿Pero requiere hablar una hora cada día?

—Sí.

—Ya veo. ¿Y ese retorcido plan tuyo empieza ahora mismo?

—Si tiene una hora libre, entonces sí, señora.

—Resulta que tengo una hora libre justo ahora.

Regresé al parque, me senté en uno de los bancos, me quité las zapatillas y acurruqué las rodillas contra mi pecho.

—Entonces... ¿de qué quieres hablar? —pregunté.

—De lo que tú quieras. Cuéntame qué tal tu día.

—Acabo de terminar de correr.

—¿Estás saliendo a correr? —La incredulidad tiñó su voz.

—Sí. Resulta que todas las ventajas de las que me has hablado son ciertas. Pero no me gustaba hacerlo dentro de casa. Debería escucharte más a menudo.

—En eso te doy la razón.

Me eché a reír:

—No debería haber dicho eso. Tengo la corazonada de que lo usarás en mi contra.

—Por supuesto que lo haré.

Oh, vaya. ¿Qué tendría en mente?

—También estoy planificando algo. ¿Quieres oírlo?

—Soy todo oídos.

—Voy a abrir mi propio despacho. Es un poco arriesgado porque ya no contaré con alguien de renombre para que me respalde, pero no quiero partirme el lomo por nadie. ¿Qué... qué te parece?

En ese momento estaba en el borde del banco, conteniendo la respiración. Su opinión era importante para mí.

—Creo que es la mejor decisión que puedes tomar. Eres una excelente abogada y tienes mucha experiencia.

—Exactamente.

—Estoy orgulloso de ti, Josie.

—Gracias. ¿Qué tal tu día? —pregunté.

—Lo de siempre. Excepto que sigo pensando en cierta persona. Creo que mis colegas están empezando a darse cuenta.

—Eso no puede ser bueno.

—No estoy de acuerdo. Preferiría estar con ella tumbado en una hamaca en una playa, dejando que me convenza para ir a bucear o hacer cualquier otra actividad horrible.

Me estaba derritiendo. De verdad. Recordaba vívidamente aquel día, lo bien que lo habíamos pasado. Lo mucho que habíamos discutido.

—Sigues dándome la lata por eso, pero te gustó.

—Quizás. Si digo que sí, ¿me dará puntos?

—Tal vez —dije con una sonrisa.

Entonces empecé a sospechar a dónde quería llegar.

Todos los días llamaba a la misma hora, a las cinco. A las cuatro y media, las mariposas empezaban a desplegar sus alas en mi estómago. A las cuatro y cuarenta y cinco, me sudaban las palmas de las manos y se me aceleraba el pulso. A partir de las cuatro y cincuenta y siete, no podía apartar los ojos de la pantalla del teléfono.

—Hola, preciosa.

Aquel saludo era justo lo que mi corazón enfermo de amor necesitaba. Hablamos de nuestro día e invariablemente uno de los dos sacaba a relucir un recuerdo.

—Ayer recibí una llamada de los obreros. Las tuberías están terminadas.

—¿Ya has vuelto a la casa?

—No. No quiero ir allí sin ti.

—Hunter... eso es una tontería. Es tu casa.

—Es nuestra casa. Echo de menos prepararte un chocolate caliente, llevártelo mientras lees.

—Echo de menos el rincón —dije.

—¿Solo el rincón? ¿Y a mí no?

—A ti también —admití. Le había echado de menos desde el momento en que se fue. Le echaba tanto de menos que era como si hubiera dejado una parte de mí en aquella casa. No sabía qué más decir. Como si supiera que necesitaba cambiar de tema, me preguntó por mis planes para el entrenamiento.

Hablamos durante más de una hora, justo hasta que oí un ligero golpe en la puerta principal.

—Espera, hay alguien en la puerta.

—Lo sé.

Me detuve en el acto.

—¿Estás... estás aquí?

—No, pero me parece que te gustaría que así fuera.

—¿Cómo sabes que hay alguien en la puerta?

—Abre y verás.

Hunter había enviado la cena para Tess y para mí. Aunque ella aún no había vuelto a casa. No era una cena cualquiera, sino sushi de mi restaurante favorito.

Comí en la encimera de la cocina, directamente del táper.

—Qué bueno está. Normal que sea mi favorito... espera, ¿estás tratando de sobornarme?

—¿Por qué lo dices?

—Por el historial que tienes puedo confirmar que, cuando quieres convencerme de algo, me encandilas con mi comida favorita.

—Vale, lo confieso. Es cierto, y no voy a disculparme.

—No solo eres astuto sino que no tienes la más mínima vergüenza.

—Me han aconsejado que saque partido a mis puntos fuertes... y eso incluye el uso de tácticas descaradas.

—¿Quién te ha aconsejado?

—Amigos en común.

—Apuesto a que lo ha dicho Amelia.

—Has acertado a la primera. Mañana por la noche tengo que asistir a una cena. Ven conmigo.

—¿Crees que vas a tener problemas con la oficina de inmigración si no te ven conmigo?

—No me importa la oficina de inmigración. Te quiero allí como mi esposa. Lo siento, me he expresado mal. Como amiga.

Me reí entre dientes, aunque mi pecho se llenó de tanta alegría que me dieron ganas de bailar. Iba a *verle*.

—¿Te has expresado mal? ¿En serio? ¿Esa es tu excusa?

—Me han aconsejado que no te presione... que te dé tu tiempo.

—¿Y es así como sigues ese consejo?

—Estoy intentándolo, pero creo que no presentarme en casa de Tess, cogerte en brazos y llevarte de vuelta a casa cuenta como un progreso significativo.

—Definitivamente sí.

—Soy un hombre impaciente.

—Como si no te conociera.

—Quiero que pasemos tiempo juntos, Josie. Como amigos o lo que te haga sentir cómoda. Llevaré esmoquin, por cierto.

—Más sobornos. Guau. Esto ya es el colmo.

—Aún no me has contestado.

Su voz era juguetona, pero detecté preocupación detrás de todo eso. Inquietud. Era nuestro momento decisivo. Dios, lo deseaba tanto. No se daba por vencido con respecto a ser pareja. Sí, éramos mejores amigos, pero ¿no era eso lo mejor que le podía pasar a un marido y a una mujer?

¡Dios mío! Ese había sido exactamente su propósito con las llamadas telefónicas. Sonreí, sacudiendo la cabeza. Me conocía *muy* bien.

—Allí estaré y me pondré algo bonito.

La cena del día siguiente era la inauguración de la escuela que la empresa de Hunter había construido. No era una fiesta de gala. Era una celebración en su honor en un restaurante.

—¿Entonces me perdonarás si coqueteo contigo, *amiga*?

—Hunter...

—No, no respondas a eso. Culpa mía por preguntar de todos modos. Te recogeré a las seis.

—Lo estoy deseando.

Cuando nos despedimos, ya sonreía y abrazaba el teléfono contra mi pecho.

A la mañana siguiente me levanté temprano con demasiada energía. Correr no me ayudó a deshacerme de ella. Al contrario, tenía cada vez más. Lo más probable es que fuese adrenalina.

Si pensaba que había estado nerviosa anticipando sus llamadas, eso no era nada comparado

con cómo me sentía en ese momento. Tenía a Hunter en la mente. Alojado en mi corazón. Bajo mi piel. Para matar el tiempo, empecé los preparativos para la noche justo después de comer, empezando por una visita a una tienda de productos de belleza cercana.

Media hora más tarde, aprendí una valiosa lección: no ir a una tienda de productos de belleza cuando estés en ascuas.

Puede que acabes vaciando tu cuenta bancaria comprando todo.

Volví a casa con no menos de cuatro artículos para el pelo y tres para el cuerpo. La vendedora me había explicado pacientemente cómo y cuándo usar cada uno, pero me olvidé de todo en cuanto entré al cuarto de baño.

Santo cielo. ¿Cómo iba a aguantar esta noche si ya era un manojo de nervios en ese momento?

Vamos, Josie. Eres abogada. Puedes recitar de memoria doscientas leyes que aprendiste hace seis años. Un plan de cuidado del cabello no acabará contigo.

Al final acabé por entenderlo. El aceite debía aplicarse una hora antes de lavarme el pelo. El acondicionador y el segundo aceite iban antes de la mascarilla.

La colección de cuidado corporal fue más fácil de entender. El primer paso era el cepillado en seco. Me hacía especial ilusión. Había visto tantos anuncios y recomendaciones de famosos que juraban los beneficios del cepillado en seco: piel más suave, mejor circulación y, mi favorito, mejorar el aspecto de la celulitis. Me preguntaba si sería verdad o solo otra moda pasajera. No había mejor momento para probarlo. Después de frotarme el cuero cabelludo con aceite, froté con el cepillo el área de los muslos y el trasero con mucha dedicación antes de meterme en la ducha y terminar el programa capilar.

Estaba muy orgullosa de mí misma por haber hecho todo eso. Muy orgullosa. Hasta que salí de la ducha y sentí que me picaban los muslos y las nalgas. Me miré en el espejo. ¿Qué coño?

Tenía toda la parte posterior de los muslos y del culo irritada. Me apliqué el aceite hidratante que había comprado con una mano y con la otra busqué en Google: “¿es normal que la piel se irrite tras el cepillado en seco?”.

Por supuesto, no lo era. Se necesitaba un talento especial. Por eso nunca lo había hecho antes, no tenía talento para eso. Pero persistí en mi empeño, rizándome las pestañas antes de aplicarme la máscara. Decidir mi atuendo me llevó diez minutos. A las cinco y cincuenta estaba lista y vestida. Eso sí que era ser puntual. Era...

Sonó el timbre y de repente todo volvió a la normalidad: las mariposas, el sudor en las palmas de las manos. Más que nunca, no estaba segura de cómo sobreviviría a esa noche. Pero para empezar, tenía que abrir esa puerta.

Llevaba esmoquin. Maldita sea. Eso era mi kryptonita. ¿Cómo se suponía que no iba a decir que sí a todo lo que me pidiera? Y a juzgar por esa mirada ardiente, planeaba pedir mucho. También llevaba una camisa con gemelos. ¿En serio? Sabía que me encantaban los gemelos. Si no le conociera, hubiera pensado que intentaba seducirme. ¿A quién quería engañar? Ese era precisamente su plan. Y no me creía capaz de poder resistirme a él.

Mi corazón, que parecía haber duplicado su tamaño, seguía creciendo sin cesar.

Al principio, no dijo nada; se limitó a recorrerme lentamente con la mirada. Mi cuerpo reaccionó como si me hubiera besado por todas partes. Apenas podía soportar el calor latente.

—Joder, estás preciosa.

Me reí en voz baja mientras daba vueltas, tratando de aparentar confianza / tratando de presumir. Sin embargo, en lugar de eso, reuní coraje, esperando que su mirada no fuera tan

abrasadora cuando finalmente me enfrentara a él.

No, la suerte no estaba de mi lado. En todo caso, la temperatura aumentó aún más. Ambos nos reímos y noté un ligero temblor en su mano. Me pregunté si estaría tan emocionado como yo en ese momento...

Le lancé una mirada, capturando la pura alegría en sus ojos, y luego me centré en observar sus labios. Eran irresistibles. Tan, tan tentadores.

Respiró profundamente. Maldita sea. Me había pillado mirando. Evité cuidadosamente sus ojos, tratando de centrarme en su mano extendida.

En el momento en que nuestros dedos se tocaron, mi piel se electrificó. Él lo notó. Estaba demasiado desprevenida para poder ocultarlo. De repente, el ambiente se cargó de tensión. Me dedicó una sonrisa irresistible que se tornó presumida cuando me sorprendió mirándole los gemelos.

Sí, estaba claro: los llevaba a propósito. Lentamente, pasó el pulgar arriba y abajo de mi mano.

—¿Lista? —Al ver que no respondí de inmediato, se inclinó un poco más hacia mí. Estaba tan cerca. *Tan, tan* cerca. Su mejilla casi rozaba la mía. Podía sentir el calor de su piel y su incipiente barba. Movié la mano desde la parte superior de mi mano hacia arriba por mi brazo, apoyándola finalmente en mi cintura. Respiré hondo, abrumada por su encanto masculino. Cuando la comisura de su boca tocó la mía, una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Ansiaba más de sus caricias, más de él.

No pude resistirme y me incliné hacia él, buscando su cálido contacto. Sonrió y dijo:

—Cuidado, amiga. Si sigues así podrías hacerme creer que quieres algo más que mi amistad. Claro, como si yo me lo hubiera buscado...

—Deja de mirarme así —dije.

—¿Cómo?

—Como si quisieras desnudarme.

—Estás preciosa. No puedes culparme.

—Puedo hacerlo y lo haré.

Capítulo Treinta y Cuatro

Josie

Mientras íbamos camino al salón, con la intención de tener una conversación larga y sincera con él, traté de protegerme para no sucumbir a su encanto... pero fue en vano. Ese hombre merecía una medalla por su tenacidad. Con cada sonrisa y cada caricia me hacía tambalear. Para cuando llegamos, yo ya me consideraba un caso perdido.

La sala era espaciosa, pero no se podía comparar con el salón de baile donde se celebraban las galas. Había varias mesas redondas dispersas por todo el sitio y una barra en un rincón. Los camareros servían bebidas en las mesas, pero los invitados también podían pedirlos directamente en la barra.

Nos mezclamos con el resto de los invitados, intercambiamos saludos formales y entablamos breves conversaciones antes de tomar asiento en nuestra mesa. Era un gran acontecimiento para celebrar la inauguración de una institución pública, pero no esperaba menos, considerando que se había construido enteramente con donaciones privadas.

El silencio se apoderó de la sala cuando el presentador se dirigió a todos con un micrófono en la mano.

—Señoras y señores, muchas gracias por acompañarnos en esta velada. Es una gran noche. Después de un año y medio de mucho trabajo y esfuerzo, por fin hemos llegado a la meta. No habría sido posible sin la ayuda y la contribución de mucha gente, así que prepárense mientras les doy las gracias a todos. Christina y Alex, gracias por asumir la inmensa tarea de la organización. Hemos cumplido el plazo establecido, y no ha sido nada fácil.

Christina y Alex, que estaban sentados frente a nosotros, se rieron mientras todos aplaudían. El presentador dio las gracias a tanta gente que me recordó a los discursos de los Oscar.

—Y por último, pero no menos importante, un enorme agradecimiento al hombre del momento: Hunter Caldwell. No hace falta decir que sin su contribución esto no hubiese sido posible. Tenemos una sorpresa para ti. Nos ha costado mucho ocultártelo teniendo en cuenta lo implicado que has estado, pero lo hemos conseguido. Le hemos cambiado el nombre a la escuela a último momento. Llevará el tuyo y el de tu padre. Después de todo, él ha sido un pilar fundamental para nosotros.

Sentí cómo Hunter se tensaba a mi lado. Acerqué mi mano a la suya por debajo de la mesa, entrelazando nuestros dedos y apretándolo ligeramente. Al principio no reaccionó, pero luego me devolvió el apretón.

Hunter asintió al presentador, pero apenas logró esbozar una sonrisa. Cuando el presentador bajó del escenario, los invitados retomaron sus conversaciones. Los camareros habían retirado los platos y los asistentes volvieron a mezclarse entre sí. Nos levantamos de la mesa junto a los demás, los más cercanos querían hablar con Hunter.

Aún estaba tenso. Entrelacé mi brazo con el suyo.

—Me quedo aquí contigo.

Parte de la tensión abandonó su cuerpo. Me miró y me dedicó una sonrisa tan forzada como la que le había dedicado al presentador.

La situación no mejoró en la media hora siguiente.

¡Santo cielo! Todo el mundo quería felicitarle y hablarle sobre su padre. Era evidente que el nuevo nombramiento del edificio era motivo de celebración. Hunter se había esforzado mucho

para limpiar la reputación de su padre, y eso era una prueba de que había logrado que la gente recordara también las partes buenas, no solo las tristes.

Sin embargo, nadie conocía a mi marido mejor que yo. No le gustaba hablar de esas cosas, le ponía melancólico y taciturno.

Sabía que tenía que sacarlo de allí antes de que la melancolía se convirtiera en mal humor y el ambiente festivo de la noche se volviera triste.

Al verlo tirar de la pajarita como si se estuviera ahogando, supe que debía intervenir.

—Christina, siento interrumpirte, pero necesito hablar con mi marido a solas unos minutos.

—Por supuesto.

Nos dirigimos hacia la salida, lo suficientemente rápido como para dejar en claro que teníamos un destino en mente, no solo a mezclarnos con los invitados. Y funcionó. Nadie nos detuvo en el camino.

En el vestíbulo, divisé una ventana que daba a un pequeño patio al que accedimos a través de la puerta contigua.

—¿Qué pasa? —preguntó Hunter en cuanto estuvimos fuera.

—Nada. Me pareció que querías salir de allí.

Se rió y finalmente empezó a liberar la tensión de sus hombros.

—Te has hecho un lío con la pajarita. —Me acerqué y empecé a acomodarla—. Déjame arreglártela. ¿Mejor ahora?

—Sí. Ha sido una agradable sorpresa. Me hace *feliz*. No sé por qué estoy tan nervioso. Soy un idiota.

—No, no digas eso. Cada uno tiene su manera de afrontar las cosas. Tú lo guardas todo para ti mismo.

—Es una forma más educada de decir que soy idiota.

—Para nada. Resulta que eres melancólico. Y lo encuentro atractivo.

Me dedicó una amplia y hermosa sonrisa. Exhalé aliviada. Era la primera sonrisa sincera desde el discurso.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué más encuentras atractivo en mí?

Intenté apartar las manos de la pajarita pero me sujetó las muñecas, manteniéndolas en su sitio. A cambio extendí los dedos a los lados de su cuello.

—Tu lado seductor y que me hagas desfallecer. Aunque eso último es simplemente irresistible.

—Y sin embargo, te me has resistido muy bien.

Su tono era juguetón, pero su mirada decidida. Colocó las palmas de las manos en el dorso de las mías, las apretó contra su cuello y avanzó hasta que nos separaron apenas unos centímetros.

—Gracias por estar a mi lado esta noche, Josie. Te necesitaba. ¿Cómo lo has sabido?

Siempre quería estar a su lado sin importar lo que necesitara. No como su mejor amiga, sino como su esposa.

—Porque te quiero. Antes he tenido miedo y me he comportado como una idiota. Hace años que ejerzo de abogada y como ese era mi sueño fue como si me hubieran arrancado una parte de mi ser. Tenía la cabeza hecha un lío, y luego, cuando me di cuenta de lo mal que lo estabas pasando... me llevó a preguntarme si en vez de ser tu mejor amiga, podría hacerte feliz como tu esposa.

Me había dado cuenta de que el hecho de que me hubiera ayudado formaba parte de su naturaleza, le gustaba hacer felices a sus seres queridos.

—No tengas miedo, ¿vale? Me encanta cuidarte y hacerte feliz. Admito que no siempre sé cómo hacerlo, pero estoy aprendiendo y seguiré aprendiendo siempre. Te quiero, Josie. Siempre te querré, no tengas dudas al respecto. Los dos somos cabezotas, y apasionados por lo que creemos, y estamos destinados a enfrentarnos. Pero eso no significa que no seamos el uno para el otro, o que no podamos ser felices juntos. Eso es lo que nos hace funcionar. Nos desafiamos y crecemos juntos. No puedo prometerte que no tendremos desacuerdos, pero te prometo que te amaré el resto de mi vida, Josie.

—Te amo, esposo.

Me besó con fuerza y sin reservas. Me puse de puntillas, profundizando el beso. En ese momento, supe que no necesitaba nada más ¿Cómo pude llegar a pensar que no estábamos hechos el uno para el otro? Qué tonta había sido.

Deslizó sus manos desde mi cintura hasta mi trasero, apretándome contra él. Su deseo era palpable, y yo estaba demasiado cautivada por su encanto para resistirme.

Excepto que... nos encontrábamos en un lugar público.

—Alguien puede entrar y vernos. O...vernos a través de esa ventana.

—No puedo dejar de besarte.

—Entonces será mejor que me lleves a casa y des rienda suelta a tu pasión.

Me miró directamente a los ojos, acarició mi rostro y apoyó el pulgar en mi mandíbula.

—¿Nuestra casa? —preguntó.

—Sí. Vamos a casa.

—Lo que tú quieras. Mi objetivo es hacer feliz a mi mujer. —Su sonrisa dio paso a una mueca.

—¿Entonces tú no quieres lo mismo? —pregunté devolviéndole la sonrisa.

—Ahora mismo no puedo pensar más allá de lo mucho que te necesito.

—Suerte que no pierdo la cabeza tan fácilmente... a pesar de tu sensual encanto.

Su sonrisa se volvió voraz:

—¿Eso es un reto?

—En realidad no, pero puedes considerarlo como tal y demostrar que me equivoco.

—Será un placer, esposa.

En el camino de regreso a casa, estaba completamente absorta en Hunter. Durante el trayecto en coche no registré otra cosa que no fuera él. Nos sentamos juntos en la parte trasera. Su brazo rodeaba mi cintura y me mantenía tan cerca de su cuerpo que si quisiera, podría sentarme a horcajadas sobre él. Eso sería todo un espectáculo para el conductor. Permanecí a su lado, besando su mejilla y mandíbula, inhalando el delicioso aroma de su colonia.

Salimos del coche en cuanto se detuvo y nos dirigimos a toda prisa hacia el edificio.

Después de abrir la puerta, me levantó en brazos. Dejé escapar una risita y apoyé las palmas de las manos en sus hombros.

—¿Qué estás haciendo?

—Cogiéndote en brazos para pasar el umbral. Quiero un nuevo comienzo para nosotros, Josie —murmuró.

Parecía que mi corazón iba a multiplicarse por diez. Deslicé la punta de mi nariz por su cuello, apoyándola en el pliegue, como había hecho en nuestra noche de bodas, a diferencia que

entonces escondía mis propios sentimientos. A diferencia de aquel día, en ese momento ya no tenía miedo.

Me llevó al dormitorio principal y me bajó cerca de la cama, acariciando mi cara y mis hombros, como si no pudiera dejar de tocarme. Me besó con ferocidad antes de descender por mi cuello. Sus dedos temblaron ligeramente al bajarme la cremallera. Cada beso era como una promesa, cada caricia estrechaba aún más nuestros lazos. Mi piel chisporroteaba allí donde su boca recorría, dondequiera que sus dedos me tocaran. Me estremecí cuando mi vestido cayó al suelo. Estaba delante de él, solo con unas diminutas bragas, ya que el vestido llevaba el sujetador incorporado.

Respiró agitado, tocando el valle entre mis pechos antes de bajar la mano, dibujando pequeños círculos alrededor de mi ombligo.

—Te quiero, cariño —susurró, mirándome con tanta calidez y felicidad que casi se me saltan las lágrimas. Enganchó los pulgares a los lados de mis bragas y me las bajó por las piernas. Volvió a besarme mientras se incorporaba y colocó mi pierna derecha sobre el hombro, acariciando la cara interna del muslo. Jadeé con el primer contacto de su lengua por mi centro. Mis rodillas cedieron un poco, pero él me sujetó por las caderas, sosteniéndome, manteniéndome justo donde él quería mientras me torturaba lentamente con su boca.

—Ooooooh...

El placer me recorría, me encendía, me acercaba cada vez más al límite, hasta que todos mis músculos se contrajeron.

—Hunter... por favor, necesito...

—Sé lo que necesitas —susurró contra mi tierna carne. El placer me atravesó y casi me desmayo—. Y haré que te corras muy fuerte, cariño.

No cedió: ni el férreo agarre de mis muslos, ni los latigazos de su lengua.

Aferrándome a sus hombros, exploté gritando su nombre. Y sin embargo, él no había terminado conmigo. No iba a darme tregua... y yo no iba a oponerme. Le dediqué una pícaro sonrisa mientras le quitaba la camisa, tomándome mi tiempo para acariciar aquellos preciosos músculos, besándole el pecho mientras buscaba la cremallera de sus pantalones. Tenía la intención de volver a torturarlo poco a poco, de tomarme mi tiempo para volverlo loco, pero cuando me puse de puntillas y le besé justo debajo de la nuez de Adán, emitió un sonido grave e irresistible, entre un zumbido y un gruñido, y me olvidé por completo de mi plan. Lo necesitaba *ahora mismo*. Me plantó pequeños besos en los hombros mientras le bajaba los pantalones.

—Podrías andar desnudo directamente —murmuré.

Hunter se rió...

—¿Qué?

Sonreí tímidamente.

—Mmm... no era mi intención decirlo en voz alta. Pero haría que todo fuera más práctico.

Sonrió satisfecho, bajándose los calzoncillos a la velocidad del rayo mientras yo apreciaba... las vistas.

—O también puedes hacer eso —concedí.

—Es que no puedes esperar, ¿eh?

Me acercó más a él y me acarició las costillas con los dedos, me tocó el cuello y me acarició la comisura de los labios con los pulgares. Y esa mirada... cielos, quería que me mirara así todos los días. Como si yo fuera lo más preciado del mundo.

Nos tumbamos en el colchón, riendo, y luego Hunter me dio la vuelta para que yo quedara

encima. Su polla estaba presionada contra mí y yo me movía arriba y abajo para frotarla con mi cuerpo, pero sin acogerla dentro, disfrutando de sus reacciones, a pesar del intenso deseo que aumentaba en mi interior y se volvía cada vez más profundo.

—Joder, Josie.

Me agarró por las caderas y me bajó sobre él de un tirón, llenándome por completo hasta que grité su nombre. Intenté moverme, pero no aflojó su agarre. Volvía a estar al mando.

—Lo único que quiero es estar así, conectado a ti. Sentir que eres mía. Que siempre serás mía —dijo.

—Prometo que así será.

Levantó la cabeza de la almohada y me quedé a medio camino, pasándole la lengua por los labios antes de besarlo. Empezó a moverse debajo de mí con movimientos lentos y ondulantes que me hacían caer rendida. Con cada embestida, el placer aumentaba, exigiendo mi rendición. Mi orgasmo se gestaba muy lentamente. Nunca rompió el contacto visual, nunca apartó la mirada, y yo tampoco podía. No quería hacerlo. Quitó una de las manos de mi cadera para acariciarme el clítoris con el pulgar, al principio suave, luego sin piedad.

Todo se magnificaba: la sensación de tenerlo dentro de mí, llenándome... El sonido de nuestros cuerpos meciéndose el uno contra el otro con más urgencia. Mi cuerpo entero estaba al límite. Era todo demasiado intenso, demasiado placer, no podía aguantar más. Se me contrajeron los músculos internos.

—Mírame —jadeó. Atrapó mi mirada con la suya. Nunca me había sentido tan adorada y amada.

Sentir cómo se corría dentro de mí mientras me acariciaba el clítoris con el pulgar me llevó al límite. Exploté con tanta fuerza que mi visión se desvaneció durante unos segundos. Lo único que podía hacer era dejarme llevar por la ola de placer y sentir cómo Hunter se corría con la misma fuerza. Cuando soltó su agarre de mis caderas, perdí el equilibrio y me desplomé sobre él.

—Te tengo —susurró, riendo. Yo también me reí, aunque escondí la cara en su cuello.

Intenté librarme de él, pero enganchó un brazo firmemente sobre mi espalda, atrapándome.

—Quédate aquí. Quiero sentirte cerca.

—Mi marido es un tirano —dijo sonriendo contra su cuello.

—Por supuesto que lo soy.

Contoneé el culo para irritarle, ya que no tenía intención de zafarme de sus brazos. Y lo conseguí. Al segundo siguiente, me dio la vuelta y me colocó encima, apoyando los antebrazos cerca de mis hombros y las rodillas junto a mis muslos. No me aplastaba, pero yo tampoco podía escapar. En otras palabras, lo tenía justo donde quería. Presionando cada uno de sus irresistibles músculos contra mí.

—Ya está. Ahora no tienes escapatoria.

—¿Quién dijo que esa era mi intención? —pregunté, incapaz de disimular la picardía en mi voz.

Me pasó la punta de la nariz por el cuello, riendo:

—Ya veo. Entonces, ¿solo te estabas quedando conmigo?

—No, pero me encanta que creas que tienes que echar mano de tu encanto para convencerme de que haga las cosas a tu manera.

Se apartó un poco y me miró directamente a los ojos:

—Tengo algo para ti —dijo en un tono bajo y visceral, acercándose a la mesilla de noche y abriendo el cajón. Mis latidos se aceleraron cuando me di cuenta de que estaba sacando un

pequeño joyero. Se apartó de mí, se sentó en el borde de la cama, me sostuvo la caja y abrió la tapa. ¡Mi anillo de compromiso de zafiro!

—Hace tiempo que lo tengo. Quería regalártelo en nuestro primer aniversario, pero no quería arriesgarme por si se agotaban, así que lo compré... Y no pude esperar más.

Me cogió la mano y me acarició el dedo anular, donde tenía el anillo de compromiso de diamantes.

Tenía los ojos empañados y la garganta completamente cerrada por la emoción.

—Te quiero, Josie. Cuando deslicé este anillo en tu dedo pensamos que sería solo por un tiempo. No sé qué te ocurrió a ti, pero yo no creía posible evitar enamorarme de ti.

Su voz vaciló al pronunciar las últimas palabras. Le apreté la mano, haciéndole saber que estaba a su lado.

—Cuando deslice este anillo en tu dedo, quiero que tengas la certeza de que te amaré el resto de mi vida.

Apenas tuve paciencia para que me pusiera el anillo antes de rodearle el cuello con los brazos, prácticamente a horcadas sobre él.

—Gracias. Es precioso. Pero no tenías que comprarme uno nuevo.

—Quería hacerlo. Y te encanta.

Sonreí, no tenía sentido discutir. ¿Qué podía decir además de lo bien que me conocía? Me acerqué y le besé las mejillas y el cuello. No podía saciarme de él. Pero *no* me tocaba con el entusiasmo habitual... lo que solo podía significar una cosa.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —pregunté.

Parpadeó, claramente sorprendido. Me dio un inmenso placer saber que le conocía igual de bien.

—Resulta que sí hay algo más... ¿qué te parecería convertirte en la Señora Josie Caldwell?

Eché la cabeza hacia atrás riendo antes de enderezarme, intentando parecer seria mientras hablaba, señalando mi anillo.

—¿Es esto un soborno?

—No. Como dije, lo he tenido guardado por un tiempo. Pero pensé que si te lo preguntaba ahora podía aumentar las posibilidades de que dijeras que sí.

—¿Otra vez echando mano de tus perversas fortalezas?

—Me has pillado. —Acercando su boca a mi oído, susurró—: Pero si de verdad quisiera ser perverso, haría exactamente esto... —Bajó su boca por mi cuello, separando aún más mis muslos con su pierna. Jadeé y giré las caderas contra él antes de apartarlo juguetonamente.

Sopesé si hacerle pasar un mal rato, pero aunque me encantaba mantenerle en vilo, me gustaba aún más ver esa gran sonrisa de felicidad. La primera vez que me lo sugirió, meses atrás, no le vi sentido. ¿Para qué cambiar mi apellido si luego volvería al de soltera? Pero en ese momento las cosas eran diferentes. Me moría de ganas de ser la Sra. Caldwell.

—Bien, hombre oportunista. Me cambiaré el apellido. —Y ahí estaba, esa enorme y sincera sonrisa. Me encantaba—. Te amo, Hunter.

Volví a estrecharlo contra mí. Estaba decidida a no dejarlo escapar esa noche, pero de repente, un teléfono empezó a sonar.

—Es mi móvil —dije, intentando zafarme de sus brazos, pero él me sujetó con fuerza.

—¿Y si no contestas?

Sonreí:

—No puedo. Es el tono de Tess. Me hizo prometer que le contaría todos los detalles en

cuanto terminara la velada. Si no contesto, lo mismo viene a aporrear la puerta principal.

—No me extrañaría nada viniendo de ella —dijo con una sonrisa.

—Necesito que me dejes contestar.

Me acarició la nalga derecha. Entrecerré los ojos, pero no pude evitar estremecerme un poco.

—O le diré que no he podido atender porque me has estado acariciando. Estoy bastante segura de que eso no te hará ganar ningún premio al primo del año.

Acto seguido, me pellizcó la otra nalga:

—Por lo que parece, podría ganarme el premio al marido del año, ¿no?

Ese maldito contoneo me delató. Pero no podía culparme porque me gustara que me tocara, ¿verdad?

—No te adelantes.

—Creo que tengo buenas probabilidades.

Para mi asombro, me quitó las manos de encima, dejándome prácticamente libre. Que dejara pasar la oportunidad de estar desnudos no era propio de él.

Sospeché aún más cuando una sonrisa demasiado autocomplaciente apareció en su apuesto rostro.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —Enseguida endureció su expresión, pero no me engañaba.

—Esa... sonrisa.

—Estoy deseando escuchar lo que Tess tiene que decir cuando le cuentes lo del cambio de apellido. Estaba absolutamente convencida de que nunca aceptarías.

—Espera un segundo. ¿Cuándo hablasteis de esto?

—Cuando volvimos de las Bahamas. Ella estaba en mi oficina. Una cosa llevó a la otra...

Negué con la cabeza, sin saber qué decir... pero entonces se me ocurrió una idea.

—En ese caso, podría decirle que aún lo estoy *considerando*.

—He cambiado de opinión. No te dejaré contestar después de todo —dijo con una sonrisa.

—¿De verdad?

—Sí.

Yo también podía dar pulla. Aunque aún no estaba a la altura de Hunter, quien era un maestro en ese arte, tenía tiempo para aprender. Intenté librarme de él, lo que fue un error de principiante, porque en un abrir y cerrar de ojos me agarró las muñecas con una mano y las inmovilizó sobre mi cabeza.

—¿Te das cuenta? No irás a ninguna parte. Te tengo justo donde quiero —bromeó.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Solté una risita cuando dibujó la punta de su nariz en mi axila expuesta. No era lo que esperaba—. Ni se te ocurra hacerme cosquillas.

Capítulo Treinta y Cinco

Hunter

Un mes después

—¿Cómo que una sorpresa? Quiero saber adónde me llevas —dijo Josie.

—Siempre impaciente, Sra. Caldwell.

—¿Volverás a llamarme por mi nombre de pila algún día? —preguntó. Estaba sonriendo mientras ponía los ojos en blanco.

—Puede que algún día.

Hacía una semana y dos días que habíamos finalizado el papeleo y se había convertido en Josie Caldwell. Y sí, era posible que la llamara Sra. Caldwell desde entonces. Me resultaba muy natural decirlo.

—¿Vamos a celebrar que te han otorgado la *Green Card*?

—Tal vez.

La agente de inmigración se puso en contacto con nosotros en cuanto Josie envió la solicitud de cambio de apellido, exigiendo una explicación.

Josie le dijo que como iba a montar su propio despacho de abogados, prefería hacerlo como Josie Caldwell. Recibí la aprobación de mi residencia dos semanas después.

—Eres insoportable. —Suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho. Luego se revolvió en el asiento y se sentó más erguida cuando detuve el coche en un semáforo en rojo.

—¿Vamos a tu oficina?

Estábamos en el Upper West side, en la zona de mi oficina.

—Cerca —dije guiñándole un ojo.

En vez de tomar la calle hacia mi edificio, giré a la derecha en dirección lateral. Ver cómo Josie intentaba descifrar las cosas era una de mis actividades favoritas. Me encantaba mantenerla en vilo, sorprenderla.

Aparqué el coche delante de un edificio de ladrillo rojo y anuncié:

—Hemos llegado.

Salimos del coche, cogí a Josie de la mano y la llevé dentro.

—¿De qué va esto? —preguntó cuando eché las llaves y abrí la puerta.

—Como hace tiempo que estás buscando un sitio para tu oficina, pensé que este podría gustarte.

—He estado averiguando por esta zona. Este sitio no estaba en ningún lado o lo habría puesto en la lista.

—No está en el mercado.

—¿Y cómo lo sabes?

—He movido algunos hilos.

—¿Por mí?

—Haría cualquier cosa por mi mujer.

Me miró y ese afecto en sus ojos me conmovió profundamente. No podía imaginar un día en el que no lo hiciera.

—Gracias.

Suspiró al entrar. Me quedé unos pasos detrás de ella, quería darle tiempo para asimilarlo todo.

—Guau —murmuró.

El espacio era perfecto para un despacho de abogados, ya que estaba situado en un edificio elegante pero no esnob.

Los techos eran altos y los amplios ventanales permitían que entrara mucha luz natural. Contaba con tres despachos independientes e incluso tenía una pequeña sala de reuniones, junto a la cual se encontraba una práctica cocina.

Sabía que ella ya se imaginaba allí, concretamente en la oficina principal.

—Es lo bastante grande como para poner un sillón reclinable en una esquina. Puedo echarme una siesta reparadora cuando esté agotada o sentarme con más comodidad cuando tenga mucho que leer; la cocina es perfecta para hacer una pausa y tomar un café.

Sonrió y se dio la vuelta lentamente, observando la habitación antes de dirigirse a la ventana. Me acerqué por detrás, le aparté el pelo y le besé la nuca.

—Y hasta puedo hacerte compañía. Mi oficina no está lejos.

—¿Unos masajes en los pies al mediodía y chocolate caliente?

Se estremeció y se le puso la piel de gallina. Le pasé las palmas de las manos por la piel sensible y le mordisqueé la oreja. Me encantaba el efecto que causaba en ella:

—Quizá una “sexcapada”.

—No olvides que tendré colegas de trabajo —dijo dándome un codazo.

—Que saldrán a comer fuera, tendrán reuniones.

—Me la quedo. ¿Cuánto es el depósito?

—Ya me he encargado de eso. —Se dio la vuelta, parpadeando—. Más el primer mes de alquiler. Puedo explicártelo todo.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios:

—Te escucho.

—Hace unos días pasé por aquí de casualidad y vi que estaban sacando muebles. Estaban a punto de publicar la propiedad y entré a verla. Pensé que te podría gustar y no quería que corrieras el riesgo de perderla.

—¿Se puede ser más tierno?

Hice una mueca:

—¿Qué tal romántico?

—¿Por qué, Sr. Caldwell, ofendo su sensibilidad masculina llamándolo dulce? —Hice otra mueca de disgusto. Ella soltó una risita—: Bien. Prometo no volver a usar esa palabra. Con respecto al depósito y el alquiler, te lo devolveré.

—No, ni pensarlo. Déjame hacer esto por ti. Tú me has dado tanto... —Puse las manos en su cintura, acercándola—. Eres el amor de mi vida, Josie Caldwell. Has sido mi mejor amiga durante mucho tiempo y ahora eres mi compañera, mi media naranja. Estaré a tu lado acompañándote en cada paso del camino. Amándote, cuidando de ti. Has cambiado tanto mi vida. Me has enseñado cómo es ser amado... —Respiré hondo y acerqué mi frente a la suya, necesitando esa conexión.

Le besé la comisura de los labios, luego en el labio inferior y el arco del superior antes de fundirnos en un largo y profundo beso, entrelazando nuestras lenguas. Con una mano, acaricié su mejilla e incliné su cabeza en el ángulo perfecto para explorar su boca.

La besé hasta que ambos jadeamos, necesitando más. Cuando se trataba de Josie, siempre necesitaba más. Sonreí contra sus labios cuando me di cuenta de que ella también.

Presionó sus caderas contra mí, rodeando mi cuello con una mano, y clavando los dedos de la otra en mi brazo, como si estuviera a unos segundos de quitarme la camisa.

Deslicé las manos por su cintura y acaricié la parte inferior de sus pechos con los pulgares. Ella gimió contra mi boca mientras apretaba los muslos. Estuve a punto de arrinconarla contra la pared. Le *subí* la falda por las piernas, desesperado por el contacto de su piel. Le pasé la mano por el interior del muslo, rozándole el borde de las bragas con el pulgar. Josie me apretó la camisa. ¿Cómo podía estar tan loco por ella?

Solté la mano y eché la cabeza un poco hacia atrás. El contorno de su boca estaba enrojecido, sus labios ligeramente hinchados. La había dejado mi marca con aquel beso.

—Vamos a casa, esposa. Te deseo tanto que no puedo pensar con claridad, pero no te haré el amor aquí. Es demasiado frío e incómodo.

Se rió, pasándome los dedos por el pelo:

—Lo siento... Sé que te lo he prometido, pero esa palabra es perfecta para ti. Eres muy tierno.

Epílogo

Navidad

Josie

—Vaya faena —comentó mi hermana. Sonreí, mirando los adornos por toda la habitación. Mi familia había llegado hacía dos días y estábamos en nuestra casa para celebrar la Nochebuena por todo lo alto. Mi hermana y yo habíamos ido el día anterior a comprar comida y... adornos *adicionales*, y ese día los habíamos colocado juntas con Tess y Skye. Me había sentido como una niña otra vez, perdida en ese contagioso entusiasmo por el ambiente navideño.

—Quieres decir que se me ha ido la mano, ¿verdad?

Siempre me había gustado la Navidad, había soñado con tener una sala lo suficientemente alta para albergar un árbol enorme y una chimenea... y nuestro salón era perfecto para la ocasión. Tenía la intención de usar solo una cantidad razonable de adornos... pero había fracasado por completo. Una cosa llevó a la otra, y en ese momento no solo había un enorme árbol de Navidad, sino que también había comprado calcetines para todos los invitados, los había colgado en la repisa de la chimenea y los había llenado de regalos. Del techo colgaban ristas de luces y ramas de muérdago.

—Puede que un poco —concedió mi hermana con una sonrisa justo cuando se abrió la puerta principal y entró Hunter. Había salido a comprar unos regalos de última hora. Sus ojos se abrieron de par en par en cuanto entró en el salón.

—Cariño, ¿es que se va a filmar un anuncio de Navidad aquí y no estoy al tanto?

Eso le valió un pellizco justo en ese precioso culo, pero nada de bromas, porque mi hermana, Tess y Skye nos estaban mirando.

—Lo de excederse es tradición familiar —le expliqué, porque a decir verdad, así era.

—Y también hemos decidido declararlo tradición de Winchester. ¿Creéis que sería lo mismo con una decoración *razonable*? —preguntó Tess.

—Todos los años íbamos a recoger un árbol con papá. Le dábamos mucha importancia. ¿Por qué no continuar con la tradición? —sugerí.

La expresión de Hunter se suavizó inexplicablemente. Echó un vistazo a la habitación, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Alguna otra tradición que quieras transmitir? —preguntó.

—Haré una lista.

Me acercó y me plantó un beso en la sien, susurrando:

—Hazlo. Y luego... podemos empezar a tener hijos. Habrá que pasarle esas tradiciones a una nueva generación.

Lo habitual era que me burlara de él cuando mencionaba lo de tener niños, pero en ese instante no podía hacer otra cosa más que derretirme en sus brazos y empaparme de la felicidad que irradiaba. Tenía una lista interminable de tradiciones y planeaba consentirlo con cada una de ellas.

—¿Has comprado todos los regalos de la lista? —pregunté.

—Por supuesto, de lo contrario no me atrevería a aparecer por aquí. —Señaló con el pulgar por encima del hombro la montaña de maletas que había en el vestíbulo.

—Qué listo eres.

Me dispuse a pasar a su lado para empezar a meter los últimos regalos en los calcetines, pero me cogió del brazo.

—¿No vas a darme un beso?

—Tenemos compañía —susurré. En los últimos tiempos, nuestros besos no eran aptos para menores. No podía imaginar por qué.

Pero el calor y la determinación en la mirada de Hunter me decían que reclamaría ese beso de una forma u otra. Tendría que acceder a uno pequeño apto para adultos, ¿no?

Me puse de puntillas con la intención de darle un rápido beso, pero antes de darme cuenta, tenía mis brazos alrededor de su cuello y sus manos me agarraban la cintura de una forma irresistiblemente posesiva. Sentí cada dedo presionando contra mi carne mientras él me besaba con más fuerza y profundidad.

—¿Alguien más se siente un sujetavelas? —La voz de Tess resonó en la habitación—. ¿Alguno? ¿No? ¿O solo yo?

Nos separamos riendo entre dientes. Skye nos miraba, dándose golpecitos con un dedo en la barbilla.

—Bien. Tenemos que separaros a vosotros dos o nunca estaremos listos a tiempo.

Para mi sorpresa, Hunter asintió. Eso no era propio de él... perder cualquier oportunidad de estar cerca de mí, de colarme un beso o tocarme de forma indecente.

Me quedé boquiabierta:

—¿Intentas quitarte de en medio para que no te pongamos a trabajar?

—Es probable, pero tengo una buena razón. Tengo que recoger a tus padres del hotel. Tu madre quiere comprar algo de camino aquí. No podemos empezar ya a estropear las tradiciones, ¿verdad?

Ah, claro. Mamá no había tenido oportunidad de hornear su famosa tarta de manzana, así que había encargado una en mi panadería favorita, una pequeña tienda de Brooklyn que vendía delicias caseras.

—Claro que no.

Me guiñó un ojo antes de marcharse. Suspiré mientras me dirigía a las chicas. Todavía tenían que colgar tres ristras de luces. Me sorprendí a mí misma cantando villancicos mientras pensaba en el mejor lugar para colgarlas (en realidad, no quedaban muchas opciones, teniendo en cuenta que ya habíamos cubierto la mayor parte del salón con luces).

Tess y Skye intercambiaban miradas conspiratorias.

—¿Qué? —pregunté.

—Estás tarareando... y Hunter nunca ha estado de tan buen humor en Navidad. No estoy diciendo que era el Grinch ni nada por el estilo, pero normalmente es muy melancólico...

Me sentía identificada. No podía explicar por qué, pero las últimas Navidades también habían sido melancólicas para mí.

—Creo que está emocionado ante la perspectiva de... ¿cuál era la frase? ¿Tener a alguien a quien transmitir las tradiciones? —añadió Skye.

—¿Has oído eso?

—Lo he oído todo. Una forma muy creativa de decir que quiere tener sexo salvaje contigo. —Tess sonrió—. Sentí que se me calentaban las puntas de las orejas.

Dos horas después llegó toda la pandilla. Hunter con mis padres, Amelia y Mick con Ryker y Cole. Me encantaba tener la casa llena de gente, y por lo que parecía, a Hunter también. De hecho, estaba bastante segura de que en ese preciso momento estaba conspirando con papá. No solo susurraban, sino que conspiraban. Lo intuí porque parecían muy sospechosos. Además, de vez en cuando, uno de ellos echaba la vista atrás.

Me acerqué sigilosamente y, en cuanto me vieron, dejaron de hablar.

Batí las pestañas, alternando la mirada de uno a otro. Seguro que alguno tenía que ceder a mis encantos, ¿no?

—¿Qué están tramando mis dos hombres favoritos del mundo?

—Nada —contestó papá con demasiada rapidez.

—¿Crees que me lo he tragado?

Hunter me acarició la mejilla y deslizó su pulgar por debajo de mi labio inferior:

—Planificando la próxima reunión.

—¿Ya? —Mi voz temblaba ligeramente por la emoción repentina. Ese hombre... Me pregunté qué tendría en mente. ¿Acaso pretendía que cogieran un vuelo para todas las fiestas?

Oh, Dios. Tenía la corazonada de que eso era *exactamente* lo que había planeado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener las manos a los lados y resistir la tentación de saltar a sus brazos.

—Has elegido a un gran hombre —dijo papá.

—¿A que sí?

Los dejé con sus secretos e hice la ronda, sonriendo de oreja a oreja. No tenía ni idea de que fuera posible estar tan feliz y... contenta.

Encontré a Ryker y Amelia inspeccionando los calcetines que colgaban de la repisa de la chimenea.

—Tengo que decir que se ven preciosos. ¿Alguna posibilidad de que tengamos un pequeño calcetín extra el año que viene? —preguntó Amelia.

Sonreí. Otra vez estaban con el mismo tema.

—Estamos en ello —dijo Hunter, apareciendo a mi lado aparentemente de la nada.

Me volví hacia él, entrecerrando los ojos:

—Creo que lo que querías decir es que aún lo estamos negociando.

Estaba trabajando mucho para montar mi despacho de abogados. Hasta ese momento, todo iba bien. Había conseguido fichar a unos colegas y aceptábamos todos los casos posibles. Algunos de mis clientes habían abandonado el antiguo bufete, insistiendo en que querían trabajar conmigo y asegurando que no les importaba mi incidente con los servicios de inmigración.

Tardaría un tiempo en crear un flujo de ingresos estable, y el hecho de que no me ingresaran un cheque en la cuenta cada mes a veces me quitaba el sueño, pero confiaba plenamente en que saldría adelante. Y aun en momentos de inseguridad, mi atractivo compañero me brindaba apoyo con una taza de chocolate caliente y un masaje de pies.

Un brillo travieso apareció en sus ojos. ¿Qué *más* me tendría preparado? Me aclaré la garganta, miré a mi alrededor buscando cambiar de tema... y en cambio, encontré a un chivo expiatorio. Pobre Ryker.

—Puede que *tengamos* un calcetín extra. —Acaricié la mejilla de Ryker—. Serías un novio muy guapo.

—La verdad que sí —dijo Amelia, sonriendo.

—No será fácil que le echen el lazo. Pero estoy segura de que la mujer adecuada estará a la altura —bromeé.

Ryker parecía haberse tragado la lengua mientras Amelia, Hunter y yo nos partíamos de risa. Nuestra diversión atrajo la atención de Tess, que decidió unirse al grupo, mientras nos analizaba con curiosidad.

—¿Sobre qué cotilleáis? —preguntó.

—Nada —dijo Ryker rápidamente, lo que, por supuesto, despertó aún más la curiosidad de

su hermana. Me sentí un poco culpable, ya que había sido yo quien le había metido en un lío.

—¿Qué tal si abrimos los regalos? —sugerí.

—¿Antes de cenar? —preguntó Amelia.

—Ya he pillado a algunos de la familia intentando asomarse a los calcetines. *Todos* los calcetines —recalqué.

—Ha sido tu culpa por no ponerle una etiqueta con el nombre a cada una —dijo Tess con las mejillas sonrosadas.

—Lo hice a propósito para que nadie mirara. Está claro que te subestimé.

Sonrió, frotándose las palmas de las manos:

—Entonces, ¿cuál es el mío?

Cuando el grupo se reunió alrededor de la chimenea, les indiqué cuál era el regalo de cada uno. Me *encantaba* regalar y ver cómo se iluminaba la expresión de todos al abrir su calcetín.

Sabía lo que había en cada uno excepto en el mío, por supuesto. Hunter se había encargado y me moría de ganas de ver lo que me tenía preparado.

Casi me rompo una uña en mi entusiasmo por abrirlo. Los dos nos sentamos junto al árbol y observamos los regalos. Le había comprado unos gemelos, algo que le recordaría a mí cuando estaba en el trabajo. Mi regalo era dos *pasajes en avión*. A Maldivas, donde nos habíamos enamorado. Hunter no podía evitar hacer las cosas por todo lo alto.

Sonrió cuando levanté la vista hacia él y levantó las palmas de las manos en señal de defensa. El viaje era para finales de febrero.

—Me has dicho que es un mes tranquilo en el trabajo —dijo.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo. Me lo había preguntado de sopetón una noche mientras nos relajábamos en el jacuzzi. Debería haber sabido que no era una pregunta al azar.

—Vaya, ¡qué astuto! ¿Qué voy a hacer contigo? Gracias por los pasajes, estoy deseando ir. En cuanto pueda reservaré un instructor de buceo.

—Para mí también.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par:

—Vaya. ¿Otra vez lo mismo? No me lo esperaba.

—No puedo permitir que el instructor trate de secuestrarte, ¿no?

—¿De verdad? ¿Otra vez esa vieja excusa? ¿Por qué no admites que te gustó?

—Podría darte ideas.

—¿Quieres decir más de las que ya tengo en mente?

Sonrió con picardía, tirando de mí, y me arrastró justo detrás del árbol, fuera del alcance de las miradas, dándome un beso que definitivamente no era apto para menores.

Suspiré una vez que me soltó, acurrucándome contra él para disfrutar de su aroma por unos momentos, pero justo me interrumpió Ryker, quien dijo en voz alta:

—Para vuestra información, sabemos que estáis ahí.

Sonriendo con cara de inocencia, salimos de detrás del árbol. Aparte de Ryker, todo el mundo estaba a lo suyo, disfrutando de los regalos.

—Creo que los regalos han sido un acierto —le susurré a Hunter.

—Eso es porque mi mujer es un genio. —Me abrazó y me besó en la sien, lo cual era bastante inocente... excepto por esa mano en mi espalda que no paraba de viajar hacia el sur. Lo aparté juguetonamente, negando con la cabeza.

Siempre decía que yo era la de las *ideas*, pero él podía superarme cuando se lo proponía. Me sonrió, levantando una ceja. Me encantaron nuestras primeras Navidades como marido y mujer;

y estaba deseando compartir todas ellas por el resto de nuestras vidas.

Este es el final de la historia. La serie continúa con la historia de Ryker. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

Contacto de la Autora

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla